



*El
Camino
hacia
la fresca
charca
El*

JOSÉ ANTONIO MORENO



Camino hacia la fresca charca

José Antonio Moreno



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Camino hacia la fresca charca

©José Antonio Moreno Mena

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: Isla Books

Imagen de la cubierta: ©subbotina

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de navegación

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[Epílogo](#)

*Un sueño no es lo que ves mientras duermes,
es lo que no te deja dormir.*

1

Patricia Ramírez apoyó las bolsas de la compra en el suelo y sacudió el paraguas enérgicamente antes de cerrar la puerta.

—¡*Lamadrequemeparió*, está cayendo la mundial!

Jorge Fernández, que en ese momento acababa de salir de su despacho, entró rápidamente en la cocina, recogió las bolsas que comenzaban a formar un charco en el mármol y las colocó sobre la encimera, junto al fregadero.

—Patricia, el problema no es que llueva...

—El problema es que no para —le interrumpió ella de muy mal humor—. ¡Y lo que es peor! Que hay que cargar con el paraguas, uno de los inventos más peligrosos que ha creado la humanidad además de los virus, la pólvora y las armas nucleares.

El actor puso los ojos en blanco y, tras espantar de un manotazo las traviesas ondas de su larguísimo flequillo que caían en cascada por su frente haciéndole cosquillas en el entrecejo, susurró:

—No exagere, mujer.

A lo que, frunciendo el cejo y con una especie de hilaridad sardónica, contestó ella:

—¡Cómo se nota que usted solo se mueve con el coche y no se ha tropezado nunca con uno de esos inconscientes que van con el paraguas abierto como si ellos fueran los dueños y señores de todas las calles! Este artilugio aparentemente inofensivo —anunció refiriéndose al paraguas— es..., es peor que un arma.

Jorge se detuvo en seco y comenzó a reír a carcajadas. Patricia tenía la habilidad de sacarle punta a todo.

—No le veo ningún agujero en la frente.

—Eso no ha tenido ni pizca de gracia —comentó ella frunciendo los labios.

—Afortunadamente, sigue conservando los ojos —sonrió él otra vez, tratando de relajar el ambiente.

—¡De milagro, ¿me oye?! —respondió indignada—. Traigo estos dos ojitos vivos de milagro.

—Anda ya...

Mostrándole el abrigo, la falda y las medias, vociferó al instante:

—¡Fíjese! Fíjese cómo vengo. Empapada hasta los huesos.

—¿Se puede saber qué le ha pasado?

—*Ungraciosillonohatenidootracosamásqueaceleraralpasarjuntoaunche*
—dijo casi sin respirar, con su particular forma de unir una palabra con otra
—. Mire cómo me ha puesto. ¡Mire!

—Sí, sí. Ya veo. Le ha puesto como un charco —declaró el actor
mordiéndose el labio inferior.

Consciente de que aquello había sido un chiste sin gracia, Patricia se
sacó el abrigo y exclamó con la mandíbula en tensión:

—¡¡*Lamadrequemeparió*, a todos esos que van por la vida pensando que
ancha es Castilla y que pueden hacer lo que les venga en gana los tenía yo un
mes, ¿me oye?, un mes picando piedra con un palillo o fregando letrinas con
un cepillo de dientes!!

—Hace años que se abolieron los trabajos forzados —susurró él con una
divertida sonrisa en los labios.

Ante lo que ella, sintiendo cómo la mente le trabajaba a marchas
forzadas, comentó entre dientes:

—Qué lástima, hombre. ¡QUÉ LÁSTIMA!

—Agárrese. —Jorge le ofreció el brazo para que se apoyara en él
cuando ella comenzó a quitarse los zapatos—. Tenga cuidado y fíjese bien por
dónde pisa no vaya a ser que tengamos un disgusto. Ya sabe lo peligroso que
es este suelo cuando está mojado.

Tras un profundo suspiro que consiguió relajar el acelerado burbujeo con
el que fluía la sangre en sus venas, respondió Patricia:

—Uff. Todavía no se me ha olvidado el golpetazo que me arreé el año
pasado.

—A mí se me encoge el corazón cada vez que lo recuerdo.

—Fue..., mmm, fue en...

—En marzo, el día quince a las doce menos cuarto —confirmó el actor
dejándola con la palabra en la boca. Aquel día no se le iba a olvidar en la
vida.

—¡Cierto! Fue aquel día que nevó tanto.

—Efectivamente.

—No me rompí la crisma de puro milagro —dijo frotándose las manos
para que entraran en calor.

—Poco le faltó, no se vaya usted a creer.

—¿Poco? —inquirió abriendo los ojos de par en par—. Mire, Jorge. Tuve cardenales hasta en el carnet de identidad. Con eso se lo digo todo.

Él alzó las cejas hasta que ambas formaron una perfecta línea horizontal.

—Lo sé.

—Le aseguro que ni el Papa Francisco puede afirmar que tenga tantos cardenales a su servicio como los que yo tuve en la pierna. El Vaticano se tuvo que quedar vacío durante una buena temporada.

—Bueno... Permítame que le ayude —sugirió el actor cuando ella comenzó a quitarse las medias.

—¡Ja! Hasta ahí podríamos llegar. Si quiere ayudar... —buscó con qué entretenerlo—, quítele el papel a esos filetes de rosada que hay en la bolsa y métalos en el frigorífico mientras yo me pongo las zapatillas y arreglo este desaguisado. No vaya a ser que por maledicente le castigue el de ahí arriba y sea usted el que se resbale y se parta la crisma.

Jorge se subió las mangas del jersey, abrió la bolsa y cogió el paquete de papel blanco con el logotipo en letras azules de la pescadería a la que habitualmente solía ir a comprar Patricia.

—¿Dónde pongo los filetes? —preguntó tras unos segundos en los que su mente no dejó de trabajar a toda velocidad tratando de organizar el proceso que tenía que llevar a cabo.

—En la lavadora, no vaya a ser que suelten agua y estropeen la comida que hay dentro de la nevera —respondió ella desde el pasillo, volteando los ojos con comicidad—. ¿Dónde va a ser, alma cándida?

Jorge se encogió de hombros antes de decir:

—¡Y a mí qué me dice! Ya sabe usted que...

—En un plato, hombre, ¡EN UN PLATO!

—Ah, vale.

—¡*Lamadrequemeparió!* —exclamó con frustración—. Parece mentira que con la edad que tiene aún no sepa que...

—¿Hondo? —preguntó Jorge al abrir la alacena donde ella guardaba toda la vajilla en perfecto orden.

—No, mejor en uno llano —le indicó entrando como un reactor otra vez en la cocina.

—Perfecto.

—Uff, no se puede hacer una idea de cómo estaba la pescadería esta mañana.

Tratando de espantar algunos mechones que cascabeleaban por su frente con el talón de su mano izquierda que, al igual que la derecha, ya estaba pringada con la babilla del pescado, resopló Jorge:

—Imagino que como cualquier otro día. A rebosar.

—¡Ay, quite, quite, quite! —exclamó Patricia Ramírez al ver cómo él sujetaba el pescado con la punta de los dedos—. ¿A quién se le ocurre coger un plato de postre para poner el pescado? A ver si en lugar de ayudarme lo que va a hacer usted es desperdiciarlo todo con lo caro que me ha costado.

Jorge soltó el filete y levantó las manos como si estuvieran apuntándole con una pistola.

—¿No me ha dicho usted que cogiera un plato llano?

—Sí, pero no de los de postre.

—Lo..., lo siento —tartamudeó.

—Definitivamente, la cocina no es lo suyo.

—Eso que no le quepa la menor duda, Patricia.

—No sé qué haría usted sin mí.

—Me moriría de hambre —admitió él mientras se enjuagaba las manos—. Eso que le quede claro.

Patricia abrió la alacena, cogió un plato llano más grande y distribuyó el pescado formando un abanico perfecto en torno al óvalo del contorno.

—¿Se da cuenta de lo fácil que es? —Él movió la cabeza afirmativamente—. Pues ahora, ya sabe lo que tiene que hacer.

Jorge abrió los ojos de par en par.

—Ehm..., no.

—Métalo en la nevera.

—Vale, vale.

Jorge colocó el plato en la rejilla superior y cogió el cartón de leche. Alzando el litro sin empezar como una pesada carga, musitó:

—Patricia, todo ángel necesita un demonio que le invite a un café. ¿Le apetece uno?

—Ya he tomado tres esta mañana —aseguró ella mientras terminaba de secarse las manos—, aunque no me vendría mal otro para calentar el estómago.

—Eso lo explica todo.

—¿A qué se refiere?

Jorge frunció el cejo por detrás de la maraña ondulada que caía en cascada por su frente, sonrió divertido y movió los dedos, las manos y los

brazos con un florido e improvisado tembleque.

—Café. Café. Café —repitió como un disco rayado—. A estas horas sus venas ya no tienen que llevar sangre, solo CAFÉ. Uuuuu...

—No me provoque, Jorge, no me provoque porque hoy llevo un día de perros y..., y...

—Bah, no se preocupe —comentó él con picardía dejándola otra vez con la palabra en la boca—. Tener un mal día es humano.

—Cierto, pero buscar culpables de ello es aún más humano. Así que ya sabe lo que tiene que hacer.

—¿Prepararle un café?

—Darse un puntito en la boca porque seguro que estará más guapo. Y, por supuesto, prepararme ese café.

—¿Cuántas cucharadas de azúcar le pongo? ¿Una o dos?

—¿No lo sabe ya? —Él se encogió de hombros—. ¡Tres!

—Uff —resopló Jorge—. Le recuerdo que el exceso de azúcar puede provocar envejecimiento prematuro y otras alteraciones en la piel.

—¿*Lamadrequemeparió!* ¿Me está llamando vieja?

Jorge le guiñó un ojo con picardía y se puso a temblar como un cachorrito cuando ella levantó el cuchillo amenazadoramente.

—Simplemente le estoy diciendo que...

—Como se descuide cambio el menú de hoy.

—¿Por qué?

—¿Le parece bien que ponga...? Mmm, no sé, no sé... Déjeme pensar... ¡Ya lo tengo! ¿Le parece bien que ponga lengua con tomate?

—No —respondió él con cara de asco—. ¡Puag!

—Mire, mireee... Tenga mucho cuidado con lo que dice porque hace un par de días vi cómo Karlos Arguiñano guisaba una lengua de ternera con guisantes y ¡tenía una pinta estupenda!

Jorge tragó saliva con dificultad y comentó con la mandíbula en tensión:

—Hay que tener un paladar muy atrevido para comerse eso, ¿no cree? Yo no podría.

A lo que ella, componiendo una mueca perversa con los labios, respondió:

—No diga tonterías. Arguiñano siempre hace comidas muy equilibradas, muy nutritivas y...

—Prefiero no probarlas —le interrumpió Jorge dando un paso hacia atrás cuando ella le volvió a enseñar el cuchillo—. Además, creo que mi

lengua no es de buena calidad.

—Dejando el colesterol a un lado, la lengua proporciona proteínas, vitaminas y minerales. ¿Qué le parece? ¿Probamos hoy con la suya?

Jorge retorció con impaciencia las asas de una bolsa de plástico y negó con un movimiento enérgico de cabeza.

—No.

—Vaya, vaya, vaya... Lo que me temía. El tercer mundo se muere de hambre mientras que el primero y el segundo de colesterol y ¿usted no es capaz de...?

—De nada —admitió él volteando los ojos con comicidad tras la maraña ondulada que cubría parcialmente sus ojos.

Aquella afirmación hizo sonreír a Patricia Ramírez que, tras dar un par de sorbos al café que él le había preparado, exclamó asqueada:

—¡Arggg! Esto está...

—¿Asqueroso?

—Peor —admitió entre dientes—. Dicen... ¡Puag! Dicen que el café debe ser caliente como el infierno, negro como el diablo, puro como el ángel y dulce como el amor porque la vida comienza después del primer sorbo, pero este... ¡Puag!

Jorge Fernández se despejó la frente y murmuró a modo de disculpa:

—Ya sabe que la cocina y yo no somos muy buenos amigos. —Encogió los hombros—. Lo siento.

Patricia colocó la taza en el fregadero, sacó un par de lechugas y cuatro cebollas de una de las bolsas y las metió en el cajón inferior del frigorífico. Después, hizo lo propio con los tomates, las patatas, las acelgas y las zanahorias antes de decir:

—La cocina es su enemiga, ¡lo sé!, como la de muchos hombres. Lo que no logro entender es ese curioso hecho de que la mayoría de los grandes cocineros sean hombres.

—Le aseguro que yo nunca voy a dedicarme a la cocina. ¡Eso se lo garantizo!

—Y mi estómago se lo agradecerá de por vida, Jorge, no le quepa la menor duda. Por cierto, ¿se puede saber dónde está mi princesita?

—Remoloneando en la cama como todos los martes —afirmó el actor extendiendo una mano para recoger los frascos de mermelada de melocotón que ella acababa de colocar junto al fregadero.

—Y como los miércoles, los jueves, los viernes... —enumeró—. Uff, no

sé cómo a esa pequeñaja le puede gustar dormir tanto. En ese particular, hay que reconocer que no se parece a usted.

—Vaya —exclamó Jorge sin vacilar, colocando los frascos de mermelada en la despensa, junto a la cesta de magdalenas—. Gracias por la parte que me toca.

Patricia se anudó los cordones del delantal y respondió con sagacidad:

—Cualquier día esa rubita va a criar pollos debajo del edredón.

—Eso sería un puntazo. ¿Se lo imagina?

—Pues que le quede claro una cosa, muchacho. —El actor abrió los ojos de par en par, a la expectativa—. No voy a ser yo la que se ponga luego a desplumar a los pollos cuando haya que meterlos en la cazuela así que...

Poco después, mientras Patricia estaba liada con los platos, los cubiertos y las cacerolas, Jorge Fernández salió muy despacio de la cocina. Aquella mujer era infatigable, tanto física como verbalmente.

Decidido, subió las escaleras y se coló en la habitación de Natalia.

—Galletita —susurró besándole cariñosamente el moflete, justo allí donde las sábanas habían dejado algunas marcas—, tienes que levantarte.

—Mmm... —protestó la pequeña de seis años que, junto a Pikoko, su osito de peluche blanco, dormitaba en el filo de la cama.

—Venga, espabilate o vamos a llegar tarde al colegio.

—Jooo, papi. Tengo..., tengo sueñooo... —bostezó—. Y..., y..., y Pikoko también.

—¡Ejem, ejem! —tosió Jorge—. Date prisa, Natalia. Nona ya te habrá preparado esas deliciosas tostadas con mantequilla que tanto te gustan y...

—¿Con mermelada de melocotón?

—Con mermelada de melocotón, por supuesto —declaró el actor con una amplia sonrisa en los labios mientras preparaba el uniforme de gimnasia del colegio.

Natalia se retiró el pelo de la frente y resopló:

—Papiiiiiii...

Definitivamente, Natalia era incorregible y, como todas las mañanas, trataba de estirar los minutos en la cama.

—¿Qué? —respondió Jorge con desgana.

—Tú sabes que yo odio la mermelada de fresa y la de ciruela, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno..., y la de naranja también.

—Sí —repitió él besándole el colorado y somnoliento moflete por segunda vez—. Vamos, galletita. ¡Arriba!

—Papiiiiiiii... —lloriqueó otra vez tratando de estirar un poco más la cuerda de sus lamentaciones—, tengo sueñooo.

Sin embargo, aquella mañana Jorge Fernández no estaba para muchos juegos. Así que, con los brazos en jarra y endureciendo ligeramente el tono de voz, dijo:

—Natalia, por favor. —La pequeña apretó los labios y lo miró ceñuda cuando él le cogió de las manos—. Deja de protestar y levántate de una vez de la cama.

—Jooo, papi. No quiero ir al cole. Tengo sueñooo —repitió con el ceño fruncido y los brazos a la altura del pecho.

—Venga. Ya está bien. Dale un beso de buenos días a papá.

—No —dijo categóricamente subiendo el labio inferior para cubrir el superior.

—¿No?

—No. —Encorajada, declaró poco después—: Además, te pones muy feo cuando te enfadas.

Jorge Fernández sujetó a su hija por la cintura y, alzando las dos cejas que se ocultaban tras el espeso y ondulado flequillo que caía en cascada por su frente, inquirió:

—¿De verdad?

—Mucho —admitió Natalia mordiéndose el labio inferior para disimular la risilla floja que siempre le entraba cada vez que su padre le hacía cosquillas en los costados.

Tras un intenso cruce de miradas, mientras Jorge buscaba un par de calcetines en un cajón, Natalia comenzó a saltar sobre el colchón y preguntó:

—Papi, ¿puedo..., puedo llevarme a Pikoko hoy al cole? ¿Puedooo? —El actor movió la cabeza negativamente—. Jooo, ya sabes que a Pikoko no le gustan las tormentas. Anda, papi, porfaaa...

—He dicho que no.

—Jooo...

—Es mejor que se quede aquí —sugirió Jorge sentándola en el borde de la cama para colocarle los calcetines—. Nona y yo le protegeremos. Te doy mi palabra de honor.

La pequeña terminó de colocarse el jersey beige de cuello vuelto del

chándal.

—¿Seguro? —inquirió melosa dándose un manotazo en la frente para colocar el flequillo que le tapaba misteriosamente sus ojos.

Jorge asintió.

—Prometo estar en guardia toda la mañana —musitó sujetándola de la mano para ayudarla a bajar de la cama.

—¿Y Nona?

—Sobre todo ella —aseguró él—. Hoy está guerrera así que no hay nada que temer.

Cuando cinco minutos después padre e hija entraron en la cocina, Patricia Ramírez ya había terminado de colocar el desayuno en la mesa y de recoger las migas de pan que habían quedado esparcidas sobre la encimera.

—Galletita, espábilate.

—Al final se nos va a hacer tarde como todos los días —protestó Patricia.

Al ver el sobre que estaba apoyado en el pequeño jarrón que adornaba el centro de la mesa, le preguntó Jorge:

—¿Esto qué es?

Patricia se encogió de hombros.

—Yo diría que es una dosis de realismo.

—Vaya... Una dosis de miseria, diría yo —resopló él cuando abrió el sobre y observó que en el interior había una factura—. ¡¡¿QUÉ?!! ¡¡Ciento setenta y cinco euros de luz!!

Patricia sacó un tazón de leche templada del microondas y lo colocó en la mesa.

—No todo en la vida es dinero —sonrió.

—Afortunadamente —suspiró él—. También hace falta una dosis de alegría y de buen humor, pero ¿se da cuenta que...?

—Sí, que son ciento setenta y cinco euros —repitió ella volteando los ojos con comicidad—. ¿Qué le vamos a hacer?

—Pff —resopló Jorge cerrando los ojos ligeramente—. Dinero, dinero, dinero...

Tratando de desviar el tema de conversación, Patricia se acercó a Natalia y, envolviéndola en un abrazo tierno, le besó en la mejilla izquierda, luego en la derecha, más tarde en la frente, en la barbilla, en los ojos y en la

nariz.

—Pero ¡*quérequeteguapetonaestáshoy!* —exclamó casi sin respirar—. Te comería entera, galletita. Escúchame bien: EN-TE-RI-TA. ¿Sabes lo que eso significa?

Natalia agradeció el abrazo fuerte, enérgico, cariñoso y acogedor de Patricia con un beso.

—Sí —sonrió.

—¡*Ale!* ¿Te apetecen unas tostadas con...?

—¡¡¡Sí!!! —aplaudió con entusiasmo—. ¿Con..., con...?

—Con mermelada —confirmó Jorge distraídamente mientras abría un segundo sobre—. ¿Y esto es?

—Otro pullazo —respondió Patricia.

—Ya.

Al ver cómo a él le cambiaba el color de la cara, añadió sin más:

—Creo que es el aviso de que hay que pagar otro plazo de la casa.

Alterado, Jorge Fernández se pasó la mano por el flequillo una, dos y hasta tres veces antes de decir:

—¡Pff, menudo día!

—Y eso que solo acaba de empezar.

A las doce y cuarto, después de hacer las lentejas y estofar el pollo, fregar los cuartos de baño y pasar el aspirador por toda la casa, Patricia Ramírez se dejó caer a plomo en el sofá.

—*Lamadrequemeparió*, hay días en los que no sé cómo soy capaz de arrastrar con todo —resopló—. Estoy..., estoy..., estoy agotada.

—Trabaja usted demasiado —susurró Jorge acercándose a ella por detrás.

Patricia encendió la tele, se quitó las zapatillas y acomodó los pies sobre la alfombra. Tanta humedad hacía que le dolieran más los juanetes.

—No diga tonterías.

—¿Qué ve?

Patricia cambió de canal y subió el volumen de la televisión.

—Nada.

—¿Nada?

—Tengo la impresión de que todas las cadenas se ponen de acuerdo para poner los mismos anuncios de colonias baratas al mismo tiempo.

—De algo tienen que vivir —apuntó el actor acomodándose en el extremo opuesto del sofá—. Ese es su juego.

Jorge cogió el mando que ella había dejado sobre el cojín central y enredó distraídamente con las teclas.

—Si yo pudiera, le leía la cartilla a más de uno.

—Y a más de dos, y de tres, y de cuatro... —se guaseó él.

—¡A quien haga falta! —soltó ella con determinación, aunque en su voz se apreciaron ciertos toques de diversión—. Esos mandamases de la televisión son..., son...

—Uuuuu, miedo me da. —Jorge puso los ojos en blanco—. A ver qué es lo que va a decir ahora.

Desatada, exclamó Patricia:

—¡Que son unos sinvergüenzas y hacen con nosotros lo que quieren!

Apuntándole con el dedo como si tuviera intención de regañarla, indicó el actor entre risas:

—La culpa es nuestra, Patricia. ¡Solo nuestra! —Al ver que ella lo observaba con el cejo fruncido, levantó el mando a distancia y señaló—: Este botón rojo de aquí sirve para apagar ese cacharro de ahí. No lo olvide.

Enfadada, ella pescó un cojín y le golpeó en las rodillas. Entre dientes y casi sin respirar, espetó:

—*Quite esos pinreles delamesainmediatamenteoleaseguroquevoyaaestard*

—Lo..., lo... —tartamudeó él.

—¿Se puede saber qué es lo que se ha creído? —Jorge se encogió de hombros—. Yo no me paso toda la mañana con el trapo en la mano para que en un momento venga usted a ponerlo todo hecho un Cristo.

—Lo siento.

—Mire, mire, mire... Que todavía soy capaz de darle un guantazo bien dado para que se le quiten las tonterías, ¿me oye?

Asombrado, Jorge se alejó unos centímetros de ella y musitó:

—Patricia, ¿se puede saber qué le pasa hoy?

—¡*Lamadrequemeparió!* No me venga ahora con esas. Se lo pido por favor. ¡Otra vez, no!

Al ver cómo a ella se le desencajaba la mandíbula, susurró él con tono tranquilizador:

—Solo le pido que me ayude a comprender qué le ocurre, nada más.

Cerrando los ojos unos segundos, los suficientes como para diluir las lágrimas que comenzaban a humedecerle las pestañas, afirmó ella:

—Olvidelo. Hay días que ni yo misma lo sé.

Media hora después, Jorge se volvió a acomodar en el sofá sentándose sobre el pie derecho. Patricia observaba con atención la pantalla de televisión. Tenía los ojos húmedos.

—¿Se encuentra bien? —Ella no dijo nada, al menos no inmediatamente—. Le ruego que sea sincera conmigo.

—¿*Lamadrequemeparió*, ¿está sordo?!

Sin entender nada, Jorge Fernández se incorporó ligeramente en el asiento y negó con la cabeza.

—¿A qué viene eso ahora?

—Olvidelo. Déjese de tonterías, cierre el pico y concéntrese en el programa de su tocayo.

—¿Mi tocayo? —respondió intrigado.

—Claro —respondió ella volteando los ojos con comicidad—. ¿Aún no se ha enterado de que yo no me pierdo ningún día el programa de Jorge Fernández? Ese muchacho tiene una gracia y un desparpajo que a más de uno que yo me sé le gustaría tener, aunque solo fuera un poquito.

Consciente de que aquel comentario iba cargado con veneno, comentó él:

—Vaya, muchas gracias.

—Acostumbrada a la mortadela —dijo refiriéndose a él—, cuando una mujer como yo ve jamón de Jabugo no puede hacer otra cosa más que derretirse por dentro. Usted ya me entiende.

—La verdad es que no.

—¿*Lamadrequemeparió*! Yo creía que lo más difícil de entender en el mundo es el impuesto sobre la renta, pero ya veo que no.

Jorge envaró la espalda y enfrentó sus espectaculares ojos verdes con los de ella, grises como la ceniza.

—Patricia, discúlpeme. No le sigo.

—Lo suponía —respondió ella, mordaz—. Dicen que la necesidad de conocer y entender se ven en la primera y en la segunda infancia pero, al parecer, usted debió de perderse una parte de la teoría y a estas alturas de la vida ya va a ser muy complicado que se ponga al día.

—¿No será usted capad de dejarme así? —dijo él colocando con disimulo los pies otra vez sobre la mesa.

—Así ¿cómo?

—Con la intriga.

—Bah, olvídalo y concéntrese en...

—Patricia —suspiró Jorge—. Algún día le llevaré a la tele. Se lo prometo.

—Ja.

—Voy a ver si hago unas llamadas y consigo que le presenten a mi tocayo. ¿Qué le parece?

—¿A su tocayo? No sé yo.

—Le aviso desde ya que yo no lo conozco así que no sé cómo va a reaccionar, pero por intentarlo que no quede.

—Bueno, bueno, bueno —murmuró ella con exagerada impaciencia cuando los anuncios dieron paso a la cabecera del programa La Ruleta de la Fortuna—. Lo que tendría que hacer es dejarse de tonterías y llevarme un año de estos a la gala de los Goya.

—¿A los Goya?

Cuando la cámara enfocó un primer plano del presentador, Patricia sonrió beatíficamente y siseó:

—Shhh... ¡Calle!

—¿Se puede saber desde cuándo le gustan a usted este tipo de programas?

—*Lamadrequemeparió*, cállese de una vez! —espetó Patricia entre dientes—. Recuerde que ya tengo la comida hecha y no me da tiempo de cambiar el menú, pero todavía puedo hacer un apaño con el de la noche.

Jorge Fernández, el exjugador de baloncesto y Míster España 1999 reconvertido a presentador, saludó al técnico de cámara que le hacía un primer plano.

—¡Qué barbaridad! Jo, la emoción me embarga. Este plató..., este plató es enorme. ¡¡Es..., es mucho más grande que el que teníamos!! ¡Qué pasada!

—¡Vaya que sí! —exclamó la explosiva azafata que se encontraba a su derecha enfundada en un escotadísimo y sugerente vestido amarillo—. Vaya que sí.

—El viernes pasado os dije: estad atentos porque el lunes estrenamos plató y... ¡aquí estamos! Por supuesto, estrenamos también el panel y lo vamos a hacer con una frase que empieza así: «HOY EL DÍA...»

—Hoy el día... —repitió Patricia, emocionada—. Hoy el día va a salir...

—¿Redondo? —susurró el actor con cara de circunstancias.

—Shhh...

—Mmm, esa frase hoy no va con usted —murmuró Jorge por lo bajini.

—Le he oído —espetó Patricia—. ¡Le he oído perfectamente!

—Si tenemos dos orejas y una boca será porque es más importante escuchar que hablar, ¿no cree?

—¡*Lamadrequemeparió*, que me haga la sorda no implica que lo esté, ¿se entera?! —Jorge movió la cabeza afirmativamente—. Así que no me tiente, muchacho. No me tiente porque todavía tengo fuerzas para darle una buena tunda de palos en el culo como cuando era pequeño. Y como se descuide, soy capaz de perderme el programa para guisar los ciento cincuenta gramos de lengua que tiene en esa boca para tomarme una tapita esta noche. Así que ¡ojito con lo que hace y, sobre todo, con lo que dice!

Jorge apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, espantó de un manotazo el díscolo flequillo que le cubría la frente y los ojos y, sin poder parar de reír, comenzó a decir:

—Había olvidado que...

—Y tanto que se ha olvidado —suspiró observándolo con escepticismo.

La dura luz del televisor iluminó su perfil cuando al cabo de unos minutos comenzó a pelear acaloradamente con el concursante como si por el simple hecho de gritar este pudiera escucharla a través de la pantalla de la televisión.

—Pero ¡serás tontorrón!

—¿Qué pasa ahora?

—¿No lo ve? El concursante acaba de comprar una vocal y tiene el panel casi resuelto —vociferó—. Pero ¿no te das cuenta de que te estás gastando el dinero tontamente?

—Es suyo.

—Ese concursante..., ese concursante está..., está... —farfulló cuando el susodicho decidió comprar otra vocal.

—Esto es solo un juego, Patricia. ¡Relájese!

Eufórica, casi a punto de la histeria, soltó ella:

—¡*Lamadrequemeparió*! No sé cómo un chico medio idiotizado, con una timidez que roza lo enfermizo e incapaz de articular palabra, va a un programa como este. ¡No lo entiendo!

Con una divertida sonrisa en los labios, afirmó él:

—Yo diría más bien que tiene cara de santurrón.

—¡Sí! De no haber roto nunca un plato —respondió ella entre dientes—.

Esos son los peores, ¿me oye?, los peores.

—¿Eso no irá con segundas? —preguntó Jorge sabiendo que aquel comentario iba con una indirecta muy directa.

Patricia puso los ojos en blanco y, agradecida de que por fin se hubiera dado cuenta del mensaje, espetó:

—¿Con segundas? Nooo, de eso nada, muchacho. Usted ya sabe que yo soy una mujer que va siempre de frente. Repito: ¡siempre!

—En eso le doy la razón. Como solía decir mi padre, usted es una mujer muy *echá pa'lante*.

Patricia Ramírez entornó los párpados. Al abrirlos de nuevo, en sus ojos grises habían aparecido unas chispas de una tonalidad algo más oscura.

—Don Anselmo era un hombre muy sabio. —Jorge frunció ligeramente los labios, un sutil movimiento que a ella le sirvió para darse cuenta de que él agradecía aquellas tiernas palabras sobre su padre—. Un poco testarudo, eso sí, pero, en definitivas cuentas, lo que más destacaba de él era su sabiduría.

—Cierto.

—¡¡Pero ¿se da cuenta?!!

Jorge se encogió de hombros. Como siempre, aquella mujer tenía la habilidad de descolocarlo.

—¿De qué?

Patricia se llevó las manos a la cabeza y, centrándose nuevamente en el espectáculo tan lamentable que estaba dando el concursante, vociferó:

—¡Hache! ¿Ha dicho hache?

—Creo que sí.

—*Esetontorrónacabadeperderdoscientoseurosporpedirlahache* — resopló uniendo una palabra tras otra—. A ese hombre le cortan la cabeza y ni se entera.

Sorprendido por la pasión con la que aquella mujer vivía el programa, comentó Jorge:

—Todo el mundo tiene derecho a equivocarse.

—¡No diga estupideces! —vociferó.

—Hay muchas letras que pueden encajar perfectamente en los huecos. A fin de cuentas, este juego es como el azar.

Patricia Ramírez dejó de mirar unos segundos el panel que aparecía casi al completo en la pantalla de la televisión y exclamó entre dientes:

—¡¡¡¿Usted tampoco ve la respuesta del panel?!!! —Jorge se encogió de hombros—. ¡Hombres!

—La especie sin la que las mujeres no podrían vivir.

—¡Ja! Las mujeres podemos vivir solas perfectamente.

—¿Sí?

—A través de los años hemos luchado muy duro por nuestros derechos, por poder votar, tener opinión, estudiar, trabajar y ser completamente libres. Y a pesar de que aún seguimos en una sociedad con un machismo camuflado, pero real, hoy en día podemos vivir sin...

—Vivir sin ¿qué? —le interrumpió él.

—Vivir sin..., sin... —tartamudeó—. Vivir sin hombres tarados como usted que lo único que saben es sacar de quicio a las mujeres como yo. ¡Ea, ya lo sabe!

Al cabo de un par de minutos de silencio en los que ninguno de los dos se atrevió a decir nada, Jorge volvió al frente de batalla y preguntó intrigado:

—¿Y bien?

—Está visto y comprobado que hoy no me va a dejar tranquila. ¿Qué tripa se le ha roto ahora?

—¿Usted ya sabe la solución del panel?

Ofendida por la burla que él le había hecho al sacarle la lengua tras formular la pregunta, contestó Patricia:

—¿Acaso lo duda? —Él se encogió de hombros—. Créame si le digo que la frase le viene al pelo, Jorge. Escúcheme bien: ¡AL-PE-LO!

Mientras el concursante se impulsaba con el cuerpo haciendo que la ruleta comenzara a girar de nuevo, Jorge frunció el ceño y, mientras se despejaba la frente, dijo:

—Deléiteme con su sabiduría, Patricia.

—¡Lamadrequemeparió, deje de buscarme la lengua si no quiere que...!

—Vengaaa, suéltelo de una vez o se le terminará encallando la respuesta en la boca.

Antes de que la azafata terminara de descubrir los casilleros que ocultaban las letras que los concursantes no habían sido capaces de adivinar, anunció ella con la mandíbula en tensión y un inusitado temblor en los labios:

—«HOY EL DÍA VA A SER ESTUPENDO PORQUE SOY UN SOLTERO FUERA DE COBERTURA». ¿Qué le parece?

2

—Me voy a correr un rato.

—¿Está loco?

—Creo que no —sonrió él.

—¿No ve la que está cayendo?

—Patricia, necesito respirar un poco de aire puro. —Entre suspiros, mientras le besaba el moflete que había adquirido una tonalidad rosada por el calor de los fogones, completó—: Siento que me estoy ahogando aquí dentro.

—*¡Lamadrequemeparió*, lo que me faltaba ya por escuchar! —exclamó moviendo enérgicamente las dos manos como si estuviera atrapando moscas al vuelo—. ¿Tiene que ser precisamente ahora?

Jorge se encogió de hombros.

—Y ¿por qué no? ¿Qué problema hay?

—Va a ponerse como una sopita.

—No se preocupe. Luego cogeré una toalla para secarme. Prometo no ensuciar nada.

—Y ¿qué me dice de...? —Hizo un gesto con las manos y un ruido con la boca simulando el disparo de una cámara de fotos—. Bueno, usted ya sabe.

—¿Lo dice usted por los *paparazzi*?

—Usted verá...

—Uff —resopló Jorge—. Necesito recargar las pilas o me voy a consumir aquí dentro. Ya sabe lo que dicen... Que el aire puro revitaliza el cuerpo y la mente.

—Sí. Y por lo que veo también destroza más de una neurona.

El comentario hizo que a Jorge Fernández se le saltaran las lágrimas de la risa.

—Hay muchas formas de perder una neurona, Patricia. —Comenzó a calentar los tobillos—. No creo que ésta sea una de las peores.

Apuntándole con una zanahoria a medio pelar, comentó ella:

—Definitivamente está usted para echarle de comer a parte. —Continuó arrastrando con energía el pelador a lo largo de la zanahoria.

—Si es preciso...

—No quiero quejas ni lamentaciones cuando le duela la espalda por la humedad o se resfríe y se le inflamen las amígdalas impidiéndole comer estas albóndigas tan ricas que estoy guisando para la cena —aseveró ella sin levantar los ojos de la labor—. Le recuerdo que...

—¿Ha dicho usted albóndigas?

—Así es. De pollo, para ser más exactos. Con su ajito, sus almendritas y...

—Nona, no te olvides del tomate —intervino Natalia que acababa de entrar en la cocina arrastrando los pies.

—Así es, princesita mía. También le voy a poner un poquito de tomate.

La pequeña sujetó con las dos manos el plato vacío de la merienda y comenzó a dar saltitos junto a su padre.

—¿Puedo ir contigo, papi? Dime que sí. ¡Dime que sí! Porfa, papi, porfaaa....

—Está lloviendo mucho, galletita —dijo acariciándole la frente—. Otro día, ¿vale?

—Jooo —protestó.

—Por cierto, ¿se puede saber qué has hecho? —La niña puso los ojos en blanco—. Te has puesto el chándal perdido.

—Comer, papá, comer —resopló con evidente disgusto.

Jorge le dio unos golpecitos en el brazo para sacudir las migas del chándal y preguntó:

—Natalia, ¿te apetece comer un yogur?

Abstraída en la intensidad de la luz de uno de los focos del jardín, la pequeña apoyó la cara en el frío cristal. La noche había envuelto el atardecer.

—No.

—¿Seguro?

—Papi, ¿por qué llueve tanto? ¿Cuándo van a desconectar el grifo?

Incapaz de encontrar una respuesta sencilla con la que convencer a su hija, respondió él:

—Mmm... No lo sé, galletita. De vez en cuando tiene que llover.

Natalia chasqueó la lengua. La respuesta le había dejado aún más desconcertada de lo que estaba.

—¿Sabes una cosa, papá?

—Dime, cariño —musitó Jorge mientras se anudaba el cordón de la zapatilla.

—A Pikoko no le gustan las tormentas.

—Ajá.

—A mí tampoco, galletita —intervino Patricia mientras atrapaba el aroma de las albóndigas que comenzaban a hervir en la cacerola—. ¿Te cuento un secreto?

—¡¡Sí!!

Jorge sonrió al observar el rostro angelical de Natalia que, suplicando entusiasmada, daba pequeños saltitos al tiempo que de su boca salía una prolongada sucesión de palabras inconexas aderezadas con un exaltado ¡SE-CRE-TO!

—Gracias —musitó el actor acercándose a Patricia por detrás para oler el exquisito aroma que desprendían los fogones—. Es usted un sol.

—¿Un sol?

—Sí —afirmó besándole el carrillo sonrosado—. Vuelvo enseguida.

Patricia entornó los ojos.

—No he visto a un hombre más terco en toda mi vida —confesó abatida.

Jorge se acercó a ella otra vez por detrás.

—Ni yo a una mujer tan protestona —comentó con una divertida sonrisa en los labios.

Incapaz de contener la alegría, Natalia volvió a gritar:

—SE-CRE-TO. ¡SE-CRE-TO! ¡¡SE-CRE-TO!!

—Eso ha sido su perdición —comentó el actor con un guiño.

—Lo sé —concedió ella beatíficamente—. El misterio es para los niños tan atrayente como un pastel de chocolate.

—Usted ya sabe que las tormentas y los niños...

Patricia frunció los labios. Sus latidos se aceleraron golpeándole con fuerza el pecho.

—Déjese de tonterías y tenga mucho cuidado.

Jorge asintió y cogió a Patricia de la mano mientras su hija proseguía:

—SE-CRE-TO. ¡SE-CRE-TO! ¡¡SE-CRE-TO!!

—Lo tendré. No se preocupe.

—Si yo lo digo por..., por..., por los *paparicheros* esos que merodean por ahí.

De repente, Natalia se detuvo en seco y comenzó a reír.

—¡Nona, se dice *paparazzi*! —exclamó con los brazos en jarra.

—Natalia tiene razón —confirmó el actor golpeándole cariñosamente en el hombro.

—Lo mismo es.

—Nooo...

De pronto su expresión cambio y se crispó visiblemente.

—A fin de cuentas, son fisgones entrometidos y sin escrúpulos que no saben hacer otra cosa más que ponerle verde en las revistas inventándose historias que no son ciertas. Ay, si yo le contara lo que dicen de usted en *Sálvame* o en...

—Andaré con mil ojos, Patricia —murmuró Jorge colocando las manos sobre su rostro sereno en el que cada día iban apareciendo más arrugas en torno a los ojos—. No se preocupe.

—*¡Ale, ale!* —lo alentó mientras pinchaba un trozo de zanahoria para comprobar su punto de cocción—. Y no se olvide que tiene una hija.

—Y una mujer hermosa que me cuida y me mimma como una madre a la que defender. Auuu —protestó. Patricia acababa de clavarle el tenedor en la mano izquierda.

—*¡Lamadre quemeparió*, no intente camelarme! Le recuerdo que todavía soy capaz de...

Entusiasmada, Natalia volvió a insistir, adquiriendo todo el protagonismo:

—SE-CRE-TO. ¡SE-CRE-TO! ¡¡SE-CRE-TO!!

—De darme unos azotes en el culo —admitió Jorge, risueño—. Lo sé, Patricia, lo sé. Pero, si no le importa, lo dejaremos para dentro de un rato. ¿Le parece?

Harta de tanta espera, Natalia protestó con sopor:

—¡Jolín, Nona! ¿Cuándo me vas a contar el secreto?

Patricia dio una vuelta a las albóndigas que borboteaban en la cazuela sobre el tomate.

—Galletita. Un momento, por favor.

—Jooo.

—He de aleccionar bien a tu padre o, de lo contrario, en menos de lo que canta un gallo vamos a estar en boca de todo el mundo.

—Pórtate bien, galletita —susurró Jorge agachándose para estar a la altura de Natalia—. ¿Me lo prometes?

—Sí —contestó moviendo la cabeza como el perrito con cabeza basculante que Patricia había colocado en el salpicadero del todoterreno.

—Y cuida de Nona, ¿vale? Vuelvo en un rato.

—No se olvide de lo que le he dicho —insistió Patricia Ramírez cuando él se acercó a la puerta que conectaba la cocina con el porche. Su voz sonó

suave aunque su sonrisa tuvo un asomo de provocación al decir—: Va a coger un tranco del quince. No quiero ser pesada, pero le recuerdo que hace días que está despuntado un poco. Luego no quiero lamentaciones.

Jorge Fernández giró ligeramente sobre sus talones.

—Galletita, ¿una hora es suficiente para vuestros secretos de chicas?

—Nos sobran cincuenta y nueve minutos —espetó Patricia con sarcasmo.

Tras soltar una carcajada, Jorge asintió, se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera y salió al porche.

El olor a tierra mojada inundó sus fosas nasales rápidamente, desentumeciendo los pulmones que parecían haberse acartonado después de varios días de encierro. Kobo, el fiel labrador que dormitaba en su caseta con el hocico apoyado sobre las patas delanteras levantó las orejas, lo observó con los párpados a medio abrir y volvió a cerrar los ojos.

Un rayo de luz electrizante cruzó el cielo e hizo que Jorge comprendiera que salir a correr en aquellas condiciones era una auténtica locura. Así que, cuando el agua comenzó a caer en cascada, sujetó a Kobo del collar y le invitó a entrar en casa. Misteriosamente, Patricia ya había terminado de hacer la cena.

Al verlo, ella clavó la aguja en la tela de cáñamo de su bastidor, se quitó el dedal y lo observó con ojos divertidos y sin decir nada.

—Aunque me cueste reconocerlo, si existe algo que me guste leer es su mirada —bisbiseó él al cabo de unos segundos de profundo y misterioso silencio.

—Entonces dígame lo que dicen mis ojos, muchacho —sugirió con vehemencia cuando se levantó de la silla.

Arrodillándose para acariciar al labrador que se había enroscado en torno a una de las patas de la mesa, respondió él:

—¿Tal vez un ya te lo dije?

—Ha dado usted en el clavo.

—Lo suponía —estornudó.

—*Lamadrequemeparió*, Jorge. No me diga que no se lo avisé. Al final ha conseguido resfriarse. ¡Lo que nos faltaba! Si ya digo yo que no se puede ser tan cabezota.

Patricia abrió un cajón, cogió un cacillo, lo llenó de agua y lo puso a calentar.

—No hace falta... *¡Aaachís!*

—Cámbiese inmediatamente y quítese esa ropa —le exigió—. El día no

está para ir con las canillas al aire.

El actor respiró hondo y, cuadrándose como un militar, respondió:

—A sus órdenes MI general.

—Si yo fuera un general le aseguro que más de un día le hubiera tenido arrestado en el calabozo.

—¡Sí, MI general! —exclamó él otra vez—. ¿Algo más, MI general?

Patricia Ramírez puso los ojos en blanco.

—Algunas veces, es usted peor que Natalia, ¿me oye? —Jorge sonrió, irguió la espalda, alzó el mentón y se cuadró de nuevo—. Le aseguro que un día me va a pillar con el cable cruzado así que no quiero lamentaciones cuando le arree un mamporro a esa carita de ángel que tiene y..., y...

—¿Y?

—Espero que cuando llegue ese día no me reproche nada.

—¡Sí, MI general! —repitió Jorge espantando las traviesas ondas de su flequillo—. ¿Me da usted permiso para romper filas?

Entre dientes, sintiendo todos los músculos de la cara en tensión, murmuró ella:

—Soldado, si por mí fuera lo tenía haciendo instrucción hasta que su hija le dé nietos.

3

El sábado por la mañana, Patricia entró como un vendaval en el dormitorio de Jorge.

—¡Espabílese! —anunció sin pararse a pensar—. Raúl está en su despacho.

A pesar de que la bomba ya estaba lanzada, el actor se tomó unos prudenciales segundos para reaccionar, los suficientes como para que a ella le diera tiempo a encender todas las luces y operar con el interruptor de las persianas. En el exterior, la luz intermitente del sol dejaba entrever el brillo acerado de la lluvia sobre el asfalto.

—¿Raúl? —bostezó Jorge vencido por el cansancio de una mala noche en la que no había sido capaz de conciliar el sueño hasta altas horas de la madrugada.

Patricia abrió el armario, cogió una camiseta limpia y soltó con acritud:

—Vístase.

—Mmm, dígame. —Jorge parpadeó un par de veces para enfocar los ojos, miró el reloj y volvió a bostezar—. ¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarto.

—¡¿Qué?! —exclamó abriendo los ojos de par en par.

—Las nueve y cuarto —repitió ella alto y claro—. Por cierto, dígame a ese tipejo de mi parte que estas no son horas de visita.

—Joder —gorjeó tratando de controlar otro bostezo—. ¿Cuánto hace que está aquí?

Jorge se levantó de la cama, se estiró como un lémur y se colocó la camiseta que Patricia había dejado a los pies de la cama.

—Acaba de llegar y no viene solo —declaró—. Así que quítese las legañas y péinese un poco. Le aseguro que el león de la Metro Goldwyn-Mayer es un lindo gatito a su lado.

Aquella afirmación hizo sonreír al actor.

—¿Ha dicho qué viene a buscar?

—A usted —soltó ella de mala gana mientras recogía la ropa sucia que había esparcida por el suelo—. Ya sabe que a mí no me puede ni ver.

—Parece enfadada —advirtió él al ver cómo a ella se le descomponía el gesto—. ¿Le ocurre algo?

Patricia Ramírez dejó el montón de camisetas, pantalones y calcetines sucios junto a la chimenea. Después se lavó las manos y ahuecó los almohadones que Jorge había dejado sobre un sillón.

—No me gusta ese hombre —juró entre dientes.

—¿Ha pasado algo de lo que yo no me haya enterado y deba saber?

Patricia no dijo nada. Se limitó a canturrear distraídamente tratando de disimular la angustia que se había apoderado de su rostro después de que Raúl Aguirre empleara unas desafortunadas palabras que incluso a su secretaria le habían dejado con la boca abierta.

—Patricia, ¿se encuentra bien? —insistió Jorge.

—¡*Lamadrequemeparió!* Aligérese, muchacho. ¡ALIGÉRESE! Ya sabe que a su representante no le gusta que le hagan esperar.

—¿Sabe lo que le digo? —Los labios de él dibujaron una sonrisa maliciosa cuando ella se encogió de hombros—. Si ha hecho o ha dicho algo que le haya ofendido, que le jodan.

Escuchar aquello hizo que ella agarrara un cojín y se lo lanzara a la cara. Con su particular forma de unir las palabras, espetó poco después:

—*Noseleocurravolveradeciresonuncamás*, ¿me oye? —Él asintió percibiendo cómo ella le clavaba una inquisidora mirada. Enfatizando las sílabas, añadió—: ¡JA-MÁS! Yo no le he educado de esa manera.

—Usted me ha educado de la mejor de las maneras —aseguró Jorge acercándose a ella cariñosamente para darle un tierno beso en la frente—. No lo olvide nunca.

Patricia se retiró un mechón plateado de la frente, sacó un pañuelo del bolsillo central de su delantal y se sonó la nariz ruidosamente para disimular su desazón.

—¡Quítese de en medio, zalamero! —sonrió—. Yo solo he hecho lo que creía que tenía que hacer. Nada más.

—¿Le parece poco? —preguntó él alzando las cejas por detrás de la espesa maraña de pelo ondulado que cascabeleaba frente a sus ojos.

Sin darle tiempo a responder, ella se dio la vuelta y, tras comprobar que todo estaba en orden, levantó el dedo y repitió:

—Aligérese.

—A sus órdenes —sonrió él cuadrándose como un militar.

—Déjese de tonterías y espáblese.

—¿Sabe dónde está Natalia?

Patricia Ramírez fue rápida en la réplica.

—En el salón.

—¿Está viendo los dibujos?

—Sí. Se ha levantado muy temprano, ha desayunado muy poquito, por cierto, y se ha tumbado en el sofá.

—Mmm, seguro que está empachada —advirtió Jorge mientras terminaba de abrocharse los botones de la bragueta—. Ayer comió más chucherías de la cuenta.

—No sé —suspiró ella—. Me da que...

—¿Qué?! —Abrió los ojos de par en par—. ¿Qué le pasa?

Patricia se detuvo en seco y apoyó la cestilla de la ropa sucia en el pasamano de la escalera para descansar los brazos.

—Creo que está incubando algo. Anoche cuando la bañé le vi unas ronchitas por el cuello que no me gustaron ni un pelo —respondió enfrentándose a aquellos espectaculares ojos verdes que se habían oscurecido ligeramente de la impresión—. Rece para que no sea la varicela.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. No había conseguido olvidar el malestar que le habían provocado las pupas que invadieron su cuerpo a los ocho años. Solo en la frente, una mañana llegó a contabilizar noventa y ocho. Horrorizado, suspiró:

—¿Varicela? —Patricia movió la cabeza afirmativamente—. Uff, espero que no sea eso porque...

El nudo que se le acababa de formar en la garganta no le permitió decir nada más.

Poco después, justo antes de acceder al despacho, ella le preguntó:

—¿Le apetece un café para aplacar los nervios o prefiere enfrentarse al toro con el estómago vacío?

—Prepáreme un café. —Jorge se retiró el flequillo de la frente—. Bien cargado, por favor. No he pegado ojo en toda la noche por culpa de este dolor de espalda.

—¡Ja, se lo dije! Eso le pasa por cabezota —sonrió perversa—. Solo a un tontorrón como a usted se le ocurre salir a la calle con las canillas al aire con el frío que hace.

Jorge puso los ojos en blanco.

—¿De qué me está hablando?

—No se haga el tonto porque no cuela. El martes por la tarde se empeñó

en salir a correr y fijese cómo está; achacoso como un viejo de ochenta años.

—Estuve en casa toda la tarde.

—Lo sé —suspiró—. Pero el tiempo que estuvo en el porche fue suficiente para enfermar.

—Yo no estoy enfermo —musitó el actor—. Simplemente estoy un poco cansado.

Patricia lo miró con gesto preocupado y, evaluando las profundas ojeras que adornaban sus ojos, anunció chinchosa:

—¿Cansado? —Él asintió—. Mmm, pues no sé qué quiere que le diga, pero yo creo que no tiene buena cara.

Él sujetó el pomo de la puerta y, guiñándole un ojo con complicidad, tartamudeó:

—Estoy..., estoy bien. Solo tengo un ligero dolor de garganta y unas ligeras molestias en la espalda.

—¿Solo? —respondió ella con un tono de voz que llevaba implícito un «ya te lo dije».

—Que estoy bieeen... —Patricia puso los ojos en blanco—. No se preocupe tanto. Además, recuerde que el pasado es para reflexionar, no para repetirlo. Le aseguro que he aprendido la lección.

Irónica, después de tocarle la frente y cerciorarse de que no tenía fiebre, comentó ella:

—El problema es cuando el pasado condiciona el presente. No lo olvide.

Él sonrió.

—Patricia, yo...

—¡Ale, ale, ale! Espabílese y déjese de tanta cháchara. Enseguida le acerco su matarratas.

Raúl Aguirre se levantó como un reactor del sillón cuando Jorge entró en el despacho.

—Joder, ¡cuánto tiempo! —vociferó palmeándole enérgicamente el hombro—. ¿Cómo estás, muchacho? Mmm, te noto raro. ¡Déjame ver! ¿Te has dejado el pelo más largo, verdad?

—No —negó categóricamente. Sabía que aquellas preguntas eran un mero formalismo

—¿No? Mmm, no sé chico. Te noto..., te noto algo raro en la cara. Déjame que te vea. Estás..., estás pálido como la cera, como si hubieras visto

un fantasma, pero creo que eso no es. Te has hecho algo. ¡Seguro! ¿La nariz quizás?

—Nada —admitió Jorge entre dientes, aguantándole el apretón de manos—. Todo lo que ves es natural.

—Eso dice la mayoría.

—Ya. Pero yo no soy como la mayoría.

—Bueno, bueno, bueno...

—¿A qué has venido, Raúl?

El representante obvió la pregunta del actor e inquirió:

—¿Cómo está tu pequeña? Seguro que ya tiene que ser toda una señorita.

—Un poco pachucha —afirmó Jorge con un tono de voz cortante. Se peinó el flequillo respondiendo a ese acto involuntario tan característico de su persona y, al poco tiempo, los rizos volvieron a cubrirle la frente.

Raúl levantó la tarjeta que Natalia le había regalado a Jorge un año antes por el día del padre y que este conservaba junto al ordenador. La abrió, la ojeó y colocándola nuevamente sobre el escritorio, afirmó:

—Criar a niños pequeños puede ser un trabajo duro y monótono. A veces es tan agotador física y emocionalmente que nos encantaría que se hicieran mayores cuanto antes, ¿verdad? —Jorge esbozó una dura sonrisa, pero no dijo nada—. ¿Recuerdas a Sergio?

—Vagamente.

—Entonces mejor ni te cuento porque se ha vuelto un chuleta de mucho cuidado y Martina... ¡Uff! Martina está..., está... ¡A ver cómo te lo digo! —Puso los ojos en blanco—. Martina está insufrible. Lleva unos días reclamándole a Isabel más libertad.

—Se está haciendo mayor.

—Imagínate... —Abrió los ojos de par en par—. ¡¡LIBERTAD!! ¿Te lo puedes creer? Tan solo tiene doce años y ya quiere hacerse un tatuaje en las costillas.

Sin ganas de dar muchas explicaciones, Jorge se limitó a decir:

—Afortunadamente, Natalia es una niña muy buena y no me da ningún tipo de problema.

Raúl Aguirre se pasó la mano por el mentón y, abriendo los ojos de par en par otra vez, comentó con voz seca y cortante:

—Jorge, escúchame bien. ¡Lo hará!

—No lo creo.

—Uuuuu... Líbrame de las aguas mansas que de las malas me libro yo.

—Raúl...

—Ay, discúlpame, Jorge —farfulló acercándose a la hermosa mujer que se encontraba junto a la ventana observando el jardín trasero—. Ya sabes que siempre me lío a hablar y se me va el santo al cielo. Te presento a...

—Helena Argüelles —anunció ella extendiendo su mano con determinación—. Encantada de conocerle, señor Fernández.

Durante unos segundos, Jorge observó ensimismado aquellos ojos claros, almendrados y avergonzados que parecían estar haciéndole un escáner. Tomó aire, sonrió furibundo, paseó la mano por su larguísimo flequillo ondulado y, como si estuviera masticando las palabras, musitó:

—¿Ha dicho usted que se llama...?

El corazón se saltó un par de pulsos cuando ella agitó erráticamente sus largas pestañas y tartamudeó con una musicalidad suave:

—Helena Argüelles.

—Helena... —carraspeó.

—Así es. —El cejo formó una línea horizontal perfecta en su frente—. Helena con hache.

Jorge observó cómo un ligero rubor se apoderaba de los pálidos pómulos de aquella mujer. Incapaz de evitar la diversión en su voz, sonrió con sugerencia antes de decir:

—Encantado de conocerla.

Durante unos segundos, Helena disfrutó en silencio de cada pliegue, de cada peca y de cada una de las traviesas ondas que caían en cascada por la frente del actor cubriéndole parcialmente los ojos. Concentrada en las sombras que a él comenzaban a oscurecerle el mentón, balbució finalmente:

—El placer es mío, señor Fernández. Tiene usted una casa muy bonita.

—Jorge siempre ha sabido rodearse de cosas exquisitas —afirmó Raúl acariciándole el hombro—. Salvo de una mujer hermosa como tú.

Sobrecogida por aquella declaración, tartamudeó ella:

—¿Es usted...?

—¿Gay? —inquirió Raúl. Al ver que Jorge no confirmaba nada, abrió los ojos de par en par y preguntó alarmado—: ¡Jorge, ¿eres gay?!

—No —respondió automáticamente al tiempo que apretaba la mandíbula y enarcaba impasible una ceja.

—Helena... —Raúl suspiró aliviado—. Jorge es lo que hoy en día viene siendo un soltero de oro, un hombre sagaz que no se ha dejado engañar por las malas artes de una mujer y que...

—Lo..., lo siento, señor Fernández —bisbiseó ella sintiendo cómo el rubor se apoderaba de sus mejillas—. Algunas veces debería morderme la lengua.

—Oye —dijo el representante tratando de desviar la conversación—. No es por meter cizaña, pero...

—Por supuesto —soltó Jorge jugueteando con uno de los rizos de su flequillo—. Eso es algo que a ti no te gusta hacer nunca, ¿verdad?

Aquello había sido un dardo envenenado en toda regla.

—¿Por qué no cierras el pico y me escuchas? —La voz de Raúl sonó seca y autoritaria—. Tengo que anunciarte algo importante.

Jorge se retiró el flequillo de la frente y se acomodó en una silla.

—A ver con qué vas a venir ahora —resopló cerrando los ojos con fuerza, tratando de controlar la sonrisa que amenazaba con elevar las comisuras de sus labios.

—Hace seis años que no trabajas.

—Vaya... ¡Qué gran noticia!

—Oye, escúchame —sugirió su representante.

—Raúl —suspiró. Al hacerlo se echó hacia atrás sobre las dos patas traseras valiéndose de un pie para columpiarse en el asiento—. No es la primera vez que mantenemos esta conversación, ¿me equivoco?

—No, pero...

Jorge observó que el rubor no había desaparecido aún de las mejillas de Helena.

—Pero ¿qué? Sé perfectamente cuánto tiempo llevo sin trabajar. Un *e-mail* hubiera sido más que suficiente para recordármelo. De hecho, te hubiera ahorrado un largo viaje.

Raúl se revolvió en su asiento. Una llamada subió por su esófago como si en su estómago hubiera explotado una granada y la deflagración hubiera desintegrado sus paredes, dándoles libertad para expandirse.

—El público termina olvidándose de los actores si no los ve aparecer en pantalla durante un tiempo.

—¿El público? —repitió el actor observando distraído el efecto del viento sobre los árboles en el exterior—. ¡Ya!

Aunque sus manos y sus rodillas no habían dejado de temblar, Helena Argüelles se atrevió a decir:

—El mundo del aplauso es realmente interesante, señor Fernández. ¿No le parece?

Jorge percibió una risita tímida vibrando en sus tímpanos. ¿O era quizás el latido de su corazón que marcaba el ritmo de la sangre que circulaba a toda velocidad hasta su entrepierna?

Concentrado en los maravillosos ojos claros de aquella mujer que tan bien se había aprendido el discurso de Raúl, musitó:

—No deja de asombrarme que el hecho de hacer ruido cuando algo nos gusta llegue a tener tantos matices.

Helena Argüelles cruzó las piernas y la falda subió sutilmente unos centímetros en sus muslos. Tras humedecerse los labios con sugerencia, entrelazó las manos sobre las rodillas y afirmó:

—Es usted afortunado, señor Fernández.

—¿Lo soy? —Enarcó una ceja.

—Debe ser una sensación muy agradable que el público le aplauda después de hacer un buen trabajo.

Jorge estudió cada una de las palabras de aquella mujer. Sus gestos desprendían ese tipo de sinceridad al que pocas personas están acostumbradas. Tras unos segundos de meditado silencio, afirmó:

—Crecer personal y profesionalmente es comprender que hay momentos en la vida en los que el silencio es la mejor respuesta.

—¿Usted cree? —insistió ella.

—Helena, los aplausos, como todo en la vida, son efímeros.

—¿Sí? —inquirió percibiendo cómo se le erizaba la piel de la nuca cuando el actor levantó las cejas.

—Ajá —asintió él—. Hay que disfrutarlos y olvidarlos al momento. Si no, se corre el riesgo de que la vanidad te atrape.

Patricia accedió al despacho con una bandeja en las manos. La apoyó en una mesita auxiliar y comenzó a servir el café en las tazas.

—Jorge se considera más artesano que artista —admitió Raúl dirigiéndose a su secretaria que permanecía con las piernas cruzadas y no dejaba de jugar con el bajo de su falda.

—Van a disculpar mi intromisión —carraspeó Patricia—, pero hay artistas que al bajarse del escenario creen que la gente tiene que seguir aplaudiéndoles y van por el mundo como si fueran gente que no va al lavabo. Jorge Fernández no es así.

El silencio que vino después se podía cortar con un cuchillo.

—Ehm, si me disculpan... —intervino Helena Argüelles con su voz suave y un tanto nerviosa. Raúl había sido tajante con ella horas antes al

decirle: «Haz lo que sea para que esa urraca con la que convive Jorge no esté presente durante la reunión»—, he de ir al baño.

—Por supuesto —respondió el actor dándole un breve asentimiento educado—. La señora Ramírez le indicará el camino.

Patricia curvó los labios.

—Señorita, acompáñeme si es tan amable.

Cuando Jorge se quedó a solas con el representante, su tono de voz se endureció ligeramente.

—Oye. Ten cuidado con lo que le dices a Patricia, ¿entendido?

Raúl vertió dos terrones de azúcar morena en la taza y comenzó a girar la cuchara para diluirlos en el café.

—Si no te conociera bien consideraría tus palabras como una amenaza.

—Tómalas como quieras —murmuró cruzándose de brazos en un gesto protector—. ¿A qué demonios has venido?

—A verte.

—Llevas casi una hora aquí.

—Treinta y cinco minutos para ser exactos —aseguró observando las manecillas del reloj.

Jorge puso los ojos en blanco al escuchar aquello.

—Para mí eso es ya demasiado tiempo.

—No te lo tomes a mal, pero nunca podré llegar a entender la sobreprotección que esa mujer ejerce sobre ti.

—Me tiene cariño y yo a ella —admitió el actor defendiendo a Patricia.

—No soporto el forofismo Hooligan que traga con todo lo que dicen o hacen sus ídolos y repudia o menosprecia lo que dicen los demás. Escúchame bien, Jorge. Aleja a esa mujer de tu vida porque no te conviene.

Sintiendo cómo la sangre le burbujeaba en las venas, respondió el actor:

—¿Qué pasa, Raúl? Esta noche he dormido fatal, me duele la cabeza y mi hija está enferma. ¿Cuánto tiempo más va a durar esto? ¿Para qué cojones has venido hasta aquí?

Sosteniendo la taza medio vacía en alto, Raúl Aguirre dio un paso al frente y anunció con cierto sarcasmo:

—Jorge, tenemos que hablar.

Un escalofrío le recorrió la espalda, quemándole como si fuera ácido. Con el mismo tono agrio que estaba utilizando su representante, afirmó el actor:

—No has parado ni un segundo desde que has llegado. El problema es

que aún no has dicho nada interesante.

Raúl Aguirre compuso una pequeña sonrisa pero rápidamente se le borró.

—Voy a ser claro, Jorge.

—¡Por fin! —suspiró entre dientes.

—Tienes que trabajar.

Jorge se peinó el flequillo con los dedos antes de decir:

—Dime algo nuevo, Raúl. He pasado una noche de perros.

—Antes hacías tres, cuatro y hasta cinco películas al año. Sin embargo, desde que Natalia llegó a tu vida...

—Shhh, te lo ruego. No sigas por ahí porque te vas a quemar.

Jorge Fernández retorció con nerviosismo el pico de una servilleta de papel. El corazón comenzaba a latirle con fuerza en el pecho como si acabara de finalizar una carrera de cuarenta kilómetros.

—Llevas años sin salir en pantalla —insistió Raúl—. Te recuerdo que cuesta mucho relanzar la carrera de un actor olvidado por el público.

Eso había sido un golpe bajo.

—¿Aún no te has dado cuenta de que hace años me enfrenté a muchas emociones fabulosas y todavía tengo resaca en el cuerpo?

Jorge se puso de pie y se sirvió un vaso de agua. El azúcar le había dejado la boca pastosa. Se volvió a sentar cuando Helena Argüelles —aquella hermosa, sugerente, sensual y atractiva mujer de impresionantes ojos claros y melena oscura— volvió a aparecer.

—Esa no es la cuestión —comentó Raúl, circunspecto—. Tienes que...

—Supongo que necesito un poco de paz interior o de parón creativo para encontrar de nuevo la pasión por mi profesión —le interrumpió Jorge—. En estos momentos tengo la cabeza emborronada de personajes.

—Piénsalo bien. —Esta vez fue Raúl Aguirre el que se levantó. Al hacerlo, tropezó con el zapato de Helena. Tras unos segundos de desconcierto, se acercó a la ventana con paso lento. Su voz adquirió una tonalidad mucho más suave al decir—: Jorge, si te lo propones puedes estar en la cresta de la ola otra vez. Una vez más...

Estudiando distraídamente las líneas de su mano derecha, afirmó el actor:

—Estoy harto de emocionarme y de sentir cómo la ilusión se apodera de mi interior para llenarme momentáneamente con sonrisas, suspiros y dispersión. No es el momento, Raúl. ¡Créeme!

—¡Tonterías!

—Ahora necesito otras cosas. —El blanco de sus ojos refulgió sobre la piel acerada de sus párpados—. Necesito encontrarme a mí mismo, recuperar la calma mental y la posibilidad de centrarme en otro tipo de cosas: en mi hija, por ejemplo. Y en mí, sobre todo en mí.

Raúl soltó bruscamente el aire que tenía acumulado en los pulmones y comentó con desgana:

—Soy de los que piensa que no existe la verdad absoluta, que las cosas están en cambio constante y que lo que hoy es blanco mañana puede ser crema y al cabo de unos años naranja, ¿quién sabe!

—Necesita recibir el aplauso, señor Fernández —intervino Helena tímidamente reinterpretando su papel.

Jorge le sonrió con ternura y negó con la cabeza.

—Como dice mi secretaria —prosiguió Raúl—, pese al tiempo y la distancia, el aplauso seguirá existiendo si te lo planteas.

—Ya sabes cuál es mi respuesta —suspiró Jorge con resignación, encogiendo los hombros, apretando los labios y con un movimiento de cabeza que osciló de izquierda a derecha.

El representante se apoyó en el escritorio y mientras tamborileaba nervioso los dedos en la madera dijo con tono autoritario:

—Considéralo al menos.

—No —espetó incendiario.

—Hay una productora interesada en ti para hacer una película que a todas luces se va a convertir en un éxito incluso antes del estreno —insistió—. ¿Qué me dices?

Obcecado en su respuesta, contestó:

—Raúl, pierdes el tiempo. De verdad.

—Mirar hacia atrás es realmente perder el tiempo. Es más, si el pasado fuese bueno se llamaría presente.

Jorge puso los ojos en blanco.

—O futuro —suspiró controlando la respiración con inhalaciones profundas y pausadas.

—Jorge, en esta profesión el público es el don más sagrado que se nos da. ¿Lo entiendes? Vuélvele la espalda y entonces no tendrás nada. Créeme. ¡NA-DA!

Alto y claro, peinándose con nerviosismo una, dos, tres, hasta seis veces las traviesas y descontroladas ondas de su flequillo, reclamó el actor:

—¿Cómo quieres que te lo diga, Raúl?

—Dime al menos que lo pensarás.

Jorge Fernández se cruzó de brazos y se mordió el labio inferior. Su rostro estaba serio cuando cerró los ojos y musitó:

—Raúl, ya te lo he dicho. No tengo nada que pensar. No es ¡NO! Punto.

4

—¿Eso era necesario? —murmuró Helena Argüelles cuando Raúl pisó a fondo el acelerador y se incorporó a la autovía. El tráfico, aunque era denso, fluía bien por la carretera.

—¡¿Qué, si se puede saber?!

—Decirle a la señora Ramírez que se va a quedar en el paro si Jorge Fernández no decide hacer la película. Eso es jugar sucio.

Distraído, mientras evaluaba el perfil de sus uñas y tamborileaba el volante con el pulgar, respondió él:

—Algunas veces es la única forma de que los planes salgan bien.

Helena se rascó la frente y tragó saliva antes de decir:

—Es un chantaje en toda regla, Raúl. Lo que has hecho es..., es...

—Una táctica demasiado agresiva que ha conseguido su objetivo: sacar a Jorge de sus casillas —admitió sin contemplaciones mientras le acariciaba provocativamente la oreja izquierda.

A pesar de que la mañana estaba nublada, Helena Argüelles se parapetó tras sus gafas de sol. Molesta, apoyó el codo en la puerta, movió la rodilla cuando Raúl comenzó a tocarle la pierna y, desviando los ojos de la carretera, observó el paisaje a través de la ventanilla. En el exterior, el viento mecía las copas de los árboles con fuerza.

—Esa extraña forma tuya de actuar es un poco...

—Ruín, mezquina, miserable... —comentó alzando ligeramente el labio superior—. Lo sé, muñeca. ¡LO SÉ!

Accionó el intermitente y esperó a que le sobrepasara un Opel Corsa para volver a pisar a fondo el acelerador y adelantar a un camión.

—¿Lo sabes?

—Nuestra profesión requiere de una mentalidad especial.

Helena Argüelles se quitó las gafas de sol y, lanzándole una mirada lobuna, espetó:

—Que tu representante te coloque en la diana y te dispare sin pedir permiso como si de un elefante africano se tratara debe ser una sensación extraña. Si me permites que te dé mi opinión...

—Yo no te la he pedido —le cortó él otra vez.

—¡Me da igual! —vociferó ella con el rictus desencajado.

—Y a mí también que a ti te lo dé.

—Raúl, creo que te has pasado siete pueblos y medio.

Desembragando con dificultad tras un cambio brusco de marcha, contestó él:

—Mira guapa. Yo más que nadie sé lo mucho que ese hombre está luchando por ser fiel a sus sentimientos. Pero como bien sabes, la vida no funciona solo a base de sentimientos.

Helena abrió el bolso, guardó las gafas de sol y las sustituyó por las graduadas.

—No estoy muy de acuerdo, Raúl.

—Hay muchas cosas detrás de este negocio que TÚ no conoces.

Al escuchar aquello, Helena frunció el ceño, se quitó las gafas, cogió una toallita húmeda y comenzó a limpiar los cristales. Con los ojos anegados de rabia, contestó:

—Pues no te molestes en explicármelo porque no quiero saberlas.

Raúl encendió la radio. Un segundo después volvió a apagarla y colocó su mano derecha sobre la rodilla izquierda de Helena. Al ver cómo a ella se le tensaban los músculos, susurró con voz suave:

—Muñeca, el destino no nos pone tareas que no podamos superar. ¿Me sigues?

Helena sintió cómo el estómago le daba un vuelco. Después de la batalla, lo que más odiaba de Raúl era aquel tono empalagoso y tranquilizador con el que siempre trataba de camelarla.

—Vagamente —suspiró al percibir cómo la mano de él comenzaba a subir peligrosamente por su pierna.

Antes de que el silencio se levantara entre ambos como un muro difícil de franquear, Raúl comentó con voz acompasada:

—La vida es muy corta para vivir solo un boceto así que comprenderás que a Jorge le ha llegado la hora de asumir que la decisión que tomó hace seis años no es la mejor.

—¿Alguna vez has comprendido el significado de un NO?

—No —sentenció él dando por zanjada la conversación.

Cuarenta y cinco minutos después, mientras maniobraba para cuadrar el coche

perfectamente en la plaza de aparcamiento, Raúl Aguirre se atrevió a decir:

—Oye, muñeca. ¿Qué te pasa? —Helena lo miró a través de los cristales cuando él le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. No tienes muy buena cara. ¿Quieres subir?

Aunque aquella pregunta había desatado una oleada de excitación entre sus piernas, respondió cortante:

—¡No!

—¿Por qué? —insistió él con la mandíbula en tensión. Deseaba que ella dijera que sí.

A duras penas, percibiendo cómo el fuego incandescente bajo su piel deshacía cualquier pensamiento racional, balbució Helena:

—Porque no es el momento. Punto.

—Muñeca, quiero que sepas que lamento tanto como tú todo lo que ha pasado hace un rato —susurró él acercándose a ella para besarle en el cuello, justo detrás de la oreja—: Mmm, hueles de maravilla.

Sus ojos se volvieron un poco más oscuros, con más matices, cuando su mano se abrió paso entre sus muslos.

—Raúl... —suspiró Helena cuando él retiró el encaje de su ropa interior y comenzó a acariciarle íntimamente.

Excitado, mientras le rozaba el cuello con la punta de la nariz y su mano se adentraba un poco más entre sus piernas, suplicó él:

—Por favor, di que sí.

Helena Argüelles gimió al percibir cómo uno de los dedos de Raúl acariciaba la piel que, arrebolada, palpitaba entre sus pliegues. El corazón comenzó a martillarle en el pecho e incluso se saltó un par de pulsos. Un calor tórrido y febril le recorrió la curva de la espalda, se concentró en su nuca y le envolvió el cráneo. Extasiada, entornó los ojos, se echó hacia atrás hasta apoyar el cuello en el reposacabezas y se humedeció los labios justo antes de que él acercara los suyos para besarlos.

—Di que sí —insistió él con un tono de voz mucho más exigente. Ahogado por su propia excitación, añadió a modo de súplica—: Helena, tú..., yo..., los dos..., los dos podemos disfrutar de este momento si..., si...

—Raúl —jadeó ella con las pulsaciones a mil cuando los exigentes, fríos y posesivos dedos de Raúl atraparon el botón que se ocultaba entre sus pliegues. Arqueando la espalda para facilitar el acceso, suspiró—: Ohhhh...

—Ya sabes que tú... —resopló él acaloradamente hundiendo un poco más los dedos entre los lubricados pliegues de Helena—, que tú eres la única

mujer de la que no quiero huir.

—¿Sí?

—Uff, estás..., estoy...

Ambos estaban acalorados. Él, incluso más que ella.

—Ra..., Ra... —gimió Helena cuando su vagina envolvió los tensos dedos de él—. ¡Raúl!

—Siento que esto me está matando, muñeca —ronroneó él con respiración laboriosa mientras su mano se apretaba a la de ella obligándola a envolver la abultada y palpitante erección que cargaba entre las piernas—. ¿Qué te parece si tú..., si tú y yo..., si tú y yo jugamos un ratito a los médicos?

Aquella forma tan insensible que él utilizaba siempre que hablaban de su relación hizo que Helena Argüelles tomara una decisión: alejarse de él. Así que, golpeándole enérgicamente en el hombro, se apartó de él y, dándole la entonación precisa a las palabras que bullían desordenadas en su mente, gruñó enfadada:

—¡Vete a la mierda, Raúl! Yo..., tú..., nosotros...

—¿Qué te pasa? —jadeó él alzando las cejas con extrañeza.

Molesta por aquel absurdo comentario, Helena salió del coche y repitió con toda la soberbia que fue capaz de encontrar:

—¡Vete a la mierda, Raúl! Hemos terminado.

Aquella tarde, lo primero que hizo Helena al llegar a casa después de comprar en la Calle Preciados un sujetador y tres pares de medias fue llamar a Clairett.

—Necesito un favor muy urgente —soltó sin esperar al típico «¿dígame?» con el que su hermana siempre respondía el móvil.

—Helena, ¿qué quieres? Sabes que no me puedes llamar a estas horas.

—Ho..., hola —tartamudeó.

—¡Vaya! Eso es lo mínimo que hay que decir cuando llamas a una persona, ¿no crees? —Clairett parecía molesta—. Menos mal que el móvil es un chivato y me avisa quién está al otro lado de la línea, porque si no... Te lo juro, Helenita. Como vuelvas a llamarme otra vez con estos humos, te mando a freír puñetas.

—No tengo ganas de discutir —le avisó. Todavía su cuerpo rezumaba esa clase de excitación previa al orgasmo—. Me duele la cabeza y... Uff, estoy..., estoy muy cansada. ¡Créeme!

—Tómame un Gelocatil.

Helena sonrió sutilmente. Su hermana tenía respuesta para todo, incluso para lo más obvio.

—Necesito... En fin. ¿Dónde estás?

—¿Tú qué crees? —respondió Clairett con sarcasmo—. ¿Dónde puede estar una currante a estas horas? ¿En el cine, tal vez?

—Tú sabrás —contestó mordaz.

—Mmm, preferiría que fuera en un balneario de aguas termales lleno de masajistas de aguerridas manos y cuerpos de escándalo sin camiseta, pero...

Helena percibió un ligero cosquilleo en torno al pubis al oír aquello. Su cuerpo aún conservaba los signos del deseo carnal insatisfecho.

—¡¡Clairett, por favor!! —exclamó con autoritarismo.

—Por favor, ¿qué?

—¡¡Basta ya!!

—Vaya. No me digas que tú no te animarías a que un masajista cañón te hiciera un trabajito manual. Te aseguro que lo pasarías pipa. —Un incómodo silencio se levantó al otro lado de la línea. Al cabo de unos segundos, fue Clairett la que volvió a preguntar—: Oye, ¿sigues ahí?

Helena se tomó su tiempo en contestar.

—¿Puedes hablar? —inquirió con un tono de voz que denotaba cierto enfado—. ¿Sí o no?

Clairett suspiró. En ese momento se oyeron unas fuertes risotadas a su espalda y voces que provenían del despacho de Gabriel, su jefe.

—No es un buen momento, Helenita —le advirtió.

—¿Cuándo vas a llegar?

—No lo sé. Tengo mucho trabajo atrasado y Gabriel está que fuma en pipa —mintió.

Un ruido extraño como el del plástico al arrugarse se coló a través de la línea.

—Clairett, ¿te queda mucho? —Manuela aguardaba impaciente junto a la puerta del despacho de Gabriel con la cámara de fotos, la tarta y los regalos con los que pretendían sorprender a su jefe por sus veinticinco años al frente de la empresa—. Esto pesa y... me duelen los brazos.

—Un minuto, Manuela, un minuto —solicitó levantando un dedo.

—Clairett, ¿estás ahí?

—Sí. ¿Qué ocurre, Helenita? —resopló—. Imagino que no será nada grave porque si así fuera ya me habría telefoneado la policía, la Guardia Civil o incluso la Interpol.

—¿Por qué siempre eres tan exagerada para todo?

Clairrett prefirió no entrar al trapo.

—Oye. ¿Es algo que puede esperar? —Helena no dijo nada, al menos inmediatamente—. Dime que sí, hermanita. Por lo que más quieras. ¡DIME QUE SÍ!

Helena inspiró y se limitó a negar con la cabeza. Antes de colgar, burlándose de la imagen que le ofrecía el espejo, musitó resignada:

—Por supuesto. Puede esperar, no te preocupes.

Helena Argüelles pasó el resto de la tarde afirmando que ya no sentía nada por los besos de Raúl. No podía permitirse el lujo de seguir engañándose. ¿O sí?

—Llego tarde. Lo sé, lo sé —afirmó Clairrett colándose como un reactor en el cuarto de baño cuando apareció por casa a las nueve menos cuarto de la noche. Mientras se bajaba los pantalones, gritó entusiasmada—: Siento lo de antes, Helena. Hoy hace veinticinco años que Gabriel fundó la empresa y ¡qué casualidad! Tú llamaste en el momento justo cuando íbamos a darle una sorpresa y... Por cierto, ¿cómo estás?

Helena abrió la puerta, se apoyó en el quicio y afirmó con rigidez:

—He tenido días mejores.

—Déjame adivinarlo —sugirió Clairrett mientras se lavaba las manos—. Estás así por Raúl, ¿me equivoco?

Helena forzó una sonrisa y le dio la espalda.

—¡Oye! —vociferó—. No me dejes así.

Cuando Clairrett desplegó su kit de maquillaje sobre la vieja mesa de madera que había frente al sofá, hacía más de diez minutos que a Helena se le había consumido el décimo sexto cigarro de la tarde.

—Chochete, ¡cuéntame! —Comenzó a suavizar el perfil de una uña que se le había roto—. ¿Qué te pasa?

Helena cogió otra lima.

—He dejado a Raúl.

Clairrett pasó la uña por la tapicería del sofá para comprobar si le quedaba algún pico sin limar.

—Ese tío es un estúpido. —Helena suspiró y puso los ojos en blanco—. Ya iba siendo hora de que te dieras cuenta.

—El amor es una ruleta rusa.

—Sí. Un estado de enajenación mental transitoria —musitó Clairett volteando los ojos con comicidad.

Helena se mordió el labio inferior antes de corroborar:

—Y he vivido en una nube hasta hoy.

—La vida a veces es saltar, soltar, fluir, hacerse mierda..., pero con estilo. No te enfades, hermanita, pero me alegro de que se haya pinchado tu nube aunque ello haya supuesto que esta noche todo Madrid esté colapsado por culpa de la lluvia.

Helena compuso una mueca con los labios que en nada se asemejaba a una sonrisa.

—Ja, ja, ¡ja!

Antes de que se instalara un incómodo silencio entre ellas, comentó Clairett:

—Hay una verdad acerca de los hombres que es bastante patética pero indefectiblemente cierta: algunos son gilipollas. Y Raúl...

—Raúl es precisamente uno de ellos —concedió Helena ajustándose la montura de las gafas en el puente de la nariz—. Un gilipollas integral.

Su tajante respuesta cortó a Clairett la respiración.

—Es un hombre tóxico. Guapo, eso sí, pero muy, muy, muy tóxico.

Helena revolvió inquieta las manos y, dándole la razón a Clairett, apuntó:

—Y un déspota intelectual con la mente muy cerrada.

—Un gilipollas a fin de cuentas —concluyó al percibir el brillo de las lágrimas en los almendrados ojos claros de su hermana.

Durante más de diez minutos, ambas permanecieron en silencio. Helena con los músculos del cuello en tensión, tratando de admitir un hecho indiscutible: que Raúl era un necio. Y, como aseguraba Clairett, un gilipollas. Un gran gilipollas.

—Decía un profesor de la facultad al que le tuve gran aprecio —comentó Clairett cuando el silencio se volvió incómodo—, que cada día debemos disponer de una media hora para reflexionar sobre lo que hacemos y acerca de las ideas que queremos poner en práctica.

—¿Eh?

Helena sacudió enérgicamente la cabeza para quitarse de encima ese molesto descubrimiento que le había permitido darse cuenta de que Raúl era un auténtico gilipollas.

—Tierra llamando a Houston.

—Ehm, lo siento. Estaba pensando en...

—¿En Jorge Fernández? —susurró Clairett guiñándole un ojo con picardía.

—¿Se puede saber de qué narices estás hablando?

—Dime, hermanita. —Apoyó el pie en el brazo del sofá y comenzó a pintarse las uñas—. ¿Cómo es él?

Helena puso los ojos en blanco y, recuperando ligeramente el humor, canturreó:

—¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿De dónde es? ¿A qué dedica el tiempo libreee?

—Pregúntaleee, ¿por qué ha robado un trozo de mi vidaaa? Es un ladrón, que me ha robado todooo... —vociferó Clairett como una posesa—. Ay, eso era el estribillo de una canción de Perales, ¿no?

—Uff —resopló Helena cuando su hermana humedeció el pincel en el esmalte—. Qué mal huele eso.

—Oye, no te vayas por las ramas que te conozco. Dispara de una vez.

Con una experta maniobra distractora, Helena Argüelles levantó la mano derecha y, simulando que el pulgar era el pistón y el índice el cañón, cargó su arma imaginaria.

—¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! —exclamó.

Clairett le lanzó una mirada indescifrable.

—¿Cómo es Jorge Fernández? —insistió con la paciencia al límite.

A Helena se le tensaron los músculos del cuello otra vez. Comenzó a jugar con el pistón de su mechero

—No lo sé.

—Se rumorea por ahí que... Mmm, ¿es verdad que...?

—Clairett, sabes que a Raúl no le gusta que hable de sus representados.

Manteniendo el pincel del esmalte de uñas a medio camino entre el frasco y el dedo gordo del pie izquierdo, bufó Clairett:

—Raúl, Raúl, Raúl. ¡¿Cuándo vas a dejar de hablar de ese mamón?! —Helena frunció los labios y se encogió de hombros a modo de disculpa—. Vamos, hermanita. Las dos sabemos que eso de que no puedes comentar nada es incierto.

—Clairett, por favor...

—Ay, ¿no recuerdas lo que decía mamá?

—Sí. Que entre hermanas nunca debe haber secretos, pero...

—Seré una tumba. Palabrita del niño Jesús.

Pensativa, Helena comenzó a peinarse con los dedos la exuberante melena brillante que le caía por encima de los hombros. Al cabo de unos segundos de profunda y misteriosa meditación, le advirtió a Clairett:

—Si le cuentas esto a alguien te cortaré las orejas y te las graparé en el cuello, ¿entendido?

—¡Uisss, esto se merece una copita de vino! —exclamó Clairett con jovialidad mientras caminaba sobre los talones en dirección a la cocina—. Ya sabes que a la vida le quitas las locuras, las risas, el jamón, las gambas y el vinito y se convierte en un documental.

—Y ¿qué me dices del sexo?

Como si acabara de tropezar con un muro, Clairett se detuvo en seco, giró sobre sus talones y, ajustando la posición de sus ojos, inquirió:

—¿Tinto o blanco? ¿Qué prefieres?

—Tinto.

—Mmm, buena elección.

—Con un poquito de casera, por favor.

—¡¿Qué?! —exclamó Clairett con cara de asco—. Eso ya me gusta menos.

Mordaz, al ver el entusiasmo con el que su hermana abría los armarios para coger un par de copas, añadió Helena:

—Ya que te pones, no nos vendrían mal unos taquitos de queso y unas lonchitas de jamón, ¿no crees? Lo digo para que la historia no se convierta en un documental —sonrió.

—¡Eso es! —vociferó Clairett tirando por los aires un par de servilletas como si se tratara de confeti—. ¡Al cuerno con los michelines!

—Ahora que los mencionas... ¿Has ido al médico?

La pregunta llevaba una intención clara de desviar el tema de conversación.

—Sí, esta mañana temprano. Pero ¡mucho ojo!, Helenita. Te conozco perfectamente y sé que estás tratando de despistarme. Te lo aviso —dijo señalándola con el corcho—. No me voy a olvidar del tema que tú y yo tenemos entre manos.

Helena, sin apenas escucharla, volvió a preguntar:

—Y ¿qué te ha dicho?

—¿Quién?

—El médico.

—Ah, nada que no supiera ya. Que tengo un poco de anemia, las

plaquetas bajas y...

—¿Y?

—Lo de siempre —declaró volteando los ojos con comicidad—, así que olvídale y dispara de una vez si no quieres que...

—¡Pum!

Clairett colocó la bandeja con las copas y los platos sobre la mesa y se dejó caer a plomo sobre la alfombra.

—¡Ah! —gritó expectorando como si estuviera a punto de morir.

—Vaya, qué puntería tengo.

—Auuu —protestó Clairett recuperando la compostura—. Me has dado en el corazón.

—¡Oh, qué pena!

Clairett bebió un sorbito de vino y, apuntándola con la lima de uñas que estaba apoyada en el brazo del sofá, exclamó entre dientes como si fuera la mala de la película:

—Oye, vamos a ponernos serias. Suelta esa lengua de una vez y cuéntame lo que te está corroyendo por dentro, Helenita.

—Mis labios están sellados.

—Jooo...

Clairett flexionó las piernas, echó ligeramente el cuerpo hacia atrás y caminó como si con las rodillas estuviera arrastrando un saco de patatas.

—...

Colocando las manos a la altura de las caderas como si llevara un cinturón con dos pistolas, engoló la voz pesadamente y exclamó:

—Helenita, suéltalo de una vez si no quieres quedarte esta noche sin queso.

5

La madrugada del sábado al domingo, Jorge Fernández se despertó sobresaltado. Un extraño cosquilleo se había apoderado de su brazo izquierdo como si cientos de hormigas le estuvieran mordiendo la carne bajo la piel.

Entornando los ojos hasta que sus párpados dibujaron dos delgadas líneas, estudió los dígitos de un rojo chillón que mostraba el reloj que había sobre la mesita de noche y, al comprobar que tan solo eran las tres y veintitrés, resopló y se dio media vuelta.

Diez minutos después, con la sensación de que el brazo izquierdo no formaba parte de su cuerpo, salió de la cama y se acercó al cuarto de baño. El espejo le ofreció una imagen horrible: ojos hinchados, sombras oscuras en los párpados, pelo revuelto... ¡Un desastre humano en toda regla!

Abrió el grifo y se lavó la cara. La frialdad del agua reactivó ligeramente la circulación de su mano izquierda.

—Qué cara tienes, Jorge. ¡QUÉ CARA! —le susurró al reflejo que le ofrecía el espejo mientras los dedos de su mano derecha jugueteaban con su larguísimo flequillo peinándolo hacia atrás una, dos, tres..., cinco veces seguidas.

El frescor de las sábanas le excitó cuando regresó a la cama. Comodidad, moda, manía personal... Nunca lo había pensado pero lo cierto es que le encantaba el contacto de las sábanas sobre la piel a la hora de dormir. Esa libertad que le proporcionaba la desnudez hizo que sin esperarlo su pene se pusiera en tensión.

Cerró los ojos y con la mente en blanco se concentró solo en respirar. Rápidamente, sucumbió en un intranquilo duermevela que poco después se convirtió en un sueño más profundo.

Los primeros rayos del alba incidían subrepticamente en su cara cuando Patricia Ramírez abrió la puerta.

—¡Jorge, levántese!

—Mmm... —protestó sacando la cabeza de debajo de la almohada.

—¡¡¡Jorge!!!

Dio un respingo y preguntó con el corazón en un puño:

—¿Qué hora es?

—Las cinco y cuarto —anunció Patricia con impaciencia. En sus ojos se podía vislumbrar el pánico—. ¡Levántese!

—Mmm... —protestó otra vez. Aunque no le gustaba dormir en exceso, aún le faltaban unas cuantas horas de sueño.

—Natalia tiene cuarenta grados de fiebre —dijo ella sin contemplaciones—. Nos vamos al hospital a la voz de ¡ya!

—¡¿QUÉ?! —Abrió los ojos de par en par.

—¡Cinco minutos! Cinco minutos le doy para que se prepare o..., o...

Jorge se peinó con los dedos como un autómeta, se enfundó unos vaqueros desgastados, olió un par de prendas que se encontraban en el sillón, abrió un cajón, escogió una camiseta limpia de color azul con estampados abstractos y metió los pies en unas zapatillas de deporte.

—¡Lamadrequemeparió! —resopló Patricia—. ¿No pretenderá ir así?

Sorprendido, miró hacia abajo para comprobar que con las prisas no se hubiera puesto una zapatilla de cada color.

—¿Qué me falta?

Patricia Ramírez puso los ojos en blanco y de muy malas pulgas, mientras terminaba de abrocharle el abrigo a Natalia que aguardaba adormecida en un sillón del pasillo, espetó:

—¿No se da cuenta de que esa camiseta es más fina que un papelillo de fumar?

—Sí. Y ¿qué?

—Le aseguro que ahí fuera hace un frío de perros.

—¿Sí? —Frunció el cejo y miró con extrañeza a través de las rendijas de la persiana. En el jardín, una ligera brisilla mecía las copas de los árboles.

—Usted verá, pero no debería salir a cuerpo gentil con la que está cayendo. Procure no enfermar porque...

—Ya voy. Deme un minuto.

Cuando él se quitó la camiseta que acababa de ponerse y revolvió un cajón para colocarse poco después otra similar a la anterior, vociferó Patricia:

—¡Jorge, me va a dar algo como no se espabile y arranque de una puñetera vez!

Alterado, se pasó la mano por el flequillo una, dos, tres y hasta seis veces antes de decir:

—Un minuto, por favor.

—¿Otro? ¡Lamadrequemeparió, con medio tiene más que suficiente! —

La seguridad que transmitía su voz y aquella forma de mirarlo hicieron que a él se le reseca hasta el alma—. Y por lo que más quiera. ¡Abróchese esos cordones o al final se va a caer!

—Voy, voy... ¡Voy!

—¿Ha cogido las llaves del coche? —despotricó impaciente cuando el actor volvió a aparecer.

—Ehm... ¡Sí!

—¿Y la cartera?

—...

Él volvió a desaparecer.

—¡Recuerde que también nos hará falta la tarjeta del médico!

Un *paparazzi* que llevaba semanas haciendo guardia en la calle comenzó a fotografiarlos cuando vio aparecer el todoterreno.

—Mañana estaremos en todas las revistas —resopló Jorge cegado por la intensidad lumínica de los *flashes*. Y cuando el vehículo de color negro que conducía se adentró en la oscuridad de la noche, añadió—: Puedo incluso imaginarme los titulares.

—Es usted un hombre inteligente y natural. Recuerde que nada de lo que digan será verdad.

—Odio esta situación —suspiró tamborileando el volante—. Siempre hay un límite para la paciencia.

Patricia Ramírez puso los ojos en blanco y, con un tono de voz tranquilizador, comentó desde el asiento de atrás:

—Dicen que la paciencia es un árbol de raíz amarga y de frutos muy dulces. Ya sabe que ser tan guapo tiene sus inconvenientes.

Confuso, giró la cabeza y, enfrentando sus espectaculares ojos verdes a los de ella que con la oscuridad se habían vuelto casi negros, preguntó:

—Oiga, ¿no estará usted tirándome la caña?

—¡*Lamadrequemeparió*, no diga tonterías y concéntrese en la carretera! —Con sarcasmo y con la única intención de relajar la tensión del momento, añadió poco después—: Además, por si no lo recuerda, yo soy más del otro Jorge Fernández.

Aquella afirmación hizo que a él se le generara un cierto regusto amargo en la boca del estómago.

—Patricia, ¿se refiere usted al de la ruleta?

—Sí —afirmó categóricamente—. No sé qué tiene ese presentador, pero...

Mordaz, contestó él:

—Uff, como siga usted dorándole la píldora de ese modo voy a pensar que conmigo está solo por la conveniencia.

—Allá usted con sus pensamientos.

Los labios de Jorge formaron una marcada «o» que rápidamente se convirtió en una sonrisa sutil.

—¿Cómo está Natalia?

Al oír su nombre, la pequeña abrió parcialmente los ojos y, buscando a Patricia entre las sombras, tartamudeó entre susurros:

—No..., No..., Nona...

—Shhh... —siseó envolviéndola entre sus brazos—. Galletita, enseguida te van a quitar esta fiebre. Te lo prometo.

En la sala de espera de Urgencias del Hospital Universitario La Paz, mientras Patricia analizaba el contenido de unos folletos en los que con sumo detalle se explicaban las ventajas y los inconvenientes del uso de los antibióticos, Jorge Fernández se acercó a la ventana y se atrevió a preguntar:

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Allá usted.

—¿En qué piensa?

—En todo y en nada a la vez —respondió ella. Hacía una hora que se habían llevado a Natalia para hacerle unas pruebas y tenía los nervios a flor de piel.

Jorge esbozó una ligera sonrisa.

—¿Por qué unas veces es usted tan directa como una bala y otras, en cambio, da mil vueltas hasta que...? —Entornó los ojos—. Olvídelo.

La respuesta fue inmediata.

—Otras, en cambio, prefiero callarme porque valoro las consecuencias que pueden derivarse de lo que me hierva en la boca y... —A punto de un ataque de ansiedad, revisó una, dos y hasta tres veces la esfera del reloj antes de decir—: ¡*Lamadrequemeparió*, ¿me puede decir por qué tardan tanto?!

—Patricia, tranquilícese —respondió Jorge con un tono de voz estrangulado—. Le aseguro que Natalia está en buenas manos. El doctor Sanjurjo es el mejor pediatra del hospital. Venga, cuénteme qué le ocurre.

Cruzó las piernas.

—Soy vieja. Eso es todo.

—Hace años que dejé de ser un mocoso al que contentar con cuentos chinos —murmuró él, condescendiente, tratando de articular una sonrisa.

—Permítame que lo dude. A sus treinta y siete, usted sigue siendo un *Peter Pan* que vive en su propio mundo, ese particular *País de Nunca Jamás* que se ha encargado de construir durante todos estos años. Yo, en cambio...

—¿Mmm?

—Yo, en cambio, soy una mujer entrada en años a la que la vida le ha dado muchos disgustos. —Apretó los dientes mientras la desconformidad le ilumina los ojos—. No se hace una idea lo que desearía en este momento poder detener mis emociones.

Jorge permitió que su espalda resbalara unos centímetros en el asiento y, retirándole con mimo un mechón plateado de la frente, comentó un tanto preocupado:

—Oiga. Todos tenemos esos momentos en los que nos gusta regodearnos en nuestras propias desgracias, días en los que estamos contentos, tristes o amargados, pero...

—No se apure, guapetón —sugirió ella recuperando su tono alegre, picajoso y jovial—. Estoy bien. Solo tengo un ligero dolor de cabeza.

—Uff, hacía mucho tiempo que una mujer no me llamaba guapetón.

Patricia colocó el folleto que tenía entre las manos en uno de los asientos vacíos.

—Esas son las consecuencias de no querer abandonar la soltería.

—Ser el soltero de oro del panorama nacional tiene su aquel. ¿No cree?

Consciente de la cantidad de veces que el actor había dicho aquello en los últimos tiempos, afirmó ella:

—¡Cierto! Pero también tiene sus inconvenientes. ¿Hace falta que le recuerde que...?

—No por favor —suplicó él alzando las manos—. Ya sé que hay lenguas viperinas que se encargan de manchar...

—Su reputación, por ejemplo —le cortó. Él se encogió de hombros, la señal perfecta para que ella pudiera decir—: Ya sabe el dicho: «cuídese de las malas lenguas, que de las aguas mansas me cuido yo».

Poco después, cuando el silencio se hizo entre ellos, Jorge cruzó una pierna con otra y, al ver cómo ella le miraba con el ceño fruncido y el rostro desencajado, sugirió:

—Patricia, ¿me va a contar de una vez por qué está así?

—¡*Lamadrequemeparió*, ya se lo he dicho antes! Me duele un poco la cabeza.

—Y ¿aparte de eso?

—Nada —contestó.

—No le creo.

—Allá usted.

—Vengaaa —resopló con desgana—. No se haga de rogar. Suéltelo ya o va a reventar. Leo en sus ojos que...

—Vaya —advirtió ella—. No sabía yo que mis ojos fueran como un libro abierto.

—¡Lo son! Dígame. ¿Qué cotilleos hay sobre mí?

—¿Quién le ha dicho que...?

—¿Lo ve? —sonrió—. Sabía que algo le preocupaba. Usted solita se ha delatado. Cuénteme. ¿Qué cotilleos hay sobre mí?

—De todo tipo, Jorge, ¡DE-TODO-TIPO! Y ninguno bonito, por cierto.

—No será para tanto.

—Fíjese en aquella enfermera —cuchicheó apesadumbrada, reduciendo su timbre de voz.

Jorge observó soslayadamente en la dirección que le marcaba Patricia. Junto al mostrador, una enfermera de unos cuarenta y cinco años ordenaba historiales en un archivador.

—¿Qué pasa con ella?

—Antes cuando fui al cuarto de baño la oí decir que..., que... —tartamudeó acalorándose de repente cuando la susodicha levantó la mirada—. ¡*Lamadrequemeparió*, fíjese! La muy descarada está haciéndole ojitos.

—Relájese, por favor. Lo único que me preocupa en este momento es que traten bien a Natalia. Lo demás no me importa.

Al oír que él pronunciaba el nombre de la niña, Patricia se tapó la boca y con un hilo de voz temblorosa, lloriqueó:

—¡Ay, mi pequeña! ¿Cómo estará? Con el susto que le dan las agujas...

—Se parece a su padre, ¿no cree? —afirmó Jorge para distraerla.

—Afortunadamente —suspiró con alivio.

Ambos permanecieron el resto de la mañana en silencio.

En torno a las doce y cuarto del mediodía, Jorge se levantó, se sentó, se volvió

a levantar, recorrió la sala de espera y hojeó un par de folletos sobre el cáncer de colon. Cuando recuperó la posición inicial en el asiento contiguo al de Patricia y apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, oyó que ésta le decía entre dientes:

—¿Se puede saber qué le pasa?

—Estoy harto de estar aquí —admitió sin ambages levantando ligeramente la cabeza. El flequillo, como de costumbre, le cubría los ojos que a esas alturas le hervían por dentro por la falta de descanso.

—Por un momento pensé que se había tragado la lengua —contestó ella con suspicacia—. Lleva más de tres horas sin decir nada. Raro en usted.

Jorge se despejó la frente de un manotazo antes de decir:

—Están tardando demasiado, ¿no cree? —Patricia se encogió de hombros—. ¿Qué hago?

—Esperar. No le queda otra.

—Me comen los demonios por dentro —resopló.

—Natalia está en buenas manos. Eso es, precisamente, lo que usted dijo esta mañana. ¿No lo recuerda?

—Me refiero a lo que...

Con los ojos como platos, miró a la joven que acababa de entrar en la sala y susurró abriendo los ojos de par en par:

—¿A lo que me dijo ayer sobre Sonia Belmonte?

—Sí —respondió él fijando su mirada en el suelo.

—Jorge, ya sabe lo que pienso de esa mujer. —Patricia se frotó el ojo izquierdo con el talón de la mano, descruzó las piernas, estiró las arrugas de su falda y musitó—: Se cree un partido irresistible con poder para humillar a todo aquel que se cruce en su camino y eso no me gusta ni un pelo. Por cierto, debería darle la vuelta.

—¿A qué?

—A la revista.

—Vaya, no me había dado cuenta.

—Menos mal que la laca hace milagros...

—¿Por qué lo dice?

—¿Y usted lo pregunta?

—...

—¿*Lamadrequemeparió*, Jorge! Si esta mujer no llevara siete kilos de laca en la cabeza —dijo señalando a la imagen de la portada—, estoy convencida de que ya se le habrían puesto los mismos pelos de loca que debo

tener yo en este momento. ¿A quién se le ocurre ponerse a leer una revista y no darse cuenta de que la tiene del revés?

—Solo a mí —reconoció el actor masajeándose el mentón justo allí donde unas sombras oscuras empezaban a matizar su piel. Incómodo, se cruzó de brazos, apoyó la cabeza contra la pared y entornó los ojos—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Usted verá.

—¿Por qué se preocupa tanto?

—¿Yooo?

—Sí, usted —admitió él abriendo ligeramente el ojo izquierdo—. Ya sabe que a mí nunca me ha importado lo que piensen los demás.

Los poderosos latidos de su corazón le hicieron comprender a Jorge Fernández que aquella afirmación no era del todo cierta.

—¡Ja, ja, ja! Y permítame que le repita, ¡ja! Eso no se lo cree usted ni harto de vino.

—¿Por qué dice eso? —inquirió.

—Cuénteles eso a otra, muchacho, porque ya sabe que a mí no me la da con queso. A esa, por ejemplo.

Una preciosa enfermera acababa de entrar en la sala acompañando a un paciente.

—Patricia, no diga tonterías.

—Seguro que después de una noche de locura atendiendo el mostrador, hasta le hace gracia que usted le cuente uno de sus chistecitos. Solo hay que ver cómo lo mira cada vez que...

—Eieiei, ya está bien —exigió él espantando los rizos de su flequillo que rápidamente volvieron a su posición original. Como un resorte, se puso en pie.

—¿Dónde va?

—Vuelvo enseguida.

Patricia sintió que algo le rozaba las mejillas y se quedó de piedra al notar que eran lágrimas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Jorge sentándose a su derecha.

—¿*Lamadrequemeparió*, ¿otra vez estamos con esas?! —suspiró acongojada—. Me tiene harta ya con sus tonterías.

—Uuuuu, ¡qué humor!

Al ver la intensa preocupación que se reflejaba en los espectaculares ojos verdes de él, Patricia chasqueó la lengua y admitió finalmente:

—El cerebro es capaz de levantar barricadas alrededor de ciertos recuerdos que vuelven a resurgir en los momentos complicados de la vida por mucho que los hayas encerrado a cal y canto en algún lugar muy remoto de la memoria.

—Vaya, qué discurso más filosófico.

Patricia se frotó enérgicamente las manos. Se le habían quedado los dedos fríos.

—¿Qué le han dicho?

—Ehm, bueno. La verdad es que...

—Hay palabras que no dicen nada y silencios que lo dicen todo, muchacho. ¡Por lo que más quiera, suéltelo de una vez si no quiere que me dé un infarto!

—Simplemente me han dicho que Natalia está dormida —respondió él con voz ronca—. Las placas han salido bien y dentro de media hora le van a repetir los análisis.

—¡Ay, pobrecita! Otro picotazo más que le van a dar en el bracito.

Jorge asintió y se incorporó ligeramente. Su corazón bombeaba sangre a una velocidad demencial.

—Patricia —suspiró—, las inyecciones son como las verdades. Duelen, ¡sí!, pero son necesarias para curar. ¡Qué le vamos a hacer!

—Disculpe, señor —susurró una voz femenina a su izquierda—. ¿Es usted...?

Se atusó el flequillo y, obligando a sus labios a dibujar una sonrisa, contestó:

—Sí.

Diez minutos después, cuando aquella mujer se alejó del actor, Patricia, que había estado en un segundo plano pendiente de toda la conversación, exclamó un tanto abrumada:

—¡Virgen del Carmen! Yo no sé cómo esos dos chorizos de *chilicona* que lleva esa mujer en la boca le dejan hablar.

—Silicona —aclaró él.

—Pues eso. Lo que yo he dicho: ¡CHI-LI-CO-NA! —Jorge comenzó a reír—. Hoy en día se invierte más en medicamentos para la virilidad masculina y en *chili...*, silicona que en la cura del *Alzheimer*. Recuerde bien lo que le voy a decir, Jorge. En unos años solo va a haber mujeres con tetas grandes y viejos

con el pito duro así que ¡ya sabe! Ojito con esas pastillitas azules porque...

—No se preocupe.

—¡Ay, *lamadrequelatrajo!* ¿Dónde se ha visto otra cosa igual? —Puso los ojos en blanco—. ¿Qué pasaría si yo fuera algún día a quitarme todos los pellejos que me sobran?

—No lo hace porque no quiere.

—¿Usted cree que podrían hacer una carpa de circo con todo esto?

—Patricia, ¿por qué es usted siempre tan exagerada? —le preguntó mientras esbozaba una sonrisa que dulcificara sus palabras.

—¿Exagerada? ¡Ja! De eso nada, Jorge.

—Lo que tiene que hacer es irse a casa para que la piel le descanse y no tenga que pasar por el quirófano. —Se frotó la barba, bostezó como un león y se recostó en el asiento—. Tiene que estar agotada.

Aferrando el bolso como si alguien estuviera a punto de robárselo, sentenció:

—¿No lo dirá en serio? —Jorge puso los ojos en blanco—. Escúcheme bien con esas orejotas que tiene: de aquí no me mueve nadie ni con agua hirviendo. ¡¿Entendido?!

6

El martes por la mañana, mientras limpiaba el polvo a un marco de fotos, musitó Clairett:

—Nunca podré olvidar la tristeza en los ojos de papá el día que nos dijo que tenía...

—Por favor, no lo digas —le interrumpió Helena que no había conseguido recuperarse aún de la pérdida de su padre cuatro años atrás—. ¡NO-LO-DI-GAS!

Pero su hermana estaba dispuesta a no callar y con lágrimas en los ojos, mientras besaba la fotografía de su padre, afirmó:

—Todo hubiera sido diferente si él hubiera estado aquí con nosotras.

—Así es —asintió Helena terminando de doblar el trapo con el que acababa de secar los platos del desayuno. Hablar de su padre le encogía el corazón.

—Bueno, vamos a cambiar de tema —sugirió Clairett.

—Perfecto. ¿Desde cuándo conoces a ese tipo? —preguntó retomando el tema central de la conversación que ambas habían mantenido hasta hacía unos minutos.

Clairett movió el plumero por encima del aparador del salón. Algunas pelusas saltaron al suelo.

—No te puedes hacer una idea de la cantidad de polvo que se acumula por todos los rincones —tosió. Luego, aclarándose la garganta, explicó—: Mmm, más o menos desde... A ver, a ver... ¡Sí, eso es! Desde hace tres meses aproximadamente.

—¡Wow! Pues sí que hace tiempo —comentó Helena con guasa.

—Puede decirse que sí —sonrió—. Gabriel le contrató en diciembre y ya sabes. Vino la cena de Navidad, tomamos unas copas, una cosa llevó a la otra y... ¡Pumba!

Helena encendió un cigarro. Tenía los nervios a flor de piel. Dando explicaciones, Clairett era la persona más imprecisa del mundo.

—Entiendo —murmuró tras dar un par de bocanadas profundas y soltar el humo formando dos aros concéntricos enormes—. Una cosa llevó a la otra

y...

Clairett puso los ojos en blanco y se mordió los labios con sugerencia. Varias pelusas revolotearon por el aire cuando movió el plumero.

—Tucu, tucu, taca, taca... —dijo con una divertida sonrisa dibujada en los labios—. Tú ya me entiendes.

—¡Estás loca!

—Lo sé. —Abrió la ventana del salón para sacudir el plumero. La humedad de la calle no tardó en hacer estragos en su piel que comenzó a enrojecerse a corros—. Por cierto, ¿tú no habías dejado de fumar?

Helena dio un par de caladas al cigarro y la ceniza cayó al patio sin querer.

—Nunca lo he dejado realmente —admitió.

—Muy mal, Helenita. ¡MUY MAL!

—A ver... De vez en cuando fumo un par de cigarros cuando estoy nerviosa y...

Asqueada, Clairett dejó caer:

—Pues deberías dejar esa mierda antes de que las diminutas bolsas de aire de tus pulmones pierdan su capacidad para estirarse y contraerse.

Helena se encogió de hombros y golpeó el cigarro para que la ceniza cayera en el viejo vaso de yogur que había pertenecido a su padre y hacía las veces de cenicero. No tenía respuesta para aquello.

—Oye. ¿Vais en serio?

—¿Óscar y yo? —preguntó Clairett con el cejo fruncido mientras golpeaba un cojín del sofá con la intención de mullir la vieja esponja que lo rellenaba.

—No, el de la gasolinera de más abajo con la de la frutería de la esquina —contestó Helena con sorna antes de aspirar de la boquilla y percibir cómo el humo le llegaba hasta los pulmones—. ¿Quién si no?

—*Pichí, pichá.*

Consciente de que había dado en el clavo, afirmó Helena:

—Con tu respuesta acabas de confirmar que Óscar es otro rollo más sin importancia. Como Juanito, Carlos o... Ehm, ¿cómo se llamaba aquel que tenía tantas pecas? ¿Pedro? ¿Samuel? Vaya, lo tengo en la punta de la lengua.

—Ángel Gutiérrez Escobar —admitió Clairett guiñándole un ojo antes de volver a su quehacer.

Helena apoyó el cigarro en el viejo vaso de yogur, se peinó el pelo con los dedos y se lo anudó en una coleta alta. Entre risas, comentó:

—¡Menudo cuerpazo tenía el tío!

—Sí —contestó ruborizada.

—He de reconocer que cada vez que me lo cruzaba en el pasillo saliendo de tu habitación tenía que reprimir las ganas de pellizcarle el culito. ¡Estaba tremendo en calzoncillos!

Distraída, mientras abrochaba la cremallera de uno de los cojines del sofá, Clairett dejó caer:

—Bah, a veces pienso que el físico y el atractivo es un regalo que les da la vida a los que tienen la cabeza llena de serrín.

—No te lo vas a creer pero un día, cuando nos cruzamos en el pasillo, se..., se...

—¿Se empalmó? —le interrumpió Clairett con una pícara sonrisa mientras sacudía otro cojín que el uso y los años había deformado por completo—. No me extrañaría ni un pelo.

Helena dio una calada al cigarro antes de afirmar entre risas:

—Aquello era como un salchichón de cemento.

Clairett cruzó el salón a toda velocidad, entró en la cocina, cogió un pepino minúsculo del canasto de las verduras que había sobre la encimera y preguntó guasona:

—¿Era así?

—Más bien así —afirmó Helena sin poder aguantarse la risa, señalando un calabacín desproporcionado que habían tenido que dejar fuera del canasto.

—Seguramente aquel fue el día que lo dejé a pan y agua —comentó Clairett acercándose a ella con un movimiento sugerente de caderas.

—No quiero ni imaginarme entonces cómo se pondrá «eso» cuando coma caviar de Beluga.

—¿«Eso»? —preguntó Clairett con extrañeza.

Abriendo los ojos de par en par, exclamó Helena:

—¡Sí, «eso»!

Esta vez fue Clairett la que volteó los ojos y, entre risas, apuntó:

—¡Ah, «eso»! —Helena volvió a sonreír y movió la cabeza afirmativamente—. Ángel tenía muy buena fachada, pero te aseguro que esa parte de su cuerpo algunas veces dejaba mucho que desear.

—No te creo —se carcajeó.

—Hazlo —susurró Clairett en modo confidente—. La mayoría de los días tenía que despertarla casi a guantazo limpio. Créeme.

—Estás como una cabra.

—Muy cuerda no estoy —advirtió haciendo un gesto raro con la nariz—. ¡Eso es cierto!

—No hace falta que lo jures.

—Papá siempre decía que yo era la loquita de la familia.

Helena se desembarazó de las gafas y se frotó el puente de la nariz antes de decir:

—Y a la vista está que no se equivocaba.

—No —concedió Clairett.

—Porque papá siempre fue un hombre muy listo —afirmó Helena con cara de circunstancias, tragándose el nudo que acababa de formársele en la garganta.

Hablar de su padre era algo que a Helena le hacía llorar. Así que, tratando de encauzar la conversación hacia un tema mucho más ameno y divertido, exclamó Clairett:

—Bueno, bueno, buenooo... Y tú ¿cómo estás?

Helena apretó los labios y hundió los ojos en las filigranas de la mullida alfombra del salón que, al igual que los cojines del sofá, reclamaba a gritos por un cambio.

—¿Yooo?

—Sí, tú. ¿Quién si no?

—Estoy estupenda —afirmó frotándose los ojos en un fútil intento por ocultar las lágrimas—. ¿No me ves?

Clairett sabía que aquello era pura fachada. Presionó el spray del abrillantador de madera y comenzó a frotar los rayones de la vieja mesa a sabiendas de que por mucho que se esforzara no iba a conseguir devolverla a su estado original, el de veinte años atrás. Inconscientemente, dejó escapar una frase de sus pensamientos:

—Nadie nace para estar solo, hermanita. Recuérdalo.

Incómoda, Helena sacudió la cabeza y con ella las penas antes de responder:

—Yo sí. Supongo.

—Eso solo lo dice la gente egoísta como tú.

Helena se quitó las gafas, las dejó sobre la encimera de la cocina y se masajeó las sienes.

—Tal vez —concedió mientras volvía a colocarse las lentes en su posición correcta.

—Tienes que olvidarte de tus miedos y dejarte llevar.

—Bah.

—E implicarte de verdad. —Le hizo un mohín—. ¿No te das cuenta de que te mereces algo mejor de lo que has tenido?

—Que cambie una pieza del tablero no cambia el juego, Clairett.

Helena cogió un trapo, la tabla y un cuchillo y comenzó a pelar una cebolla. Las moléculas sulfaradas no tardaron en hacerle llorar.

—Qué triste, hermanita. ¡QUÉ TRISTE!

—Triste ¿por qué?

Clairett se dejó caer a plomo en el sofá.

—Recuerda que los cobardes mueren muchas veces y los valientes solo una.

—¿Y?

—¿No te das cuenta de que en esta vida los sentimientos muchas veces no son nuestros mejores aliados? Siempre hay otras muchas cosas detrás.

—Estoy agotada, Clairett —lloriqueó Helena incapaz de distinguir si aquellas lágrimas eran producto del ácido de la cebolla o de la angustia por los acontecimientos de los últimos días—. No me gusta en quién me he convertido.

—Ni a mí.

—Lo único que quiero es pasar este capítulo de mi vida cuanto antes. ¿Lo entiendes?

Clairett se encogió de hombros y guardó silencio. Una bonita sonrisa con la que se podría iluminar todo el mundo sin necesidad de gastar en electricidad asomó en sus labios cuando Helena se secó las lágrimas y preguntó minutos después:

—¿No me dices te lo dije?

—¿Para qué? Llevas agua salada en las venas en vez de sangre algo que, por cierto, me creí hasta los seis años —afirmó sarcásticamente. Y, encogiendo los hombros en señal de disculpa, añadió—: Me siento mal por lo que te ha pasado, pero...

—¿De verdad? —la cortó.

—¡Sí! —admitió y, abriendo los ojos de par en par, sumó—: Pero no puedo decir que no me alegre. Mira, entre tú y yo. Raúl era..., es..., Raúl es un gilipollas.

Melancólica, sintiendo cómo el estómago se le hacía un ovillo, musitó Helena:

—Tal vez.

Clairett se puso de pie y apuntó a su hermana con el spray abrillantador para maderas.

—Y no te queda otra que capear el temporal.

—Ya.

—Tienes que hacer una tontería o inventarte una locura que haga que te olvides de toda esa mierda en la que has estado metida.

Después de decir eso, Clairett se puso los auriculares y volvió a concentrarse en la limpieza.

Diez minutos después, Clairett conectó su mp4 a los altavoces del equipo de música del salón y, anudándose el trapo del polvo en la cabeza, gritó como una posesa:

—Escucha, Helenita. ¡ESCUCHA! Este merengue de Olga Tañón te viene al pelo.

*El amor no es solo sexo
el amor no es solo gozo.
El amor no es solo sexo
el amor no es solo gozo.*

—¡Baja el maldito volumen o Pepita empezará a aporrear la puerta de un momento a otro! —vociferó Helena. Aún estaba lagrimeando por el efecto devastador de la cebolla—. Ya sabes el humor que gasta.

*Que si te quiero, te dice
que sin ti muero, te habla.
Que eres mi vida, te dice
mil chulerías te habla.*

*Palabras, palabras
palabras, no más.*

—*Palabras que se funden como el río y como el mar* —canturreó Clairett a la espera de gritar otra vez al compás de Olga Tañón—: *¡¡¡Y dice!!! Es mentiroso, ese hombre; es mentirooso. Es mentiroso, ese hombre; es mentirooso. Es mentiroso, ese hombre.*

—¡¡¡Por favor!!!

—El estribillo le viene que ni *pintao* a quién tú sabes —vociferó Clairett acalorada dando tumbos por toda la sala con el plumero en alto y el trapo del polvo anudado a la cabeza—. *Es mentiroso, ese hombre; es mentirooso. Es mentiroso, ese hombre; es mentirooso.*

Su hermana tenía razón. Aquellas palabras definían a la perfección a Raúl.

Helena terminó de cortar la cebolla y comenzó a pelar las patatas para la tortilla. Los martes, día en el que ambas hacían zafarrancho en casa, el menú era muy sencillo: tortilla de patatas, un tomate picado con ajito y una fruta. ¡Ideal para mantener la línea!

*No te dejes engañar
por amor color de rosa.
No te dejes engañar
por amor color de rosa.
Que sin ti muero, te dice
que tú eres todo, te habla.
Que me perdone, te dice
que no, lo vuelve hacer.*

—Baja el volumen —exigió a pesar de que sus pies estaban despertando al ritmo del merengue—. Por lo que más quieras, Clairett. ¡BÁ-JA-LO!

—*Palabras, palabras, palabras, no más. Palabras que se funden como el río y como el mar* —vociferó aquella alegremente, convirtiendo el plumero en un improvisado micrófono—. ¡¡¡Y dice!!!

Exaltada, Helena se limpió las manos y se dejó llevar por el entusiasmo de su hermana, acompañándola cuando el coro de Olga Tañón comenzó a cantar otra vez:

—*Es mentiroso, ese hombre, esss mentirooso.*

—*Es mentiroso, ese hombre, esss mentirooso* —tarareó Clairett agarrándola de las muñecas—. *Es mentiroso, ese hombre.*

Agotadas y con la respiración agitada, ambas se dejaron caer en el sofá con los últimos acordes de la canción.

—¡Uff! —resopló Clairett. El corazón le daba tumbos en el pecho—. Hacía mucho tiempo que no bailaba así.

—Estás loca —admitió Helena abanicándose con la mano—. ¡Loca de remate!

El timbre de la puerta comenzó a sonar con insistencia:

Pii...

Pii...

Pii...

Ambas abrieron los ojos de par en par y exclamaron al unísono:

—¡¡PEPITA!!

furibunda a Clairett.

—Ya sabe cómo es —sonrió Clairett—. Algunas veces es de lo que no hay.

—¿Tu hermana?

—Sí.

—Mmm, ¡no sé yo! —exclamó Pepita colocándose un ejemplar de la revista Lecturas bajo el brazo—. No sé yo cuál de las dos es peor.

—Mi hermana. ¡Por supuesto! —respondió señalando a Helena con el pulgar.

—¿Tú crees?

—¿Quiere pasar un ratito?

—Eso ni se pregunta, ricura. Ya sabes lo solita que estoy desde que mi Alfonso se fue al otro barrio —lloriqueó—. ¡Madreeeee, qué penita más grande!

Clairett la envolvió con su brazo y la acompañó hasta el salón.

—Siéntese con nosotras un ratito —sugirió Helena acercándose a su vecina para saludarla con un beso.

—Ay —suspiró—, no sé qué haría yo sin vosotras.

—Usted ya sabe que puede venir cuando quiera.

—Lo sé, ricura. Lo sé.

—Ale, siéntese.

—Ya..., ya os daréis cuenta cuando pasen unos años de lo injusta que puede ser la vida, madreeeee.

Cariacontecida, Clairett se puso a ahuecar los cojines del sofá por enésima vez aquella mañana y, dirigiéndose a su hermana que había vuelto a regresar a la cocina, comentó con guasa:

—Fíjate, Helena. Pepita está hoy melosona como tú. —Aquella asintió con aire grave—. Espero que no sea algo contagioso porque, de lo contrario, menudo plan.

Los ojos claros de la octogenaria adquirieron ciertos matices de curiosidad al decir:

—¿Qué te pasa, ricura?

Viendo que su hermana no se arrancaba a contestar, comentó Clairett:

—Le ha dejado Raúl.

Helena clavó el cuchillo en una patata y puso los brazos en jarra.

—¡¡Pero ¿qué dices, ricura?!!

Clairett volteó los ojos y añadió con un suspiro:

—Pepita, usted ya sabe que Helena y Raúl se acostaban de vez en cuando.

—Mmm, bueno...

Abriendo los ojos amenazadoramente, gritó Helena:

—¡¡¡CLAIRETT!!!

—¿Qué?!

—¿Por qué no te das un puntito en la boca?

Pepita Santamaría atravesó con dificultad el salón y al llegar al espacio vacío que había frente a la isla de la cocina, aseguró:

—Ricura, hazle caso a esta vieja que peina canas desde hace más de cuarenta años: ese hombre no te convenía.

Clairett, que acababa de apoyar los codos en la encimera, exclamó impresionada:

—¿Cuarenta?!

—Así es, ricura.

—Pero si está usted como una chavala de quince años.

La octogenaria se ruborizó un poco.

—Madreeeee, más quisiera yo.

—Buenooo... —suspiró Clairett con una divertida sonrisa en los labios—. Si me apura, como una chavala de dieciséis.

—¡Uisss, quién los pillara! —exclamó melancólica—. Al menos con esa edad no tendría esta artrosis. Uff, me está matando, ricura.

—Anda ya...

—Ay, no es ninguna tontería, ricura —le dijo a Clairett—. No te puedes hacer una idea lo que me duelen los huesos con esta humedad.

—Lo que no tiene que hacer es escucharse tanto.

—Dime. ¿Qué otra cosa puedo hacer? —lloriqueó—. Yo no me podía imaginar que esta situación iba a ser tan difícil para mí.

Clairett la abrazó por detrás y le dio un beso tierno en la sonrosada mejilla.

—¡Hay que ver, Pepita! —exclamó—. Con la guerra que le dio Alfonso...

—Pues sí. Quién lo diría, ¿verdad? A determinadas edades los hombres se vuelven muy trabajosos. Más de lo que os podáis imaginar. Que si la próstata, los ronquidos, los temblores... ¡Madreeeee, lo que yo habré sufrido a consecuencia de todas esas cosas!

Helena colocó una sartén con aceite en el fuego.

—Pepita, no diga tonterías. Alfonso la adoraba.

—Lo sé —susurró—. Y yo a él. Aunque...

—¿Aunque? —repitió Clairett. Adoraba lo misteriosa que podía llegar a ser su vecina algunas veces.

—Entre él y yo también tuvimos lo nuestro.

—No le creo —declaró Helena colocando la mano a escasos centímetros de la sartén para evaluar la temperatura del aceite.

—Madreeeeee, si yo te contara... Mira que los hombres de antes eran muy suyos. ¡Nada que ver con los de hoy en día!

Clairett comenzó a reír acaloradamente y, guiñándole un ojo con picardía a su vecina, soltó:

—Hoy en día, algunos son para echarles de comer aparte, Pepita. No hay más que ver cómo está mi hermana por culpa de...

—Hoy lo que pasa es que os cansáis enseguida de todo. ¡DE-TO-DO!

—Tal vez —murmuró Helena con desgana mandando lo que le quedaba de dignidad a la mierda. ¿Qué más daba ya?

—Fíjate, ricura —susurró Pepita Santamaría mostrándole la revista que llevaba bajo el brazo—. Acabo de leer aquí que el amor es..., mmm, a ver si lo encuentro. Sí, eso es. ¡Ya lo recuerdo! Según pone en uno de los refritos que vienen en las últimas páginas, «el amor es como un virus» y hay que «dejar que se instale en el corazón hasta que no haya hueco para nada más».

Impresionada por aquella declaración, Clairett cogió la revista y, pasando las hojas distraídamente, comentó:

—Pepita, le aseguro que se va a sorprender.

—¿Por qué, reina?

—Porque mi hermana hace tiempo que solo toma antibióticos para eliminar esos virus —admitió encogiéndose de hombros—. Ya ve. Es así de rara.

—No tiene gracia, Clairett —contestó Helena con indignación.

—Bah. Ni caso, Pepita. Hoy está con un humor de perros.

—Oye. —Helena miró a su hermana con las cejas arqueadas—. Como te descuides, en lugar de una tortilla soy capaz de...

—¿De? —se interesó su vecina abriendo la boca de par en par.

—De hacer ojos fritos al estilo Argüelles así que... ¡Chitón!

Percibiendo que la situación se estaba yendo de las manos, suplicó la anciana:

—Lo mejor que pueden hacer dos hermanas es llevarse bien así que, por

el amor de Dios, no discutáis.

—¿Discutir yooo? —respondió Clairett arrugando los labios—. Eso no va conmigo, Pepita.

—Cierto —admitió Helena mientras buscaba la espumadera en un cajón—. Pepita, ya sabe que mi hermana...

—Yo no sé nada.

—¿No? —Echó las patatas y la cebolla a la sartén—. Pues yo se lo confirmo entonces. Clairett no hace nada que no tenga registrado en su agenda.

La octogenaria se frotó la cara y comenzó a toser.

—Ricura, ¿por qué no enciendes la campana? ¿No ves la zorrera que estás preparando? —Helena se encogió de hombros y accionó el motor—. Así está mejor, Helenita. Esto parecía Londres a las seis de la mañana.

—¡Madreeeee! —exclamó Clairett imitando la característica expresión de su vecina.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Helena.

Señalando la fotografía que aparecía en uno de los recuadros de la portada, resopló Clairett:

—¡Eieiei, tranquila! Tú a las patatas que Pepita y yo vamos a estudiar a este morenazo de arriba abajo.

—Uisss, pero qué cosas tienes, ricura. ¡Qué demonio eres!

—Sí, de los de cola larga y tridente de tres púas —respondió Clairett. Y, dirigiéndose a su hermana que meneaba las patatas y la cebolla como si la espumadera fuera el *GadgetoBrazo* del Inspector Gadget, preguntó—: ¿Este no es...?

Helena Argüelles redujo la intensidad del fuego, colocó la espumadera sobre un plato llano y estudió la fotografía en la que Jorge Fernández aparecía con el pelo revuelto y unas ligeras sombras en el mentón.

—Mmm, bueno... —balbució excitada—. ¡Sí! Eso parece.

Pepita, que observaba con ilusión la complicidad que había entre las dos hermanas, preguntó:

—¿Se puede saber de qué estáis hablando?

—¿Usted sabe quién es Jorge Fernández? —preguntó Clairett ocultando las fotografías de la revista.

—Sí. Ya sabes que hay uno que es presentador, otro que es actor y... Bueno, y el que vive dos calles más abajo y vende cupones en la puerta del banco.

Rompiendo el misterio y con la sensación de que el listado de hombres

que respondían al nombre de Jorge Fernández podía ser interminable en la extensa memoria de su vecina, soltó Clairett:

—El actor, Pepita, el actor.

—¿El actor? ¡Pues claro que sé quién es! Ayer estuvieron hablando de él en el programa de Anita.

Helena Argüelles sintió que el estómago le daba un vuelco.

—¿Anita?

—Sí, mujer, Anita; esa que tiene un apellido tan raro. ¿Cómo es? Mmm... *Salchicuru, Iburturu* o algo así.

Clairett comenzó a patalear, muerta de risa. Cuando fue capaz de hablar, vociferó:

—Igartiburu, Pepita. ¡Anne Igartiburu!

—Madreeeee, yo qué sé. ¡¿Para qué se ponen esos nombres tan complicados?!

—Anne Igartiburu —repitió Clairett.

—Como sea, ricura. La cuestión es que a su pequeñaja le pasa algo. Uiss, con lo majete que se le ve a ese hombre, es una *penica*, la verdad.

Clairett abrazó a Pepita por detrás y, al ver su cara de angustia, le dijo con intimidad:

—¿Le cuento un secreto?

—Tú verás, ricura, tú verás. Aunque te diga que no, lo vas a soltar igualmente. ¿Me equivoco?

Clairett sonrió con comicidad y, con un tono de voz suave con el que trató de generar cierta complicidad, susurró:

—Mi hermana está coladita por ese actor desde que...

Helena, que acababa de darle la vuelta a la tortilla, espetó ofendida:

—Clairett, ¡cállate! Cállate o te juro que te estampo la sartén en la cabeza y me quedo tan a gusto.

Con expectación, preguntó la octogenaria:

—Ricura, ¿te miró las tetas?

—¡¡PEPITA!! —vociferó Helena, avergonzada, reduciendo el fuego para que la tortilla no se le pegara—. ¿Ahora usted?

La anciana sonrió pícaramente y desvió la mirada para buscar cierta complicidad con la de Clairett. Nerviosa, tartamudeó al decir:

—¿Sí o no?

Helena se puso roja como un tomate, más incluso que los que tenía que picar para la ensalada.

—Helena, ya sabes que a Pepita no se le escapa ni una —murmuró Clairett colocándose junto al fregadero. Llenó un vaso de agua, se lo bebió a hipo y recuperando la pregunta que segundos antes había formulado la anciana, repitió—: ¿Sí o no?

—Sí, claro que me las miró —admitió finalmente mordiéndose el labio inferior. ¿Quién en su sano juicio olvidaría la mirada escrutadora de aquellos espectaculares ojos verdes?

Emocionada y con una sonrisa de oreja a oreja, insistió Pepita:

—¿Pero te las miró de verdad o simplemente se fijó en el ribete de tu camisa?

—Josefina, no me venga con esas que la conozco.

—PE-PI-TA —le corrigió, añadiendo poco después—: Ricura, una cosa no tiene que ver con la otra. No es lo mismo que un hombre te mire las tetas que se fije en el ribete de la camisa. ¿A que sí, Clairett?

—¡Sísísísísís! —contestó moviendo la cabeza afirmativamente al ver cómo la octogenaria le exigía con los ojos que diera una respuesta convincente.

—Y ¿tú qué dices, ricura?

Helena se ajustó las gafas en el puente de la nariz y apagó el fuego.

—Y yo qué sé, Pepita. ¡YO QUÉ SÉ!

Aquella respuesta tan insulsa no convenció a la anciana que, automáticamente, comentó:

—Escúchame bien. Mi Alfonso, que en paz descansa, decía que cuando un hombre mira el ribete de la camisa es porque..., es porque... —Se abanicó con la mano—. ¡Madreeeee, qué calores me están entrando!

—Dígalo, Pepita —le exigió Clairett con entusiasmo golpeando la encimera con la revista enrollada—. ¡DÍGALO!

La anciana parpadeó un par de veces y se aclaró la garganta antes de decir:

—No me sueltes la lengua, ricura. No me la sueltes que me conozco.

—Pero ¿no irá a dejarme con la intriga? —insistió Clairett—. Mire que...

—Ay, cómo eres —dijo volteando los ojos—. Mi Alfonso, que en paz descansa, decía que mirar un escote es como mirar al sol.

—¿Sin gafas oscuras?

—Madreeeee, no se hace directamente, Clairett. Por eso, cuando un hombre mira el ribete de la camisa y no lo que debe es porque..., es porque...,

es porque está deseando toc... ¡Me callo, me callo!

—Pepita. Suéltelo... Suéltelo de una vez. Por lo que más quiera, ¡suéltelo!

—¡Madreeeeee, qué pesadita!

Helena apagó el fuego, puso un plato llano sobre la sartén para sacar la tortilla y, dirigiéndose a la anciana que colorada como un tomate miraba hacia el techo, suspiró:

—Dígalo de una vez si no quiere que Clairett nos dé la tarde.

Envalentonada, exclamó la anciana:

—¡Ea, allá voy! Cuando un hombre te mira el ribete de la camisa y se queda embobado, es porque..., es porque..., es porque... —titubeó—, es porque está deseando tocarte las..., tocarte las...

—Tocarte las tetas —exclamó Helena dando por terminada la conversación—. ¡Ea, ya lo he dicho yo por usted!

7

Jorge Fernández se recostó en el incómodo sillón del hospital, se envolvió con una sábana y cerró los ojos. Llevaba tres días con sus respectivas noches sin dormir, así que no tardó en estar entre los brazos de Morfeo.

Su cuerpo comenzaba a relajarse trasladando a su mente a un estado de letargo mucho más profundo cuando, entre suspiro y suspiro, oyó decir a Natalia:

—Papi, ¿cuándo nos vamos?

Descruzó las piernas, abrió ligeramente los ojos, estiró los brazos y, bostezando como el león de la Metro Goldwyn Mayer, contestó:

—Pronto, galletita. Muy pronto.

La pequeña —con neumonía y no varicela como había pronosticado Patricia— comenzó a rascarse el brazo justo allí donde los esparadrapos sujetaban la vía a través de la que le suministraban el suero y las medicinas.

Cansada de que su padre le diera siempre la misma respuesta, pateó la cama para que la sábana que le cubría los pies se cayera al suelo y, con un improvisado mohín, lloriqueó:

—¡Jooo, papi! Estoy harta de estar aquí.

Jorge se pasó la mano por la cara despejando el cansancio acumulado por la falta de sueño y recogió la sábana del suelo. Después de comprobar que el suero, la vía e incluso la altura de la cama estaban en la posición correcta, espantó varios rizos que cubrían sus cansados ojos verdes y afirmó con pesar:

—Uff. Y yo, galletita...

Intranquila, Patricia Ramírez observó en silencio la reacción de Natalia que, disconforme, había alzado las cejas y se había cruzado de brazos.

—Papiiiiiii —vociferó la pequeña otra vez alargando excesivamente la «i».

—¿Qué quieres? —preguntó con un tono de voz agrio y parpadeando un par de veces para espantar al sueño.

Natalia miró soslayadamente a su padre y, batiendo sus pestañas como si éstas fueran las alas de una mariposa, repitió melosa:

—Papiiiiiii...

—¿Qué?! —bufó con voz ronca, retirando los rizos de su frente.

—Me..., me... —tartamudeó—. Me duele el brazo.

—Galletita, ¡duérmete!

—Natalia —susurró Patricia Ramírez revisando la esfera de su reloj—, son las tres de la madrugada y hay que dormir.

—Jooo. Me..., me... —farfulló—. Me duele el brazo.

Con desesperación, Jorge Fernández se peinó el flequillo una, dos y hasta tres veces.

—Piensa en otra cosa.

—Jooo...

Patricia se acercó a la ventana. En el exterior, la luz de la menguante luna bañaba la calle de un pálido color plateado, tiñendo las copas de los árboles. A lo lejos, en el horizonte, unas nubes negras anunciaban que una tormenta estaba cerca.

—Galletita —dijo con un tono de voz exigente y la mandíbula en tensión—, haz caso a tu padre y ¡duérmete!

Temblorosa, Natalia apretó los labios y balbució con incomodidad:

—Nona, quiero irme a casa.

Jorge le acarició la frente y, con una amplia sonrisa que no tenía otra intención más que la de calmar los ánimos de su hija, murmuró:

—Princesa, tú y yo teníamos un trato. ¿Lo recuerdas? —Natalia se encogió de hombros, pero no dijo nada—. ¿Tú no querías una muñeca como la de Susi?

—Sí —musitó. La febrícula bañaba su frente.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer. Cerrar los ojitos y descansar.

—Pero...

—Shhh... —siseó—. Duérmete. O no habrá ni muñeca ni perrito ni...

Recurriendo a su particular forma de unir una palabra con otra, espetó Patricia:

—*Lamadrequemeparió*, aquí no entra ni un cachivache más. ¿Entendido?

Los ojos verdes del actor se estrecharon y formaron dos delgadas líneas cuando ella señaló el sinfín de juguetes, muñecos y globos de todos los colores que había en la habitación.

—¡¡NONA!! —se quejó Natalia abriendo los ojos de par en par.

—Natalia, duérmete. Y usted... —sugirió Jorge dirigiéndose a Patricia que caminaba con pesadez—, siéntese. ¿Acaso no se ha dado cuenta de lo

hinchadas que tiene las piernas?

—Si le soy sincera, no me las siento —admitió con voz firme y un cierto tono de frustración—. Pero que le quede claro una cosa: ni un cachivache más.

—¡SIÉNTESE! —repitió Jorge haciendo un sonido con la lengua que perfectamente podría haber sido su versión de una risa entre dientes.

Intentando encontrar alguna apariencia de seguridad, Patricia estiró las arrugas de su falda y cruzó una pierna con otra.

—¿Contento? —inquirió enfrentándose otra vez a los espectaculares ojos verdes del actor.

—No hasta que no ponga los pies en alto —contestó él sin querer entrar al trapo—. Por cierto...

—¿Sí?

—Es una orden.

El segundero no había dado dos vueltas completas a la esfera del reloj cuando Natalia volvió a llamar la atención.

—Papi, ¿dónde está Pikoko?

Sin cambiar el tono de voz severo que había utilizado previamente, comentó el actor:

—Natalia, son más de las tres. ¡Duérmete, por favor!

—Jooo, ¿dónde está Pikoko? —preguntó con desesperación.

—Está durmiendo.

Jorge Fernández suspiró aliviado cuando se hizo de nuevo el silencio. Recuperó la posición en su asiento y entornó los ojos. Sin embargo...

—Y ¿Kobo?

El actor torció ligeramente la boca al decir:

—Natalia, ¡duérmete! No te lo vuelvo a repetir.

Un toque de diversión cruzó el rostro de Patricia que sonrió en la penumbra cuando Natalia volvió a insistir:

—Papi, no seas malo y dime dónde está Kobo. Anda papi, porfaaa —susurró con un tono de voz disconforme.

—Con Raúl —afirmó el actor entre dientes y con la extraña sensación de que los minutos se habían vuelto horas y las horas días.

Un escalofrío alarmante recorrió la espalda de Patricia al oír hablar de Raúl.

—¡Lamadrequemeparió, ya está bien de tanta cháchara! —exclamó midiendo desesperadamente las reacciones que experimentaba su cuerpo—. Todo el mundo a dormir. ¡Ya!

En torno a las cinco y media de la madrugada, cuando algunos rayos de sol comenzaban a decorar con pequeñas rayitas doradas el mármol negro del suelo, Jorge Fernández abrió los ojos y estiró los brazos.

—Buenos días —susurró al escuchar el pesado caminar de Patricia—. ¿Cómo está?

—Mmm, en estos momentos no tiene fiebre.

—Me refería a usted —dijo tomando aire ruidosamente tras un momento de silencio. Su ceja derecha ascendió con preocupación.

Con una debilitada sonrisa, admitió ella en voz baja:

—Estoy cansada. —Jorge frunció los labios—. ¿Y usted?

—¿Yo?

—No, el de la habitación de enfrente —contestó sarcástica—. ¿Quién sino?

Desperezándose como un oso tras varios meses de hibernación, musitó él:

—No hay un centímetro de mi cuerpo que no me duela.

—Ya.

Jorge se pasó la mano por la cara.

—Mmm, creo que debería afeitarme.

—Debería —musitó Patricia al ver cómo se rascaba el cuello a la altura de la nuez donde el vello comenzaba a espesarse y a adquirir una tonalidad más oscura. Guasona, comentó—: ¿No se ha enterado?

—¿De qué?

—Una enfermera ha tenido que ir al psicólogo por su culpa.

—¿Cómo dice? —preguntó extrañado, alzando una ceja inquisitivamente.

Patricia acarició la tapicería desgastada del apoyabrazos de su sillón y contestó con intranquilidad:

—Que por su culpa una enfermera ha tenido que ir al psicólogo.

—La he oído, pero...

—Imagínese. Ha tenido que pedir la baja. —Jorge la miró con extrañeza—. Sí, sí. ¡Como lo oye! Nada más y nada menos que tres meses. ¡Tres!

—¿Tres? —musitó con expresión culpable.

—Nada más y nada menos —repitió—. Se rumorea que va diciendo por ahí que no había visto nunca a un hombre tan feo como usted.

Jorge detectó en los ojos de Patricia una sombra de admiración. Tras

espantar las díscolas ondas de su flequillo, cerró los ojos, esbozó una sonrisa sutil e intentando ordenar sus pensamientos antagónicos, declaró:

—Afortunadamente, usted está preciosa esta mañana.

Desempeñando su más que estudiado papel de mujer cascarrabias, exclamó ella:

—*¡Lamadrequemeparió*, no me venga con zalamerías!

—*¿Zalamerías?* —Comenzó a masajearse las muñecas con movimientos circulares.

—Jorge, se lo pido por favor. ¡Apártese! —Le golpeó el hombro con el talón de la mano—. Va a despertar a Natalia con sus tonterías.

Aquello hizo sonreír al actor que, retirándose con comicidad el flequillo de la frente, comentó guasón:

—Después de la guerra que ha dado esta noche, seguro que hoy duerme hasta tarde. —Patricia suspiró con resignación—. ¿Por qué no se va un rato a casa?

La oferta era muy tentadora, pero no estaba dispuesta a dejarlos allí solos. Con los brazos en jarra, exclamó:

—¡Ni hablar!

—Allá usted —contestó él jugueteando con los rayos de sol que se colaban por las rendijas de la persiana y decoraban el mármol del suelo con pequeñas motitas doradas—. No quiero insistir pero ¡fíjese cómo tiene las piernas!

—Se me pasará.

Jorge negó con la cabeza y comenzó a doblar la sábana con la que se había tapado durante la noche bajo la atenta supervisión de Patricia que, ceñuda, estudiaba todos y cada uno de sus movimientos.

—¿Por qué es usted tan testaruda?

—Tengo un buen maestro —contestó ella con ironía, rechinando los dientes mientras él continuaba escaneando su semblante con la intensidad de sus ojos verdes—. *¡Lamadrequemeparió*, deme esa sábana!

Media hora después, al percibir que sus piernas estaban cada vez más hinchadas, Patricia Ramírez cogió el bolso, revisó la cartera y anunció con el semblante serio:

—No lo tome usted por costumbre pero...

—¿No me diga que al final me va a hacer caso? —inquirió Jorge alzando

con sugerencia la ceja derecha.

Pese a estar agotada, Patricia tuvo el valor de clavar una dura mirada en él antes de decir:

—Me cuesta admitirlo, pero lleva usted razón. Necesito darme una ducha y descansar un poquito las piernas. Esta presión me está matando.

—No se puede ser tan cabezota.

Abrió desmesuradamente los ojos y dejó escapar un ligero resuello.

—Ya le dije antes que tengo un buen maestro.

Al ver su melosa y cariñosa sonrisa, Jorge Fernández colocó las manos a la altura de la boca y comentó guasón:

—Pues ya sabe lo que dicen... Que quien se atreve a enseñar nunca debe dejar de aprender.

Picajosa, tratando de tener la última palabra, añadió ella:

—Cierto. Y que un buen maestro vive en una constante y permanente preocupación: «enseñar y que sus alumnos prescindan de él». ¿Qué le parece?

—Jorge se peinó el flequillo con los dedos y sonrió divertido. El blanco de sus dientes destacó entre la oscura y espesa barba que cubría su rostro—. ¿Quiere que le traiga algo?

—Estaré bien, no se preocupe.

Al ver cómo él se rascaba otra vez el cuello a la altura de la nuez, sentenció ella:

—Sí. Un poco más greñado, quizás.

Asintió y con un registro de voz templado y parsimonioso, se atrevió a decir:

—Patricia, no olvide que tiene que salir por la puerta de Urgencias. Y por lo que más quiera. No haga caso de...

—¿De los *paparicheros*?

—Sí —sonrió él inclinándose hacia delante.

—Ya lo sé.

Natalia, que acababa de despertarse, se frotó los ojos con el talón de la mano y comentó con desorbitada excitación:

—*Paparazzi*, Nona. Se dice *paparazzi*.

—¿Lo ve? —inquirió Jorge recostándose otra vez en el sillón—. Aquí hay otra maestra en ciernes.

—Suelen decir que de tal palo tal astilla —contestó Patricia abriendo los ojos de par en par. Y, dirigiéndose a Natalia, añadió—: Buenos días, princesa ¿Cómo estás?

—Me duele el brazo.

—Eso no es nada —aseguró tomándole la temperatura con el dorso de la mano. Afortunadamente, tenía la frente fresquita—. ¿Tienes hambre?

Somnolienta, Natalia se frotó los ojos otra vez y asintió con la cabeza antes de preguntar con curiosidad:

—Nona ¿te vas?

—Tiene que ir a hacer un recado, galletita —le indicó Jorge acariciándole la punta de la nariz.

Aquel gesto simpático hizo sonreír a Natalia.

—Vuelvo enseguida —musitó Patricia despidiéndose de Jorge con un sutil cabeceo.

Él extendió la mano y cuando ella se la iba a estrechar, la retiró y dijo divertido:

—Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que descanse.

—¡*Lamadrequemeparió*, váyase al...!

8

Hasta que Clairett no encendió la luz, Helena no se percató de que ya casi había anochecido y que se inclinaba sobre el lavabo con los ojos entrecerrados para poder ver mejor.

—¿Se puede saber qué le ha pasado a tu pelo?

Clairett se sentó en la taza del váter, cruzó las piernas y se colocó un mechón rubio detrás de la oreja.

—¿Te gusta?

Helena repasó mentalmente el historial de locuras con las que su hermana le había sorprendido durante el último mes. ¿Qué le quedaba por hacerse? ¿El haraquiri? Después de mirarla una vez más, se mordió el labio inferior, luego el superior e, incapaz de dar una respuesta que no sentía, resopló:

—En absoluto.

—¿Ni tan siquiera un poquito?

—Siento mucho lo que te voy a decir, pero estás..., estás... —tartamudeó—. A ver cómo te lo digo para que no te moleste. Estás..., estás... ¡estás horrorosa!

Clairett apretó los labios, se contoneó sugerentemente ante el espejo como si fuera una bailarina de striptease y, lanzando un desvergonzado beso al aire, exclamó mordaz:

—Tengo a quien parecerme, hermanita. —Cuando los almendrados ojos claros de su hermana se oscurecieron rabiosos, puntualizó—: ¡A ti!

—No pretendo ser cruel —comentó Helena con un tono de voz mucho más calmado y tranquilizador—, pero de rubia y con esas cejas tan oscuras estás para que te quemen en una hoguera en la Plaza Mayor.

—Estoy segura que sería un bonito espectáculo para los japoneses. ¡Ay, ¿te lo imaginas?! —soltó entre risas—. Es como si los estuviera viendo: con esos ojitos tan curiosos que tienen, sus gorritas y todos en fila india con la cámara en alto para fotografiarme. Uuuuu...

Helena respiró hondo.

—Hermosa —dijo con una perversa sonrisa dibujada en los labios—, no sé si has perdido un tornillo o la ferretería completa, pero...

—¿Pero?

—Te aseguro que no me puede negar nadie que estás como una cabra.

Clairett, con ganas de marcha, se subió el oxigenado flequillo, se cubrió estratégicamente el resto de la cabeza con la toalla y, echando la mandíbula inferior hacia atrás en una cómica mueca, comenzó a balar como una cabra:

—Beeeeeeee... Beeeeeeee... —Guasona, añadió poco después—: Uno, no, ¡dos!

Helena se estiró la piel, justo allí donde algunos pelillos crecían salvajes en el entrecejo, abrió el cajón inferior del mueble del lavabo, cogió las pinzas de depilar y comenzó a definir la estructura de sus cejas ante el espejo de aumento que colgaba de la pared.

—¿Dos, qué? —preguntó.

—Dos tornillos —apuntó Clairett entre risas moviendo su mechón rubio.

Ajustando la posición del espejo para eliminar un par de pelillos que comenzaban a despuntar en el lateral de su ceja izquierda, comentó Helena:

—Oye. Si es así, dime qué tipo de tornillos utilizas para ir a comprarlos esta tarde a la ferretería. —Clairett comenzó a hacerle burla con la lengua—. ¿O prefieres que te traiga un cencerro?

—Beeeeeeee... beeeeeeeee...

Helena se detuvo en seco y observó la sucesión de muecas irrepetibles con las que Clairett se estaba burlando de ella.

—Me juego el cuello a que cuando te vea Pepita le da un síncope —suspiró.

—A quien realmente le tiene que gustar es a Óscar.

—¿A Óscar? —Helena alzó las dos cejas a la vez—. Creía que hacías las cosas por ti y no por los demás.

—Dice que le ponen las rubias de ojos claros —declaró Clairett con un tono de voz suave, más concentrada en la reacción imperturbable del rostro de Helena que en calentar la banda de cera que acababa de colocarse en la ingle.

—Vaya. Y TÚ, como una gilipollas, vas y te tiñes el pelo. Cualquier día te dice que te tires al Manzanares y...

Con cara de no haber roto nunca un plato, comentó Clairett:

—Gilipollas es una palabra con demasiado peso ¿no crees? —Helena la miró con expectación a través del espejo, pero no dijo nada—. Óscar y yo... ¡Uff, no sé! Con determinado tipo de hombres solo puede haber un aquí te pillo, aquí te mato. ¡Tú ya me entiendes!

Oír aquello hizo que Helena frunciera el cejo y dijera metafóricamente:

—A un clavo ardiendo se agarra el que se está hundiendo. ¿Cuánto tiempo llevas tú sujeta a ese clavo? ¿Tres meses?

—¡¡Sí, tres meses!! —Clairett se mordió el labio inferior y, preparándose para tirar de la banda de papel, comentó con excitación—: Tres meses en los que mi vibrador ha tenido unas vacaciones más que merecidas.

—¿Qué tiene que ver ahora...?

—Piensa, Helenita. ¡PIENSA! —Clairett se dio unos ligeros toquecitos de crema hidratante. Siempre que se depilaba, su piel adquiría una tonalidad rosada cercana al rojo—. Dejar la tecnología y optar un poco más por lo humano puede a veces dar un giro radical a tu vida.

Helena soltó la pinza de depilar y vociferó con la mandíbula en tensión:

—¡¡Clairett!!

—¡¡¿QUÉ?!!

—Estás..., estás...

—*Loca..., por un beso tuyo, taaaara. Loca, por chocarme con tus labios, taaaara. Loca, por besarlos y acariciarlos, por bailar desnuda al son de los siete amores y que sepas de una vez, que pa' gustos, los colores* —canturreó contoneando las caderas al tiempo que levantaba el brazo derecho y apuntaba con el índice al techo. Exaltada, después de su maravillosa imitación de Malena Gracia, respiró hondo y comentó, desviando la conversación—: Seguro que también te suena eso de «un clavo saca a otro clavo» así que ¿por qué no dejas de ser tan perezosa y te regalas un poco de placer? Reconócelo, Helenita. Acabas de entrar en un período de sequía y hablamos de una sequía que fácilmente podría compararse a la del desierto porque no creo que Raúl y tú hayáis disfrutado demasiado juntos.

Helena comenzó a sentir calor, mucho calor... Tanto hablar de clavos y, precisamente, Clairett había dado en el clavo. Ya no disfrutaba con Raúl. No lo quería, no lo deseaba, no sentía nada por él... Salvo desprecio.

—Eso a ti no te importa —soltó abrumada.

—Pues no. Pero como hoy me he levantado con ganas de gritarle al mundo lo feliz que soy, voy a darte un consejo que me dio hace algún tiempo mi amiga Maite.

—Sorpréndeme.

—¡Folla!

—¡¡CLAIRETT!!

—Ay, Helenita... —suspiró.

—Olvidame.

—Por Dios, aplícate el cuento. El sexo espontáneo puede ayudarte a liberar estrés y a subir la autoestima.

—¿Por eso tú la tienes siempre por las nubes? —susurró Helena sin darse cuenta de que su subconsciente le estaba jugando una mala pasada.

Clairett soltó otra carcajada y, enjuagándose las manos en el lavabo, advirtió:

—Cuanto más tardes en volver a la acción, más difícil te resultará luego coger el ritmo. —En eso, Clairett llevaba toda la razón—. Hazme caso, Helena. Dale una alegría al cuerpo antes de que sea demasiado tarde.

—Olvídame —repitió estirando sus carnosos labios en un gesto burlón.

—¿Qué te parece si tú y yo organizamos algo este viernes? Podemos avisar a las chicas y...

Antes de que Clairett pudiera decir nada más, soltó Helena:

—No creo que sea buena idea.

—Ya..., ya lo tengo —barbotó entusiasmada—. Podemos llamar a Rosa, a Isabel, a Clara, a Maite y..., y..., y a Lucía. ¡Sí, sí, no me mires así! Lucía es una de las que se coge un rebote de tres pares de narices y no lo suelta en un mes como te la dejes atrás. ¿Qué te parece?

—¿Y qué pasa con Óscar? —sugirió en un hilo de voz.

—¿Con Óscar? —repitió Clairett sonriendo sarcásticamente—. Mira chica, a Óscar que le den.

Al día siguiente, Helena se encontró una madeja de pelo rubio muy sospechosa en el suelo del cuarto de baño. Extrañada, aceleró el paso y abrió la puerta del dormitorio de Clairett. La joven estaba ante el espejo terminando de perfilar sus ojos con el *eyeliner*.

—Pero...

—¿Te gusta?! —inquirió aspaventando con emoción el corte asimétrico, desenfadado y juvenil que acababa de hacerse.

Helena se ajustó las gafas al puente de la nariz.

—Estás...

—Loca de remate, lo sé. De vez en cuando viene bien hacer algunas locuras para darle un poco de sal a la vida, ¿no crees? —La mirada recelosa de Helena se suavizó ligeramente cuando comenzó a sonar el timbre—. ¿Abres tú?

Helena irguió la espalda, compuso una mirada servicial y, al percibir el

segundo timbrazo en la puerta, hizo una pequeña genuflexión y exclamó mordaz:

—¡Sí, *bwana!*

Pepita Santamaría entró como un reactor arrastrando las zapatillas.

—Ricura, ¿se puede saber qué haces todavía así?

Helena todavía no se había quitado el pijama celeste de ositos que ella le había regalado por su cumpleaños.

—Voy a desayunar —anunció con los ojos entornados—. ¿Le apetece un café?

—¿Es descafeinado? —Se mordió el labio inferior, a la expectativa. Como la respuesta tardaba en llegar, explicó dando un poco de énfasis gestual a sus palabras—: Ricura, ya sabes que el cardiólogo me ha prohibido tomar café.

—Porque tiene la tensión un poco alta.

—Eso dice —respondió la octogenaria.

—Buenos días, Pepita —le saludó Clairett. Caminaba de puntillas, con los zapatos en la mano—. Me alegro de verle.

—Madreeeee, menudo nido de pájaros te has preparado en la cabeza.

—Mi hermana ha perdido el norte —afirmó Helena contabilizando mentalmente las cucharadas de descafeinado necesarias para llenar una cafetera—. ¿Todavía no se ha dado cuenta?

—¡¡¡Pero si parece una loba de esas que van pidiendo guerra!!!

—*Una loba en el armario. Tiene ganas de salir. ¡Auuu!* —canturreó Clairett dejándose caer pesadamente en el sofá para calzarse—. *Deja que se coma el barrio. Antes de irte a dormir.*

La anciana se acercó a Helena que, junto a la ventana del patio, trataba de encender el mechero para fumarse un cigarro y preguntó con preocupación.

—Y ¿ahora por qué aúlla?

—¿Me lo va usted a preguntar a mí? Y yo qué sé.

—Definitivamente, tu hermana se ha vuelto..., se ha vuelto...

—No lo diga, Pepita. ¡NO-LO-DI-GA! —sugirió Clairett—. Shakira tiene muchas canciones que hoy me vienen al pelo.

Helena exhaló el humo del cigarro y se puso a revisar la agenda de contactos de su móvil a la espera de que terminase de gotear la cafetera.

—Chaki..., Chaki ¿qué? —Frunció el ceño y, extrañada, le preguntó a

Helena—: ¿Tú sabes lo qué es eso, ricura?

—Olvidelo.

—Tu hermana se ha vuelto...

—STOP.

—¿Mmm?

—Pepita, no se le ocurra decir eso que está pensando —exigió Helena haciendo referencia a la traviesa y más que loca forma de vida de Clairett.

—¿Por qué?

—Porque mi hermana se va a poner a cantar otra vez. ¿No se da cuenta de que hoy se ha levantado con alguna neurona trastocada?

—No, no, no, ricura —murmuró atropelladamente y con un hilo de voz—. No es preciso generarle un conflicto al hombre del tiempo. Anoche anunció que hoy va a hacer un día estupendo de sol y...

Helena parpadeó y dio un par de tranquilizadoras caladas a su cigarro antes de decir:

—Y es preferible que no abra el piquito, ¿verdad?

—Sí, pero... Ay, Clairett. Si..., si no lo veo no lo creo. ¡Madreeeee, menudo nido de pájaros!

—El pelo crece así que no se alarme, Pepita. ¡NO-SE-A-LAR-ME! —exigió con las pupilas dilatadas. Y, dirigiéndose a su hermana que desde hacía unos minutos miraba el teléfono y murmuraba indignada por lo bajini, añadió—: Y a ti ¿se puede saber qué te ocurre?

—Mmm, na..., nada.

—Hermanita, olvídate de ese capullito de alelí de una puñetera vez.

—¿De alelí? —Helena alzó las dos cejas y aplastó la colilla en el viejo vaso de yogur que había pertenecido a su padre y hacía las veces de cenicero. Aunque no deseaba saber nada de Raúl, estaba dolida con él por el simple hecho de no preguntar cómo se sentía ella. Aun así, dijo—: ¡Ja! Ese tío es un gilipollas en toda regla.

Pepita, al ver que ella se ponía blanca, la observó y preguntó con afectación:

—Helena, ¿desde cuándo tú hablas así?

Consciente de lo mucho que odiaba aquella mujer aquel tipo de palabras, intervino Clairett:

—Ya sabe que mi hermana siempre ha sido muy directa. Algunas veces saca su vena mafiosa y pone en marcha esa boquita de piñón.

Esta vez, fue Helena la que comentó atropelladamente:

—Al menos la mía es de piñón, Pepita, no como la de otras que yo me sé. Al captar el dramatismo que destilaba la voz de su hermana, contestó Clairett:

—Sí. Tú tienes una boquita de piñón solo para lo que te conviene.

Ofendida, Helena le sacó la lengua y, forzando una sonrisa, murmuró:

—Olvídame.

Clairett miró el reloj y, soltando de mala gana la rebanada de pan con mantequilla que se estaba comiendo, vociferó alarmada:

—¡Me voy!

—¿Ya? —preguntó Pepita.

—Hoy Gabriel me mata —aseguró Clairett abriendo los ojos de par en par antes de cerrar con un golpe seco la puerta.

Al ver la taza hecha añicos que Clairett había tirado con las prisas, vociferó la octogenaria:

—¡Madreeeee, tu hermana es peor que un huracán! No deja títere con cabeza y arrasa con todo lo que se encuentra a su paso. —Al percatarse de que Helena estaba en otro mundo, movió la cucharilla que acababa de recoger del suelo y exclamó guasona—: ¡Atención, atención! Aquí la Tierra llamando a Helena.

La joven se ruborizó al tomar conciencia de que estaba en otro mundo, dejó el terminal del móvil junto al fregadero y apuró de un trago la taza de humeante descafeinado.

—Ricura, ¿estás bien?

—He tenido momentos mejores, Pepita —respondió Helena con un suspiro, entornando los ojos para aclarar las ideas.

—Tu hermana y tú sois tan..., tan...

—Somos muy distintas. —Comenzó a fregar los cacharros—. Afortunadamente.

La anciana no quería reír, pero al contemplar los gestos que Helena hacía con la boca y la nariz no pudo evitarlo.

—Anda, deja eso —sugirió acariciándole la mejilla con ternura—. Vístete y acompáñame al hospital.

Helena estudió las manecillas del reloj que colgaba de la pared.

—Pepita, faltan dos horas todavía para su cita.

—No importa, ricura. Así damos un paseíto las dos juntas. Mi Alfonso, que en gloria esté, siempre decía que el aire puro de la mañana aclara las ideas y espanta las telarañas que se forman en la cabeza como consecuencia de

los problemas que tenemos que enfrentar cada día.

—¿Cuántos años estuvieron juntos?

—Uiss, déjame que lo piense. Mmm, ¡cincuenta y siete!

—Uff, hoy en día las parejas no duran tanto.

—Porque el mundo está loco, ricura. Mi madre, que en gloria esté, solía decirme cuando yo era una niña que... —Comenzó a temblarle el labio—. ¡Ainsss, qué buena era, por Dios!

—Si me huelo esto, no le hubiera preguntado nada.

Pepita respiró hondo, se sacó un pañuelo del escote y se secó las lágrimas que comenzaban a acumularse en sus ojos.

—Anda ya, Helenita. No digas tonterías...

—No es ninguna tontería. Fíjese cómo se ha puesto.

—Bah, no te preocupes. Una es de lágrima fácil. —Recuperando el hilo inicial de la conversación, añadió Pepita—: Mi madre siempre decía que las mujeres tenemos que buscar a un hombre seguro de sí mismo, que no tenga dudas. Mi Alfonsico era de esos. Nunca andaba con grises ni medias tintas. Si yo decía blanco, él apostaba por el blanco. Y si yo decía negro, él también. ¡Ainsss, no sabes cuánto le echo de menos!

—Puedo hacerme una idea —susurró Helena envolviéndola en un abrazo tierno—. Su marido era un gran hombre.

—Sí.

—Hoy en día quedan pocos como él.

—¡Madreeeee! Seguro que alguno quedará, ¿no?

Helena Argüelles colocó las cucharillas húmedas en el escurridor y suspiró con total convencimiento:

—No lo creo, Pepita, no lo creo.

—No olvides que el que busca siempre encuentra la horma de su zapato.

—Algunas veces —comenzó a decir Helena mientras terminaba de limpiar el fregadero con el estropajo—, es preferible ir descalza si no quieres que los zapatos te hagan rozaduras en los talones y ampollas en las plantas de los pies.

La octogenaria frunció los labios.

—Mmm, no sé yo.

—¿Le apetece un poco más de café?

—¡¡¿Café?!! —Abrió los ojos de par en par y retiró la taza vacía cuando Helena acercó la jarra humeante de espumoso líquido negro y brillante—. No me digas que...

—No se preocuuupe —sonrió Helena serenamente, alargando la «U»—. Le aseguro que es descafeinado.

—Menudo susto me has dado, ricura —resopló la mujer abanicándose con la mano—. A ver si te enteras de una vez que ya no tengo el corazón para esto.

—Le dice usted a su cardiólogo que toma café y...

—¡Madreeeeee!

—Y, al final, es a él al que le tienen que poner un marcapasos —prosiguió Helena hojeando distraídamente la revista Lecturas.

—¡Ay, ricura! —exclamó con expresión traviesa—. Ese doctorcito me trae de cabeza. Si yo tuviera unos *añicos* menos, te aseguro que otro gallo cantaría.

—¿Y su Alfonso?

La anciana vaciló ante la inesperada pregunta que le había lanzado la joven.

—Una no es de horchata, cielo —aseguró recolocando la horquilla que sujetaba uno de los rulos que llevaba a la altura de las sienes—. Y, desgraciadamente, mi Alfonsico ya no está.

—Buenooo..., no se ponga otra vez melosona.

—Sí. Ya está bien —suspiró. Y, cabeceando ligeramente para señalar una fotografía de Jorge Fernández, inquirió—: Es mono, ¿verdad?

—¿Quién? —preguntó Helena abriendo los ojos de par en par.

Sin lugar a dudas, Pepita se refería al actor de cine, ese al que ella se había encargado de poner entre las cuerdas con sus preguntas capciosas días antes.

Recordar cada pliegue, cada peca, cada onda del travieso flequillo que caía en cascada por su frente hizo que le temblaran las piernas y que su centro del deseo comenzara a palpitar con insistencia.

—Ya sabes a lo que me refiero, ricura —asintió Pepita. Su mirada parecía de hielo esta vez aunque en su voz se notaba cierto tono de diversión—. Este actorcito está...

Temblorosa, notando cómo todos los argumentos incongruentes con los que pretendía dar por concluida aquella conversación se venían abajo, Helena cruzó las manos sobre el regazo y balbució:

—Mmm, no..., no está mal.

—¡Ya! Está rico, rico, rico —comentó Pepita Santamaría—. Como uno de esos quesos de tetilla que hacía mi Alfonsico cuando estábamos en el

pueblo.

—¿Usted cree?

Tras observar el reflejo de la mujer arrugada que le ofrecía el espejo, añadió la octogenaria:

—Madreeeee. Porque una tiene ya muchos años, un centenar de achaques y el maldito colesterol por las nubes que si no...

A pesar de que aquel hombre de espectaculares ojos verdes que sonreía en la revista era un dios inalcanzable para una mujer como ella, una ígnea oleada de celos surcó el pecho de Helena.

—¡¡PEPITA!!

—¿Qué pasa, ricura? Dime ¡¿qué pasa?!

—Pues eso. —Helena cerró la revista dedicándole una mirada triste y frágil—. Que tiene usted la lengua muy larga.

—Ay, alma cándida. No logro entenderte. —Puso los ojos en blanco—. Es cierto que los jóvenes tenéis el genio muy vivo pero ¿el juicio? ¡Madreeeee, el juicio lo tenéis muy débil, ricura! De eso estoy segura porque lo que es, es. ¡Y no hay más que hablar! Te aseguro que si ese hombre fuera pan mojaría una docena de yemas de huevo ahora mismo.

—Recuerde que tiene que controlar el colesterol —se mofó Helena. Solo ella sabía cuánto le pesaba a la anciana no poder comerse un huevo frito.

La octogenaria frunció los labios y, alzando el bastón, se quejó:

—Siempre con lo mismo, ¡madreeeee! Que si el colesterol, la tensión, el azúcar... Entre unos y otros no me dejáis respirar.

Durante unos segundos, Helena la observó para retener aquella bonita imagen que transmitían los años de experiencia y de sabiduría. Luego, tratando de controlar la retahíla de su vecina, se acercó a ella por detrás, le besó en la sien y preguntó:

—¿Está lista?

—¿Lista para qué?

—Para salir —dijo Helena tras un breve silencio.

Pepita Santamaría iba a decir algo cuando a ella le sonó el teléfono. Como un reactor, revisó la pantalla del móvil.

—¿No lo vas a coger? —preguntó la anciana al ver que se guardaba el terminal en el bolsillo delantero de su pijama de ositos—. Puede ser algo importante.

Helena giró sutilmente la cabeza y, encogiéndose de hombros como si no hubiera roto nunca un plato, susurró:

—Ya volverán a llamar. ¿Qué le queda?

Un rubor intenso se apoderó de las ya de por sí sonrosadas mejillas de la anciana.

—¿No pensarás que voy a salir a la calle con los rulos puestos?!

—¿Y por qué no? Seguro que a su *doctorcito* no le importa —respondió con retintín.

Al oír aquello, la octogenaria cerró los ojos y susurró en respuesta:

—Madreeeee, ¡qué puñetera eres, ricura! ¡QUÉ PUÑETERA!

9

Tras un almuerzo muy frugal en el que Natalia no había consentido en ingerir más que un par de cucharadas de caldo de pollo y medio yogur de fresa, Jorge Fernández redujo al mínimo el volumen del televisor, estiró las piernas sobre el sillón, dio un par de sorbos a un vaso de plástico que contenía lo que para la mayoría era un café pero que, en realidad, no era otra cosa más que un matarratas imposible de tragar y entornó los ojos.

No habían pasado ni cinco minutos cuando alguien abrió la puerta con demasiado ímpetu, haciendo incluso que la manilla golpeará la pared y descascarillara la pintura sobre la que, y desde hacía horas, había llegado a la conclusión de que en algún momento había sido blanca.

—¡¡¡Sorpresa!!!

Como un reactor a propulsión, Jorge se levantó del sillón y se apartó el indomable flequillo que caía en cascada por su frente cubriéndole parcialmente los ojos. Azuzado por el picor que la espesa barba le infería en el cuello, se rascó enérgicamente e, intuyendo quién se ocultaba tras aquel enorme oso marrón de peluche con tres globos blancos atados a la muñeca, susurró:

—Raúl, ¿eres tú?

—¡¿Quién si no?! —vociferó.

—Shhh... Baja la voz. Natalia acaba de quedarse dormida. —Nervioso, se pasó la mano por el pelo una, dos y hasta tres veces antes de decir—: ¿Qué demonios haces aquí?

Alzando sutilmente el labio superior, exclamó Raúl:

—¡Menudo recibimiento! —Jorge puso los ojos en blanco—. Por si no te has dado cuenta, ¡yo también me alegro de verte!

—Cuéntame otra milonga.

—Estaba preocupado por Natalia —declaró el representante—. Y ¡fíjate! Vengo cargado con este oso de peluche para ella. Espero que le guste.

—Baja la voz —exigió Jorge entre dientes—. Por favor.

Raúl Aguirre colocó el peluche junto a la cabecera de la cama y preguntó con una sonrisa maliciosa en los labios:

—¿Has dormido algo?

—Poco, la verdad —admitió Jorge parpadeando un par de veces para aliviar la cargazón de los ojos.

—Lo suponía. —Tras unos segundos de reflexión, apretó los dientes y comentó con un tono de voz frío y agresivo—: Hay zombis pululando por el hospital con mejor cara que tú.

—Raúl —contestó Jorge entre dientes peinándose otra vez el flequillo con los dedos como si éstos tuvieran un tic nervioso difícil de controlar—, ¿qué quieres?

—Los de producción se hubieran ahorrado mucho en maquillaje si hubieras participado en aquel videoclip de Michael Jackson de los ochenta — comentó Raúl observando las profundas ojeras que cubrían los párpados del actor—. Mmm, ¿cómo se llamaba?

—...

Se acarició el mentón y se mordió ligeramente la lengua.

—Recuerdo que por aquellos años la cara de Michael Jackson aún tenía color. ¿Mmm?

—...

—¡Sí! Creo que la canción se llamaba *Thriller*. ¿La recuerdas?

Jorge Fernández esbozó una sonrisa y, tratando de vislumbrar su rostro reflejado en el metal de la barandilla protectora de la cama de Natalia, inquirió:

—¿Tan mal aspecto tengo?

—¿Sinceramente?

—Olvidalo —contestó sin mover ni un músculo.

—Sí.

Percibiendo cómo el sonido aterrador de aquel sí se le quedaba grabado a fuego en la piel, murmuró el actor:

—Vete a la mierda. —Se sentó en el sillón, cruzó las piernas, levantó los brazos y, una vez entrelazadas las manos a la altura de la nuca para apoyar la cabeza, entornó los ojos. Al instante, los volvió a abrir—. Por cierto, ¿cómo está Kobo?

Raúl dio un paso al frente, cogió un paquete de galletas que estaba sobre una mesa auxiliar y dijo:

—Oye, Jorge. No estarás comiendo esta mierda, ¿verdad?

—¿Qué problema hay en comer unas galletas?

—Te recuerdo que...

—¡Raúl! —exclamó dejándolo con la palabra en la boca.

—¿Qué?

—Olvídate de las galletas. ¿Cómo está Kobo? —repitió.

—Pff. No para de quejarse —sonrió sarcásticamente—. Ese chucho es como su dueño y necesita una buena hembra que lo ponga en candela.

Jorge Fernández puso la mandíbula en tensión y cuando los dientes comenzaron a rechinarle provocándole un escalofrío aterrador en la nuca que no tardó en recorrerle la espalda entera, espetó:

—Lárgate.

—No negarás que eso te sentaría bien... —Raúl tiró el paquete de galletas al cubo de la basura—. Oye, Jorge. Dime una cosa. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Últimamente te encuentro muy tenso —insistió.

—Olvídame.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

Raúl se pasó la palma de la mano por la cara.

—Pienso que tu actitud no se debe al exceso de trabajo, pero...

—Raúl —Jorge Fernández acarició con ternura la frente de su hija y la notó ligeramente templada—, no estoy de humor para discutir. Te lo pido por favor: LÁR-GA-TE.

—Debo parecerte muy prosaico cuando te hablo del sucio dinero —insistió—, más aún en esta situación, pero ¡tienes que trabajar!

—Oye. ¿Cómo quieres que te lo diga? —Se cruzó de brazos—. ¿En inglés, en swahili, en arameo?

Mostrándole los anuncios por palabras que aparecían en uno de los periódicos que había sobre el alféizar de la ventana, inquirió Raúl:

—Dime una cosa. —Jorge se recostó otra vez en el incómodo sillón—. ¿Has consultado ya los anuncios por palabras?

—Qué cruz, Raúl. ¡QUÉ CRUZ!

—Habrás podido comprobar que no hay nada interesante —comentó con sarcasmo pasando distraídamente las páginas de la revista.

—Raúl, por favor.

—Te recuerdo que siempre hay trabajo para el que quiere trabajar y yo puedo ofrecerte lo mejor.

Jorge apretó los dientes hasta que chirriaron.

—Raúl...

—Vale. Ya sé lo que me vas a decir. ¡Lo sé! Que no te apetece. —Se apoyó en la pared, justo debajo de la televisión, y comenzó a estudiar con detenimiento la hirviente reacción del actor—. Pero el dinero se agota, muchacho. No lo olvides. Por cierto, ¿dónde has escondido a esa vieja urraca?

Percibiendo cómo la cólera le bloqueaba la mente y golpeaba sus sienes, Jorge se levantó del sillón y, apuñalándole con la mirada, espetó:

—¡Vete a la mierda, Raúl! —Sentía que su corazón latía a toda velocidad. De sus ojos verdes emergieron fuegos artificiales, y no precisamente de alegría, al decir otra vez—: Lárgate ¡ya!

—Como quieras —musitó el representante estirando las arrugas de su jersey azul—. Cuando estés sin blanca, ya verás cómo vacilará tu optimismo y vendrás a mí como un cachorrillo con el rabo entre las piernas. En ese momento, no me echés en cara cuando te diga «te lo dije», ¿vale? Ser actor implica entregarse en cuerpo y alma a la profesión, no lo olvides.

Ambos guardaron silencio cuando una auxiliar con la bandeja de la merienda en alto golpeó la puerta y preguntó:

—¿Se puede?

Jorge Fernández forzó una sonrisa al decir:

—Adelante.

Raúl Aguirre frunció los labios provocativamente cuando se tuvo que retirar para dejar paso a la auxiliar.

—Jorge —dijo guiñándole un ojo antes de abandonar la habitación—. En cuerpo y alma...

Su mente giraba en un frenético y casi letal torbellino cuando Patricia Ramírez apareció a eso de las siete menos cuarto de la tarde.

—Muchacho, ¿qué le pasa? —preguntó mirándolo fijamente mientras se desanudaba el pañuelo turquesa que llevaba al cuello.

—Nada —suspiró retirando con nerviosismo la espesa cortina de pelo ondulado que cubría su frente y ocultaba sus ojos verdes.

Natalia se había vuelto a quedar dormida después de más de media hora de lloriqueos porque él no lograba encontrar el canal con los dibujitos animados que a ella tanto le gustaban.

—He de reconocer que es usted un grandioso actor, pero en estos momentos, permítame decirle que no le creo.

—Debo estar perdiendo facultades.

—Tal vez —admitió Patricia con suspicacia—. ¿Cómo está Natalia?

El actor se masajeó las sienes antes de afirmar con tensión:

—Insoportable. Hace unos minutos que se ha quedado dormida de nuevo.

—¿Y usted?

—¿Yo? —preguntó él pasándose una mano por la cara.

—¡Sí, usted!

Apretó perceptiblemente la mandíbula y tragó saliva. Su nuez subió y bajó en su garganta y el pecho se le dilató con una respiración profunda. Buscando apaciguar sus emociones, admitió de forma categórica.

—Perfectamente. ¿No me ve?

—No sé yo...

Él se encogió de hombros.

—Patricia. Me..., me..., me siento... —Ella abrió los ojos de par en par cuando él estiró los brazos. Al sentir un crujido en el cuello, declaró él—: Me duele todo. Ya lo sabe.

Ella le guiñó un ojo y sonrió pícaramente. Luego, abrió el armario y colgó el abrigo en una percha vacía.

—¿Todo, todo?

—TODO —admitió el actor de camino al cuarto de baño—. En estos momentos estoy para el... Mmm, ¿cómo dice usted algunas veces?

—¿Para el arrastre?

Jorge Fernández se lavó la cara y se mojó la nuca mientras miraba su rostro en el espejo. Aquella barba espesa y enredada ocultaba los sensuales hoyuelos de sus mejillas y le daba un aspecto primitivo.

—Pues eso. —El aire se atascó en su garganta y tosió al decir—: Ahora mismo estoy para el arrastre.

—Le recomiendo que se marche ahora que no hay muchos *paparicheros* en la puerta. —Patricia Ramírez se descalzó, se quitó las medias que ya comenzaban a clavársele a la altura de las rodillas y se puso unas zapatillas de andar por casa. Mientras doblaba la bolsa de plástico donde las había llevado, añadió—: ¿Qué hace?

Dando carpetazo a sus pensamientos, suspiró profundamente antes de admitir:

—Pensar, Patricia. Pensar.

—*¡Lamadrequemeparió!* —exclamó ella arrugando finalmente la bolsa—. Márchese de una vez o soy capaz de darle un guantazo y de ponerle la cara del revés. Pensar, dice... ¡Ja!

—Pensar es una actividad esencialmente humana que consiste en meditar cual es la mejor opción —advirtió el actor al cabo de un rato.

—¿Nona? —Ambos permanecieron en silencio durante un par de segundos hasta que Natalia repitió—: ¿Nona?

Patricia Ramírez levantó con cuidado la cabeza de la pequeña para mullir la almohada.

—¿Cómo estás, galletita? —Lanzándole una furibunda mirada al actor, masculló—: Mire lo que ha conseguido.

—Nona, me duele el brazo —protestó la pequeña—. ¿Cuándo nos vamos?

—Muy pronto —dijo acariciándole la punta de la nariz—. Duérmete otro ratito.

Sigiloso, Jorge Fernández abrió la puerta de la habitación.

—Vuelvo enseguida.

—Sí. Será mejor que se marche porque parece un pordiosero con esas pintas.

Jorge se rascó el cuello a la altura de la nuez y comentó guasón:

—Más que vello facial, la barba es una actitud, un elemento de masculinidad bien entendida, un...

Patricia sujetó la manilla con intención de darle con la puerta en las narices y, dando por concluida la conversación, exclamó con su particular forma de unir una palabra con otra:

—*¡Lamadrequemeparió, aféitese!*

Josefina Santamaría, la risueña octogenaria que solo respondía ante aquellos que utilizaban el hipocorístico de Pepita, esperaba impaciente junto al aseo de la tercera planta del hospital apoyada en su bastón.

—Ricura, tienes mala cara. ¿Qué te pasa?

—Me duele la tripa —admitió Helena Argüelles frunciendo el cejo.

—¿Qué cenaste anoche?

—No es eso, Pepita —sonrió Helena—. Acaba de llegar mi amiga de visita.

La anciana, que no recordaba que la joven le hubiera dicho que esperaba a alguien, inquirió extrañada:

—¿Qué amiga?

Roja como un tomate, Helena Argüelles se acercó a su oreja y le susurró

misteriosamente:

—MI AMIGA. Esa que me visita todos los meses sin excepción.

—Uiss —sonrió avergonzada—. ¡Menuda amiga! Más bien es la odiada enemiga a la que yo nunca me llegué a acostumbrar, ricura. Anda que no me dio guerra ni *na'lamuypuñetera*.

—Amiga o enemiga. Da igual cómo le queramos llamar —musitó Helena percibiendo cómo el rubor se apoderaba de su cara y, sobre todo, de sus orejas—. La cuestión es que por su culpa tengo el cuerpo asqueado.

—Mándala a freír puñetas durante un tiempo —sugirió Pepita Santamaría deteniendo el paso para tomar aire—. ¡Uff, lo que me pueden doler las piernas!

Percibiendo cómo el aire se le atascaba en la garganta llevándola casi al borde del colapso, inquirió Helena:

—¿De qué habla?

—¡Madreeeee! No me vengas con esas Helenita que ya no eres una mojigata.

Helena la miró con extrañeza, le ofreció el brazo para que se apoyara en él y le pellizó las arrugas del dorso de la mano para que se callara.

—¿Se puede saber de qué está hablando?

—Ricura, supongo que ya sabes lo que tienes que hacer para librarte una temporada de *tu amiguita*, ¿no?

La joven permaneció en silencio unos segundos, los suficientes como para analizar su próxima respuesta.

—Lo que está proponiendo no está contemplado en mis planes —dijo clavando una oscura mirada de reproche en los azulados y cristalinos ojos de la anciana.

—Por ahora —farfulló mascando las palabras. Y, al ver que ella sonreía, repitió—: Por ahora. Esta noche rezaré unas oraciones a mis santicos y ya verás. Te lo digo en serio, Helenita. Santa Rita de Casia, San Judas Tadeo, Santa Filomena y San Gregorio de Neo... Mmm, ¿cómo era?! No me lo digas, ¡NO-ME-LO-DIGAS! ¡Ah, sí, San Gregorio de Neocesarea! En fin, que mis santicos siempre interceden por las causas imposibles. Esta noche les rezaré unas oraciones y ya verás lo prontito que tú...

En ese momento, justo cuando la octogenaria hacía el gesto con la mano simulando la tripa que se genera con el embarazo, un muchacho que corría a toda velocidad por el pasillo golpeó a Helena, haciéndola tambalear.

—¡Madreeeee, menudo empujón que te ha *arreao* el tiparraco ese!

¿Estás..., estás bien? ¡Mal dolor de barriga no le dé!

Helena se ajustó el asa del bolso en el hombro y giró sobre sus talones para apoyar la espalda contra la pared mientras llegaba el ascensor.

—Una ya no puede andar tranquila ni en los hospitales —apuntó una mujer que, al igual que ellas, esperaba el ascensor con un humeante vaso de café con leche que acababa de sacar de la máquina—. ¡Dónde se ha visto otra cosa igual! ¡Ni que estuviera persiguiéndole un matón a punta de pistola!

—Estoy bien —admitió Helena Argüelles masajeándose el costado, justo donde aquel malnacido le había arreado un codazo.

—Fíjese —comenzó a decir aquella mujer—. Anteayer, los de seguridad tuvieron que echar a un grupo de niñas del hospital.

—¿No me diga? —susurró Pepita abriendo la boca de par en par.

—Estaban empeñadas en fotografiar a ese actor... ¡Ya sabe! A ese que tiene los ojos verdes y un flequillo muy largo que...

—¿A Jorge Fernández? ¿El protagonista de *Oscuras Pasiones*?

—Sí, el mismo.

—¡Madreeeee!

—No se hacen ustedes una idea del revuelo que se formó. ¡Una auténtica vergüenza! Este, este es —afirmó la mujer mostrándole las mismas fotografías que Helena había visto esa mañana en la revista *Lecturas*.

Definitivamente, aquellas imágenes no hacían justicia a la naturalidad innata de Jorge Fernández.

Incapaz de olvidar cómo su flequillo ondulado y travieso caía sobre su frente ocultando mínimamente aquellos espectaculares ojos de un intenso y profundo color verde, suspiró Helena:

—No es para menos...

Una joven de unos treinta y cinco años que arrastraba un carrito con un precioso bebé envuelto en una toquilla beige se acercó a ellas y, participando de la conversación, admitió sonriente:

—Todos los días no se encuentra una en la calle a un hombre como ese. ¿Se han fijado alguna vez en esos hoyuelos que se le marcan en las mejillas al sonreír?

—Como a mi Alfonsico que en paz descanse. ¿A que sí?

Helena Argüelles movió la cabeza afirmativamente. ¿Cuánto más iba a tardar en llegar el ascensor?

—Fíjate, Mari Carmen —comenzó a decir la mujer que, sin lugar a dudas, tenía que ser la abuela de la bebida—, a mí me llaman más la atención

esos ojazos verdes que tiene.

Mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro, Pepita le comentó a Helena:

—Menudo traje le están haciendo estas dos al actorcito.

—Sí.

Sus labios forzaron una débil sonrisa.

—Madreeeee, cuánto tarda este ascensor, ¿no?

—Yo no entiendo cómo en un hospital como este se consiente esto — protestó una de las mujeres.

La perorata de aquellas mujeres le estaba causando a Helena un tremendo dolor de cabeza. Si a eso le añadía el golpetazo que había recibido en las costillas y que tenía el estómago en los pies, se podía certificar que la tarde había sido pésima salvo por el hecho de que Pepita se había comportado como una campeona y había realizado la prueba de esfuerzo sin quejarse. Algo raro en ella, ciertamente.

—¡Ya está aquí!

—Pepita, tenga cuidado, no se vaya a tropezar con las ruedas del carrito y se haga daño.

—¡Madreeeee, lo que me faltaba! Tengo los juanetes como para que me los aplasten. Fíjate... Fíjate lo que he tenido que ponerme hoy —dijo señalando con el bastón las zapatillas de loneta gris con un poco de cuña que llevaba en los pies—. Qué lástima, ricura, ¡QUÉ LÁSTIMA! Con los taconazos que he *llevao* yo siempre.

—Es usted muy presumida, ¿no? —expresó entre risas la mujer que empujaba el carrito.

—Ainsss, no lo sabe usted bien. —Pepita Santamaría puso los ojos en blanco y, dirigiéndose al muchacho que se encontraba a su derecha dentro del ascensor, añadió—: A pesar de que una es muy vieja, todavía estoy de muy buen ver.

El estribillo de *La Gozadera* de Marc Anthony y Gente De Zona comenzó a sonar en el interior del bolso de Helena.

Y se formó la gozadera, Miami me lo confirmó

Y el arroz con habichuela, Puerto Rico me lo regaló

Y la tambora merenguera, Dominicana ya repicó

Con México, Colombia y Venezuela y del caribe somos tú y yo.

—¡Madreeeee, ¿qué demonios es eso?! —exhortó Pepita, asustada.

Avergonzada, Helena abrió la cremallera y comenzó a buscar entre los

cientos de cachivaches y papeles que llevaba dentro del bolso.

—Lo siento —musitó y, cambiando el tono de voz al comprobar de quién se trataba, espetó al descolgar—: ¿Qué quieres, Raúl?

Hacía días que esperaba esa llamada.

—Hablar —suspiró él paladeando la palabra—. Creo que ya ha pasado un tiempo prudencial para solucionar lo nuestro.

Oír la voz de Raúl y esa forma extraña de suspirar a través del auricular hizo que a Helena Argüelles se le revolviere el estómago. ¡Otra vez!

Respiró hondo y, convencida de que entre ambos ya nada podría ser igual que antes, soltó:

—Ya es tarde.

—¿No te das cuenta de que prefiero tener un sueño contigo que miles de realidades sin ti?

—¡Ja!

—¿Acaso ya no sientes nada por mí?

—Odio, rencor, el más absoluto de los desprecios. ¿Te sirve eso como respuesta? —Un nudo de indecisiones se interpuso en su garganta—. Que te quede claro una cosa, Raúl: yo no soy el segundo plato de nadie.

—¿Y el postre?

Aquello había sido un dardo envenenado en toda regla.

—Vete a la mierda —espetó ella entre dientes antes de colgar y apagar el móvil completamente.

Pepita Santamaría sonrió abrumada. Cuando Helena comenzó a sorber, puso los ojos en blanco y, tratando de justificarse ante las personas que, como ellas, ocupaban el habitáculo del ascensor, admitió con una tímida sonrisa:

—Esta juventud cada día me sorprende más.

Cuando llegaron a la calle, Helena respiró hondo y, con un gesto de rabia en la boca, sacó un pitillo.

—Ricura, no es bueno sufrir el amor en silencio como las hemorroides —afirmó Pepita observando la mirada ausente y desangelada de la joven—. ¿Estás bien?

No dijo nada, al menos no inmediatamente, y caminó en silencio.

Al cabo de un par de minutos, tratando de debilitar los cimientos del muro que Helena solía levantar cada vez que se encerraba en sí misma, Pepita se detuvo en seco para tomar aire y comentó:

—Antiguamente cuidar de la familia y mantener vivos los sentimientos era asunto de la mujer y a la mayoría de las personas les resultaba

sencillamente imposible romper con su pareja por razones de supervivencia económica. Hoy en día, sin embargo, hay una distribución de roles más difuminada y las mujeres no necesitamos de ningún hombre para ser felices.

—Afortunadamente.

—Ricura... —Al oír aquella palabra, Helena sonrió tímidamente—. No permitas que tus heridas te transformen en alguien que no eres.

Tratando de controlar el mar de lágrimas que se acumulaba en sus ojos, Helena se mordió el labio inferior, sorbió un par de veces y abrió el bolso para disimular.

—¿Dónde estarán las malditas llaves? Aquí no están. Mmm, puede que estén aquí.

—Madreeeee, *Mary Poppins* llevaba menos cosas en la maleta que tú en el bolso.

—Pepita, no sea tan exagerada —resopló Helena ajustándose las gafas en el puente de la nariz.

—*Supercalifragilistico...* —comenzó a canturrear la octogenaria—. Mmm, ¡espialichocho!

—¡PEPITA!

La anciana puso los ojos en blanco.

—Por Dios —suspiró pateando el asfalto con sus zapatillas—. Abre de una vez la puerta que se me está congelando la sangre en las venas.

—Aquí están. Por fin.

Con un inusitado movimiento de manos, vociferó la octogenaria:

—¡Helena! ¡HELENA!

—¿Qué tripa se le ha roto ahora?

Para darle énfasis a las palabras que estaba a punto de pronunciar, Pepita golpeó el suelo con el bastón un par de veces y dijo con una divertida sonrisa en los labios:

—¡Acabo de localizar al padre de tus hijos, ricura!

—¿Qué está diciendo? —inquirió lanzando el cigarro a medio consumir que sujetaba entre los labios al suelo.

—Que los problemas con la amiguita que te visita todos los meses se pueden terminar pronto, ricura —sonrió—. ¿Has visto a...? Madreeeee, si todos los hombres fueran como ese, el mundo tendría otro aroma, otra música, otro... Mmm, otro..., otro color.

Jorge Fernández pasó a escasos metros de distancia de ellas con la cabeza agachada. Varias decenas de reporteros le perseguían con los

micrófonos en alto. Algunos *paparazzi*, ocultos tras el enjambre de vehículos milimétricamente estacionados en el aparcamiento, apretaban el disparador de sus cámaras de alta resolución sin darle un segundo de descanso al dedo.

—Sería otro mundo —suspiró Helena. Abrió las puertas del viejo Seat Panda, subió el parasol e introdujo las llaves en el contacto.

—Sí —sonrió.

Al ver que su vecina temblaba lívida por la emoción y que no se animaba a entrar, espetó:

—Vamos, Pepita. ¿Ya no tiene frío? —Asintió con un sutil cabeceo—. Déjese de tonterías y entre de una vez en el coche.

Helena Argüelles estudió todos y cada uno de los movimientos de Jorge Fernández a través del espejo retrovisor. A pesar de que parecía abrumado, dominaba el espacio a la perfección. Durante un rato, disfrutó en silencio de su maravillosa silueta escrutando cada una de las curvas sinuosas de su cuerpo atlético, de las ondas de su flequillo que caían en cascada y le cubrían la frente casi hasta la altura de las pestañas y de su barba poblada que acentuaba el magnetismo que profería su mirada y deslustraba aquellos dos preciosos y sensuales hoyuelos que se le formaban en la cara.

Una descarga eléctrica le recorrió la espalda cuando él se detuvo en seco junto al Seat Panda y observó entre la multitud que se arremolinaba en torno a él. ¿La habría visto? Deseaba que no fuera así.

—Ricura, un hombre así es el que a mí me gustaría que fuera el padre de tus hijos —comentó Pepita Santamaría—. ¡Madreeeee, menudo bombón!

—¡JOSEFINA!

—¡¿QUÉ?!

—Cállese.

Helena accionó la llave en el contacto.

—Mira, ricura. Soy vieja pero no ciega.

—Me hago cargo.

—Por cierto, como me vuelvas a llamar Josefina me voy a enfadar. Ya sabes que no me gusta.

Brrr... brrr... brrrrrrr... brrrrrrrrrrr...

—¡Mierda!

Brrr... brrr... Pfff... Pfff... Brrrrrrr... brrrrrrrrrrr...

—Madreeeee, este coche está peor que yo.

—No sé qué le pasa —declaró Helena con cara de circunstancias—. Parece ser que no quiere arrancar.

—¡¡Pues ya la hemos hecho buena!!

Abrumada, Helena se quitó el pañuelo del cuello, abrió manualmente la ventanilla y accionó la llave de contacto otra vez.

Brrr... brrr... Pfff... Pfff... Pfff... Pfff...

—¿Qué prisa tiene?

—¿Prisa? —Pepita sonrió con picardía y abrió los ojos de par en par—. Ninguna. Salvo que...

—Salvo que...

—¡Ay, tú ya me entiendes, ricura!

Helena, que se había puesto a sudar, comentó con desesperación:

—Ese es el problema, Pepita, que no la entiendo. Le prohíbo que...

—¡Uiuiuiii, Helenita! Hay etapas de la vida en las que la palabra prohibido tiene un regusto irrenunciable. Y ya me conoces, ricura. Soy de las que como me digan «esto no» o «esto ni se te ocurra» pues *jale!*, que allá voy y me lanzo con más ganas.

—Es usted incorregible.

—Lo bueno de ir cumpliendo años es que mi currículum ha tomado unas dimensiones más que interesantes y que veo la vida de una manera muy distinta a como la veis los jóvenes de hoy en día —dijo la octogenaria tamborileando con los dedos el cristal.

Helena entornó los ojos y suspiró profundamente tratando de controlar los nervios que se estaban apoderando de ella.

—En su caso los años son directamente proporcionales al desparpajo con el que maneja los asuntos de los demás —aseguró Helena sonriéndole a través del espejo retrovisor—. Pff, a ver si arranca esto de una maldita vez.

—Como sigamos así al final nos vamos a perder el roscó de PASAPALABRA.

—Por un día no le va a pasar nada.

—Estoy segura de que ese muchacho tan guapetón que lleva tantas semanas está a punto de llevárselo.

—¿Usted cree?

—¿Por qué si no lo anuncian tanto últimamente en el telediario?

—Tienen que enganchar al público.

—Uuuuu... No sé yo, ricura. Tanto «y si fuera él» me tiene escamada.

—Pues implóre a todos los santos para que el coche reviva porque en estos momentos se niega a arrancar.

Brrr... brrr... Pfff... Pfff... Pfff... Pfff...

*Brrr... brrr... Pfff... Pfff... Brrrrrrr... brrrrrrrrrrr...
Pfff... Pfff... Pfff... Pfff...*

—No me extraña, ricura. ¡NO ME EXTRAÑA! —vociferó la anciana—. He visto tartanas mejores que ésta.

—También las hay peores...

—Ay —suspiró melancólica—, aún recuerdo el escarabajo de mi Alfonsico. ¡*Colorao!*

Helena alzó las cejas con extrañeza.

—¡*Colorao?*

—Sí, sí, sí. *Coloraito* como las amapolas. No te puedes tú hacer a la idea de lo guapísimo que estaba mi marido al volante de aquel coche. ¡Qué tiempos aquellos, madreeeee!

—No se ponga melancólica, Pepita. Y rece para que esta tartana aguante mucho tiempo porque, de lo contrario, va a tener que venir en taxi a ver a su doctorcito. Agárrese fuerte.

—Ricura, por Dios. No me asustes. Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad aquí en la Tierra como en los Cielos... —comenzó a rezar.

Helena pisó el embrague, metió la marcha atrás y pisó el acelerador a fondo.

—Iniciamos despegue. Uno, dos y...

El tubo de escape del Seat Panda exhaló un humo negro y denso antes de llegar al tres.

*Brrr... brrr... Pfff... Pfff... Brrrrrrr... brrrrrrrrrrr...
Pfff... Pfff... Pfff... Pfff...*

*Brrr... brrr... Pfff... Pfff... Brrrrrrr... brrrrrrrrrrr...
Pfff... Pfff... Pfff... Pfff...*

—¡Vamos, chiquitín! —exclamó Pepita impaciente tratando de colocar el bastón en la parte de atrás cuando terminó de rezar—. Arranca de una vez que el ROSCO de PASAPALABRA está a *puntico* de empezar.

—Eso es, ¡vamos, chiquitín! —repitió Helena acariciando el salpicadero.

—Glorioso San Expedito, santo poderoso que recibiste del Altísimo el don de resolver favorablemente...

Brrrrrrrrrrr... brrrrrrrrrrr...

Una ligera llovizna comenzó a humedecer el asfalto desdibujando la espesa humareda negra que desprendía el tubo de escape.

Pfff... Pfff... Pfff... Pfff...

—Pepita, ¿qué hace?

—¡Calla, leñe! Por tu culpa ya me he perdido. —Inclinó la barbilla hacia el pecho, cerró los ojos y comenzó otra vez con su retahíla—: Glorioso San Expedito, santo poderoso que recibiste del Altísimo el don de resolver favorablemente sobre todos los que precisan de una solución inmediata y eres especial abogado de los casos imposibles...

Pfff... Pfff... Pfff... Pfff... Brrrrrrrrrrrr... Pfff... Pfff...

Helena cerró los ojos unos segundos, inspiró profundamente y pisó el acelerador a fondo. Al instante, el coche comenzó a exhalar y a moverse marcha atrás a trompicones.

—¡Sí! —aplaudió Pepita con entusiasmo—. ¿Te das cuenta, ricura? Ha sido rezar a San Expedito y...

¡BOOM!

10

—¡Virgen de los párpados entreabiertos! —exclamó Pepita Santamaría tratando de recuperar el bastón que minutos antes había colocado en el asiento de atrás—. Nos ha dado, ricura. ¡NOS HA DADO!

Sin dejar de sujetar el volante y con la tensión del impacto aún metida en el cuerpo, Helena preguntó asustada:

—¿Se..., se encuentra bien?

La octogenaria no contestó, al menos no inmediatamente.

—...

Nerviosa, percibiendo cómo la saliva se le estrangulaba en la garganta, Helena tartamudeó otra vez:

—Dígame que sí, Pepita. Por lo que más quiera, ¡DÍGAME QUE SÍ!

—¡Menudo zambombazo! —exclamó la anciana llevándose las manos a la cabeza.

—¿Está bien?

—Madreeeee, si ya digo yo que hoy en día la gente va por la vida como los locos.

—Se lo pido por favor, Pepita. ¡Tranquilícese!

Aquello lo decía más por ella que por la anciana.

—Pero ¿cómo se puede ir por este mundo como un elefante en una cacharrería?

—Yo qué sé. A algunas personas el carnet de conducir se lo regalan en la tómbola.

—Dios Santo. Pero si nos han dejado el coche para el desguace. —El morro del Seat Panda estaba hundido—. Era una cascarria de coche, Helenita, pero hay que reconocer que nos hacía el apaño.

Helena abrió los ojos de par en par y, con el corazón en un puño, preguntó:

—¿Se ha hecho daño, Pepita? ¿Le duele algo?

—¿A mí?

—¿A quién si no? —contestó con cierto malhumor—. ¿Le duele el cuello?

—No.

—¿Alguna pierna, quizás?

—Si lo que te interesa es saber qué alegar para el seguro, en este momento solo me duele el juanete izquierdo. ¿Te sirve?

Helena cerró los ojos y respiró hondo. El corazón se le había saltado unos pulsos tras el impacto.

Decenas de reporteros gráficos se arremolinaron en torno a los dos vehículos.

—¡Madreeeeee!

—¿Qué le pasa?

—Pero ¿esto qué es? No me digas que han venido los extraterrestres.

Pepita abrió la puerta y salió del coche a trompicones.

—Josefina, ¡NO! —gritó Helena cuando la anciana comenzó a golpear con el bastón a un *paparazzi* que acababa de colocar el objetivo contra el cristal delantero del otro vehículo—. ¿Qué hace?

Aturdido, Jorge Fernández levantó el brazo izquierdo para protegerse de la luz cegadora e intermitente que comenzaba a disparar fogonazos a través del cristal ahumado mientras que con el derecho trataba de desinflar el *airbag*. Cuando lo consiguió, echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se concentró solo en respirar. Le dolía el pecho tras el impacto.

Pepita Santamaría, que se había abierto paso entre los *paparazzi*, comenzó a golpear el cristal de la ventanilla con el bastón.

—¡Oye, tú, guaperas, da la cara! —vociferó envalentonada—. Nos has destrozado el coche y por tu culpa me voy a perder el rosco de PASAPALABRA. Más te vale que no se lo lleven hoy, ¿me oyes?

—¡Josefina, por favor!

—Apártese, leñe —le espetó a un *paparazzi* que trataba de captar la mejor instantánea del actor—. Deje de empujarme si no quiere que le arree un guantazo a usted también. ¿Qué se ha creído?

—Lo siento, señora, pero estoy haciendo mi trabajo.

—No me provoqueee... ¡NO ME PROVOQUE! Le aseguro que sus compañeros no van a escatimar en fotografías como no deje de empujarme. ¡Apártese de ahí! —exigió soliviantada, propinándole un codazo en las costillas—. Y tú, guapito, da la cara de una vez si no quieres..., si no quieres que... ¡Helena! ¡¡Helena, llama a la policía!!

La joven se abrió paso entre la muchedumbre y, zarandeándole el brazo, comentó con autoritarismo:

—Cierre el pico, Pepita. ¿No se da cuenta que...? —La saliva se le espesó en la garganta.

—Madre del amor hermoso y el espíritu imberbe. —Pepita se agarró con fuerza del brazo de Helena cuando un periodista inconsciente pasó a toda velocidad por su izquierda y le golpeó el hombro, desestabilizándola. Teatralizando como de costumbre, colocó la mano a la altura de las cejas y exclamó—: ¡Madreeeeee!

Helena abrió la guantera de su Seat Panda y cogió la carpeta con los papeles del coche.

—¿Se encuentra bien?

—Madreeeeeeeeeeee —volvió a gritar alargando mucho más la «E».

—Pepita, ¿qué tiene?

—Que me va a dar un síncope, Helenita. ¡UN SÍNCOPE! —Apuntando por encima de las cabezas de los *paparazzi*, balbució—: ¿Te..., te..., te has fijado, ricura? ¿Te has fijado bien quién hay dentro de ese coche?

Helena Argüelles puso los ojos en blanco y, percibiendo el errático latir de su corazón, anunció entre dientes:

—Me hago una ligera idea.

Aquellos ojos verdes y aquel flequillo revuelto no podían ser de otra persona más que de él. Un inusitado temblor se apoderó de sus piernas.

—Señor Fernández —vociferó un reportero con un micrófono en ristre que él trató de apartar, sin éxito, de un manotazo—, ¿para cuándo una próxima película?

—¿Cómo está su hija? ¿Cuándo recibirá el alta? Se rumorea que aún tendrá que permanecer en el hospital al menos una semana. ¿Es eso cierto? —le bombardeó otro periodista—. ¿Informará el hospital en algún momento de lo que le ocurre a la niña? ¡Señor Fernández, estamos en directo! ¡Por favor, señor Fernández!

—¿Es cierto que no quiere volver a interpretar a Alex Blackwell en la segunda parte de *Oscuras Pasiones* por una cuestión económica? ¿Puede desmentir las últimas afirmaciones de Sonia Belmonte que asegura que usted y ella...?

Jorge Fernández se detuvo en seco, levantó las manos tratando de alejar a los reporteros, se abrió paso entre la maraña de cables, micrófonos y cámaras y, con los ojos vidriosos por la ansiedad, se acercó al Seat Panda.

—Señora, ¿se encuentra bien? —le preguntó a Pepita.

Helena Argüelles encendió un cigarro para aplacar los nervios. Sus ojos

reflejaban temor y apetito en la misma proporción cuando se enfrentó a la espectacular mirada verde del actor, cubierta parcialmente por los díscolos y traviosos bucles de su flequillo.

—Señor Fernández. Gírese a su derecha, por favor —vociferó uno de los *paparazzi* tratando de captar con la cámara un primer plano—. ¡A su derecha, por favor!

—Est..., est..., estoy perfectamente —tartamudeó Pepita.

Su rostro adquirió una tonalidad rosada cuando Jorge Fernández le sujetó el brazo a la altura del codo.

—¿Seguro? —La anciana sacudió la cabeza.

El rostro de Helena perdió todo signo de vida cuando aquellos ojos verdes se enfrentaron a los suyos. A pesar de las ojeras y la barba de varios días, Jorge Fernández no había perdido ni un ápice de su *sex appeal*. Definitivamente, el magnetismo de aquel hombre le ponía cardíaca.

—¿Helena?

Percibiendo cómo un misterioso y más que sorprendente aleteo comenzaba a revolotear en el interior de su estómago, se humedeció los labios y concedió distraída:

—Efectivamente. —No le fue muy difícil excitarse ante la mirada hambrienta que le dirigía aquel hombre—. Y con hache.

Sin perder el tiempo, Jorge se acercó a ella.

—No lo he olvidado —bisbiseó con intimidad y con el cuerpo rígido por la expectativa. Y era cierto. No lo había olvidado.

—Mire aquí señorita —exigió enfervorizado uno de los reporteros de prensa—. Eso es. A su izquierda, por favor.

—¿Es usted la nueva pareja de Jorge Fernández? ¿Desde cuándo están juntos? —preguntó otro—. ¿Cómo se conocieron?

Helena Argüelles puso los ojos en blanco y se mordió el labio inferior cuando Pepita se acercó a ella y comentó con un hilo de voz temblorosa:

—Ricura, si no fuera una vieja chocha, ahora mismo me fumaba uno de tus cigarrillos para celebrarlo. ¡¿Cuándo pensabas decírmelo?!

—¿Es cierto que se comprometieron hace un mes? —insistió uno de los periodistas colocándole un micrófono a escasos centímetros de la boca.

Jorge Fernández levantó las manos otra vez y, con su voz ronca, varonil y melodiosa, dijo:

—Chicos, ya está bien. Dejad de molestar. Es suficiente por hoy.

Pepita, que estudiaba con admiración los movimientos del actor, le

comentó a su vecina por lo bajini:

—La prensa está rendida a tus pies, Helenita. ¡Madreeeee, si me pincharan en este momento no me saldría ni gota de sangre! ¿Te has fijado? ¿Te has fijado en lo guapísimo que es? ¡Qué ojos, qué manos, qué espalda...! Cuando se lo cuente a tu hermana no se lo va a creer.

Helena cerró la mano en torno al asa del bolso.

—Pepita, cierre el pico y deje de decir tonterías.

Cuando los periodistas, los reporteros gráficos y los *paparazzi* se alejaron, Helena optó por ir directamente al grano. Así que, como si no conociera de nada al actor, soltó:

—¿Tiene seguro?

Una oleada de excitación se concentró en torno a sus piernas cuando Jorge Fernández batió enérgicamente sus largas pestañas oscuras y, entornando los párpados con sensualidad, contestó con otra pregunta:

—¿Y usted?

Helena guardó silencio y se concentró en la profundidad de aquellos ojos verdes. Un escalofrío barrió su espalda electrizándole la piel tras la descarga.

—Mira guapito. Mi coche tiene los típicos achaques de la edad, un poco de humo de más por el tubo de escape y algún ruidito que otro que pone nervioso a los tiquismiquis como tú, varios roces por fuera y una mancha de chocolate en el asiento de atrás que no hay manera de quitar, pero ¡ya está! Teniendo en cuenta mi liquidez actual tendría que aguantar unos cuantos añitos más si tú y ese tanque negro brillante que conduces hubierais tenido más cuidado. ¿Lo entiendes? —Como el actor no dijo nada, le martilló el hombro derecho con el índice, acto que no desaprovecharon los *paparazzi* y los reporteros gráficos de algunas agencias que, desde la distancia, seguían haciendo el agosto con sus cámaras en alto—. Así que no me vengas con zarandajas de esas porque, como todo hijo de vecino que conduce y tenga dos dedos de frente, la respuesta es que sí. ¡Claro que tengo seguro!

Aunque la recordaba directa, Jorge no imaginaba, ni por asomo, que aquella mujer fuera la misma que había estado en su casa días atrás. Incluso el color almendrado de sus ojos se había vuelto más oscuro.

Se comieron con la vista. Otra vez. Y lo hicieron como en esas escenas de película en las que los dos protagonistas se seducen con los ojos dejando entrever el deseo que sienten el uno por el otro a través del brillo de su mirada. Sin embargo, la tensión se mascaba en el ambiente.

—¡Madreeeee, lo has dejado *planchao* como a un trapo! —exclamó

Pepita con perplejidad.

—Cállese.

Haciendo caso omiso a las exigencias de su vecina, la octogenaria comenzó a golpear cariñosamente el brazo del actor tratando de llamar su atención.

—Guapito. Yo soy Pepita Santamaría —sonrió—. El Santamaría viene de muy lejos. Creo que alguno de mis antepasados formó parte de la expedición a las Américas en la carabela de Colón y se apropió del nombre. ¡Sí, sí, como lo oye! Lo que ocurre es que ese antepasado mío era muy flojo y decidió comerse la mayúscula del «María» y juntarlo con el «Santa» para ahorrar en tinta y en papel. Una tontería, ya ve... Pero no vea usted la de problemas que me ha generado a lo largo de mis más de ochent...

—¡Josefina! —le interrumpió Helena. Disimuladamente, se acercó a ella y, apretando los dientes, sugirió—: ¿Por qué no cierra el pico de una vez? Se lo ruego, no la líe más.

La anciana arrugó el ceño y, levantando ambas manos con comicidad, dijo:

—Madreeeee, algunos días es preferible no poner ni tan siquiera los pies en la calle. —Jorge Fernández sonrió mostrando una hilera perfecta de perlas blancas—. No lo digo por usted, buen mozo, sino por... ¡Bah, usted ya me entiende!

Helena Argüelles abrió los ojos de par en par. Se habría marchado en ese mismo momento si le hubieran quedado más alternativas. Pero como no era así, lo mejor sería intentar solucionar aquello cuanto antes de forma serena y racional. Respiró hondo antes de decir:

—Josefina, ¡YA!

Colocando el pulgar y el índice izquierdos sobre los labios como si estuviera dando vueltas a una llave, musitó la octogenaria:

—Ya me callo, ricura, ya me callo.

Tres cuartos de hora más tarde, consciente de que no hablar era lo peor que le podía ocurrir a su vecina y con la clara intención de derribar el muro que se había levantado entre ellas, Helena se atrevió a preguntar:

—¿Se puede saber qué le pasa?

—¿Y a ti? —contestó la anciana pulsando el botón de llamada del ascensor.

—Yo he preguntado primero —le cortó Helena con voz tensa mientras revisaba el buzón. Como de costumbre, estaba repleto de propaganda.

—Y como yo soy vieja, mi pregunta tiene más valor que la tuya —le advirtió, acercándose a ella con pasos lentos para entregarle la llave de su buzón—. ¿Te importa? La vejez me está haciendo perder altura y cada día me cuesta meter más la llave en la cerradura.

—Por supuesto que no. A ver si los bajan de una puñetera vez.

—Madreeeee, a este paso llega el día del juicio final y siguen ahí. En la última reunión, Casildo, el del...

—El del quinto A izquierda.

—Sí, aquel día Casildo cedió por fin a bajar los buzones después de discutir de lo lindo con La Coles y fíjate todavía cómo estamos. —Helena puso los ojos en blanco—. No me mires así, ricura. La Coles es la del cuarto E derecha. ¡Ya sabes! La que va en bragas por la calle bañada en aceites y perfume rancio como el de las coles *guisás*.

—Josefina, no diga eso.

—Pepita, ricura —dijo con el gesto descompuesto—. Mi nombre es PEPITA. Esa se cree que es... Mmm, ¿cómo se llamaba la pilingui de la película que echaron anteayer por la tele?

—¿De qué pilingui me está hablando usted?

La anciana frunció los labios.

—De *Pity Guoman*.

—Ah, Pretty Woman.

—Sí, esa. Pues para que te enteres. Las faldas de La Coles son más cortas que las de *Pity Guoman* y ¡ya es un decir!

—Pepita, no sea usted así.

—Oye, guapa. Hay que reconocer que en una película ese tipo de faldas tienen un pase porque todo es mentira, pero ¿aquí? Ay, no, no, no. ¡Ni hablar! Este barrio es muy decente como para que...

—No creo que sea para tanto.

—Hazme caso, Helenita. Una mujer decente no se viste de esa manera. Y menos cuando acaba de tener un crío. ¿Dónde se ha visto otra cosa igual?

La joven puso los ojos en blanco y, tratando de desviar el tema de conversación, se atrevió a preguntar:

—Dígame una cosa. ¿Qué va a cenar hoy?

—¿Que qué voy a cenar? ¡Madreeeee, qué cosas tienes, ricura! Pues lo de siempre, hija: un poco de leche con unos sopones de pan *migao*. A mi edad

no tengo el estómago para otra cosa. Si pudiera me comía un chuletón como los que se metía mi Alfonsico entre pecho y espalda, pero va a ser que no. Mi cuerpo no está preparado para ese tipo de bombas. No, no, no. Además, ya has oído lo que ha dicho el cardiólogo: «Pepita, tiene que cuidaaarse, que el colesterol le está obturando las arteerias». ¡Será *jodío* el doctorcito! Seguro que él se come todos los días un chuletón y no le pasa nada.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer —comentó Helena con una voz sin inflexiones—. Cuidarse porque no hay otra como usted.

La anciana tragó saliva, agachó la mirada y comenzó a golpear la puerta con el bastón.

—Vaya si tarda esta noche el ascensor. Seguro que alguna mala pécora, una cotorra sin duda, lo tendrá abierto por ahí arriba. Cómo algún día la pille, ¡SE VA A ENTERAR!

—Pepita...

—¿Qué?

—Quiero que sepa que lamento todo lo ocurrido antes.

—¿Cuándo?

Accedieron al ascensor.

—No disimule, Josefina, que la conozco.

—Pepita, ricura. Me llamo PEPITA. —Arrugó los labios y se frotó las manos, nerviosa—. Ya sabes tú que eso de Josefina no me gusta ni un pelo.

—¿Por qué? —se interesó Helena.

—Porque mi abuela se llamaba así y era una bruja de mucho *cuidao*.

—Afortunadamente... —comenzó a decir.

—¿Afortunadamente? —repitió abriendo los ojos de par en par.

—Afortunadamente la nieta no salió como la abuela —se mofó Helena.

Cuando el ascensor se detuvo en la cuarta planta, Helena comenzó a revisar el contenido del bolso: las gafas, el monedero, un paquete de pañuelos, unos tampones, la agenda, un paquete de chicles a la mitad, una máscara de pestañas y tres o cuatro barras de labios, el paquete de toallitas desmaquillantes e incluso un cepillo de dientes pero ¿dónde demonios se habían metido las llaves?

—¿Ya estamos con lo de todos los días?

—No encuentro las llaves —resopló.

—Al final te las vas a tener que enganchar con una laña al sostén como se hacía antiguamente. —Helena apretó los labios y la observó en silencio. La ansiedad comenzaba a subirle desde la punta de los dedos hasta la garganta

cuando Pepita comentó—: No lo vas a creer, ricura, pero ese remedio tenía su aquel.

—¿Sí?

—Sí. Sobre todo cuando en un descuido se abría la laña y te pinchaba en el pecho. En ese momento te entraba un repelús por el cuerpo que...

—¡Aquí están! —afirmó rotunda.

Intentando sofocar la mueca ridícula que amenazaba con dividir su rostro en dos, Pepita Santamaría recorrió el pasillo con pasos rápidos y precisión militar y articuló con dificultad:

—¡Aligérate, ricura! Aligérate si no quieres que ocurra una desgracia.

—¿Qué sucede? —soltó Helena con su capacidad de reacción bajo mínimos.

—No te entretengas, hermosa. ¡NO TE ENTRETENGAS! Tengo que entrar en el cuarto de baño y las acrobacias no son mi fuerte así que, por lo que más quieras, Helenita: ¡ABRE LA PUERTA YA!

11

—¡Madreeeee, vivan los héroes que nos dieron patria! —exclamó Pepita cuando un hombre de un metro ochenta con un tatuaje que le cubría el hombro y casi la totalidad del brazo izquierdo salió desnudo del cuarto de baño y comenzó a recorrer el pasillo en dirección a la habitación de Clairett—. ¡Qué cuerpazo tiene el *jodío*!

Como el personaje protagonizado por Jim Carrey en la película de *La Máscara*, Helena abrió los ojos de par en par y observó cada uno de los pliegues de aquel cuerpo de poderosas y musculadas curvas esculpidas a base de horas en el gimnasio. Impresionada, solo fue capaz de toser para aclararse la garganta antes de decir:

—*Wow*.

Al oírla, Clairett salió de la habitación con el sujetador a medio abrochar y con una sábana hecha un ovillo entre las manos.

—¡Tápate!

Mientras se quitaba las botas, Helena observó por el rabillo del ojo cómo aquel Adonis de anatomía perfecta se acercaba a su hermana y le acariciaba los labios, la frente, los párpados y las sienas.

Acalorada, suspiró cuando las caricias dieron paso a un prolongado beso en el que ambos jugaron con la lengua del otro hasta quedarse prácticamente sin respiración.

—Preciosa, te espero en la cama —susurró él con adormecimiento cuando Clairett le pellizcó la nalga con picardía a través de la tela que, infructuosamente, trataba de disimular su poderosa virilidad.

Ella se mordió con sensualidad el labio inferior y, acariciándole el pecho provocativamente, susurró:

—Chato, ve calentando motores. Espero que el segundo *round* sea mejor que el primero.

Durante unos segundos, Pepita Santamaría esperó a que Helena dijera algo. Parca en palabras, finalmente fue ella la que susurró:

—¿Lo has oído?

Helena suspiró y puso los ojos en blanco en señal de respuesta. Con cara

de circunstancias, observó cómo aquel hombre que casi tropezaba con el marco superior de la puerta se metía en la habitación de su hermana.

—¿Qué narices estás haciendo, Clairett?! —espetó azorada cuando esta se acercó al salón y se dejó caer a plomo en el sofá.

—Disfrutar, Helena. Algo que, por cierto, a ti se te ha olvidado lo que significa.

Helena se disponía a protestar cuando Pepita se aproximó a ellas y solicitó acalorada:

—Déjame que me siente en el sofá, Helenita. Te lo suplico. Estas zapatillas me están matando.

—Ayer este sillón le resultaba incómodo, ¿se acuerda? —comentó Clairett entre risas mientras se colocaba una camiseta negra que acababa de recoger del tendedero.

—Ricura, mi opinión fluctúa como la bolsa. ¿No lo sabes ya?

—Se me había olvidado.

Pepita comenzó a abanicarse con los dedos de la mano.

—Por cierto, hermosa. Se me va a salir el corazón del pecho.

—No será para tanto —respondió Clairett a la defensiva.

—Te aseguro que una no ve un desnudo integral como ese todos los días. ¡Menudo tordo!

Clairett no pudo hacer otra cosa más que sonreír. Luego, envolvió las arrugadas manos de su vecina con las suyas y, sentándose sobre una pierna para que sus ojos estuvieran a la misma altura, inquirió con suspicacia:

—¿Le gusta?

—Sí.

—Pues no se puede hacer una idea de cómo es en la cama. —Pepita Santamaría alzó las cejas y se mordió el labio inferior—. Usted ya me entiende.

—¡Madreeeee, ¿lo dices en serio?! —exclamó con comicidad cuando la joven le acarició el dorso de la mano y dulcificó su tono de voz al decir el «usted ya me entiende».

—No creo en las medias naranjas, Pepita —comentó con picardía observando de reojo a Helena que, nerviosa, acababa de encender un cigarro junto a la ventana—, pero le aseguro que con ese hombre haría el zumo de naranja todos los días.

Asombrada por lo que la joven acababa de decir, exclamó la octogenaria:

—Pero..., ¿pero qué diceees?

Mirando soslayadamente a Helena que, distraída, soltaba el humo de su cigarro formando pequeños aros concéntricos, admitió Clairett:

—Que quiero una media naranja que me quiera, Pepita, no media cebolla que me haga llorar ni medio limón que me amargue la vida como le ha ocurrido a mi hermana con Raúl.

Helena, que estaba fuera de sus casillas, soltó un bufido de frustración y espetó:

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—¡Madreeeee! —farfulló la anciana llevándose las manos a la cara—. Ricura, ¿qué pensaría tu padre si levantara la cabeza?

—Que estoy haciendo lo correcto, Josefina, no como otras.

—Pepita, ricura. Me llamo PEPITA.

Consciente de su error, pero no dispuesta a reconocerlo, Clairett la miró y respondió:

—Josefina, perdón.

La aludida se quedó sin respiración. Aun así, consciente de que corregirla otra vez no iba a llevar a ningún lado, cuchicheó:

—Y al respecto de lo que dices, no sé yo si tu padre... Mmm, ¡en fin! Dios lo tenga en su gloria y le ayude a protegeros. —Clairett puso los ojos en blanco. Por primera vez en su vida, no iba a rebatirle nada a Pepita. Estaba pensando qué decir cuando esta preguntó en tono acusatorio—: Por cierto, ¿se puede saber por qué últimamente te vistes de cucaracha? Con lo guapa que estás con otros colores más vivos, más alegres, más...

Clairett sonrió y, mirando de reojo a su hermana, comentó sin darle tregua a decir nada más:

—Lo bueno de ser rebelde y la oveja negra de la familia es que lo negro combina con todo. ¿No lo sabe ya?

—Qué cosas tienes, Clairett. ¡QUÉ COSAS TIENES! —se carcajeó—. Por cierto, ¿cómo se llama?

—¿Quién?

—El tordo ese que te espera en la cama para jugar a los médicos — declaró con un inusitado tembleque de manos.

Clairett se volvió hacia ella e indicó sin detenerse:

—Asier.

—¿Asier? —repitió Pepita.

—¡Sí! Creo que se llama Asier.

—¡Madre del amor hermoso! No me digas que ya se te ha olvidado su nombre. —Al ver cómo Clairett se encogía de hombros y admitía la evidencia, añadió—: Estás loquita, ricura. ¡LOQUITA!

Helena apagó el cigarro en el viejo vaso de yogur que había pertenecido a su padre, se acercó al salón y se dejó caer a plomo en el sofá.

—Pepita, ese dato no es uno de los que más le importan a mi hermana. ¿Me equivoco? —Clairett le sacó la lengua y le dio un golpetazo en el hombro—. Por cierto, tú y yo teníamos un trato, ¿no?

—¿Cuál?

—Nada de más hombres en casa.

—Bah. De vez en cuando los tratos están para romperlos.

—La ventaja de una mala memoria es que una disfruta varias veces las mismas buenas cosas por primera vez —comentó Pepita distraída en sus propios pensamientos.

Clairett se colocó el flequillo detrás de la oreja. Algunos mechones más cortos volvieron a cubrirle la frente y parte del ojo derecho.

—Helena, no sé por qué últimamente estás tan amargada —suspiró lanzándole una mirada odiosa a su hermana.

—Todo es desde que lo dejó con ese cabeza de chorlito con el que estaba —apuntó la octogenaria que, como en un partido de tenis, miraba a derecha e izquierda incansablemente para no perder el hilo de la conversación—. ¡Sí, sí, Helenita! ¡No me mires así! Era un «prenda» de mucho *cuidao*.

—¿Se refiere a Raúl? —inquirió Clairett, expectante.

—Sí. Pero no te preocupes, ricura, porque hace un rato hemos conocido al futuro padre de tus sobrinas.

Asombrada, Clairett miró a su hermana y, al ver que ésta no decía nada, exclamó:

—Me extraña.

—Ricura, te aseguro que a tu *cuñao* no se le van a perder los calzoncillos en casa entre tantas mujeres.

—¿Qué me dice? —Clairett se mordió ligeramente la uña de su pulgar—. Por cierto ¿cómo sabe usted que lo que mi hermana me va a dar son sobrinas?

Helena cogió un cojín y, amenazadoramente, respondió con desdén:

—Clairett, no sigas por ahí.

—Cuando estábamos saliendo del hospital el guapetón ese... —comenzó a contar—. Ay, ¿cómo se llama?

—Pepita, por favor —suplicó Helena mirando soslayadamente a su

hermana que, impaciente, tamborileaba los dedos sobre la tapicería del sofá.

—Ay, cállate un poquito, ricura.

Helena arrugó el ceño y mordisqueó la punta de un bolígrafo con desesperación.

—Clairett, es ese chico tan guapo que sale esta semana en la revista Lecturas —afirmó Pepita—. ¿Sabes a quién me refiero?

—Ardo en deseos de saberlo, pero como no me dé algún otro tipo de explicación creo que...

—¡Madreeeee, lo tengo en la punta de la lengua!

—¿No será Jorge Fernández?

Helena percibió cómo un sudor frío se apoderaba de su cuerpo y le erizaba la piel. Se estremeció cuando unas pequeñas descargas eléctricas se concentraron en torno a su sexo y comenzaron a desgranarse en sus entrañas.

—¡Sí, eso es!

Clairett abrió la boca y los ojos de par en par.

—¿Está segura?! —Pepita movió la cabeza afirmativamente—. ¡NO-ME-LO-PUEDO-CREER!

—El *jodío* nos ha dado un porrazo con el coche de padre y muy señor mío y...

Abrumada por las reacciones que estaba teniendo su cuerpo, espetó Helena:

—¡¡Josefina, tiene que aprender a abrir la boca solo cuando sea necesario!!

¿Qué tenía aquel hombre que tanto le provocaba? ¿Por qué su cuerpo se encendía como la hojarasca seca cada vez que alguien pronunciaba su nombre?

Ansiosa por conocer el final de la historia, soltó Clairett:

—Hermanita, ¿por qué no te callas?

Pepita Santamaría sonrió al recordar lo mucho que a su Alfonso le había gustado el hecho de que el Su Majestad, el Rey Emérito Don Juan Carlos I, pronunciara aquellas palabras allá por noviembre de 2007 en la XVII Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado. En ello estaba cuando Helena bufó:

—¿Acaso pretende ser una alcahueta como la Celestina?

La octogenaria frunció los labios y puso los ojos en blanco.

—Hay veces que no te entiendo, Helenita.

—Ni yo. —Clairett se levantó del sofá y apuntándole con el dedo, añadió —: Mira chica, te lo digo muy en serio. A ti lo que te haría falta es tener un

buen orgasmo de los de gritar hasta quedar ronca.

—Uno no, ¡dos!

—Mejor me lo pones —se guaseó Clairett. Se acercó a la cocina, abrió la nevera, cogió un par de lonchas de queso, otras tantas de jamón cocido y un par de rebanadas de pan de molde. Se preparó un sándwich. El reloj marcaba las diez menos cuarto de la noche—. Si quieres, te presento a un compañero de...

—¡¿Asier?! —preguntó Pepita.

Helena forzó una sonrisa en sus labios, tensó y destensó los músculos de sus brazos controlando el deseo implacable y hambriento que crecía y crecía entre sus piernas antes de decir:

—¡Ya habló la profesora Freud! —Enfrentándose a su hermana que aguardaba su respuesta con impaciencia, añadió mordaz—: Entérate de una vez que no me interesa conocer a ningún compañero de Asier.

—Mmm... Fíjate, hermanita. Esta mañana no sabía qué ponerme y al final decidí hacer un remix y echarme unas gotitas de ilusión, valentía, desenfreno, pasión y ¡voilà! Tengo a un tío espectacular en la cama calentando motores para seducirme, excitarme, acalorarme y hacerme gritar alocadamente. Y ¿tú qué tienes? —Sin darle tiempo a contestar, se dio la vuelta y, dirigiéndose a su vecina que las observaba con admiración, dijo—: Pepita, ¿qué me estaba contando?

La anciana se le acercó, le dio unos golpecitos en el dorso de la mano y siseó con gesto serio:

—¿Yooo? —Clairett asintió—. ¡Déjalo, ricura! Como decía mi Alfonsico, que en gloria esté, abriendo los ojos se aprende más que abriendo la boca. Prefiero no decir nada de lo que más tarde me pueda arrepentir.

—Y ¿no sabe que perro ladrador...?

Pepita Santamaría puso los ojos en blanco.

—Sí, sí, sí... Poco mordedor —concluyó—, pero...

—Pepita —susurró Helena—, no le haga caso a mi hermana.

—Ricura, ¿sabes lo que te digo? Que yo no quiero saber nada de nada, ni de la una ni de la otra, no vaya a ser que al final coja chispa esta noche.

Cansada de los dardos envenenados de su hermana, Helena se levantó como un reactor del sofá.

—Chicas, me voy a la cama —anunció ajustándose las gafas al puente de la nariz—. Estoy harta de escuchar tantas tonterías.

—¿No vas a cenar nada? —quiso saber Clairett.

Helena negó con la cabeza y, mirando a su vecina con una sonrisa socarrona, murmuró:

—El amor desgana al estómago.

—Ricura, ¿por qué lo dices?

—No sé. —Helena se encogió de hombros—. Quizás porque hay cierto doctorcito al que usted le hace ojitos y no le deja comer demasiado.

—Madreeeee, el porrazo con el coche le ha trastocado a tu hermana el cerebro —afirmó la octogenaria dirigiéndose a Clairett.

—Eso será por ver el culito de Asier —sonrió Clairett.

—No sé. Afortunadamente, solo ha sido un golpe sin importancia y no nos ha pasado nada, ricura —prosiguió Pepita, refiriéndose otra vez al incidente del hospital—. Ahora bien, me da a mí que la cascarria de tu hermana va a pasar una buena temporada en el taller.

—¡Qué se le va a hacer!

—Madreeeee, con lo lentico que es Basilio.

—No se preocupe tanto, Pepita. Basilio es buen mecánico.

—¡El mejor! Lo sé. Pero lento como su puñetera madre que en gloria esté.

Los almendrados ojos claros de Helena se oscurecieron un poco. Soliviantada e incapaz de callar por más tiempo, soltó con rabia:

—Pepita. Definitivamente, no tiene remedio.

—Así me parió mi madre y a estas alturas no creo que vaya a cambiar.

—Pues debería intentarlo al menos...

La anciana se reajustó la posición del pañuelo que llevaba anudado en el cuello y dándole unos golpecitos a Clairett en el brazo, solicitó:

—Ayúdame a levantarme, ricura. No vaya a ser que al final pille chispa otra vez.

—Voy.

Clairett dejó el plato con su sándwich mixto sobre el brazo del sofá.

—Por cierto, a ver cuándo os dignáis a comprar un sofá más cómodo. Uff, en éste no hay quién se siente de lo hundido que está. Menudo dolor de riñones me ha entrado, madreeeee.

Cuando ambas hermanas se quedaron a solas, Clairett indicó sin parpadear:

—Helena, algunas veces me gustaría adentrarme en tu mente y averiguar qué estás pensando.

—Es curioso —comentó, sentándose otra vez en el sofá—. Cada vez que abro Facebook lo primero que me aparece es eso: «¿Qué estás pensando?»

—¿Y?

—Nunca antes me había parado a pensar en ello, pero creo que ha llegado el momento de responder a mi propio estado.

Clairett empleó un tiempo más que prudencial para masticar.

—¡Tú misma! Aunque a veces es mejor no pensar para que las ideas vengan solas.

Helena abrió sustancialmente los ojos y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Lo bonito de hablar con los ojos es que no hay error gramatical, hermanita, y las palabras son perfectas —comentó Clairett mientras recogía algunas migas de la tapicería.

—Hay veces que no te comprendo.

—Ni yo —afirmó Helena—. ¿Me dejas hablar?

—Claro. Te encanta hablar.

—Eso es cierto —sonrió Clairett.

—Y lo peor de todo es que no dejas de ser el árbitro de la conversación.

—Uuuuu... eso no ha estado nada bien, Helenita. Cierra el pico y escúchame.

Helena apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. ¿Por qué no se había metido en la cama?

—Así está mejor —admitió Clairett al cabo de unos segundos en los que ninguna de las dos comentó nada—. ¿Te puedo dar un consejo?

—Miedo me das —contestó Helena con vacilación estudiando los movimientos precisos con los que su hermana se limpiaba la boca con una servilleta de papel.

—No me mires así. Tienes mala cara.

¿La tenía?

—Mira quién fue a hablar...

—Helena, seguro que tu Mortadelo está muy aburrido dentro de su cajita.

—¿A qué viene eso ahora? —dijo casi sin pestañear.

—Te aseguro que mi Filemón me ha sacado más de una vez de un apuro.

—Clairett, ¿qué pretendes?

—Espabilarte —sonrió—. ¿Aún no te has enterado de que Mortadelo y Filemón no comen, no beben, no cagan...?

—¿Y?

Clairrett estaba sacándola de quicio.

—Helena, ¿no te das cuenta de que esos aparatitos son maravillosos? —
A pesar de que su rostro permanecía imperturbable, Clairrett observó cómo una
cierta tonalidad rosada se apoderaba de las mejillas de su hermana—. Hazme
caso, hermanita. Ponle las pilas a tu Mortadelo y déjate llevar.

Clairrett abrió de piernas, echó la cabeza hacia atrás, se mordió el labio
inferior y comenzó a gemir cómicamente.

—¡Deja de hacer tonterías!

—¿Te ha gustado mi interpretación?

Helena entornó los ojos hasta que los parpados formaron una delgada
línea.

—Olvidame.

—Mi estupenda y maravillosa actuación no ha sido más que un aperitivo
de lo que puedes llegar a experimentar junto a tu Mortadelo —insistió Clairrett.

—¡Por el amor de Dios! Eres..., eres..., eres desesperante.

Clairrett sonrió.

—No te puedes hacer una idea de cómo me pongo cuando saco a mi
Filemón de la cajita. Cardíaca, Helenita. ¡CARDÍACA! —Clairrett cerró los ojos
justo antes de besar el aire y sacar eróticamente la lengua para humedecerse el
labio superior—. Hazme caso. Si te lo planteas, Mortadelo se puede convertir
en tu mejor amigo.

—Estoy con la regla —admitió Helena a modo de justificación.

—¿Y?! Te aseguro que ese aparatito es el mejor analgésico para el dolor
de ovarios.

—Ya me he tomado una pastilla esta tarde.

Clairrett asintió y, mirándola con seguridad, afirmó sonriendo:

—La liberación de hormonas puede ayudarte a aliviar el dolor. Mi
recomendación es que lo pruebes pensando en Jorg...

Helena le agarró con fuerza la muñeca y negó con la cabeza, indicándole
que no siguiera por ese camino.

—¡Basta!

Alzando las manos a modo de tregua, susurró Clairrett:

—Vale, vale. No me mires así. Tan solo era una sugerencia.

—Fuera de contexto.

—¿Tú crees?

—Cuando digo que no, es no, salvo que sea sí pero diga no por no decir
sí. —Apretó los dientes y la miró de soslayo—. Pero que te quede claro que

complicada no soy.

—¿Tú crees? —Helena fue incapaz de contestar—. Hazme caso y pruébalo. Lo bueno del sexo en solitario es que no hay distracción y puedes enfocarte en tu propia experiencia sin tener que asegurarte de que alguien más esté pasándolo bien.

—No pensaba que tú fueras...

—¿Mmm?

Helena Argüelles meditó unos segundos su respuesta. Finalmente, soltó:

—Una mujer con malas intenciones y peor moral.

—Ah, no sabía que ahora las personas como tú lo llamabais así — admitió Clairett con una divertida sonrisa dibujada en los labios—. Todos los días se aprende algo nuevo.

—Escúchame bien, hermanita. —Esta vez fue Helena la que utilizó el particular diminutivo con el que Clairett se dirigía a ella a todas horas—. Para hacer algo prohibido en este reino hay que procurar que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.

—Vaya —suspiró Clairett—. No sabía yo que disfrutar íntimamente era «algo» prohibido. Como decía Mafalda, todo lo bueno en esta vida despeina: saltar, bailar, hacer el amor, reír...

—¿Por eso tú siempre tienes el pelo revuelto?

Helena hizo un gesto con los ojos que robó una carcajada a su hermana y comenzó a jugar con el pistón de su mechero.

—¿Cuántos años tienes, hermanita?

—¿A qué viene eso?

—Helena. ¿Cuántos?

—La edad es una cifra que solo importa si eres un vino o un queso. —Al ver que Clairett la observaba ceñuda, admitió—: Treinta y cuatro.

—Perdona, tu DNI dice que tienes treinta y cuatro pero ¿cuántos tienes en realidad? ¿Cincuenta? ¿Sesenta? ¿Ochenta, tal vez?

—Olvidame.

—¡Eso es, yo creo que estás en los ochenta! —recalcó Clairett apuntándola con el dedo.

—Te he dicho que me olvides. No tengo ganas de hablar.

—Por Dios. Si te escuchara mamá diría que han cambiado a su hija por otra. ¡Con lo que tú has sido! —Clairett alzó los ojos y por primera vez detectó en los de su hermana una sombra de admiración—. Me voy. A este cuerpo serrano le espera una noche muy larga.

—Descansaaa.

Contoneando las caderas como si fuera una modelo de pasarela, vociferó:

—Helena, esta noche lo que menos voy a hacer es descansar. ¡Hasta mañanaaa!

12

—¿Estás en casa?

La voz cansada de Jorge Fernández sonó agria a través del teléfono.

—Ehm... ¡Sí! En estos momentos estoy en... ¡Ahhhh! —suspiró Raúl Aguirre con las pulsaciones a mil. Apretando los dientes para controlar la electricidad que los labios de aquella mujer estaban descargando sobre su piel, balbució—: En estos momentos estoy..., estoy ocupado. ¡Ohhhh, sí, nena! Eso es. Con..., con cuidado... ¡Ahhhhhhhhhhh!

Jorge Fernández percibió cómo una melosa y provocativa voz femenina preguntaba al otro lado de la línea:

—Raúl, ¿quién es?

—Shhh, nena, tú sigue así. —La desesperación se había apoderado de su voz—. ¿Qué..., qué quieres, Jorge?

Soportando estoicamente la lluvia torrencial que estaba inundando en ese momento todas las calles de Madrid, confirmó el actor:

—A Kobo.

Al cabo de unos segundos de suspiros, jadeos y algún que otro gemido femenino, susurró Raúl:

—Mmm, eso es, muñeca.

—Ábreme —exigió Jorge antes de cortar la llamada.

Cinco minutos después, Raúl Aguirre abrió la puerta de su pequeño chalet envuelto en una toalla con la que, infructuosamente, trataba de disimular la poderosa erección que aún calzaba entre las piernas.

—¡Joder, Jorge, siempre tan oportuno! Pasa. —Exasperado, comenzó a tamborilear sobre el cristal de una mesita donde se acumulaban decenas de cartas por abrir, algunos manojos de llaves de colores y varias monedas de uno y dos céntimos. Sus cejas se unieron formando una delgada línea al decir—: ¿Qué coño quieres?

—A Kobo. ¿Algún problema?

La pregunta golpeó a Raúl con crueldad. Reajustando la posición de la toalla que comenzaba a mostrar más piel de la cuenta, resopló:

—Tengo a una preciosidad en la cama y tú..., y tú... ¿y tú vienes a por

ese saco de pulgas?

Sin amilanarse ni un ápice, Jorge Fernández le golpeó el hombro y, mirándole con desafío, espetó entre dientes:

—¡Vete a la mierda!

—¿A la mierda? ¿Lo dices en serio?

—¿Dónde está Kobo? Tengo prisa.

Raúl Aguirre recorrió descalzo el pequeño pasillo que separaba el salón de la cocina. A mitad de camino se giró y, alzando misteriosamente las cejas, preguntó:

—¿A qué viene esto ahora?

A Jorge le pareció oír la semilla de una risa en la voz de su representante, algo que, sin embargo, no era otra cosa más que resentimiento. Apretando los dientes hasta que le dolieron los huesos de la mandíbula, exigió:

—Date prisa, Raúl. —La sangre le bombeaba en las sienes como si el corazón se hubiera instalado en ellas—. Tengo muchas cosas que hacer.

—Jorge, si estás así por lo de esta tarde, te pido disculpas. Sé que no debería haberme comportado de esa manera en el hospital, pero... Joder, Vicky es una diosa en la cama. ¿No puedes esperar al menos a que...?

—¿Vicky? —le cortó, alzando las cejas hasta que ambas formaron una perfecta línea horizontal.

La carcajada que soltó Raúl hizo peligrar el autocontrol de Jorge Fernández que, con nerviosismo, se peinó una, dos y hasta tres veces las espesas y descontroladas ondas de su flequillo.

Sus ojos verdes adquirieron una tonalidad más oscura cuando su representante enderezó los hombros, inspiró hondo y, tras unos segundos de reflexión, lo miró con los suyos muy abiertos y confirmó:

—Vicky... Mmm, Victoria es... —Se pasó la mano por la coronilla—, es una mujer actual que sigue las tendencias de la moda y valora la calidad de los hombres *made in Spain* como yo.

Jorge se rascó el cuello a la altura de la nuez y, sorprendido, barbulló:

—Y ¿qué pasa con Isabel?

Raúl volteó los ojos, soltó bruscamente el aire que acumulaban sus pulmones, se encogió de hombros y comenzó a decir:

—Entre Isabel y yo hace tiempo que...

—Por favor, por favor, por favor —le interrumpió—. No me lo digas. Prefiero no saberlo.

Jorge observó cómo Raúl se ajustaba nuevamente la toalla en la cintura y abría la puerta del patio donde la lluvia caía rápida y abundantemente como si desde el cielo alguien estuviera vaciando un cubo tras otro de agua.

A pesar de que aquella cortina natural no le permitía ver a una distancia mayor que la de un palmo, sí que pudo apreciar cómo a Raúl le costaba soltar la cadena con la que mantenía a Kobo atado a la reja.

Impetuoso, cuando ambos entraron a la cocina dejando un reguero de agua y huellas en el suelo, comentó aquel:

—A este perro pulgoso no le hago ni pizca de gracia.

—Ni a él ni a nadie —soltó Jorge entre dientes arrodillándose para llamar la atención del labrador que, miedoso, trataba de volver al patio—. ¿Qué le has hecho?

—¿Yooo?

—Sí tú —admitió lanzándole una mirada de desprecio a Raúl.

—¡No le he hecho nada! —contestó ofendido.

Consciente de que su representante no le estaba diciendo toda la verdad, Jorge exclamó con un tono de voz animoso, dirigiéndose al perro:

—¡Ven aquí, pequeño! —Kobo levantó el hocico y cabeceó un par de veces para quitar el exceso de agua que se acumulaba en torno a sus orejas—. ¿Me has echado de menos?

—Rrrr... rrrr...

Jorge se arrodilló en el suelo para llamar la atención del perro.

—¿Sabes una cosa? Natalia también te echa mucho de menos y ¡está deseando verte! —El labrador comenzó a retorcerse como si su cuerpo estuviera plagado de pulgas y trataba de quitárselas con desesperación—. ¡Ven, pequeño! ¡Eso es, buen chico!

Kobo comenzó a caminar parsimoniosamente como si estuviera arrastrando un carro lleno de piedras. Al cabo de un rato, por decisión propia, se tumbó junto a la mesa de la cocina, entre las patas de una de las cuatro sillas.

Cuando Jorge le acarició la cabeza a la altura de las orejas y le recolocó el collar, el labrador abrió ligeramente los párpados en dos delgadas líneas y lo observó primero a él y después a Raúl que, enseñándole los dientes como si fuera un sabueso con la rabia, bufó:

—¡Booo!

—¡Ya está bien!

—Raúl, ¿sigues ahí?

—Muñeca, ya voy —vociferó mientras bebía directamente el agua de una botella como quien no lo ha hecho en los últimos dos días y necesita con desesperación algo de líquido para no deshidratarse. Sus ojos se oscurecieron al decir—: Jorge, ¿te queda mucho?

Malhumorado, el actor se volvió hacia él y lo miró con desdén, con una más que estudiada mirada asesina.

—Ya me voy.

—No pongas esa cara de tonto —soltó Raúl pasándose la mano por la cabeza. Emocionado, como si le hubiese tocado la primitiva, alzó las cejas y añadió—: Vicky me espera. No quiero que se vaya a enfriar.

Jorge Fernández cogió a Kobo en brazos y negó con la cabeza.

—Gracias por todo, Raúl. Por lo bueno y por lo malo que hemos vivido juntos, pero...

—¿Pero? —inquirió alzando las cejas con suspicacia.

Con dificultad, Jorge espantó las traviesas ondas de su flequillo antes de decir:

—El mundo se mueve gracias a la suma de los pequeños empujones que te dan las personas que te quieren y tú solo eres capaz de mirarte el ombligo sin pensar en...

—No me vengas con gilipolleces, Jorge —espetó dejándole con la palabra en la boca—. Hablas como si entre tú y yo hubiera habido una relación más allá de lo meramente profesional.

—¡Hasta siempre, Raúl! —exclamó el actor y, al hacerlo, percibió cómo su cuerpo se volvía más liviano, como si hubiera soltado lastre—. Creo que a ti y a mí ya no nos queda nada más que hablar.

A las doce y media, después de bañar y dar de comer a Kobo, Jorge se dejó caer en una de las sillas de la cocina. En aquella estancia donde tan solo destacaban las rayas verdes del trapo de cocina que Patricia mantenía milimétricamente doblado sobre la encimera de cuarzo blanco, todo era aséptico, incluso más aún de lo que suele ser un quirófano de hospital.

Se sentía extraño, como esos adolescentes que pasan horas y horas bailando en la discoteca abstraídos en el color de las luces y el alto voltaje de la música y necesitan algo dulce que echarse a la boca antes de meterse en la cama. Así que, al percibir un extraño runrún en el estómago, se puso de pie y, abriendo desordenadamente las puertas de las alacenas, comenzó a decir en

voz alta:

—Vamos a ver... Aquí no hay nada, aquí tampoco. ¿Dónde narices has escondido las magdalenas, Patricia?

Kobo, que observaba sus movimientos con los ojos muy abiertos, apoyó el hocico sobre sus patas delanteras, agachó las orejas y arrugó la nariz.

—A ver, a ver... Aquí no están... ¡Bingo!

Al oírlo gritar, el labrador levantó la cabeza y, asustadizo, comenzó a gruñir:

—Rrrr... rrrr.

—Tranquilo, pequeño —susurró el actor acariciándole el lomo. Luego, abrió los ojos de par en par y, enfrentándolos a los del animal, añadió con una divertida sonrisa en los labios—: No pasa nada, pequeño. ¡NO-PASA-NADA!

Jorge percibió una rigidez inusual entre las piernas cuando se desnudó media hora después. Sorprendido, entró en la ducha, encendió el grifo y, mientras esperaba la llegada del agua caliente, comenzó a repasar los acontecimientos de las últimas horas.

Fue al recordar el incidente con Helena Argüelles cuando el asombroso y desmandado despertar de su virilidad le golpeó el ombligo.

Acalorado, mientras el agua recorría cada uno de sus pliegues imaginando que no eran gotas sino las manos de ella, susurró, cambiando drásticamente la temperatura del grifo:

—Señorita Argüelles, ¿qué tiene usted que me descontrola de esta manera?

Tres cuartos de hora después de la medianoche, cuando Jorge entró en la habitación en la que estaba ingresada su hija, oyó decir a Patricia:

—Mmm, huele raro.

—A limpio —admitió él sin ambages y con gesto serio.

Se sentía más aliviado después de la ducha, salvo por la tensa erección que aún crecía entre sus piernas y que se apretaba contra la rígida tela vaquera de sus pantalones.

—No sé, no sé —susurró ella con el ceño fruncido.

Se mesó el flequillo que caía en cascada por su frente cubriéndole parcialmente los ojos antes de decir:

—Hay que reconocer que necesitaba urgentemente cambiarme de ropa y una buena ducha, por supuesto.

—Tiene toda la razón. Parecía usted una piltrafa. Sin embargo...

—¿Qué? —preguntó entrando como siempre y de manera inconsciente en su juego.

—Déjelo —sugirió ella, tensando la espalda—. Aunque a decir verdad...

Sin darle tiempo a concluir, exclamó el actor:

—Hay veces que no logro entenderla, Patricia. ¿Por qué le gusta a usted dar tantas vueltas?

—Shhh... ¡No chille! —exigió cabeceando en dirección a la cama donde Natalia dormitaba intranquila—. Baje el volumen si no quiere que se despierte la Bella Durmiente.

Jorge se sentó en uno de los sillones vacíos y cruzó las piernas, tratando de disimular el incómodo bulto que palpitaba entre sus piernas. Balanceando el pie, preguntó distraído:

—¿Ha cenado algo?

Patricia frunció el ceño y, al igual que él, cruzó las piernas.

—Tan solo un poco de caldo y la mitad del yogur. Está harta de estar aquí.

—Como todos —suspiró—. ¿Y usted cómo se encuentra?

Ofuscada por su incómoda pregunta, pasó la uña de su pulgar izquierdo por la tapicería del sillón como si se la estuviera limando y concedió:

—Todavía no he encendido el GPS.

—¿El GPS? —Patricia esbozó una sonrisa extraña—. ¿Para qué?

—Para encontrarme —contestó ella haciendo un chiste absurdo.

—No le sigo.

—Lo sé —admitió. Y, retomando su habitual tono serio, escarbó—: ¿Por qué no se ha quedado en casa?

—No hubiera podido dormir.

—¡Ya! Imagino que será por el lío que se ha formado ahí abajo.

Jorge puso los ojos en blanco y tras unos segundos de profunda y necesaria reflexión, inquirió:

—¿De qué habla?

Al oír aquella pregunta, Patricia parpadeó y, con su particular forma de unir las palabras, dijo:

—*¡Lamadrequemeparió*, no me venga con esas! —Abrió los ojos de par

en par—. No se haga el nuevo porque lo conozco muy bien. Suéltelo de una vez si no quiere que...

—Si no quiero ¿qué? —inquirió él alzando las cejas con extrañeza por detrás de la maraña ondulada que cubría su frente—. Seguro que usted podría narrarlo mejor que yo, ¿me equivoco?

—En lo que se refiere a usted, cualquier noticia vuela como la pólvora.

—¿Quién se ha ido de la lengua?

—La noche no es lo suficientemente larga como para hacer el listado, muchacho —musitó Patricia a modo de disculpa—. Así que, desembuche de una vez si no quiere que...

—¿Me está amenazando? —le interrumpió él entre risas.

Sacándole la lengua como cuando era un crío, respondió ella:

—¡Sí! ¿Qué le parece? —Estudiando la reacción de su rostro, añadió—: Por cierto, cinco minutos después de marcharse telefoneó...

—¿Quién?

—Raúl —indicó ella con cara de aprensión.

—Y ¿qué quería?

Patricia, a la que no se le escapaba ni media, observó que los ojos del actor habían adquirido una tonalidad infrecuente. Sin saber exactamente el porqué de aquella reacción tan extraña, se frotó las manos y, percibiendo que sus pensamientos se encontraban en una fase neutral aunque iban encaminándose a la desesperación, admitió:

—Lo de siempre. Preguntar si había cambiado de opinión. Le hubiera llamado, pero no podía moverme de la habitación.

—Olvídese de él. Ya no nos va a molestar más.

—¿Mmm?

—Déjelo, Patricia. Ah, y en cuanto salgamos de aquí, recuérdeme que le compre un móvil.

—¿Qué?! —vociferó levantando el mentón—. Ni hablar, ¿me oye?

—¿Por qué no?

—*¡Lamadrequemeparió!* ¿Usted pretende que yo lleve otro trasto más en el bolso?

Jorge se encogió de hombros antes de decir:

—Vuelvo a repetirle, ¿por qué no?

—No insista, Jorge. ¡NO INSISTA! Ya sabe lo que pienso al respecto. —Él negó con la cabeza. Emocionada, le guiñó un ojo y, estirando las arrugas de su falda con las dos manos, suplicó—: Y ahora, por lo que más quiera, cuénteme

qué es lo que ha ocurrido con esa muchacha y con Raúl si no quiere que...

Tratando de controlar la oleada de sensaciones extrañas que se había apoderado de su cuerpo y de su mente, Jorge Fernández comenzó a narrar la secuencia de los últimos acontecimientos.

A eso de las dos y diez de la madrugada, al hilo de la conversación que mantenían desde hacía más de media hora, Patricia Ramírez bisbiseó:

—La soledad es la peor compañera de viaje.

—Yo no estoy solo, Patricia —declaró el actor—. Está Natalia, está usted y...

—Y nadie más, alma cándida. ¡NADIE MÁS! —le cortó cambiando la posición de las piernas—. Yo soy mayor y me moriré algún día. Es ley de vida.

—No diga tonterías, Patricia.

—También llegará el momento en el que a Natalia le toque encontrar su camino y usted ya no podrá llevarla de la mano como hasta ahora. Aunque sepa que siempre usted estará ahí para ella, su relación no será igual. Tendrá novio y...

—Por encima de mi cadáver.

—Marido, hijos... —prosiguió Patricia—. Querrá viajar y conocer mundo. Ella será adulta y usted un viejo triste aferrado al recuerdo de un pasado.

—¡Uff! —resopló Jorge mientras repasaba con nerviosismo la posición de las ondas que caían en cascada por su frente—. Si llego a saber que tengo a una pitonisa en casa, la hubiera llevado a la tele.

Haciendo caso omiso al comentario de él, Patricia anunció con una sonrisa dulce dibujada en los labios:

—Jorge, recuerde que la autosuficiencia, la autogestión emocional o incluso la felicidad interna quedan muy bien en los libros de autoayuda y que a la hora de la verdad nadie quiere verse solo.

—Miauuu —maulló él, guasón, antes de decir—: Ni siquiera el gato.

Patricia puso los ojos en blanco y, tomando el control de la palabra otra vez, indicó:

—Hay que reconocer que como artista tiene una poderosa fuerza interna. —Él no supo qué responder, lo que a ella le dio vía libre para decir—: Tiene que espabilarse, salirse de lo establecido, probar, sentirse cómodo haciendo

cosas incluso si cree que puede fracasar con ellas.

Jorge Fernández inspiró con fuerza, se rascó el cuello justo allí donde la poblada barba que no se había afeitado con las prisas le estaba generando un importante ronchón, sonrió forzando una mueca traviesa con los labios y, tragando el nudo de emociones que pugnaban por salir de su boca, indicó con un suspiro:

—No es tan fácil.

—Tiene que ser valiente, muchacho —insistió ella—, porque solo lo que se hace con el corazón mantiene la verdadera esencia de una persona.

—El corazón es solo un músculo circulatorio, Patricia.

—*¡Lamadrequemeparió, hablacomosinuncasehubieraenamorado!* — Cuando él frunció el ceño, añadió—: Tiene que replantearse lo más importante que hay en la vida. SU vida.

—No es tan fácil, Patricia —protestó Jorge, repitiendo como un mantra poco después—: No es tan fácil.

—Por mucho que hayamos llorado o por muchas decepciones que nos hayamos llevado en esta vida, no pasará un momento en que no recordemos algo de lo felices que éramos cuando alguien se despertaba a nuestro lado. Recuerde lo que le voy a decir.

—¿Tengo que escucharla con las dos orejas o solo con una? —se mofó él.

—Cállese y escuche bien con las DOS orejas —respondió ella jugueteando con el anillo que adornaba uno de sus dedos.

—¿Con la izquierda y la derecha?

Los ojos grises de ella se oscurecieron ligeramente.

—Es..., es..., es usted incorregible.

—Venga, suéltelo ya —sonrió Jorge con complicidad.

Patricia Ramírez puso los ojos en blanco y, finalmente, al ver que él asentía divertido, expuso:

—Mi madre, que en paz descansa, decía que el recuerdo del pasado hace que las almohadas resulten incómodas y las noches muy largas. El tiempo pasa rápido, muchacho, tanto que da vértigo solo de pensarlo. —Jorge se revolvió incómodo en el asiento—. Aunque eso de la abstinencia sexual es un tema personal en el que yo no me voy a meter, he de reconocer que tiene muchos riesgos ya que lo que no se ejercita se atrofia y después cuesta más trabajo recuperarlo.

Percibiendo la lucha encarnizada que su miembro mantenía con la ropa

interior desde hacía horas, comentó él:

—Eso también lo dicen de...

Patricia Ramírez contrajo el gesto y, sin darle tiempo a terminar, murmuró:

—Definitivamente, no podemos vivir los unos sin los otros porque sería como la noche sin su día, o un pulmón sin oxígeno, o...

—O el cielo sin el mar —apuntó él, reflexivo.

—¡Así es! Las mujeres necesitamos cosas que nos dan los hombres y los hombres otras de las mujeres para crecer interiormente. —A pesar de que la habitación estaba en penumbra, Jorge percibió cómo el rubor se apoderaba de las mejillas de ella—. *¡Lamadrequemeparió, estaveznohablodesexo!* Todos los roles que cumplimos en esta vida son importantes y muchos de ellos ¡imprescindibles!

Tras unos segundos de profundo y misterioso silencio, musitó él:

—Patricia, menudo rechazazo me acaba de dar.

Los labios de ella se curvaron en una sonrisa amarga.

—En la boca del estómago, justo donde más duele, ¿verdad? —Jorge Fernández se encogió de hombros—. Soy buena púgil.

—No tanto con los puños como con la lengua —se mofó él y, tras espantar con comicidad las traviesas ondas de su flequillo que, como de costumbre, ocultaban sus espectaculares ojos verdes, añadió—: Pocas hay como usted, Patricia.

—No lo dude, Jorge. ¡NO LO DUDE! Duele tanto —susurró retomando el hilo principal de la conversación—, porque es justo en la boca del estómago donde las mariposas revolotean cuando uno se enamora.

Jorge apoyó las manos sobre el pecho y cambió la posición de las piernas. Al verlo, ella tomó aire, se frotó las manos, jugueteó durante unos segundos con el anillo que adornaba el dedo anular de su mano derecha y comentó:

—Lo..., lo siento. Algunas veces debería morderme la lengua hasta que me saliera sangre.

—No se preocupe, Patricia —respondió él envolviéndose en su propio abrazo—. A veces viene bien tropezarse con la realidad de las cosas.

13

Helena Argüelles dejó sobre la mesa el periódico abierto y el bolígrafo rojo con el que estaba señalando las ofertas de empleo, estiró los brazos y bostezó abriendo la boca como un león. Eran las diez menos cuarto de la noche del viernes 13 de enero.

Su hermana, que acababa de salir del cuarto de baño tras más de una hora encerrada a cal y canto, se sentó a horcajadas en una silla y, después de mirarla de arriba abajo con el ceño fruncido, comentó con suspicacia:

—Ese rol de secretaria gruñona que tenías hasta hace unos días no te pegaba nada. Espero que estés buscando algo mejor. —Tras un cruce intenso de miradas, añadió—: Por cierto, ¿recuerdas a Asier?

Helena cerró los ojos un instante, se reajustó las gafas en el puente de la nariz y negó con la cabeza antes de anunciar:

—En estos momentos no sé quién es ese tal Asier.

Clairett miró al techo, colocó las manos a la altura de la barbilla y se mordió una uña. Su voz se aceleró al decir:

—El bombero vasco de culo respingón con el que salí hace..., hace... Mmm, ¡déjame que piense!

—Eso, eso, piensa, piensa. Será lo único que hagas esta noche, además de... —insinuó Pepita Santamaría asomando la cabeza por el pasaplatos que conectaba la cocina con el salón. Luego, al observar la cara de pocos amigos con la que Helena miraba a Clairett, preguntó—: Ricura, ¿se puede saber qué narices te pasa?

—¡Eso! —exclamó Clairett apoyando los codos en el respaldo de madera de la silla. Abriendo los ojos de par en par y enfrentándolos a los de su hermana, inquirió mordaz—: ¿Por qué me miras así?

Frunciendo el cejo, Helena respondió a la defensiva:

—¿Yooo?

—Sí, tú —contestó la octogenaria guiñándole un ojo a Clairett que, pensativa, seguía analizando mentalmente las fechas en el calendario.

Helena se encogió de hombros y, abrazándose a uno de los cojines floreados y un tanto descoloridos que hacían juego con la tapicería del sofá,

espetó a medio gas:

—No diga tonterías, Pepita. Yo estoy mirando a mi hermana como siempre.

—Uuuuu... No sé, no sé.

Clairett estiró las piernas como si estuviera sentada sobre una moto y, cansada de los incómodos silencios a los que últimamente se había acostumbrado su hermana, comentó:

—¡Vamos a ver! Hace un año salí con Jaime durante dos meses y medio. Luego, con un enfermero que estaba cañón y del que solo recuerdo lo bien que me auscultaba con el fonendo.

Pepita Santamaría abrió un armario, cogió una taza de porcelana y, como la que no quiere la cosa, musitó:

—Ricura, ¿aquel enfermero no se llamaba Manuel?

—Pepita, como siempre está usted en el plato y en las tajadas —sonrió Clairett, elucubrando a continuación—: Después de Manuel, recuerdo que estuve quince días de vacaciones en Italia.

—Donde seguro que no perdiste tampoco el tiempo —le interrumpió Helena tratando de localizar una zapatilla perdida bajo el sofá.

—¡Ricura, ¿acaso lo dudas?! —exclamó Clairett empleando la expresión cariñosa con la que su vecina se dirigía a todo el mundo—. Por si no lo sabes, estamos en pleno siglo XXI.

Irónica, mientras continuaba con la búsqueda, respondió Helena:

—¡Madreeeee, no me digas!

Clairett tragó el nudo que se le acababa de formar en la garganta y miró a su hermana. Acostumbrada a las poses peligrosas, colocó los pies sobre el respaldo de la silla y señaló:

—Vamos a ver, Helena. Dime una cosa. ¿Quién quiere un imán para la nevera de dos euros o la típica camiseta de colorines de «Yo he estado en...»? Sinceramente, yo no. Yo prefiero llenar mis maletas con trapitos baratos y muchos momentos de pasión italiana, lujuria asturiana, desenfreno portugués y...

—Hermosa, tu agenda de conquistas es más larga que el libro de Petete y ¡ya es decir! Así que te sugiero que te cortes un poquito porque me tienes hartita —resopló Helena con la mandíbula en tensión.

—Uiss, ¡qué mala es la envidiaaa! —exclamó Clairett balanceando el cuerpo en la silla mientras se anudaba el flequillo con una goma en un quiqui muy gracioso—. ¿Se da cuenta, Pepita?

La octogenaria asomó la cabeza otra vez y susurró al decir:

—Pues mucho ojito porque la envidia es el más mezquino de los vicios.

—Efectivamente —declaró Clairett mientras se limaba la uña del pulgar izquierdo. Luego, tras unos segundos de silencio, continuó con su exposición inicial—: Hermanita, a lo que iba...

—Termina, termina —le interrumpió su vecina otra vez—, que te vas por los cerros de Úbeda y no acabas.

Haciendo caso omiso a las palabras de Pepita, enunció la menor de las Argüelles:

—Después de Manuel y los italianos, estuve con un tal Josué o algo así y... ¡Bueno, qué más da! Hará más o menos seis o siete meses que estuve por primera vez con Asier.

—¡Maldita zapatilla! ¿No tenías un rincón más alejado donde esconderte? —protestó Helena con voz profunda, estirando el brazo por debajo del sofá—. Al final no me va a quedar más remedio que coger la escoba.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no retiras el sofá?

Helena levantó la cabeza del suelo y, abriendo los ojos de par en par, exclamó:

—¡¿Tú estás loca?! Ni llamando a todo el cuerpo de bomberos de Madrid conseguiríamos mover este muerto.

Clairett se encogió de hombros y siguió con su perorata particular.

—La cuestión es que Asier conoce a... ¡A ver si lo digo bien! Asier conoce al primo del amigo del cuñado del sobrino del representante del pijo ese que sale tanto en las revistas. —Helena se incorporó ligeramente y arrugó la nariz con una mueca extraña—. ¡Sí, mujer, no pongas esa cara! Tengo su nombre en la punta de la lengua.

—Pues ten cuidado no te la vayas a morder y te envenenes.

—Ricura, ¿ese que tú dices no se llama Diego...? ¿Mmm? ¿Diego Acústica, Apóstico, o algo así? —apuntó Pepita desde la cocina.

—Diego Acosta. Eso es —aplaudió Clairett entusiasmada, inclinándose hacia adelante y señalando ansiosamente con el dedo—. Pues no te lo vas a creer, Helenita, pero el primo del amigo del cuñado del sobrino del representante de Diego Acosta NOS ha invitado a una fiesta. Iiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii...

—¡Madreeeee, y tú con esos pelos!

Clairett suspiró con resignación e, incapaz de contener la alegría, preguntó:

—Pepita, ¿se puede saber qué le pasa a mi pelo?

La anciana fue a hablar pero Helena, que acababa de sentarse dramáticamente en el sofá con la zapatilla en la mano, se le adelantó:

—Perdona. ¿Has dicho por un casual que el primo del amigo del cuñado del sobrino del representante de Diego Acosta NOS ha invitado a una fiesta?

—Sí —vociferó emocionada, dando saltitos en la silla—. Me han dado dos invitaciones y ¡el 19 de enero NOS vamos de fiesta!

—VAS a una fiesta —le corrigió gesticulando con la cara—. Conmigo no cuentas.

—Por favoor —suplicó Clairett colocando las palmas a la altura de la boca como si estuviera rezando una plegaria. Y, al ver que su hermana no daba su brazo a torcer, se arrodilló en el suelo, caminó como un pingüino y se enganchó a su pierna antes de repetir—: Por favoor.

Pepita Santamaría retiró el cacillo con agua hirviendo del fuego.

—Ricura, ¿no te das cuenta de la cara de mártir que se te ha puesto desde que lo dejaste con Raúl? Necesitas que te dé el aire o de lo contrario te vas a ajar aquí dentro.

Impresionada por aquella declaración, Helena abrió la boca, formando una «o» perfecta. Iba a decir algo cuando su hermana, con una sonrisa angelical, expresó:

—Pepita tiene razón.

Dirigiéndose a Clairett, comentó la anciana:

—Ricura, a este paso tu hermana se nos va a quedar para vestir santos. ¡Ya lo verás!

Helena recuperó el periódico y lo abrió por la sección de ofertas de empleo mientras su hermana se masajeaba las rodillas, justo allí donde la vieja alfombra le había dejado una serie de marcas sobre la piel.

—Pues creo que la paz espiritual no es precisamente el mejor talón para pagar las facturas, hermanita.

Pepita Santamaría, a la que no se le había escapado el gesto extraño que Helena había hecho con la frente, se acercó a ella y, acariciándole el hombro con ternura, comentó guasona entre sorbo y sorbo de manzanilla:

—Oye. La *jodía* que se encarga de limpiar la parroquia es una lagarta de mucho *cuidao*, pero tiene a los santicos como los chorros del oro así que...

—¡Josefina, ¿y usted qué sabe?! —espetó Helena lanzando el periódico sobre la mesa.

Ofendida, percibiendo cómo los vapores de la infusión sonrosaban

ligeramente sus mofletes, soltó la octogenaria:

—Madreeeee. A mí no me vengas con esas, ¿eh?

Los labios de Clairett dibujaron una mueca desvalida cuando a su vecina le comenzó a temblar el labio inferior. Así que, abrazándola cariñosamente por detrás, apoyó el mentón en su hombro y, a través de la redecilla que cubría su cabeza enrulada, le susurró al oído para tranquilizarla:

—No se lo tenga en cuenta, Pepita. Ya sabe: sin coche, sin novio...

—A tu hermana no le ha sentado nada bien perder el trabajo —farfulló con los ojos llorosos. Su voz sonó débil, aunque directa, cuando se acercó a Helena y, apuntándola con el dedo, certificó—: ¡Nada bien!

Con un inusitado tembleque de manos, Helena abrió la ventana del patio y encendió un cigarro.

—Siento haberla ofendido, Pepita. No era mi intención molestarla.

—Ricura, vivimos en una ignorancia que nos hace débiles y solo lamentamos lo ocurrido cuando es demasiado tarde —gorjeó al dar otro sorbo a la manzanilla.

—Eso no es justo, Pepita —comentó Clairett a la defensiva.

Al escuchar aquello, la anciana dio un receloso paso hacia atrás y, con un tono más ligero, replicó sin inflexiones:

—Lo sé, ricura, lo sé. En boca cerrada no entran moscas así que a partir de este momento me pongo el candado. —Chasqueó la lengua—. Soy capaz hasta de tirar la llave por el balcón y quedarme tan ancha si es preciso.

—No diga tonterías, Pepita —susurró, abrazándola otra vez por detrás—. Seguro que tiene cientos y cientos de copias de esa llave en todos los cajones.

—Me juego el cuello —añadió Helena maquillando su rostro con otra sonrisa, aunque mucho más sutil que la de su hermana.

Seis días después, el 19 de enero, en torno a las once y veinte de la noche, Pepita Santamaría golpeó la puerta de la vivienda de las Argüelles con mucha exigencia.

—¡Helenita! Pásame un pañuelo y dale al mando de la televisión. ¡Rápido!

—¿Por qué tanta prisa?

Con la sensación de que una manada de elefantes se había instalado en su pecho, exclamó la octogenaria:

—Dentro de unos minutos va a empezar la *Tamborrada* y seguro que ya están dando algo por la tele.

—Tranquilícese, Josefina. ¡TRANQUILÍCESE!

—Me llamo PE-PI-TA —suspiró nerviosa llevándose la mano al corazón que, desbocado, se había saltado un par de pulsos con la carrera—. Ay, Dios mío. Todavía recuerdo lo guapísimo que estaba mi Alfonso con su gorro de cocinero y su tambor. Qué tiempos, ricura. ¡QUÉ TIEMPOS!

Helena Argüelles levantó las cejas hasta que éstas formaron una delgada línea en su frente y, asombrada, preguntó:

—¿Usted vivió en San Sebastián?

—¿Yooo?

Helena se subió las gafas y respondió con guasa:

—¡No, la del quinto!

—¡¿QUÉ?! —preguntó arrugando la nariz—. ¿Engracia? ¿La mujer de Casildo?

—Era una broma, Josef... Pepita

—Uff, ya decía yo, ricura. —Se detuvo en seco para tomar aire, se aflojó la redecilla y, mientras recolocaba algunos pelillos blancos que se le habían escapado de uno de los rulos que llevaba en la sien, declaró—: Por lo que tengo entendido, esa *julandrona* es de Albacete.

—Déjeme que le ayude.

Helena se acercó a ella y prosiguió con la labor mientras ella se sujetaba la redecilla a la altura de la frente.

—Madreeeee, como no te espabiles se me van a quedar tiesos estos pelillos de rata que tengo.

—Y ¿por qué no se está quieta?

—Los nervios me pueden, ricura. Sobre todo cada vez que recuerdo lo que le hizo esa *tiparraca* a mi Alfonsico. ¡Malas puñaladas no le den! Decir de mi marido que...

—Todo nos iría mejor si se olvidara de aquello —sugirió Helena dando por concluida su labor.

—Ya.

—Me decía entonces que usted vivió en San Sebastián, ¿no?

Sonándose ruidosamente la nariz, la octogenaria exclamó con cierta nostalgia:

—Qué tiempos, madre. ¡QUÉ TIEMPOS! Viví allí tres años hasta el...

—¿Tres?

—Sí. Hasta el quince de septiembre del cincuenta y tres —confirmó y, tras unos segundos de profundo silencio, añadió melancólica—: A pesar de los años, recuerdo perfectamente el aroma del Cantábrico. Es como si se hubiera impregnado en mi piel como un perfume y desplegara su esencia cada vez que cierro los ojos.

Pepita Santamaría se envolvió en su propio abrazo y entornó los párpados para revivir el pasado.

—¿Por qué dejaron todo aquello?

—A veces el amor empieza a apagarse y no hay más opciones que salir corriendo. —Sus ojos azules se oscurecieron ligeramente al decir—: En esta vida hay que vivir, seguir, crecer y no perder la esperanza de que vendrán tiempos mejores. Precisamente, eso es lo que hicimos Alfonso y yo: vivir y conquistarnos mutuamente otra vez en un pequeño pueblo de la Comunidad de Madrid que está a ochenta kilómetros de aquí cuando la chispita de los primeros años comenzó a extinguirse por culpa de...

Consciente de lo mucho que sufría Pepita cuando revivía algunos momentos del pasado, Helena cambió el ritmo de la conversación y, haciéndose la distraída mientras hojeaba la revista Lecturas donde Jorge Fernández aparecía con una barba de días mirando directamente a la cámara como si quisiera traspasar el papel y excitarla con sus espectaculares ojos verdes, preguntó:

—Alfonso y usted vivieron en Cenicientos, ¿me equivoco?

Pepita Santamaría entornó los párpados, suspiró profundamente y movió la cabeza afirmativamente. Los rulos le bailaron sobre la cabeza otra vez.

—¡Ay, virgencita del Roble, qué tiempos aquellos! La de besos que me ha dado mi marido en la trasera de la iglesia de San Esteban Protomártir, madreeeee.

—No se quejará, ¿eh?

Temerosa de que alguien extraño pudiera captar sus secretos, la anciana se acercó a ella, se mordió el labio inferior y, con un tono de voz mucho más íntimo, bisbiseó:

—Ricura, no te puedes hacer una idea de la fogosidad que gastaba el *jodío*.

Helena cerró la revista y, estudiando con detenimiento las arrugas de su entrecejo ante el espejo, se perfiló los labios y se atrevió a preguntar:

—¿Alfonso fue el gran amor de su vida?

—Ha sido el hombre más importante de mi vida —admitió ella

entonando poco después—: Ahora no valgo un céntimo pero cuando mi Alfonsico comenzó a pretenderme en julio del cuarenta y nueve, yo ya había tenido que espantar a dos o tres mozos del pueblo.

—Vaya, vaya, vaya con Josefina.

Consciente de que aquello había sido una broma para encender su mal humor, Pepita Santamaría puso los ojos en blanco y, corriendo un tupido velo, declaró:

—No vayas a pensar que una ha sido una mosquita muerta porque no es verdad.

Durante unos instantes, Helena no se atrevió a decir nada y, simplemente, se limitó a sonreír. Luego, mientras repasaba el perfil de su ojo izquierdo con el *eyeliner*, sugirió:

—Algún día debería escribir un libro con la historia de su vida.

—Si yo me manejara bien con el boli, hace años que lo habría hecho y ahora estaría forrada de vender y vender. Eso sí —puntualizó—, sin necesidad de contar con quién he estado o con quién me he acostado como hacen algunas de esas guarrillas que salen por la televisión.

Clairett, que acababa de aparecer danzando sobre unos altísimos zapatos de tacón con plataforma, inquirió suspicaz:

—¿Quién es una guarrilla?

Pepita se giró en el asiento y, al verla, exclamó con asombro:

—¡Madreeeee, menudos andamios! Pero qué *guarrajazo* te vas a meter. Como si lo estuviera viendo, ricura. ¡COMO SI LO ESTUVIERA VIENDO!

Alzando el pie izquierdo para mostrarle los espectaculares zapatos que acababa de estrenar, contestó la joven:

—No son tan altos, Pepita. Tan solo quince centímetros. ¿Qué es eso para una mujer como nosotras?

Con los ojos de par en par, mientras golpeaba con el bastón la pata de la mesa de madera a la que no le quedaba ni un centímetro libre de rayones, exclamó la octogenaria:

—¿Quince centímetros? ¿Has dicho quince centímetros? —Clairett se mordió la lengua y movió la cabeza afirmativamente—. ¿Nada más y nada menos que quince centímetros?

—Quince centímetros y medio.

—¡Madreeeee! —vociferó llevándose las manos a la cabeza—. Lo que digo yo, unos andamios.

—Recuerde que yo soy bajita y que Asier es muy alto.

—¿Asier?

—El bombero de culo respingón —comentó Helena refrescándole la memoria a su vecina.

—Ya, ya. Me hago cargo, ricura. Por cierto, ¿los tuyos son tan altos como los de tu hermana?

Abriendo los ojos de par en par, fue Clairett la que comentó:

—Pepita, ¿aún no se ha dado cuenta de lo sosa que es mi hermana? —La anciana se encogió de hombros—. Le he ofrecido unos zapatos en color plata que le quedarían genial con ese vestido, pero no ha querido ponérselos. Una monja lleva más tacón que ella.

Ocultando el labio superior detrás de los dientes, tartamudeó Helena:

—¿Tú estás loca? ¿Tú quieres que me descuerne por ahí y me rompa una pierna? —Clairett puso los ojos en blanco y se sentó en el sofá para untarse un poco de crema hidratante en las piernas—. Ya sabes que soy una apasionada de los zapatos: altos, bajos, con cuña, con plataforma..., pero ¡estamos hablando de quince centímetros y medio! Eso no hay quién lo resista.

—Madreeeee...

—¿Qué le pasa?

—Clairett, por lo que más quieras —vociferó Pepita—. ¡NO-TE-A-GACHES!

—¿Por qué?

—¡¡¡Pero ¿no te das cuenta?!!! —Clairett se colocó el flequillo detrás de la oreja y se encogió de hombros—. Como te descuides se te va a ver hasta la pepitilla así que..., así que... ¡Ay ricura! Por lo que más quieras. ¡TÁ-PA-TE!

Aquello hizo sonreír a la joven que, guasona, se levantó como un reactor, dio una vuelta completa y comentó:

—Pepita, como decía mi tía Carmela, lo que van a comerse los gusanos obligatoriamente tienen que verlo los cristianos.

—Y los americanos, y los musulmanes, y los japoneses... ¿Tú te has mirado en el espejo, alma cándida?

—Pues claro.

—¿Eso es un vestido? —Clairett alzó las manos hasta colocarlas a la altura de los hombros, cruzó una pierna con otra y movió la cabeza afirmativamente—. ¡Madreeeee, pero si el Basilio usa trapos para limpiarse la grasa de las manos más grandes que eso que tú llevas puesto!

—Menos tardará Asier en dejarme desnuda —afirmó la joven guiñándole un ojo provocativamente.

—¡Déjela, Pepita! —sugirió Helena—. Sarna con gusto no pica.

—Anda, anda, anda. Tápate, hija. ¡Tápate, que hace un frío de perros en la calle y el *chochete* también se resfría!

Mientras rellenaba la botella de agua que Clairett, como siempre, había dejado medio vacía en el frigorífico, declaró Helena:

—A mi edad yo no me quedaría desnuda ante un hombre ni muerta. Me pondría un camisoncito mono de encaje o de gasa que disimulara estos michelines pero ¿desnuda? ¡Uff, ya te digo yo a ti que no!

Clairett soltó una carcajada y, atacándola, siseó:

—¿De qué edad estamos hablando? ¿Noventa y cuatro, tal vez?

Helena tragó saliva y se dio cuenta de que tenía la garganta reseca así que, cogió un vaso, lo llenó y se lo bebió de un trago antes de decir:

—Treinta y cuatro.

Picajosa, al tiempo que sus manos recorrían con sensualidad cada una de sus curvas, afirmó Clairett:

—Mmm, con lo excitante que es que un hombre recorra tu cuerpo desnudo y te acaricie allí donde tú sabes. ¡Ahhhhhhhhhh!

—Déjate de tonterías.

—¡¡Uff!! —resopló y, al percibir cómo un ardor exigente se extendía por su estómago con rapidez, añadió mordaz—: ¡Qué calores me están entrando, Helenita! Por una vez en tu vida deberías probar lo que se siente cuando un hombre te acaricia aquí, aquí y aquí. Mmm...

—Yo no soy como tú que sales una noche y te lías con el primero que ves.

Abanicándose con la mano mientras agitaba sensualmente los dos abanicos de largas pestañas que decoraban sus párpados, exclamó Clairett:

—Analiza bien lo que te voy a decir: si una noche salgo de fiesta, me gusta un tío y acabo en la cama con él, sé que al día siguiente no tendré que darle un besito de buenos días, ni hacerle el desayuno ni inventarme ningún tipo de excusa si no quiero volver a verlo porque, de hecho, es posible que ni le haya pedido su teléfono ni él me haya pedido el mío.

—¡Qué bien!

Clairett percibió un brillo beligerante en los almendrados ojos claros de Helena. A pesar de ello, continuó diciendo:

—Ya sabes lo mucho que me cuesta acordarme de los nombres, incluso puede ser que ni se lo haya preguntado. —Se sentó en el brazo del sofá manteniendo la espalda erguida y cruzó las piernas—. Así que te aseguro que

no habrá nada que me tiente a buscarlo en Facebook ni en Pinterest ni en LinkedIn ni en ningún tipo de red social. Y a pesar de todo, yo estaré feliz como una perdiz porque sé que aunque me lo vuelva a encontrar otra noche no se acordará de mí y volverá a mirarme con sugerencia, se acercará a mí y...

—¿Y?

—El resto te lo puedes imaginar —dijo guiñándole un ojo con provocación.

Pepita, que observaba con admiración cómo los abanderados de la compañía Unión Artesana encargados de arriar la bandera de la ciudad de San Sebastián al ritmo de los tambores daban los primeros pasos portando el estandarte de su sociedad, exclamó:

—Oye monina, ¿por qué no te muerdes la lengua? Por tu culpa no me estoy enterando de nada.

—Porque se envenenaría, Pepita —musitó Helena besándole cariñosamente la sonrosada mejilla—. El ser humano es la especie más peligrosa del mundo no porque tenga los dientes más grandes, las garras más afiladas, los aguijones más venenosos o la piel más gruesa, sino porque sabe proveerse de instrumentos y armas mortíferas que cumplen las funciones de dientes, garras, aguijones y piel con más eficacia que cualquier simple mecanismo anatómico. En el caso de mi hermana, todo se concentra en la lengua.

Con tranquilidad, conteniendo la tormenta de emociones que pugnaba por salir de su interior, respondió Clairett:

—La imperfección es belleza, Helenita, no lo olvides.

Pepita Santamaría frunció los labios y, tratando de controlar los dardos envenenados que ambas se estaban lanzando a la cara, preguntó al percibir el silbido característico del *WhatsApp* en el móvil de Clairett:

—¿Quién te busca a estas horas, ricura? —Sus labios dibujaron una bonita sonrisa antes de decir—: ¿Uno de tus pretendientes, quizás?

—Asier —confirmó mordiéndose provocativamente el labio inferior.

—¿Asier? ¿El del culo respingón?

Clairett asintió y, abriendo los ojos de par en par, suscribió con una pícaro sonrisa dibujada en los labios:

—Así es.

La anciana, que acababa de apagar la televisión, miró a Helena y dijo:

—No sé por qué me da que el bomberito ha venido esta noche a apagar un fuego.

Entusiasmada, mientras contestaba los mensajes de *WhatsApp*, susurró Clairett:

—Chicas, recordad que mientras que las malas lenguas hablan de mí, las buenas se están preparando para besarme.

Pepita se levantó del sofá con suma dificultad.

—Helena, no puedo con este dolor de rodillas. Soy incapaz de dar un pasito esta noche.

Al oírla, la joven se acercó a ella y murmuró:

—Permítame que le ayude, no se vaya a tropezar y tengamos un disgusto.

—Uuuuu —se quejó al dar los primeros pasos—. Voy a acostarme, ricura, o mañana no seré persona.

—¿Quiere que le acompañe a su casa?

Dándole ligeros toquecitos en el dorso de la mano, dijo:

—No hace falta, ricura.

—Buenas noches, Pepita —se despidió Clairett sin levantar los ojos de la pantalla del móvil.

—Hasta mañana. —La anciana, que caminaba con paso lento, redujo el tono de voz y le sugirió a Helena—: Ten mucho cuidado con lo que haces y controla a esa loquita con pelos de pollo o cualquier día vamos a tener un disgusto.

—Por supuesto —bisbiseó apretando los labios para forzar una sonrisa—. No se preocupe. A esta la meto yo en candela en menos de lo que canta un gallo.

Pepita Santamaría suspiró y, volviendo la vista hacia atrás por última vez, masculló antes de que Helena cerrara la puerta:

—¡Una tirita! Una tirita es más grande que ese vestido, madreeeee. ¿Dónde se ha visto otra cosa igual?

14

Como si estuviera atrapando moscas al vuelo, Jorge Fernández se retiró las ondas del flequillo que cubrían su frente y se masajeó las sienes.

—Patricia, ¿sabe usted dónde están las aspirinas?

—Por lo que más quiera, no se mueva o terminaré clavándole la aguja en el cuello, la sangre saldrá a borbotones, le manchará la camisa, pondrá perdida la alfombra y... ¡*Lamadrequemeparió*, al final va a conseguir enfadarme! —bufó crispada—. Le he dicho que NO-SE-MUE-VA.

—Perdón.

Patricia Ramírez se mordió el labio inferior y, dándole un toquecito en la frente con la yema del pulgar para indicarle que debía echar la cabeza hacia atrás, preguntó:

—¿Se puede saber qué le duele?

Él suspiró con resignación vaciando completamente los pulmones y frunció el ceño al recibir una fuerte descarga en las sienes.

—La..., la..., la cabeza —tartamudeó—. Tengo la impresión de que me va a estallar en cualquier momento.

—¡¡*Lamadrequemeparió*!! —gritó ella al sentir cómo la aguja le daba un picotazo en un dedo—. ¡LO SABÍA! Sabía que esto iba a pasar.

—¿Se encuentra bien?

Patricia tiró el dedal y, chupando la gotita de sangre que comenzaba a fluir con descontrol en su yema, gruñó:

—¡Se lo juro, es la última vez que coso un botón! ¡Qué dolor!

—Tome.

Desesperada, cogió el dedal y comentó con disgusto:

—Aunque mis dedos son ágiles, nunca se han adaptado al contorno de estas malditas agujas.

—Si me hubiera quitado la camisa, seguro que...

—¡¡¿QUÉ?!! ¡De eso ni hablar! *Noestoydispuestaaplancharlaotravez* —respondió casi sin respirar, intentando enhebrar la aguja a la que, atendiendo a la ley de Murphy, también se le había escapado el hilo—. Eche la cabeza hacia atrás o la próxima estocada será para usted. ¡Eso se lo aseguro!

Divertido por su sagacidad, Jorge Fernández alzó las dos cejas y, observándola a través de la maraña de pelo ondulado que caía por su frente y le cubría parcialmente los ojos, respondió con suspicacia:

—¿Lo dice en serio?

Patricia sonrió maliciosamente y, rozándole con intención el mentón con la punta de la aguja, susurró:

—Por si acaso, no me ponga a prueba.

En ese momento, al oír cómo lo rebatía, él se dio cuenta de que aquella mujer —con su particular forma de hablar y de ver la vida— había sido la única en conseguir que la montaña rusa en la que se había convertido su existencia estuviera cargada de emociones, sobresaltos y gritos todos los días.

Durante unos segundos, permaneció en silencio estudiando la composición de aquel rostro que comenzaba a ajarse por el cúmulo de los años.

—Gracias por todo—murmuró con una candorosa sonrisa que, como único objetivo, pretendía derretir la coraza con la que ella habitualmente cubría su corazón.

Patricia tragó saliva, se acercó a él, abrió la boca y cortó un pequeño hilillo que sobresalía del puño con los dientes.

—¿Se da cuenta? —preguntó mientras colocaba en el costurero la aguja, la bobina de hilo blanco, el dedal y las tijeras que no había llegado a utilizar.

Jorge se despejó la frente, comprobó el cierre de sus gemelos de oro blanco y se abrochó el último botón de la camisa, precisamente, el que Patricia había cosido.

—¿De qué?

La réplica cargada de acidez no tardó en llegar:

—Que odio coser.

—Me ha quedado muy claro —respondió jugueteando con una original pajarita de *jacquard* gris de *Dolce&Gabbana* con elegantes estampados florales que Patricia acababa de sacar de la cómoda—. Aunque al final no ha sido para tanto, ¿no cree?

Patricia Ramírez sacudió la cabeza y, colocando sus manos en los bolsillos del delantal, concedió con una ligera sonrisa dibujada en los labios:

—He de reconocer que no lo ha sido.

—Salvo lo de su dedo —afirmó él a pesar de que la garganta se le había quedado seca.

—Está usted muy gracioso esta noche, ¿no le parece?

Jorge puso los ojos en blanco e, intuyendo la batería de ironías y bromas de doble sentido que debían estar pasándole a ella por la cabeza, suspiró divertido:

—Le aseguro que si no me brinda un poco de simpatía y compasión, comenzaré a gritar.

Patricia Ramírez presionó los labios en una dura línea y, como si estuviera contando un secreto, siseó misteriosamente:

—Espero que lo haga mejor que el exmarido de ese periodista que canta eso de *Sandovalízateee, saca tu mejor sonrisa hoy. Sandovalízateee, deja atrás ya las desdichas hoy. Siéntete mejor, fuera el mal humooor. Todo pueeede ser, sandovalíízate*. Supongo que ya sabe a quién me refiero, ¿verdad?

Con rapidez, el actor dio un paso al frente, le cogió la mano izquierda, se la besó y, guiñándole un ojo con gesto cautivador, solicitó en voz baja:

—Una aspirina, Patricia. Necesito una aspirina urgentemente.

Con una tropa de nervios bailándole entre los intestinos, espetó ella:

—*¡Lamadrequemeparió*, qué aspirina ni ocho cuartos! —Con un gesto imperioso, le arrebató la pajarita de las manos—. Lo que tiene que hacer es darse prisa o al final va a llegar tarde.

Jorge Fernández se dirigió entonces a la esquina de la habitación donde se acumulaba un montón de frascos de perfume sobre la cómoda y susurró mientras vaporizaba unas gotitas de *Le Male*:

—Espero no arrepentirme de esto.

Embriagada por el exquisito perfume de *Jean Paul Gaultier*, Patricia se humedeció las yemas con su propia saliva, le peinó las cejas y dijo:

—No lo sabrá si al menos no lo intenta.

—Por supuesto —admitió con una tímida sonrisa, analizando la composición perfecta que le ofrecía la imagen del espejo.

Ambos permanecieron unos segundos en silencio, él apoyado en la cómoda y ella, tensa y patética, sentada en la cama para descansar las piernas.

—Al final lo va a desgastar —comentó Patricia al cabo de unos segundos, poniendo palabras firmes a la certeza.

—¿Qué?

—¡¿Qué va a ser?!

Jorge frunció el ceño, se encogió de hombros y admitió con una media sonrisa:

—¡Uff, no le pillo!

—Últimamente su capacidad de reacción está bajo mínimos, muchacho —soltó ella consiguiendo a duras penas mover el cuerpo a un ritmo normal—. Me refería al espejo.

Jorge cabeceó y, con una sonrisa de apariencia inofensiva que estaba cargada a partes iguales de sarcasmo e incredulidad, afirmó:

—No creo que esté desgastado por mi culpa, sino por el lustre que usted le saca todos los días con el trapo. —Revisando las manecillas de su reloj, añadió—: Acuéstese, Patricia. Es tarde.

—No tengo sueño.

—Trabaja usted demasiado.

—Solo hago lo que tengo que hacer.

Jorge precisó un par de minutos para ajustar milimétricamente la longitud de los cordones de sus zapatos y otros tantos para fabricar dos nudos perfectos.

—Disfrute y cuídese de quien usted ya sabe —bisbiseó Patricia acariciándole el mentón maternalmente cuando él se puso en pie.

—¿De Raúl? —inquirió con un mohín coqueto y la más espléndida de las sonrisas. Si algo había aquella noche que le apeteciera menos era tener que cruzarse con su exrepresentante—. No se preocupe.

—De Raúl, de los *paparicheros*, de... —enumeró ella a medio gas—. ¿De qué se ríe, si se puede saber?

Jorge tragó saliva con dificultad. La nuez le recorrió el cuello de arriba abajo y tropezó con el de la camisa donde la pajarita comenzaba a ejercer cierta presión.

—Se parece usted al hada madrina de la Cenicienta —afirmó guasón—. Solo le falta cantar el *Salacadula Chalchicomula, Bíbidi Bábidi Bu. Siete palabras de magia que son: Bíbidi Bábidi Bu.*

—Veo que se sabe muy bien la canción.

Después de comentar que había visto la película unas doscientas veces, cifra que, por otro lado, no iba muy desencaminada a la real, Jorge comenzó a saltar como un crío con zapatos nuevos y entonó excitado:

—*Salacadula Chalchicomula, Bíbidi Bábidi Bu. Yo hago milagros con esta canción: Bíbidi Bábidi Bu.*

—*Tú Salacadula dí, y Chalchicomula mu, pero para lograr un gran amor, dí Bíbidi Bábidi Bu* —tarareó Patricia que, como él, se sabía la canción del hada madrina de Cenicienta como un mantra.

Improvisando algunas estrofas más, Jorge cogió a Patricia por la cintura

y comenzó a danzar a pesar de que a ella solo le quedaban fuerzas para arrastrar los pies.

—*Nananana, nananana, nana nana naná... Todo se logra con solo decir: Bídidi Bádidi, Bídidi Bádidi, Bídidi Bádidi Bu.*

—Pare, pare, pare por favor. No puedo más, Jorge. ¡NO PUEDO MÁS! Una no está para estos trotes —resopló sin resuello. Con los brazos en jarra y el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, añadió al cabo de unos segundos necesarios para inspirar y espirar el aire que necesitaban sus cansados y ajados pulmones—: El hada madrina de Cenicienta solo hacía bailar su barita mágica, muchacho. ¡*Lamadrequemeparió*, qué calores me han entrado!

Se abanicó con la mano.

—*Bíbidi Bábidi*... —repitió él besándole cariñosamente la mejilla. Como siempre, su piel estaba fría como un témpano—. ¡*Bu!*

—¡Será puñetero! —exclamó y, como si estuviera dirigiendo a las cabras, añadió—: ¡*Ale, ale, ale*, espabílese! Recuerde que el hechizo solo duraba hasta las doce de la noche.

Jorge revisó las manecillas de su reloj, alzó la mirada, la volvió a bajar y después de hacer la misma secuencia tres veces, le guiñó un ojo con picardía y anunció guasón:

—Mmm, pues vamos tarde. Si al reloj no se le han terminado las pilas, cosa poco probable por cierto, creo que son...

—¿Son? —Abrió los ojos de par en par.

—Las dos de la madrugada.

—*Lamadrequemeparió* —vociferó acalorada secándose de un manotazo las perlas de sudor que bañaban su frente—, el coche de producción tiene que estar a punto de llegar. ¡Espabílese!

De camino al hotel Ritz, Jorge Fernández se concentró en las luces de la ciudad que nunca duerme. A través del cristal, observó a algunos chicos y chicas de no más de veinte años de camino al Teatro Kapital, una de las salas de música más emblemáticas de Europa situada en el triángulo del arte madrileño, entre el museo Thyssen Bornemisza, el museo del Prado y el museo de arte contemporáneo Reina Sofía.

Allí, en alguna de sus siete plantas, seguramente entre copa y copa, moverían las caderas con energía contagiosa al ritmo del último *hit* de Luis Fonsi y Daddy Yankee, de Enrique Iglesias o incluso de Maluma hasta altas

horas de la madrugada porque para ellos, a diferencia de lo que le ocurría a él, el simple hecho de pensar en una cama era tan absurdo como pensar en unos cerdos volando.

¿Quién le había mandado aceptar aquella invitación?

Titubeante, entornó los ojos en dos delgadas líneas y suspiró con pesar.

¿Estaba haciendo lo correcto?

Las escenas de su periplo por el hospital pasaron a toda velocidad por su cabeza. Médicos, enfermeras, ambulancias, horas eternas sin saber qué hacer, qué decir, qué opinar, Helena, Natalia y su neumonía, Patricia... Otra vez Natalia. Quejas. Más quejas... Raúl, Natalia, Patricia, Helena otra vez...

Desterrando sensatamente el resto de sus preocupaciones, el recuerdo de Helena Argüelles —aquella mujer de hipnóticos y almendrados ojos claros que con tanto brío se había dirigido a él con un más que despreciativo «mira guapito» el día en el que sus coches, sin esperarlo, se habían enfrentado con un beso torpe de chapas— se coló en su cabeza y le acompañó hasta que el chófer detuvo el BMW frente al hotel Ritz.

—¿Jorge, eres tú? —inquirió una voz femenina y familiar al final de la alfombra roja que habían colocado para que los periodistas y *paparazzi* pudieran hacer su labor.

—Sonia, me alegro de verte —musitó tragando saliva con dificultad. En realidad, aquella afirmación no era cierta.

Cerca de un centenar de alborotados *paparazzi* comenzaron a immortalizarlos cuando Jorge se acercó a Sonia Belmonte para saludarla con un beso casto en la mejilla.

—No esperaba encontrarte aquí. ¡Qué alegría!

—Estás... —Tragó saliva para deshacer el nudo que acababa de formársele en la garganta—. Estás estupenda.

—Es un detalle por tu parte que hayas venido —sonrió la actriz—. Raro, eso sí, pero un detalle al fin y al cabo. ¿Cuántos años hace que tú y yo...? ¿Cuatro? ¿Cinco tal vez?

—Ocho —admitió él con seriedad, abriendo el paso.

En el vestíbulo, junto a un *photocall* que había sido colocado estratégicamente entre dos imponentes columnas estucadas, algunos reporteros gráficos fotografiaban a varios compañeros y compañeras de la profesión

—Debería llamar a la policía y hacer que te encierren.

—No creo que eso sea lo propio a estas alturas —respondió Jorge.

Sonia Belmonte puso los ojos en blanco y admitió sin inflexiones en la

VOZ:

—Tal vez, pero por lo menos dormiría tranquila pensando que existe la justicia. ¿Ocho? ¿Has dicho ocho?

Él asintió y cambió el peso del cuerpo al pie derecho. Distraído, miró en derredor mientras ella seguía hablando sin parar.

—Nunca te perdonaré que te fueras de aquel apartamento antes de que pudiera comprarte un cepillo de dientes. ¿Por qué tiraste la toalla tan pronto?

—Aquello no podía salir bien —comentó él componiendo una sonrisa forzada—. Vivir es eso; mantenerse equilibrado entre las elecciones y las consecuencias.

—Vaya. Siempre tan locuaz. —Sonia Belmonte pestañeó sorprendida y, después de unos segundos de silencio, se enfrentó a los espectaculares ojos verdes de él y musitó—: Dime, Jorge. ¿Qué te han hecho?

—No sé a qué te refieres.

—No te reconozco —suspiró ella, humedeciéndose los labios con sensualidad—. Tenemos la mala costumbre de dejar para luego, de reír poco y de querer hacerlo mañana; de echar de menos en lugar de hacerlo de más, de usar los «luego» y no los «ahora». Luego te llamo, luego te escribo, luego te contesto. Y nunca llamé, nunca escribí y nunca contesté. ¿Eso fue lo que te pasó a ti?

La pregunta llevaba implícita un cierto grado de ironía, sarcasmo y retintín.

—Tenemos la mala costumbre de querer tarde y de valorar tarde, de olvidarnos incluso de los pequeños detalles —admitió él componiendo una frase con la misma estructura. Nervioso, espantó las traviesas ondas de su flequillo que caían en cascada por su frente y cubrían parcialmente sus ojos y suspiró antes de añadir—: Sonia, tú y yo sabemos que aquello no fue más que un capricho tonto que no podía durar mucho tiempo.

Sonia Belmonte le acarició el mentón con sensualidad, tratando de avivar una antigua y exigua llama.

—¿Asustarse porque alguien te quiera? —Él se encogió de hombros—. Afortunadamente, yo no soy de las que tira la toalla, Jorge. Prefiero enroscármela, pintarme los morros y comprarme unos zapatos nuevos que me permitan caminar y seguir mirando hacia adelante.

Aquello había sido un dardo envenenado en toda regla.

—Bien por ti, Sonia.

Jorge Fernández tomó una copa de *Moët Chandon* de una de las

bandejas, bebió un par de sorbos y carraspeó cuando el espumoso le hizo cosquillas en la garganta.

—Reconozco que al principio no podía ni verte pero, bala a bala, ambos conseguimos por fin complementarnos. Llegamos a formar una pareja consolidada, de esas que se conocen mucho y saben cuándo es mejor callarse porque el otro tiene el día cruzado, ¿no crees?

—¿Qué haces? —inquirió él, ruborizado, cuando la actriz le pellizcó el trasero.

Ella se encogió de hombros y, con una sonrisa pícaro, comentó morbosa:

—Sabes que yo haría siempre lo que tú quisieras, *mon chéri*^[1].

—No seas ridícula —respondió entre dientes forzando una sonrisa.

En esas estaba cuando Carlos Medina, uno de los productores técnicos de *Oscuras Pasiones*, vociferó:

—¡Hombre, Jorge! ¿Qué haces tú por aquí?

El actor, que acababa de apoyar el hombro en la pared, cambió el peso del cuerpo y, girando sobre sus talones, exclamó:

—Me alegro de verte, Carlos. ¿Qué tal estás?

—Creo que algo mejor que tú —contestó guasón. Nadie más que él sabía lo pesada que podía llegar a ser «La Belmonte». Dirigiéndose a la actriz que no hacía otra cosa más que revolotear las pestañas en busca de alguna presa más sustanciosa con la que pasar la velada, alzó las cejas y dijo con estudiado tono burlón—: Sonia, permíteme que te robe a Jorge unos minutos.

Cuando ambos se quedaron a solas, Jorge dio un par de sorbos pequeños al *Moët Chandon* y, retirándose el indomable flequillo de la frente, resopló:

—A estas alturas me sentía como un corderito a punto del degüello.

Centrado en la mirada bicolor, mezcla de azul y gris, de una cortadora de jamón que se encontraba a su izquierda, Carlos Medina se bebió a hipo dos copas de champán.

—Algunas veces he pensado en montármelo con ella, pero creo que no me traería nada bueno —comentó con una ligera carraspera en la voz.

—Sonia es sublime, magnífica, excitante... —comenzó a decir Jorge adoptando su tono de voz más técnico e indiferente—, incluso perturbadora, pero esconde otras muchas obsesiones que al final terminan haciéndote mucho daño. Créeme.

—Suelen decir que hay obras tan hermosas que duele mirarlas.

Al escuchar su comentario, el actor frunció el cejo y, volteando los ojos con comicidad, dijo:

—Olvidalo Carlos. No sé ni por qué he dicho eso. —El productor lo miró ceñudo—. Vale, vale, vale. Me callo.

—Mejor.

Aquella revelación hizo que Jorge se mantuviera en silencio durante unos minutos mientras el productor departía amigablemente con la cortadora de jamón de mirada bicolor.

Una vez concluido el ataque en el que había desplegado una extraña e inusitada pose de ligón enfermizo, sugirió con los ojos turbios por el exceso de alcohol:

—Jorge, cuéntame. ¿En qué andas metido últimamente?

—En nada desde hace más de seis años. ¡Ya lo sabes! Desde que se estrenó *Oscuras Pasiones* no he vuelto a aceptar ningún proyecto.

—¿Seis años? ¿Lo dices en serio? —Jorge Fernández movió la cabeza afirmativamente—. Pff, debemos hacer algo al respecto.

Cambiando el hilo de la conversación en la que, sin dudarlo, no tenía ganas de entrar esa noche, inquirió el actor:

—Por cierto, ¿has vuelto a saber algo de Arturo?

—Nada desde hace más de siete meses. Lo último que supe de él es que tenía intenciones de viajar una temporada a Perú. Luego, le perdí la pista.

—¿Qué extraño! Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—A veces la gente no quiere cambiar de rumbo por mucho que intentes ayudarlos —afirmó el productor con cara de aburrimiento—. Ya sabes que Arturo siempre ha sido muy misterioso con su vida.

—En cierto modo lo entiendo. Saber que te vigilan, que saben los movimientos que haces o que incluso te escuchan es como una comida pesada.

—Sí. Es difícil de digerir.

—Soy consciente de que el cotilleo grita en los programas de televisión, asalta las ondas de radio y se enseña indiscriminadamente en los caracteres de Twitter, pero...

—La manipulación y las mentiras se difunden por las televisiones y las redes sociales como la pólvora. ¡Lo sé! Desgraciadamente, es lo que hay en estos momentos.

Jorge puso los ojos en blanco y se acercó la copa a los labios.

—No te lo vas a creer, Carlos, pero todavía no me acostumbro a que me sigan por la calle o a tener siete u ocho coches de prensa las veinticuatro horas del día en la puerta de mi casa.

—Precisamente eso es lo que Arturo no quiere.

—Ya.

—Por cierto, ¿sabes algo de Tomás?

—¿Tomás? —repitió Jorge alzando con extrañeza las cejas por detrás de la espesa y rizada maraña de pelo que caía en cascada y ondeaba por su frente.

—¡Sí, hombre, TT!

—Lo siento, Carlos. Ahora mismo no caigo.

El productor técnico de la película *Oscuras Pasiones* se encogió de hombros.

—Venga, Jorge. —Abrió los ojos de par en par—. No me digas que no recuerdas a TT.

—¿Te refieres por un casual a Tomás Tudela, el doble de Sergio Jiménez?

Carlos Medina asintió y, cuando ya iba por su quinta o sexta copa de champán, dijo con media lengua:

—Afortunadamente ya ha dejado ese paripé que ha estado interpretando durante casi dos años.

Jorge entornó los párpados en dos delgadas líneas. Si algo había de Carlos que a él no le gustaba era lo insensible que podía llegar a ser a veces con sus comentarios.

—¿Paripé?

—Sí. Tania Díaz es una actriz de medio pelo que está intentando subirse al carro de todo aquel que quiera ofrecerle una mínima posibilidad de entrar en una producción importante. Y como Tomás nunca sabe decir que no, algo que por cierto hasta la fecha tampoco le ha venido nunca mal, aceptó hacer un montaje para encumbrar su decadente y mal trabajada carrera y...

—Uff, está loco.

—Loco de atar, como dice ese cantante malagueño por el que todas las jovencitas y no tan jovencitas pasan días, semanas e incluso meses durmiendo en la calle.

—No sé de quién me hablas —respondió Jorge.

Incrédulo por aquella revelación, Carlos Medina le miró sorprendido y dijo:

—Estás demasiado fuera de onda, tío.

—En estos momentos solo soy capaz de reconocer a los personajes de la Bella Durmiente, la Cenicienta, Peter Pan y Blancanieves —reconoció—. Saliendo de ahí, estoy perdido.

Carlos Medina esbozó una ligera sonrisa, posó una mano sobre el

hombro de Jorge y, dándole unos golpecitos rítmicos a la altura del omóplato izquierdo, comentó:

—Esto es un muermo de tres pares de narices. ¿Qué te parece si tú y yo nos vamos a otro lado?

—¿Adónde?

Apurando el espumoso y burbujeante champán francés y, tras colocar la delicada pieza de cristal en el suelo, recalcó con los ojos muy abiertos:

—A cualquier parte donde sirvan un buen whisky.

Media hora después, ambos accedieron a *Le Boutique*, uno de los locales más *cool* de la Milla de Oro madrileña. En su interiorismo de lujo —ambientado en el arte de la moda y en las principales ciudades de la alta costura: París, Londres, Nueva York...— se mezclaba la magia de la noche, la vanguardia y la exclusividad de sus invitados.

Jorge Fernández observó que algunos famosos charlaban animadamente en los reservados de la zona *vip* donde los camareros servían animadamente algunas bebidas de ediciones limitadas y marcas *premium* que conformaban la exclusiva bodega del local.

La música era atractiva, nada que ver con el Piano Concerto número 21 en do mayor de Amadeus Mozart que había amenizado la velada en el hotel Ritz.

—Jorge, ¿has visto a esas tías? ¡Uff, fijate! —resopló Carlos señalando a su izquierda sin disimulo—. La rubia que está en el centro está como un tren.

El actor sonrió divertido. Definitivamente, Carlos no tenía mal gusto.

—Creo que ya está pillada —comentó al ver cómo a la rubia se le acercaba el que presumiblemente sería su novio.

Despacito

Quiero respirar tu cuello despacito

Deja que te diga cosas al oído

Para que te acuerdes si no estás conmigo...

—¿Qué? —gritó por encima de la música del último *hit* de Luis Fonsi y Daddy Yankee.

—La rubia, Carlos. ¡LA RUBIA!

—¿Qué pasa con la rubia? —vociferó otra vez el productor.

Despacito

Quiero desnudarte a besos despacito

*Firmo en las paredes de tu laberinto
Y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito*

—¡Olvídalo!

Entusiasmado, Carlos Medina le palmeó en la espalda y exclamó:

—Esta noche mojamos, Jorgito. ¡MO-JA-MOS! Nada de actrices estiradas y exigentes como «La Belmonte» sino mujeres de verdad. El mundo ya está bastante complicado como para que se lo compliquen a uno más, ¿no crees?

—¡Cierto! A veces no nos damos cuenta hasta que es demasiado tarde.

Jorge percibió cómo las palabras le arañaban la garganta.

—¡Vamos!

—¿Adónde?

—Al ataque de la presa como decía Félix Rodríguez de la Fuente —le advirtió el productor—. Recuerda que hay que estar al acecho para elegir bien.

Aprovechando que en los altavoces la música había adquirido un tono más ligero, apuntó el actor:

—Hace tiempo que yo ya elegí a las mujeres de mi vida.

—¿No te referirás a...?

—Efectivamente —sonrió y, alzando ligeramente la voz otra vez cuando Luis Fonsi volvió a excitar a la masa de público que danzaba en la pista, añadió—: Natalia es desde hace seis años la única que entra de vez en cuando en mi cama. Últimamente, le ha dado por decir que hay un espíritu en su habitación y ¡ya sabes! Solo son imaginaciones, pero...

Carlos torció la boca y, golpeándole en la cintura con el codo, lo que provocó que parte del contenido de su copa se derramara en el suelo, comentó guasón:

—¿Tú no usas las manos todos los días para comer o para rascarte los huevos, algo que por cierto hemos heredado de los monos, o para...? Da igual. ¡PARA TODO! —Nervioso, Jorge se peinó el flequillo una, dos, tres, cuatro y hasta cinco veces seguidas—. Pues lo mismo hay que hacer con esa parte del cuerpo que te cuelga entre las piernas, amigo, si no quieres que se te caiga a cachitos de tanto darle al pulgar, índice, corazón, anular y meñique.

—Carlos, acabo de recordar por qué dejé de salir contigo hace años.

—¡Lo siento! —vociferó el productor, volteando los ojos con comicidad. Divertido, añadió tras unos segundos de reflexión que empleó para terminarse la copa que tenía entre las manos—. Ya sabes que cuando bebo se me suelta un poco la lengua.

—¿Solo un poco? Ni «Rajón» cómo dice mi hija cada vez que se refiere a quien tú sabes, habló tanto en el debate de investidura que hubo en el mes de septiembre del año pasado.

*Pasito a pasito, suave suavcito
Nos vamos pegando, poquito a poquito
Que le enseñes a mi boca
Tus lugares favoritos (Favorito, favorito baby)*

—De no investidura querrás decir. —Con la voz entrecortada y pastosa, Carlos Medina añadió poco después—: Lo que tendrían que hacer los políticos es apostar más por la cultura y dejarse de tantas tonterías.

*Pasito a pasito, suave suavcito
Nos vamos pegando, poquito a poquito
Hasta provocar tus gritos
Y que olvides tu apellido*

Despacito

—Tienes razón.

—¿Sabes?

—Dime —vociferó por encima de la música.

—Será mejor que cambiemos de tema o terminaré encendiéndome y no precisamente de la manera que voy buscando esta noche. —Dándole otra vez unas palmaditas en el hombro, Carlos comentó guasón—: Por cierto, ¿sabes que eres el soltero más agilipollado que hay sobre la faz de la tierra?

Jorge frunció el cejo y lo miró con cara de asombro.

—¡Vaya, qué detalle! Muchas gracias por el cumplido.

—Nuestra sangre está indisolublemente unida a la de las mujeres, como las espinas a una rosa y..., y... ¡Uff! Jorge, escúchame bien. —Jugueteeó con los hielos que comenzaban a deshacerse por el calor—. Cuando vives rodeado de pecado hay que darle vidilla al cuerpo si no quieres que empiece a infectarte la sangre. ¡Un momento! Eieiei, guapa, por favor. Joder, esa tía ha pasado de mí como de la mierda.

Jorge alzó las cejas por detrás de la espesa cortinilla de bucles que caía en cascada por su frente.

—La vida es así.

—Chata. ¡Aquí! —Levantó el brazo para hacerse notar—. Dos whiskies con agua.

Cuando la camarera les dio la espalda y comenzó a buscar el whisky entre el centenar de botellas que había en el expositor de la barra, Carlos se

quitó la pajarita, la metió en el bolsillo interior de la americana, se desabrochó un par de botones de la camisa e inquirió:

—¿De qué estábamos hablando?

—No lo sé —declaró el actor con cara de circunstancias.

—Con mucho hielo, por favor —solicitó el productor guiñándole provocativamente el ojo a la camarera. Lanzándole un beso, añadió cuando la joven comenzó a clavar la pinza para separar algunos terrones de hielo—: Gracias, muñeca.

Pasito a pasito, suave suavecito

Nos vamos pegando, poquito a poquito (ehh eh)

—A veces no quieres ver lo que tienes delante, Jorge —soltó Carlos—. Eres un hombre con sentimientos y, a los hombres, los sentimientos nos hacen débiles.

Jorge sonrió a la camarera cuando le entregó el vaso de whisky y, chocándolo con el de Carlos, brindó:

—Por nosotros.

—Y por todas las mujeres que... —se atascó el productor—, y por todas las mujeres que se derriten por nuestros huesos y que nos van a calentar la cama esta noche.

—Estás desvariando.

Carlos Medina se mordió el labio inferior y, lanzándole un beso a una rubia imponente que había a su izquierda, a escasos pasos de la barra, exclamó:

—Desvariar es negar la realidad, Jorge. *Pasito a pasito, suave suavecito; nos vamos pegando, poquito a poquito, hasta provocar tus gritos y que olvides tu apellido* —canturreó acercándose provocativamente a la joven al tiempo que, con complicidad, le guiñaba un ojo al actor, un mero artificio con el que pretendía anunciarle que se iba a ausentar unos minutos—.

Despaciito.

15

—Clairett, brindo por... *Hip*. Brindo por esas personas como tú y como yo... *hip*, por esas personas que te acompañan a lo largo de todo el viaje yendo en dirección contraria porque la vida es mucho más emocionante.

Los hielos titilaron en el cristal cuando las dos chocaron los vasos.

—Yo brindo por... —hipó Clairett agitando sensualmente los dos abanicos de largas pestañas que decoraban sus párpados—. Yo brindo por lo malo que he hecho porque de lo bueno... ¡de lo bueno nadie se acuerda!

—¡¡Sí!! —gritó Helena elevando la voz por encima de los primeros acordes de *Amigo Amor*, el *hit* popularizado en 2013 por el dúo musical Alazán.

Eufórica, movió las caderas, los pies, los brazos, la cabeza e incluso las pestañas recordando el verano del año 2013 en el que Clairett, bronceada como un conguito, se había empeñado en perseguir a Sara y a Encarna —hija, hermana y sobrina respectivamente de Los Chunguitos— por media España haciéndose pasar por otra gitana más.

Transcurridos unos segundos de desenfreno absoluto en los que no paró de cantar como si ella fuera precisamente una de las integrantes del grupo, ajustó los labios en torno a la pajita y, succionando eróticamente del plástico, añadió:

—Pues yo brindo por...

Clairett, que acababa de colocar estratégicamente la mano en el muslo de Asier, exclamó jactanciosa:

—¡¡¿Por los hombres?!!

Helena emitió un sonido extraño con la lengua y, señalando con la mano con la que sujetaba el vaso el esférico plateado que pendía del techo y que proyectaba cientos de haces de luz multicolor por la sala, exclamó:

—Nooo... Yo brindo... *hip*, brindo por lo que tú y yo sabemos y que los demás ni siquiera se..., se..., se imaginan. —Animada, comenzó a mover los brazos y a dar vueltas—. *Amigo amor, si tú pudieras darte un vuelo por aquí, y te quedaras un ratito junto a mí, ten por seguro que me harías un favor.*

Tras unos segundos de dura y complicada reflexión, besando con

impostada ternura los carnosos labios de Asier, el bombero vasco de culo respingón que no dejaba de acariciarle cariñosamente la espalda y el hombro izquierdo, preguntó Clairett:

—Y ¿qué se supone que es?

—¡Por los *amigovios*! —vociferó Helena tratando de hacerse notar por encima de la música. Se sentía llena de luz y ligera como si flotase sobre un suelo pulido—. ¡Sí, eso es, Clairett! Por los *amigov...*, *hip*, ¡por los *amigovios*!

Con los ojos abiertos de par en par, soltó aquella:

—¿*Amiqué?*! ¡Madreeeee, qué mareo!

Helena suspiró cuando, al observar la cara de circunstancias de Clairett, Asier afirmó con su voz bronca y varonil:

—*Amigovio* es la definición exacta de lo que vulgarmente se conoce como *follamigo*, princesa.

Artificiosa, profiriendo pequeños mordisquitos al hoyuelo de su mentón que, por cierto, comenzaba a sombrearse con una áspera y más que rasposa barba, vociferó Clairett:

—¡¡Uuuuu!! Helenita, brindo por los *follamigos*, esos que calientan tu cama y..., y..., y ¡nunca, nunca, NUNCA te traicionan!!

—¡¡¡Sí!!! —gritó otra vez cuando en los amplificadores cambió el ritmo de la música y empezó a sonar *Believe*, la mítica canción de *Cher* que tanto le había ayudado a olvidar a Valentín, aquel amor adolescente que justo un día antes de que ella cumpliera los quince se había dejado engatusar por una rubia peliteñida de dieciséis que no sabía hacer otra cosa más que mascar chicle de fresa a todas horas. Convirtiendo el vaso de tubo de su RonCola en un improvisado micrófono, comenzó a canturrear como si estuviera poseída por el mismísimo demonio—: *No matter how hard I try, you keep pushing me aside...*

—*It's so sad that you're leaving. It takes time to believe it.*

Refiriéndose literalmente a Valentín, a Raúl y a todos aquellos hombres que a lo largo de su vida le habían hecho daño de alguna u otra manera, exclamó:

—¡Brindo también por los complicados, traicioneros y paradójicos gilipollas que se han acostado conmigo y me han roto el corazón a la primera de cambio!

Antes de que comenzara el estribillo de la canción Clairett apoyó la cabeza en el musculado hombro de Asier que, con dificultad, trababa de

mantenerse en pie y, guiñándole un ojo provocativamente a su hermana, musitó con picardía:

—Precisamente esta noche voy a hacer que mi *follamigo* sangre, lllore y grite mi nombre. ¿Qué te parece?

*Do you believe in love after love?
I can feel something inside me say
I really don't think you're strong enough, no*

—¿Sí? —inquirió él acariciándole sensualmente la espalda con los nudillos.

*Do you believe in love after love?
I can feel something inside me say
I really don't think you're strong enough, no*

Clairett recorrió el cuello ancho de Asier con sus labios sedosos y cuando absorbieron su nuez, alzó las cejas e inquirió melosa:

—¿Te apetece?

Como si estuviera en un estado catártico, Helena puso los ojos en blanco, saltó, gritó y bebió sin prestar atención a los arrumacos y carantoñas que su hermana le estaba regalando a aquel bombero de culo respingón y poderosa musculatura.

—Mmm, no seas traviesa —suspiró Asier rozándole el mentón con los nudillos. Aquel juegucito con el que Clairett trataba de martirizarlo le estaba poniendo cardíaco.

—Asier, ¿sí o no?

Reajustando la posición de su miembro que se mantenía rígido como un bate de béisbol entre sus piernas, dijo con el deseo reflejado en su mirada:

—¿Tú qué crees?

Aquella pregunta estaba cargada del mayor de los erotismos.

*Well I know that I'll get through this
Cos I know that I am strong
And I don't need you any more
No I don't need you any more
I don't need you any more
No I don't need you any more*

Como si sus yemas fueran una larga pluma, Clairett recorrió la silueta de aquellos pectorales labrados a cincel y sugirió:

—Acompáñame, grandullón.

Al escucharla, Asier se echó hacia delante y le besó en el cuello, a la

altura de la yugular, justo allí donde la vena latía errática cada vez que él le acariciaba la curva de la espalda y descendía provocativamente hasta sus caderas.

Guiñándole un ojo a Helena que, concentrada en la música, succionaba la pajita blanca de rayitas verdes de su RonCola, dijo alto y claro:

—Hermanita, el baile es una especie de respetable antídoto para combatir la intensa espera, ¿no crees?

Abstraída otra vez en su propio caos existencial: «parada sin trabajo y sin pareja a quien amar», Helena dio unos sorbos largos a la pajita para olvidar antes de decir:

—¿Sobro?

—Sí —advirtió Clairett guiñándole un ojo con picardía.

—Vale. Vuelvo en un rato. Portaos bien.

Tambaleándose sobre los tacones, Helena caminó hasta el reservado en el que se suponía que estaba el primo del amigo del cuñado del sobrino del mayor pijo de todo Madrid y que había tenido a bien invitarlos a una fiesta en la que, precisamente, Diego Acosta, el pijo, aún no se había dejado ver.

—Señora, ¿me enseña su invitación, por favor?

¡¿Señora?!

¿Aquel armario empotrado que custodiaba el acceso a la zona vip le había llamado señora?

—¿Qué invitación? —hipó ofendida mostrando los dientes en un fútil intento por componer una sonrisa.

—Señora, si no tiene invitación no puede pasar.

¡¿Señora?!

¡¿Otra vez le había llamado señora?!

Moviendo la lengua para despertarla de esa sensación anestésica tan extraña que le provocaba el alcohol, susurró Helena:

—Serás gilipollas.

Al escucharla, Jorge Fernández, que en ese momento pasaba por allí tratando de abrirse paso entre el centenar de chicas que hacían cola para entrar en aquel reservado, se acercó a ella y comentó atropelladamente:

—Vaya. Creía que eso solo me lo decías a mí.

Helena se estremeció. Percibiendo cómo sus células comenzaban a palpar y a enviar sensibles y dulces descargas allí donde últimamente solo le acariciaba su Mortadelo e intoxicada por el brillo de aquellos espectaculares ojos verdes que se ocultaban tras una espesa y descontrolada madeja de rizos,

colocó el índice sobre la barbilla y, pensativa, aseguró con desdén:

—Para usted tengo reservado algo mejor.

—Sorpréndeme —sugirió el actor tras unos segundos de silencio que a ella se le hicieron eternos.

Tratando de controlar ese nido de gorriones que se había instalado en su estómago y que revoloteaba sin parar, tartamudeó ella:

—Mmm, algo así como...

Jorge Fernández se mordió el labio inferior, alzó una ceja con sugerencia y, dulcificando el tono de voz, dijo:

—¿Tonto? ¿Idiota tal vez?

Tras un intenso cruce de miradas, sintiendo cómo su lengua explotaba como una granada de mano, soltó Helena:

—Señor Fernández, esos adjetivos son demasiado suaves para usted. O como diría el pijo ese que seguramente estará revolcándose como un conejo con unas y con otras, ¡demasiado *light*!

—¿Sí?

—Más bien —prosiguió—, diría yo que usted es un..., un...

Jorge Fernández reclinó la cabeza hacia atrás y apretó la mandíbula al percibir tres o cuatro contracciones rítmicas muy potentes en la entrepierna. Envolviéndola con su propio cuerpo cuando uno de los camareros pasó con una bandeja cargada de vasos vacíos, sugirió:

—¡Suéltalo! —Helena Argüelles puso los ojos en blanco y se mordió el labio inferior—. No te quedes con las ganas.

—Es usted un...

Cuando los labios de él dibujaron una sonrisa, Helena percibió cómo la sangre se le convertía en agua diluyendo sustancialmente el exceso de alcohol que apergaminaba sus venas.

—Sorpréndeme —exigió él otra vez retirándose el descontrolado flequillo de la frente para observarla mejor. Mordaz, cuando ella compuso un extraño mohín con la cara, añadió—: No me gustaría que te quedaras con las ganas, HE-LE-NA.

Ella lo observó a conciencia durante unos segundos, hipnotizada por el brillo de sus ojos verdes, los hoyuelos de sus mejillas y el largo y ondulado flequillo que caía subrepticamente sobre sus cejas.

Una mezcla de deseo y excitación invadió todo su cuerpo cuando aquellos labios bronceados sobre los que comenzaban a perfilarse pequeñas sombras dibujaron una sonrisa perfecta y mostraron un reguero de dientes

blancos milimétricamente alineados.

Manteniendo la mirada fija en el triángulo de piel de su cuello, articuló con dificultad:

—Mira guapito de cara. —Jorge la miró de soslayo y transformó su expresión sombría en falso pavor—. Voy enfundada en un vestido que me pone las tetas casi en la barbilla, llevo dos kilos de maquillaje en la cara y unos tacones que solo de pensar la altura que tienen ya me da vértigo. Si a eso le sumamos que he bebido algo más de la cuenta, que tengo una ampolla en el dedo y que siento palpitaciones en las plantas de los pies porque soy rara hasta para eso me..., me...

Él se mordió el labio inferior y, mirándola con ojos ardientes y levemente nublados por el deseo, suspiró en un providencial golpe de efecto que no había pretendido otra cosa más que sacarla otra vez de sus casillas:

—¡Wow!

Escudriñando cada rincón de su cara como si estuviese haciéndole un escáner, espetó Helena:

—¿Qué..., qué narices estás haciendo?

—¿Tú qué crees? —inquirió él reajustando la posición de sus párpados.

—¡Eieiei! No me mires así, guapito —le exigió, envalentonada, a pesar de que su corazón latía ahogadamente—. Si crees que vas a hacer que caiga en tus garras simplemente por esa carita bonita que tienes, lo..., lo..., *hip...*, lo llevas claro, majete.

Estoico, Jorge Fernández se apoyó en la pared y dejó que todo el peso descansara sobre el lado derecho de su cuerpo. Luego, se acercó el vaso a los labios, bebió un trago de whisky y sin dejar de observar aquellos almendrados ojos claros que durante tantos días le habían atormentado en sueños, expresó mordaz:

—¿Majete? —La pregunta provocó que ella comenzara a temblar—. Soñar es lo que nos permite sentirnos satisfechos con nuestra vida y con las carencias que tenemos ya que visualizamos el deseo aunque no seamos capaces de cumplirlo después.

Helena se miró las manos con incredulidad, tensó la espalda y, enfadada, volvió a explotar:

—Mira guapito. ¿Tú qué cojones te has creído?

Guasón, parpadeó un par de veces, se encogió de hombros, apretó la mandíbula, levantó la ceja en señal de protesta y se aclaró la voz antes de decir:

—No puedo contestarte, muñeca. Tengo la lengua pastosa.

Un escalofrío recorrió la espalda de Helena que, ofendida, puso los ojos en blanco y preguntó con una pícara e infantil sonrisa en los labios:

—Oye. ¿Por qué no te gusta contestar a mis preguntas?

Jorge dio un par de sorbos al whisky y, con la mirada perdida en aquellos almendrados ojos claros que tanto le excitaban, contestó con altivez:

—¿Quién te dice a ti que a mí no me gusta hacerlo?

—Uuuuu —vociferó Helena de muy mal humor estampando el vaso vacío en la pared—. Hoy estoy que muerdo así que...

Asombrado, el actor dio un paso al frente e inquirió entre dientes:

—¿Qué haces?

Sus ojos verdes le gelificaron la mente, el cuerpo, incluso hasta el alma.

—Lo que me sale del...

—Shhh... —siseó él colocándole un dedo en los labios para callarla—. ¿Qué haces?

Helena consintió que él se recreara en el perfil de su boca mientras el aroma a *Le Male* de su perfume terminaba de embriagarla.

Excitada, extasiada, percibiendo un febril aleteo en torno a su centro del deseo, se apoyó en su pecho y, humedeciéndose los labios provocativamente cuando él retiró la yema de su dedo, le susurró al oído:

—Gilipollas, ¿por qué sigues preguntando si sabes que no quiero contestarte? —Jorge Fernández resopló y su dura mandíbula se marcó bajo la suave y delicada piel de su rostro. Unas pequeñas arrugas, casi imperceptibles, se dibujaron en torno a sus labios—. Por cierto, *hip...*, no deberías..., no deberías..., no deberías apretar tanto la mandíbula o te saldrán arruguitas. Justo aquí.

Jorge sostuvo la mirada ansiosa y ardiente de Helena durante unos segundos y contuvo la respiración cuando ella le rozó la cara, justo allí donde solían marcarse unos suaves hoyuelos.

Concentrada en el magnetismo de aquellos espectaculares ojos verdes que trataban de debilitar el poco autocontrol que le quedaba, musitó ella otra vez:

—Gilip..., gilipollas.

—No deberías beber tanto —sugirió él con una voz que sonó convincentemente firme, sobre todo, teniendo en cuenta la velocidad a la que le palpitaba el corazón.

—¿Y tú quién te crees que eres para decirme... —hipó Helena con los

ojos ligeramente nublados por el exceso de alcohol—, para decirme lo que tengo que hacer?

Asombrado, Jorge observó cómo ella le quitaba el whisky de las manos, lo apuraba hasta la última gota y dejaba caer el vaso al suelo. El cristal rebotó un par de veces, pero no se rompió y rodó por la pista hasta que se detuvo junto a la pata de una mesa.

—Un gilipollas que se preocupa por ti —articuló él con dificultad, percibiendo cómo un calor abrasador crecía entre sus piernas—. ¡Nada más!

—Mira, guapito de cara, destrozacoche, gilipoll...

Jorge Fernández frunció los labios y, espantando el flequillo de su frente, resopló:

—Suelen decir que el hábito nunca hace al monje.

—Habló el señor cura, ¡hip! —Consciente de lo mucho que se divertía llevándole al límite, añadió poco después—: Preocúpate de que tu seguro me arregle de una vez el maldito coche, guapito. Hoy en día, hip..., hoy en día hay metro, autobuses y otros medios de transporte como el taxi o la bicicleta pero como mi coche no hay nada. No voy a entrar en dis..., en disq..., en disqui... ¡Joder! No voy a entrar en disquisicio..., en disquisiciones de psicólogo, pero dicen que dentro de los coches nos sentimos pro..., pro..., protegidos. Yo..., yo..., yo necesito sentirme protegida dentro de mi cascarria y volverme agresiva con el resto de conductores. ¿Lo entiendes, gilipollas?

Jorge espantó las traviesas ondas de su flequillo de un manotazo antes de decir:

—Casi me convences de que soy una mala persona con tus argumentos.

Helena entornó los ojos y sostuvo la mirada ansiosa y ardiente de él durante unos segundos, hasta que aquellos ojos verdes le desnudaron el alma.

—Supongo que sí —bisbiseó ella en respuesta, sintiendo cómo la adrenalina se le disparaba a través del cuerpo.

Atraída por el magnetismo de aquellos espectaculares ojos verdes y su sempiterna sonrisa, se acercó íntimamente otra vez a él y le acarició el mentón.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —susurró ella sintiendo como un dolor intenso se apoderaba de sus labios, ávidos por un beso.

Envalentonada, se acercó provocativamente un poco más al actor que, indefenso, había cerrado los ojos hasta que sus párpados dibujaron dos delgadas líneas. Como si aquel fuera el último beso que iba a dar en su vida,

devoró con fruición los labios de piel bronceada en torno a los que, a esas horas, ya comenzaban a dibujarse unas ligeras, atractivas, sensuales y provocativas sombras que le dejaron la boca en carne viva.

Jorge agarró con fuerza las muñecas de ella y, frunciendo el ceño como si estuviera recordando algo incómodo, bisbiseó:

—Helena, el alcohol es la anestesia que nos permite soportar la operación de la vida, pero esto no se hace así.

El tono ahogado de él la encendió aún más. Excitada, percibiendo cómo la sangre le hervía tentadoramente en las venas, se sujetó a la pared, se quitó los zapatos y espetó entre dientes:

—Guapito, debe ser... —hipó—, debe ser que lo de ser gilipollas es como la varicela o el sarampión. Si no pasas la enfermedad del agilipollamiento cuando eres pequeño, de mayor es mucho peor.

—El alcohol, tú y yo formamos una ecuación sin solución.

Incendiaria, con la lengua cada vez más pastosa, un tembleque inusitado en las rodillas y una atávica necesidad de venganza, respondió Helena:

—Mira, guapito. Yo también tengo intolerancia a los gilipollas.

—Y yo a las arpías como tú —le cortó él, incapaz de darle una réplica de mejor gusto.

Ofendida, dio un paso al frente, se inclinó indolentemente y le rozó la cara con los labios. Luego, sin que él se diera cuenta, levantó la mano derecha y la descargó con fuerza contra su delicada, suave y aterciopelada mejilla.

—¡GI-LI-PO-LLAS! —gritó, alejándose a toda velocidad.

Helena contempló fijamente el alterado rostro del actor sobre el que se había marcado un coqueto tono rosado con un remordimiento de conciencia que desapareció cuando Maluma, el cantante y compositor colombiano de reguetón y género urbano latino, apareció en el escenario y comenzó a cantar su *hit Me gustas tanto*.

*Día y noche ando pensando en ti,
algo en la vida me señala que eres para mí.
Es imposible poder describir,
de igual manera estoy seguro que te pasa a ti.*

Carlos Medina, que hasta entonces había estado bailando en la pista con una rubia, preguntó con un gesto extremadamente serio cuando Jorge Fernández se acercó a él:

—¿Qué ha pasado?

Estudiando los movimientos de aquella mujer de almendrados y

excitantes ojos claros que caminaba a trompicones con los zapatos de tacón en la mano y que miraba de vez en cuando hacia atrás buscándolo entre la muchedumbre, contestó el actor:

—Creo que la Naturaleza se ha rebelado hoy contra mí.

*Y tú me gustas tanto,
de una manera poquito anormal.*

*Y aunque no me creas,
con hechos te voy a demostrar.*

*Tú me gustas tanto
y aunque no me creas
esta noche te voy a enamorar.*

—Seguro que Mike Tyson nunca ha recibido a lo largo de su carrera un rechazo tan doloroso como ese —comentó Carlos.

Jorge carraspeó para aclararse la garganta y, masajeándose el pómulo, admitió con una divertida sonrisa en los labios:

—Así es. Ha sido una divertida y *ex abrupta* manera de terminar algo que nunca tendría que haber empezado.

16

Asier envolvió a Clairett en un abrazo. Meloso, se mordió el labio inferior y le besó la punta de la nariz antes de decir:

—¿Estás segura de que esto tiene que terminar así?

Con desgana, señalando a su hermana que, semiinconsciente, aguardaba sentada en el suelo del portal con la cabeza entre las rodillas, comentó Clairett:

—¿Qué más puedo hacer? ¡Fíjate cómo está!

El bombero cerró los ojos, se encogió de hombros y, emitiendo un hondo suspiro, bisbiseó quejicoso:

—Siempre se ha dicho que cuando hay dos mujeres cerca de un hombre, es él el que pierde.

Clairett batió sus larguísimas y rizadas pestañas y le acarició el mentón con el perfil de una uña recreándose en las seductoras sombras oscuras de su labio inferior. Luego, se encogió de hombros, le pellizcó el trasero y dijo:

—Muchachote, la vida es así: caliente y enfría, aprieta y luego afloja, sosiega y después inquieta. —Colocándose un mechón rubio del flequillo detrás de la oreja, añadió con desgana—: ¡Qué le vamos a hacer!

—El problema es que cierta mujer se ha encargado de calentarme demasiado durante toda la noche y... ¡Uff! —Clairett percibió cómo el cálido aliento de Asier le acariciaba la piel—. Justo cuando intuía que llegaba el momento de apaciguar el fuego que me abrasa por dentro, va y me dice que me tengo que marchar.

—Muñeco, tendrás que darte una ducha de agua fría cuando llegues a casa —susurró Clairett colocando las manos sobre el duro y pétreo pectoral de Asier.

—O meterme en una piscina de cubitos de hielo como sigamos así —suspiró él cuando las manos de ella descendieron provocativamente para moldear la turgencia de su apretado trasero.

Mordiéndole con picardía el lóbulo de la oreja, justo a la altura de la pequeña perforación en la que brillaba un minúsculo —casi imperceptible— pendiente, susurró ella:

—Eso te lo dejo a tu elección, muchachote.

—Mmm —gimoteó besándole con sensualidad en la yugular—. ¿Qué te parece si tú y yo...?

—Asier, lo siento —le advirtió Clairett dándole un beso casto en los labios. Su hermana se había puesto a gatear por el frío y sucio terrazo del portal—. Tengo que ayudarla.

—*Arriba con el tiro liro liro, abajo con el tiro liro lerooo* —tarareó Helena con su media lengua—. ¡Clairett, sígueme! *Arriba con el tiro liro liro, abajo con el tiro liro lerooo...*

Incómodo por la situación, el bombero metió la llave en el contacto de su Citroën C4 Cactus.

—¿Me llamarás? —preguntó, frunciendo el cejo.

La menor de las Argüelles puso los ojos en blanco, acarició la carrocería de color blanco de aquel *crossover* futurista y respondió con picardía:

—Tal vez.

Tras un leve asentimiento, Asier apoyó el codo izquierdo en la puerta y revolucionó el motor con insistencia.

—Allá tú.

—*Arriba con el tiro liro liro, abajo con el tiro liro lerooo* —canturreó Helena que, letárgica, no era capaz de prestar atención a la discusión de los otros dos.

—En eso estoy totalmente de acuerdo —soltó Clairett con disgusto cuando él comenzó a maniobrar con una sola mano para enfilear el morro de su Citroën en el carril.

—Me voy.

—En estos momentos... —se atragantó ella al ver la urgencia con la que palpitaba la poderosa entrepierna de él bajo el pantalón que se ceñía a sus caderas y a sus muslos como una segunda piel—, en estos momentos es lo mejor que puedes hacer.

Cuando el vehículo de Asier se alejó, Clairett se acercó a su hermana. Su demonio interior se moría por estrangularla.

—Menuda cogorza que llevas encima, Helenita.

—*Arriba con el tiro liro liro, abajo con el tiro liro lerooo...*

—¡Vamos, levántate! Unooo, dooos y... ¡Tres!

Helena se apoyó en la pared y se cubrió los ojos con la palma de la mano que le quedaba libre.

—¡Madreeeee! —vociferó alarmada—. To..., to..., todo me da vueltas.

Clairett puso los ojos en blanco.

—Veo que ya te está haciendo efecto el influjo de Pepita.

Los labios de Helena dibujaron una ligera sonrisa. Se ajustó las gafas y resopló infructuosamente tratando de espantar el mechón de pelo que desde hacía más de una hora se había adherido a su máscara de pestañas.

—¡¡¡Pepi..., Pepi..., PEPITA!!!

—¡Sí, sí, tú riéte! Ya verás cómo se va a poner cuando se entere de esto.

Helena se detuvo en seco y, sujetándose a la reja del portal, comenzó a reír como nunca, a carcajada limpia.

—¿Qué haces?

—Madreeeee, qué mareo —respondió sin poder parar de reír—. Todo me da vueltas.

—Lo raro es que aún te mantengas en pie con lo que has bebido.

—Clairett... —suplicó Helena con la mirada fija en el interruptor de la luz—, haz que esto..., haz que..., haz que esto pare de dar vueltas y vueltas, y vueltas, y vueltas...

—Enseguida llegamos a casa.

—Y vueltas, y vueltas, y más vueltas —repitió haciendo chiribitas con los ojos.

—Por favor, aligérate —insistió Clairett bajándose de los tacones para caminar con mayor estabilidad. Entre dientes, protestó—: ¡Qué frío está el suelo, joder!

—¡Uisss, pero si eres más pequeña que una peseta de jamón!

Clairett se agachó para recoger los zapatos del suelo y espetó entre dientes:

—¿Por qué no cierras el pico? Vas a despertar a los vecinos.

Helena hizo un mohín con la cara y, reduciendo ligeramente el tono de voz, entonó otra vez:

—Clairett es más pequeña que una peseta de jamón. Clairett es más pequeña que una peseta de jamón. Clairett es más pequeña que una peseta de jamón...

—¡Basta!

Asustada, Helena abrió los ojos de par en par, se mordió el labio inferior, estudió la composición del maquillaje que aún dibujaba las perfectas facciones del rostro de su hermana y frunció los labios en una extraña mueca.

—¿Sabes una cosa, hermanita?

—¡¿Qué?!

Clairrett sorbió saliva tratando de controlar esa sensación extraña que le recorría la espalda cada vez que las bisagras de la puerta del ascensor chirriaban al abrirse.

—Esta noche he besado a un gilip..., a un gilipollas —susurró apretando los ojos—. ¿Sa..., sab..., sabes lo que significa eso? ¡Eh, te estoy..., *hip...*, te estoy hablando!

—¿Por qué no te muerdes un poquito la lengua? —espetó Clairrett evaluando la velocidad con la que cambiaban los números en el tablero.

—Vale —concedió Helena moviendo los dedos de los pies como si estuviera tocando las teclas de un piano.

—...

—¿Sabes?

—...

—Esta noche he besado a un gilipollas muy, muy, muy, muy, muy, muy, muy, muy, muy... —hipó—, ¡MUY GUAPOOO!

—Y también has fastidiado mi plan con Asier. ¡Mira tú qué bien!

Cuando el ascensor frenó en la cuarta planta, Helena dio un respingo y se agachó para recoger el bolso del suelo mientras Clairrett sujetaba la puerta.

—Estoy mareada. MUY mareada. ¡*Hip!*

—Eso te pasa por beber más de la cuenta.

—Solo... —hipó—, solo he bebido un poquito.

—¡Ja! —se carcajeó Clairrett—. Ya veo.

Encendió la luz de la escalera.

—Yo no —declaró Helena cerrando los ojos hasta que sus párpados dibujaron dos delgadas líneas—. ¡*Hip!*

—Tú no, ¿qué?

—Que yo no veo nada —lloriquéo—. Nada de nada.

Al ver cómo su hermana se tambaleaba descontrolada, resopló Clairrett:

—Apóyate en la pared, Helenita. Apóyate si no quieres estamparte en el suelo. Como te caigas, voy a tener que llamar a los bomberos y fíjate tú por dónde, Asier hoy no está de guardia.

Helena puso los ojos en blanco. Luego, cambió de postura, estiró las extremidades y con su media lengua, preguntó misteriosa otra vez:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —respondió Clairrett automáticamente, tratando de meter la llave en la cerradura.

—El..., el gilip..., el gilipollas tiene los ojos verdes más marav..., más

marav..., más maravillosos que he visto nunca.

—Y mi bombero tiene un culo espectacular y unos músculos de infarto y, sin embargo, una arpía se ha encargado de fastidiarme un plan que auguraba momentos dulces, exquisitos y... ¡Vaya, ya se me ha atascado la llave otra vez!

—Eso tiene solución, ricura —espetó Pepita Santamaría con un tono de voz cercano al enfado—. La de la ferretería está deseando vender cerraduras y el marido cobrar por cambiarlas. ¿Se puede saber qué horas son estas de llegar?

Impresionada, Clairett se llevó la mano izquierda al pecho y, percibiendo el latido errante de su corazón que se había saltado unos pulsos, resopló:

—Menudo susto me ha dado. —Al ver cómo Pepita cerraba la puerta de su apartamento y se acercaba a ellas, preguntó—: ¿Qué hace usted levantada a estas horas?

—¡PEPITA! —gritó Helena estirando los brazos en dirección a la anciana que, con la cabeza llena de rulos y el cuerpo envuelto en una bata floreada, acababa de colocarse a su izquierda—. ¡¿Cómo..., *hip*, cómo está?!

—¡Madreeeee, cómo vienes!

Clairett se agachó para recoger las llaves del suelo y, dirigiéndose a la octogenaria que, apoyada en su bastón aguardaba con desesperación una explicación convincente, comentó:

—Pepita, le aseguro que a mi hermana lo de esta noche le va a pasar factura.

La anciana trastabilló cuando la mayor de las Argüelles se abalanzó sobre ella y comenzó a besarle con energía las sonrosadas mejillas. Abrumada por aquel arranque de cariño tan inusual, vociferó:

—¡¡¡¿Se puede saber qué haces?!!! Por Dios, aléjate... Aléjate ahora mismo de mí porque... Madreeeee, apestas a...

—A alcohol —admitió Clairett entre risas.

Helena dio un paso al frente y señalando a su vecina con el índice, inquirió:

—¿Sabe una cosa, Pep..., Pep..., Pepita? —La octogenaria puso los ojos en blanco—. ¡*Hip*! Esta noche he bes..., he besad...

—Shhh... —siseó Clairett golpeándole con el codo en el costado. Luego, abrió los ojos de par en par y añadió con cierta complicidad—: Recuerda que el exceso de alcohol es perjudicial para tus secretos.

—¡Madreeeee, qué vergüenza! —exclamó Pepita Santamaría cuando Helena se quitó las medias y comenzó a estirarlas como si fueran dos

tirachinas—. Cuando mi Alfonsico decía que la primera cosa de la personalidad humana que se disuelve en el alcohol es la dignidad, yo no me lo creía, pero qué razón tenía.

—Helena se ha pasado un poco esta noche —declaró Clairett cogiendo a su hermana del brazo—. Y ha bebido más de la cuenta.

—Se ha tenido que beber hasta el agua de los floreros.

—No ha tenido lo que se dice una buena noche.

La anciana puso los ojos en blanco otra vez.

—Pepita, voy a darle un beso de... —hipó Helena, abrazándose otra vez a su cuello—, voy a darle un beso de buenas noches. ¡Muac!

—Madreeeee, quita, quita, quita —exclamó manoteando al aire para retirar el cuerpo inerme de la joven que, casi sin vida, caía como un saco de cincuenta y seis kilos de patatas sobre sus hombros.

Clairett, que seguía peleándose con la cerradura, inquirió al ver cómo Pepita se acercaba a ella:

—¿Está segura de lo que va a hacer?

—¿Eh?

—¿Por qué no regresa a la cama y se olvida de esto?

—¿Y dejar a esta criaturita así? —respondió chasqueando la lengua. Y al ver cómo Clairett se encogía de hombros sin saber qué decir, añadió—: ¡Ni hablar!

—Madreeeee, todo me da vueltas —lloriqueó Helena utilizando los mismos recursos lingüísticos que los de su vecina. Abriendo los brazos en cruz, gritó—: Clairett, mira, mira, mira... ¡Mira cómo se mueve el suelo!

—Aleluya —resopló Clairett cuando por fin consiguió abrir la puerta.

Pepita Santamaría dio un par de bastonazos en el suelo para llamar su atención.

—Ricura, por lo que más quieras, haz callar a esta insensata de una vez si no quieres que La Coles llame a la policía.

—¡Josefina, fíjese! —soltó Helena moviendo los brazos como si fueran las alas de un avión—. Parece..., *hip*, parece que vamos en un avión. ¡iiiiiiuuu, iiiiiuuuuuu!

—Sí. Ya siento cómo la brisa me golpea en la cara —se mofó la octogenaria que, a trancas y barrancas, arrastraba los pies mientras que Clairett, sudorosa y con la respiración entrecortada, trataba de llevar a su hermana hasta el sofá.

Helena yacía semiinconsciente con la cabeza a punto de separarse del cuello cuando Pepita Santamaría, que resoplaba intranquila, se atrevió a preguntar:

—¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Pepita, se mueve..., se mueve todo —protestó—. ¡TO-DO!

—No me extraña. Tienes una cogorza de tres pares de narices, ricura. Si tu padre levantara la cabeza, te aseguro que se moriría otra vez.

—¿Usted cree?

—Sí —musitó—. Pero de vergüenza. ¿Cómo se te ha ocurrido llegar a este punto?

Al oír aquello, Helena apoyó la cabeza en el regazo de su vecina y, con lágrimas en los ojos, repitió por enésima vez en cuestión de pocos minutos:

—Gilipollas, gilipollas, gilipollas...

—Helena, más te vale que cierres la boquita si no quieres que te la restriegue con el estropajo empapado en lejía —exigió Pepita, amenazante.

—No chille.

—Y tú —dijo dirigiéndose a Clairett que observaba desde la cocina la reacción de su hermana a través de la imagen deformada que le ofrecía el vaso de agua que se estaba bebiendo—, ¿se puede saber por qué no la has cuidado mejor?

—Gloop, gloop, gloop.

—Más te vale que sueltes esa lengua ahora que ya la tienes bien hidratada y empieces a explicarme qué ha sucedido esta noche o..., o... ¡Madreeeee! No me mires así, que te conozco. Dale cuerda a esa lengua que tienes y cuéntame todo con pelos y señales si no quieres que...

—Si no quiero que... —repitió Clairett con cara de circunstancias.

—Si no quieres que... —Las palabras se le estrangulaban a Pepita en la garganta. Exaltada, se pasó la mano por la cara, acarició la frente de Helena que lloriqueaba sin parar y dijo—: Duérmete, ricura. ¡DUÉRMETE!

Entornó los ojos. Un regusto amargo la obligó a incorporarse ligeramente cuando se le instaló en la boca del estómago. Era como el fuego. Quemaba. Raspaba. Dolía.

—Pepita...

—Dime, pequeña.

—¿Sabe usted si el amor duele?

Ante su titubeo y su evidente nerviosismo, Pepita suspiró forjando una mueca impaciente. Retirándole un par de lágrimas que acababan de escaparse

de sus lacrimales, musitó:

—La Madre Teresa de Calcuta dijo una vez que hay que amar hasta que te duela porque si te duele, es buena señal.

Aquellas palabras hicieron reflexionar a Helena que, con ganas de saber más, inquirió mientras reajustaba la posición de la cabeza y la apoyaba sobre un cojín:

—¿Usted cree entonces que el amor y el dolor van unidos?

Pepita Santamaría permaneció inmóvil durante unos segundos, como si una fuerza invisible le anclara los pies en el suelo.

—Sí —suspiró profundamente desinflando sus ya debilitados pulmones—. El amor es como una olla a presión en la que los garbanzos golpean las paredes del metal.

Helena sonrió al imaginar un garbanzo con la cara de Clairett, otro con la de Pepita, otro con la suya y otro con la de su gilipollas, ese cuyo sabor aún conservaban sus labios y por el que una extraña sensación similar al aleteo de un centenar de mariposas, o gorriones, o aguiluchos, o incluso de pterosaurios, se había instalado en su estómago.

—Aunque nos guíemos siempre por la misma receta —continuó diciendo la anciana—, hay veces en las que los garbanzos se quedan duros, entreveros, ni duros ni tiernos y rara vez tiernos y con la gabardina puesta.

—Lo que duele de verdad son las obsesiones enfermizas de querer sujetar y retener casi a la fuerza al ser amado —apuntó Clairett que, con la velocidad de una gacela, se había quitado el vestido y se había enfundado unos pantalones de pitillo de color gris y una sudadera demasiado ancha y con capucha—. Y nos obsesionamos con saquear sus pensamientos para saber lo que siente, lo que piensa, lo que hace y lo que busca con la única intención de apoderarnos de su vida. Pero, desafortunadamente, esa forma de amar es muy egoísta y termina haciéndonos pupa.

—Algunas veces dices cosas muy interesantes, hermanita—murmuró Helena en estado letárgico.

Clairett se peinó el flequillo con los dedos, se pellizcó ligeramente los pómulos y, tras untarse una ligera capa de maquillaje para disimular las oscuras ojeras, se colocó el abrigo, cambió sus indispensables a un bolso más grande y abrió la puerta. Antes de salir corriendo, miró a Pepita con una ceja ligeramente levantada y comentó con guasa:

—Helena, no me digas eso o al final me lo voy a creer y no me va a quedar más remedio que montar un consultorio sentimental.

Helena asintió con la cabeza y se dejó arrastrar por el recuerdo de aquel beso que había sido capaz de robarle a uno de los actores más guapos y atractivos de la gran pantalla. El mismo, precisamente, sobre el que Patricia Ramírez y Natalia Fernández estaban hablando entre susurros en torno a las cuatro y media de la tarde.

—Nona, ¿papá está muerto?

Patricia observó el estado lamentable del actor que, como un guarrillo en una charca, dormitaba boca abajo sobre la colcha.

—No, pero poco le falta.

—¿Por qué, Nona? —Natalia abrazó a Pikoko y se sentó en el filo del colchón. Con media voz, volvió a preguntar—: ¿Por qué dices eso?

—Olvidalo. Son cosas mías, galletita.

Patricia guardó cuidadosamente en su estuche los gemelos de oro blanco que el actor se había puesto la noche anterior, recogió los zapatos —uno estaba junto a la cómoda y el otro sobre el humero de la chimenea—, abrió el vestidor y...

—¡*Lamadrequemeparió*, lo mato! ¡LO-MA-TO! —vociferó al ver el desaguisado que había allí formado.

Asustada, Natalia alzó interrogante las cejas y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada —contestó entre dientes al observar el rodal blanco que había en una de las solapas de la chaqueta. Si algo odiaba ella eran las manchas en la ropa.

La vehemencia con la que hablaba, su firmeza y su intensidad no asustaron a la pequeña que, rápidamente, volvió a preguntar:

—¿De verdad?

Patricia Ramírez suspiró y, tratando de justificar su respuesta, alegó al instante:

—Natalia, los adultos a veces somos demasiado complicados. No te preocupes.

—Jooo, entonces yo no quiero ser adulta nunca —afirmó la pequeña abrazándose a su osito de peluche blanco.

Deshaciendo el nudo de la original pajarita de *jacquard* gris de *Dolce&Gabbana* con elegantes estampados florales que se encontraba en un estado lamentable sobre el sillón, concedió Patricia:

—Muy bien.

—Muy bien, ¿qué?

Forzando el nivel de su actuación, Patricia colocó las manos a la altura de las sienes, frunció el ceño y, revisando la posición de las manecillas de su reloj de pulsera, preguntó:

—Natalia, ¿a qué vienen hoy tantas preguntas?

Un ligero rubor disimuló el dorado de las pecas que cubrían las mejillas de la niña.

—No sé —concedió risueña acercándose sigilosamente a su papá.

Jorge estiró los brazos por encima de la almohada y bostezó abriendo la boca como un león.

—Mmm... —Besó cariñosamente los sonrosados mofletes de su hija y, atrapándola entre sus brazos, añadió—: ¿Qué haces?

La pequeña de seis años relajó la tensión de su rostro y se carcajeó con fuerza cuando él comenzó a hacerle cosquillas en la cintura.

—¡Uiss! —gritó arrugando la nariz con una improvisada mueca.

—¿Qué hora es?

—Las cinco de la tarde —declaró Natalia reduciendo al máximo el volumen de su voz.

Patricia Ramírez, que observaba la escena con ternura apoyada en el quicio de la puerta del vestidor, estalló al percatarse de que la pequeña caminaba descalza:

—¡Natalia, ¿dónde están tus zapatillas?!

Asustada, la niña envaró la espalda y miró a su padre que, al igual que Patricia, alzó una ceja pesadamente y repitió enfadado:

—¿Dónde están tus zapatillas?

Mordiéndose el labio superior con inocencia, respondió:

—Ehm..., no lo sé, papi. Creo que..., creo que Pikoko me las ha escondido.

Jorge se retiró las desordenadas ondas del flequillo que caían en cascada por su frente, señaló la puerta con el dedo y, cortando de raíz la traviesa y nada creíble disculpa de su hija, espetó entre dientes:

—¡Corre a tu habitación inmediatamente y ponte las zapatillas ahora mismo!

—Jooo —protestó.

—Uno —comenzó a contar con sopor, frunciendo el ceño con seriedad.

—Papi, porfaaa —reclamó Natalia dando vueltas a uno de los caracolillos rubios de su coleta izquierda.

—Dos.

Patricia esbozó una sonrisa complacida y lo observó con regocijo a pesar de su nefasta interpretación de padre enfadado.

—Natalia, vete a tu cuarto inmediatamente.

—Pero...

—No te lo vuelvo a repetir.

Natalia frunció el ceño, cogió a Pikoko de las orejas y se marchó corriendo, situación que aprovechó Patricia para decir:

—¿Puedo comentarle algo?

—Claro.

—Ese rol de pitufo gruñón no le pega nada.

—¿No me diga que se me ha puesto la cara azul? —contestó él a la defensiva—. En ese caso, tendré que preguntarle al médico si vivir con Gárgamel tiene efectos secundarios.

Patricia entrelazó los dedos inquieta.

—*¡Lamadrequemeparió*, espabílese!

Jorge Fernández se desabrochó el pantalón sastre que se había puesto la noche anterior y se quedó en calzoncillos. Como si sus pies estuvieran arrastrando una pesada bola de hierro, se metió en el cuarto de baño, se peinó el ondulado flequillo una, dos, tres, cuatro y hasta cinco veces frente al espejo y, entre suspiro y suspiro, mientras Patricia ahuecaba las almohadas, comentó:

—Estoy agotado.

—Ya decía su padre que hombre de noche...

Tragó saliva y concluyó con resignación:

—Mierda de día. Lo recuerdo perfectamente.

Una hora más tarde, tras una acalorada conversación en la que Patricia había expuesto los motivos por los que no le gustaba utilizar gamuzas de color azul para limpiar el polvo del salón, Jorge contestó en respuesta a un comentario que acababa de soltar ella:

—Patricia, hace mucho tiempo que dejé de ser un muchacho.

—*Lamadreque...* —comenzó a decir, aunque finalmente se mordió la lengua—. No se ponga a la defensiva conmigo, Jorge. Se lo digo muy en serio.

A él no le sorprendió su reacción, así que tras poner los ojos en blanco, alzar las cejas y morderse el labio inferior, siseó:

—¿Antes quizás no lo hacía?

—Jorge, ¿a qué viene eso ahora?

—Olvídelo. Lo siento.

—¿Qué siente? —preguntó ella.

—Creo que el alcohol me ha insensibilizado la mente —comentó humedeciéndose ligeramente los labios, justo allí donde la sangre aún palpitaba errante recordando el calor del beso de Helena Argüelles.

—Creo que sí —se atrevió a aventurar Patricia.

Jorge sintió cómo se le encendían las mejillas y dejó escapar el aliento para normalizar su respiración antes de decir:

—Hoy..., hoy no está siendo un buen día.

—Porque no quiere —concedió ella con el ceño fruncido dejándose caer a plomo sobre el sofá. El cuerpo de Jorge botó en el extremo contrario—. Hay una princesita de cabellos dorados como los de *Rapunzel* correteando aburrída en el piso de arriba que podría estar disfrutando de una velada en el cine o en el parque de atracciones con su padre, pero...

Jorge se reprendió en silencio. Sus manos aletearon inquietas sobre sus muslos cuando su falta de entusiasmo le obligó a decir:

—Estoy cansado.

—El otro día también. Y el otro, y el otro... ¡Es usted un viejales!

Jorge dejó escapar un suspiro, estiró los brazos y colocó los pies en la mesa.

—Esta conversación ya la hemos tenido muchas veces, Patricia —bisbiseó echando la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el cojín.

Dándole unos golpecitos en el muslo con la palma de la mano, respondió ella:

—Efectivamente. Usted y yo hemos tenido nuestras diferencias al respecto del tema, pero el problema es que todavía no se ha dado cuenta del mensaje. —Jorge esbozó una ligera sonrisa y la contempló con incisiva curiosidad—. Por cierto, baje los pies de la mesa ahora mismo.

Ruborizado, Jorge se colocó las pantuflas y salió del salón sin decir nada. Poco después, vestido con el pijama azul eléctrico que llevaba un Piolín amarillo fosforescente en el pecho, apareció con su hija en brazos y le preguntó a Patricia con el semblante algo más relajado:

—¿Le apetece ver *La Cenicienta*?

—¿Otra vez me van a martirizar con el *Salakadula chalchikomula bidibibadibu bu, siete palabras de magia que son: bidibibadibi bu*? —Él asintió—. Mmm, creo que no.

—Nona, quédate, porfaaa...

—No sé, no sé. —Patricia volteó los ojos y afirmó misteriosa, haciéndose de rogar un poco más—: Tengo muchas cosas que hacer, galletita.

—Porfaaa —estalló Jorge alargando el brazo para invitarla a quedarse —, quédeseee...

—No le estampo un tomate en la cara porque no tengo más para hacer la ensalada —espetó Patricia Ramírez entre dientes colocándole a Jorge la punta del cuchillo en el pecho—. Debería darle vergüenza.

—No sé de qué me habla —articuló él tapando momentáneamente el micrófono del teléfono.

—¿No?

Patricia alzó extrañada las dos cejas, abrió la nevera, cogió una botella de agua, la apoyó en la encimera y se concentró en la animada conversación que mantenía Jorge con su entrenador personal.

—¡Ajá! ¡Ajá! Mañana es lunes. ¡Sí, 23 de enero! —La miró de soslayo cuando le entregó el vaso de agua—. ¡Ajá! ¡Ajá! ¿A las siete y media te parece bien?

—...

—¡Perfecto, Manuel! Nos vemos mañana a las siete y media.

Jorge colgó el teléfono y se bebió el agua de un trago.

—¡*Lamadrequemeparió*, ¿cuándo demonios pensaba decírmelo?!

—¿Decirle qué, si se puede saber?

Patricia apuñaló el tomate que acababa de coger del cestillo de la verdura y soltó:

—Que tiene novia.

—¿Cómo dice? —tosió. Aquella afirmación había provocado que se le cerrara la garganta de golpe.

—Vamos, vamos, vamos —refunfuñó Patricia mientras se secaba el sudor de la frente—. No me diga que ahora se ha quedado sin voz porque no me lo creo.

—Yo estoy SOL-TE-RO —vocalizó él con una sonrisa tranquilizadora en los labios que no consiguió mitigar el enfado de ella—. Ya lo sabe.

Patricia lo miró de arriba abajo y, apuntándole otra vez con el cuchillo, respondió airada:

—Es usted un sinvergüenza. ¿Se entera?

Jorge se agachó a recoger un trozo de zanahoria que había en el suelo.

—Puede estar muy tranquila porque...

—¡Ja! —le cortó ella—. ¿Tranquila?

—Sí.

—Eso es lo que yo quisiera: estar tranquila y sin preocupaciones.

A lo que él, contestó entre susurros:

—Le repito que estoy soltero.

—Y fuera de cobertura. ¡YA-LO-SÉ! —resopló—. Seguro que ha dicho esa frase un millar de veces para convencerse a sí mismo, pero ¡yo no me lo creo!

Al captar el dramatismo que destilaba su voz, Jorge se acercó a ella y, rodeándola con los brazos como cuando era un crío y buscaba que le diera un par de caramelos de café, le besó en la mejilla y dijo a medio gas:

—Me desconcierta, Patricia. ¿Qué es, si se puede saber, lo que no se cree?

—¡Lamadrequemeparió, debería caérsele la cara de vergüenza! —espeté ella casi sin respirar—. Yo lo tenía por un hombre mucho más sensato, pero a la vista está que me equivocaba.

Aquella afirmación dejó atónito al actor que, sin saber qué decir ni cómo reaccionar, se limitó a abrir la boca de par en par y a peinarse como de costumbre el flequillo con los dedos.

—¿Se puede saber qué está diciendo?

Hablando directamente con el tomate que tenía en la mano comenzó a decir ella:

—Usted tendrá sus necesidades como todos los hombres, pero...

—Pero ¿qué?

Patricia escaneó las profundas arrugas que a él se le formaron en el entrecejo y, tras unos segundos de enfrentamiento visual, soltó:

—¡Que es usted un guarro! Ea, ya se lo he dicho. ¿Qué le parece?

—Que..., que..., que... —tartamudeó Jorge tratando de componer una respuesta clara, concisa y concreta.

—Que, que, que... —repitió ella—. ¿Qué le pasa? ¿Acaso se le ha comido la lengua el gato?

—¿Se puede saber por qué todo el mundo está conspirando para estar en mi contra?

Kobo, el perro labrador que habitualmente languidecía en el patio, recorrió con parsimonia los escasos tres metros que lo separaban de la mesa y se enroscó en torno a una pata mientras su dueño vaciaba los restos de comida reseca que había en el plato.

—Hay personas como usted que atribuyen los patinazos que se dan a las conspiraciones y maquinaciones de grandes malvados sin darse cuenta de que están subestimando la estupidez con la que se mueven por el mundo.

—Patricia, me está asustando.

—Me alegro —respondió entre dientes.

—¿Se alegra?

—Mire Jorge, se lo voy a decir muy claro una vez más porque parece que todavía no ha asimilado el mensaje que no me canso de repetirle todos los días:

debecuidarselasespaldasporquehayciertosenemigos suyosquesolodeseansaca

Impresionado por el magnífico control de la respiración y la capacidad de enlazar una palabra con otra, inquirió él:

—¿Me permite hacerle una pregunta?

—¡Dos! —Abrió los ojos de par en par—. Acaba de formular una pregunta, muchacho, así que si los cálculos no me fallan, la siguiente será la número dos.

Aquello hizo sonreír al actor que, inmediatamente, aclaró:

—Agradezco su voluntad de corregir mis errores, Patricia, pero necesito saber una cosa.

—Y yo que hable de una vez o calle para siempre. ¿Qué le parece?

Jorge entornó los ojos e inspiró profundamente. Cuando el aire alcanzó sus pulmones y comenzó a aplacar el exceso de adrenalina que intoxicaba su cuerpo, se peinó el flequillo con los dedos en un acto involuntario y dijo:

—¿Me puede decir qué tripa se le ha roto hoy?

—¿A mí? —resopló ella dejando el tomate recién pelado sobre un plato—. ¡NINGUNA!

—¿Está segura?

Abrió el grifo, enjuagó el cuchillo y se tomó su tiempo antes de exclamar encolerizada.

—Totalmente. Que yo sepa mis tripas están perfectas.

—Entonces no la entiendo —admitió él cerrando el saco de pienso con el que acababa de rellenar el plato de Kobo.

Harta de morderse por más tiempo la lengua y de que el veneno circulara por su cuerpo mermándole las pocas energías que le quedaban, susurró ella:

—Jorge, ¿cómo puede ser usted un hombre tan simple y tan cobarde?

—¿Cobarde? —repitió él.

Patricia movió la cabeza afirmativamente y comenzó a descamisar un par

de dientes de ajo a toda velocidad.

—¡*Lamadrequemeparió!* —dijo casi sin respirar—. Reconózcalo de una vez por todas.

—¿Qué?

—Que

lasmosquitasmuertascomoustedsonalfinallasquemástienenquecallar.

—Por si no se ha dado cuenta —comentó él con suspicacia—, la más pequeña mosca ha sido capaz de irritar al león más terrible sin ni tan siquiera saber cómo lo ha hecho.

—Mireee, mire. Que le conozco muy bien y...

—¿Sí?

—No olvide que hace años le cambiaba los pañales —resopló mientras enjuagaba otra vez el cuchillo para picar un diente de ajo en daditos pequeños, casi minúsculos—, así que no trate de disimular conmigo.

—Algunas veces me da la sensación de que no es así y que no me conoce tanto como dice.

—¡Cierto! —exclamó Patricia Ramírez disparando nuevamente los erráticos latidos de su corazón—. Hay veces que no lo conozco.

Con cara de no haber roto nunca un plato, Jorge se acercó a ella, colocó la mano sobre su hombro izquierdo y, girando ligeramente la cabeza hacia la derecha con la clara intención de que los rizos de su flequillo se alejaran momentáneamente de su frente, le preguntó guasón:

—¿De qué se me acusa, señor juez? ¿Tal vez de no levantar la tapa del váter?

Interpretando a la perfección su más que estudiado papel de mujer cascarrabias, ella retiró el hombro y, enfrentándose a los profundos y maravillosos ojos verdes que la escaneaban con ternura, añadió mordaz:

—Que le quede claro una cosa: *amínomevaleesacaritadenohaberrotonuncaunplato.* ¿Se entera?

—¿No? —respondió él con un divertido mohín.

—¡Pues va a ser que no!

Haciendo uso de su carita más infantil, Jorge se acercó a ella otra vez y murmuró risueño:

—¿Esta le gusta más?

Sin necesidad de ocultar su instinto sagaz y su gran capacidad de reacción, Patricia dio un paso al frente y le apuntó con el cuchillo por enésima vez antes de decir:

—Mireee... No me caliente porque hoy no está el horno para bollos.

Él sonrió y, sin darse por vencido, volvió al ataque:

—Hoy precisamente sería el mejor día para hacerlos.

El silencio que siguió a esa respuesta estuvo impregnado de sorpresa, desilusión e incertidumbre.

—¿Por qué?

Jorge se aclaró la garganta y, recordando una de las baladas de Isabel Pantoja que a ella tanto le gustaban, canturreó guasón a modo de respuesta:

—Porque el fuego está encendidooo...

—Y la leña arde, arde, arde, ¡ardeee!

—Arde, arde, arde, ¡ardeee! —repitió él levantando enérgicamente los brazos al recordar una de las últimas actuaciones de la tonadillera en la que, con un vaporoso vestido rojo sangre, daba vueltas en el escenario como una peonza haciendo bailar su ondulada melena.

Patricia se limpió las manos en un trapo y, entregándole un surtido de revistas del corazón que guardaba en el cajón que se encontraba más próximo al suelo, murmuró con el rostro inexpresivo:

—Precisamente la leña no es lo único que arde hoy, muchacho.

Jorge Fernández, cuyo rostro había perdido todo signo de serenidad, dio un enérgico manotazo a los rizos de su frente y, abriendo los ojos de par en par, tartamudeó:

—¿Se..., se..., se puede saber qué es esto?

—Una burra *pingaja* con ojos de corderito seduciendo a otro burro — bromeó ella con una peligrosa sonrisa en los labios.

—¿Eh?

Profiriéndole pequeños golpecitos a la altura del omóplato izquierdo, farfulló Patricia:

—¡¿Qué va a ser, Jorge?!

Después de extender todas las revistas sobre la mesa y analizar con detenimiento las imágenes y los titulares con los que, junto a un pequeño indicador de EXCLUSIVA sobreimpreso en letras blancas, se le relacionaba con una «misteriosa mujer» que él reconoció al instante, dijo:

—Vaya.

—Eso digo yo, muchacho. —Envaró la espalda y resopló profundamente para vaciar por completo el aire de los pulmones—. ¡Vaya, vaya, vaya!

Disgustado, percibiendo cómo su momento de desesperación no se esfumaba y un torrente de maldiciones se acumulaba en la punta de la lengua

con intención de salpicar a todo aquel que estuviera a su alrededor, soltó él con la mandíbula en tensión:

—Parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para ponerse en mi contra y darme hostias hasta en el carnet de identidad.

Natalia que, en ese mismo instante acababa de entrar en la cocina, hizo un mohín con la nariz y preguntó extrañada:

—Papá, ¿qué es una hostia?

—¡Asombroso! —exclamó Patricia Ramírez—. Mire lo que ha conseguido.

Jorge, que estaba concentrado en la instantánea que ofrecía la portada de la revista Lecturas donde se veía a la perfección cómo la lengua de Helena Argüelles profundizaba en su boca mientras él sujeta su estrecha cintura y se dejaba besar, no contestó de inmediato.

—Papi —reclamó la pequeña tratando de llamar su atención.

—¡¿Qué?!

—¿Qué es una hostia?

—Natalia, ponte las zapatillas inmediatamente —le exigió él por costumbre—. Y ¡cállate!

—¿Pero?

—Uno.

El teléfono comenzó a sonar.

—Nona, dile a papá que... —protestó Natalia abrazándose a su osito de peluche.

—¡Dos!

Con el subidón de adrenalina que le proporcionaba la tensión que se había creado entre ambos, Patricia se limpió las manos y, dirigiéndose al actor que con el rostro desencajado y los ojos nublados por la vergüenza no paraba de pasar los dedos por su largo, travieso y descontrolado flequillo, comentó guasona:

—Ahórrese el tres, Jorge. Su hija aún no se ha quitado los zapatos del colegio.

—Todavía no —admitió la pequeña.

—Galletita, no importa. ¡Vámonos! Tu padre está que muere y no tengo ganas de que me dé un bocado y me deje los dientes marcados.

El sol hacía horas que se había ocultado en el horizonte tras unos nubarrones

negros como el petróleo cuando a las ocho y media de la tarde, tras más de noventa minutos de conversación telefónica, Jorge se sentó en una de las butacas de mimbre del porche.

Una sensación extraña se había apoderado de su cuerpo. ¿Tristeza? ¿Angustia? ¿Desasosiego, quizás? No sabía, más bien, no podía determinar de qué se trataba. La cuestión era que su vida había vuelto a tomar un rumbo equivocado con la publicación de aquellas imágenes.

Estaba recreándose en su propio dilema cuando Patricia apareció de entre las sombras y le preguntó con su voz exigente:

—¿Problemas?

Jorge alzó una ceja y se peinó las encrespadas ondas que formaban una maraña descontrolada de pelo en torno a su frente. Luego, dio un par de sorbitos a una lata de *Sprite* antes de decir:

—¿Usted qué cree? —Semejante pregunta podría haber confundido a otra persona, pero no a Patricia Ramírez que sonrió ligeramente y se limitó a subir y a bajar rítmicamente los hombros—. Monto un circo y me crecen los enanos.

—No lo haga.

—¿Qué, si se puede saber?

—Montar el circo.

Jorge abrió los ojos de par en par.

—Ah, y... ¿por qué no?

—Pienso que no se le daría bien eso de domar a las fieras.

—¿Ganaría más si me colocara una nariz roja de plástico, unos pantalones anchos de cuadros escoceses con los tirantes caídos y me pintara la cara de blanco como un payaso? —Expectante, tras unos segundos de reflexión que ella aprovechó para observarlo con los ojos abiertos de par en par, se irguió en el asiento y refirió—: Patricia, tengo la impresión de que el mundo se desmorona a mis pies y no sé cómo evitarlo.

—El destino no nos pone tareas que no podamos superar.

—¿Usted cree?

—Solo hay que hacer lo correcto en cada momento y ¡nada más!

—Y ¿qué es lo correcto? —se interesó él volteando los ojos con pesadez mientras sus dedos apretaban la lata y la sangre se concentraba en su bíceps derecho que, rápidamente, aumentó de tamaño.

—Jorge, la vida no tiene un manual de instrucciones. Ni siquiera un pequeño prospecto como ocurre con los medicamentos. —Durante un tiempo prudencial, Patricia permaneció en silencio, analizando lo que iba a decir.

Finalmente, concedió categóricamente—: No podemos saber si las decisiones que tomamos a lo largo de nuestra vida son acertadas o no.

Él alzó las cejas y la miró de soslayo.

—La mayoría de las veces no lo son. Se lo aseguro.

—Suelen decir que los errores que cometemos también son vida y fuente de sabiduría así que conviene dejar de estigmatizar los fracasos como experiencias negativas —respondió ella con un tono de voz tranquilizador—. ¿Me sigue?

—Más o menos.

—Si echa la vista hacia atrás seguro que se da cuenta de que existen vivencias que no cambiaría con la perspectiva del tiempo aunque en su momento no fueran gratificantes.

—Eso es verdad —admitió él estirando los brazos por encima de la cabeza—. El problema es que la perspectiva del tiempo no me asegura que no vayan a surgir otros nuevos.

Patricia se dio cuenta inmediatamente que aquellos mensajes tan directos endulzados con cariño que ella había lanzado no habían surtido el efecto deseado. Así que, tratando de encontrar otra fisura en el casco de aquel barco solitario que navegaba a la deriva al compás de agrestes olas de sentimientos malditos y preocupaciones varias, anunció disimuladamente antes de que la conversación se apagara por completo:

—Muchacho, no sé si se lo he comentado pero me alegro de que por fin le haya dado una alegría al cuerpo.

Jorge dio un manotazo a su flequillo, aspiró hondo y se aclaró la garganta antes de decir con tono cortante y esquivo:

—No se equivoque. Yo no le he dado ninguna alegría al cuerpo.

Patricia notó la seguridad en su voz y, sonándose ruidosamente la nariz con el pañuelo de papel que llevaba en el bolsillo izquierdo de su delantal, se animó a decir:

—¿Acaso me va a decir que entre esa mujer que aparece en las revistas y usted no ha habido nada más que un besito?

Jorge recordaba a la perfección el momento en el que Helena Argüelles se había abalanzado sobre él y le había besado con la pasión del alcohol. Aquel contacto tan íntimo le había gustado y no había sido capaz de olvidarlo.

Se humedeció los labios que aún recordaban el roce de aquellos dientes perfectos y, con el dolor reflejado en la cara y una sensación agria y amarga instalada en la boca del estómago, respondió tajante:

—No ha habido ¡NADA!

Aquello hizo sonreír a Patricia que, tratando de reavivar la llama de la conversación, dejó caer:

—No me diga que...

—Yo no le he dicho nada —le cortó Jorge espantando de un manotazo el díscolo y ondulado flequillo que le cubría los ojos. Rápidamente, el cabello volvió a su posición original, tornasolando sus espectaculares ojos verdes—. N-A-D-A. ¡NA-DA!

Durante unos segundos, Patricia estudió la expresión de su rostro sobre el que se habían formado unas pequeñas arrugas repartidas estratégicamente en la frente, en las sienes y en torno a los ojos y se frotó las manos en un acto involuntario y característico de su personalidad.

—Ay, Jorge... —resopló, enervada por su actitud—. Le juro que no puedo con usted.

Con la mirada fija en el seto que el jardinero debía podar al día siguiente, afirmó él de inmediato:

—Le aseguro que las únicas mujeres que hay en mi vida son Natalia y usted.

La sinceridad con la que el actor había enunciado aquellas palabras hizo sonreír a Patricia. ¡Otra vez!

—Permítame que ponga eso que acaba usted de decir en cuarentena —musitó revolviéndole cariñosamente el larguísimo y ondulado flequillo.

La mesa estaba repleta de cachivaches y muñecas cuando Jorge entró a la cocina media hora después. Pikoko, el osito con el que Natalia jugaba todos los días y que se había convertido prácticamente en otro miembro más de la familia, estaba sobre uno de los taburetes. Una goma del pelo sujetaba sus largas orejas.

Como siempre, Kobo permanecía con la cabeza apoyada en las patas delanteras, los ojos entornados y la cola serpenteando por el suelo en torno a los pies de Patricia que, en su afán por dejarlo todo perfecto, trataba de disimular las arrugas que se habían formado en el mantel blanco con el que acababa de cubrir la mesa.

Natalia se mordió la lengua y, al percatarse de que su padre se había dado cuenta de que otra vez estaba descalza, meneó risueña las dos coletas de bucles dorados que decoraban su cabeza y exclamó:

—¡¡¡Papi!!!

—¡Natalia, ¿dónde están tus zapatillas?! ¡Uno!

—Jooo —protestó.

—¡Dos!

La pequeña de seis años frunció el ceño, se cruzó de brazos y pateó el frío mármol del suelo con los pies antes de protestar de nuevo:

—Jooo...

—¡Dos y medio!

Natalia cogió a Pikoko de las orejas y correteó torpemente hacia el salón cuando su padre señaló el tres con el índice, el corazón y el anular de su mano izquierda.

—Menudo sargento está usted hecho —comentó Patricia mientras aderezaba la ensalada con unas gotitas de vinagre de Módena.

—Tengo una buena maestra —sonrió él—. ¿Qué vamos a cenar hoy?

—Albóndigas con ensalada.

—¿En serio?

No recordaba haberla visto hacer las bolas de carne, ni freírlas ni dorarlas en el horno como solía hacer ella.

—*Nomemireconesacaradeestreñido!* Llevo todo el día liada con la limpieza y tengo las piernas que me van a reventar así que hoy tiramos de congelador.

—¿Se puede saber qué bicho le ha picado?

Había formulado la misma pregunta varias veces aquel día. Sin embargo, siempre obtenía la misma respuesta.

—No me provoque, Jorge. ¡NO-ME-PRO-VO-QUE! No eche más leña al fuego porque la llama ya está muy alta.

—A partir de este momento mis labios estarán sellados.

—Ese es el problema, muchacho. Que usted nunca dice nada. Tome. —Le entregó un bote de espárragos—. Por una vez en su vida, haga algo productivo y abra esta maldita tapa si no quiere quedarse sin cenar esta noche.

Jorge se mantuvo en silencio durante la cena. Harto de ser el saco al que vapulear a todas horas, no respondió a ningún ataque de Patricia ni a las burlas atrevidas de Natalia que, con los ojos cruzados, le sacaba la lengua mientras las albóndigas se enfriaban en el plato.

—Puedo ver cómo el humo le sale por las orejas de tanto darle al coco,

muchacho. —Jorge dejó de jugar con las migas de pan que había sobre el mantel y se encogió de hombros—. ¿Se puede saber qué le pasa?

El recuerdo de aquel beso que había recibido en *Le Boutique* le estaba atormentando.

—Nada.

—Sé que se muere por hablar. Así que espabílese porque no tengo toda la noche.

—Auuu... —resopló. Patricia acababa de darle un puntapié en la espinilla—. Me..., me..., me temo que no le gustaría saberlo.

—¡Sorpréndame!

—¿Qué le parecería si...?

—¿Si...?

—¿Le apetece que nos vayamos al cine esta noche?

—Definitivamente, usted no está bien de la chaveta. —Jorge puso los ojos en blanco. Mañana es día de escuela así que ya sabe cuál es la respuesta.

Cortó un par de porciones de tarta de arándanos.

—Pero...

—¿A qué viene ahora semejante tontería? No es no. Punto.

Jorge sopló tratando de retirar un mechón de pelo que le hacía cosquillas en el párpado izquierdo, cogió el tenedor de postre, pinchó un arándano suelto que había en la bandeja de la tarta y preguntó:

—¿Qué bicho le ha picado ahora?

—¡¡¿Otra vez con los dichosos bichos?! Ni que una tuviera pulgas como los perros —respondió Patricia a la defensiva—. Galletita, ¿te das cuenta? Algunos días tu padre no dice nada más que tonterías.

Natalia sonrió mostrando la perfección de esos dientes de leche que ya comenzaban a crear huecos en el interior de la boca y, guiñándole un ojo a su padre mientras relamía el sirope de su tarta, dijo con su media lengua:

—Papi, no te preocupes. El papá de Susi también dice muchas tonterías. Al menos eso es lo que cuenta Paloma.

—¿Antonio? —inquirió él con extrañeza.

—Antonio y Paloma —confirmó Patricia—. ¿No los recuerda?

—Ah. Sí, sí, sí. ¡Paloma! —exclamó Jorge.

De repente, a él le vino a la mente aquella canción que puso de moda Emilio Aragón en la década de los noventa y que tantos quebraderos de cabeza le dio cuando tuvo que interpretarla en una fiesta del colegio.

Con misticismo, escudándose en su hija como única interlocutora,

resopló Jorge poco después:

—Galletita, la vida es como una montaña rusa con cientos de *loops* por los que circulas con exceso de velocidad tratando de evitar que los pelos se te pongan tiesos.

Patricia se limpió la boca con la servilleta y con la seguridad de que aquel mensaje había sido un dardo envenenado para ella, comentó:

—La laca produce el mismo efecto que la montaña rusa de la que está usted hablando así que aplíquese el cuento y échese un poquito en ese flequillo o al final voy a tener que meterle un tijeretazo. Le aseguro que me voy a quedar en la gloria el día que lo vea sin esa mata de pelo en la cara.

Jorge la miró con ojos lobunos.

—Recuerda esto siempre, galletita. —Natalia observaba con el cejo fruncido los movimientos rítmicos de Patricia al colocar los platos sucios dentro del fregadero—. No es bueno jugar con fuego porque puedes convertirte en leña en menos de lo que canta un gallo.

—Quiquiriquí—cacareó Patricia lanzándole inmediatamente otro misil en respuesta—: Por muy gallo que sea el gallo, la gallina siempre será la de los huevos. No lo olvide nunca, muchacho.

Eran las diez menos cuarto de la noche cuando Patricia terminó de fregar el suelo de la cocina y se dejó caer en el sofá. Estaba agotada.

—¿Dónde vamos, papi? —vociferó Natalia con nerviosismo, saltando sobre las puntas de los pies como una bailarina de ballet.

—Galletita, es una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

Patricia recogió la bufanda de color rosa con pequeños toquecitos de malva que ella misma había tejido el invierno anterior y que misteriosamente estaba en el suelo junto a una mesita de caoba de estilo *chippendale* que había pertenecido a la abuela paterna del actor.

—Una sorpresa que se puede esfumar si no te das prisa y haces caso a tu padre —comentó entre dientes. Cada día le costaba más agacharse.

Natalia se acercó a su padre y comenzó a tirarle de la manga.

—Papi.

—¿Qué?

—¿Sabes que a Pikoko le encantan las sorpresas? —inquirió abriendo los ojos de par en par.

Jorge le besó en el cuello, justo detrás de la oreja.

—Y ¿a ti?

—¿A mí?

—¿A quién si no?

—Mmm... ¡pues claro! —Se encogió de hombros—. ¿A ti no te gustan las sorpresas?

Jorge le ayudó a bajar al suelo y le colocó el gorro y los guantes.

—A tu padre le encanta más sorprender que ser sorprendido —comentó Patricia retorciendo la bufanda como una bayeta vieja—. ¿Me equivoco?

Jorge sonrió mostrando la silueta perfectamente alineada de unos dientes blancos que de niño no había tenido más remedio que corregir con *brackets* y gomas de varios colores. Luego, admitió guasón:

—Solo un poco.

—Ya, eso es lo que quisiera usted. Que yo me equivocara, pero...

—Patricia, ¿por qué no se anima a venir con nosotros?

—*Nilocamemuevoyodeaquíaestashorasconeldolordepiernasquetengo* —resopló con dificultad—. ¡Ni hablar!

—Nonaaa, venteee... Porfaaa...

—Esooo, porfaaa —repitió el actor componiendo un gesto infantil con la cara. Y, al ver cómo una sonrisa sutil se dibujaba en sus labios, preguntó guasón—: Nonaaa, ¿por qué no se vieneee?

—Porque no —sentenció Patricia golpeándose la pierna con la palma de la mano para reafirmarse en su respuesta—. Se terminó.

—Porfaaa...

—Nona —aclamó Natalia—, porfaaa, acompáñanos...

Patricia se puso en pie a la velocidad de la luz y, acercándose a Jorge que, al igual que su hija, se había arrodillado en el suelo y mantenía las manos unidas en una pose muy cómica, espetó:

—*¡Lamadrequemeparió, debería darle vergüenza de que su hijo se comporte así!*

—A veces pretendo ser normal, pero me aburro y vuelvo a ser yo —respondió él dejando caer las manos como si fueran las de un perro. Luego, sacó la lengua y comenzó a jadear como si estuviera esperando su premio—: *Haaa, haaa, haaa. Haaa, haaa, haaa...*

Al instante, Natalia lo imitó y aderezó su interpretación con unos ladridos.

—*Haaa, haaa, haaa. Haaa, haaa, haaa. ¡Guau! Haaa, haaa haaa...*

¿Hasta dónde iba a llegar todo aquello?

Al ver cómo el actor cogía un vaso que había sobre la mesa y comenzaba a dar lametazos esparciendo el agua por el cristal, Patricia puso los ojos en blanco.

—Cuando crees conocer a una persona un poco —suspiró mordaz interpretando a la perfección su papel de mujer cascarrabias—, la vida te da una sorpresa enorme.

—Le recuerdo que todo aquel que intenta ser otro no puede evitar dejar un rastro de migajas para señalar el camino de vuelta —respondió Jorge iniciando una secuencia de pequeños saltos carentes de todo ritmo.

—¡Cierto! Y ¿sabe por qué?

Exaltado, se detuvo en seco y negó con la cabeza. Esta vez fue a Natalia a la que le picó la curiosidad y, sin dejar de ladrar, preguntó:

—¿Por qué, Nona, por qué? Guau. Guau. Guau.

Patricia frunció el ceño como la bruja malvada de Blancanieves y respondió categóricamente:

—Porque a mayor ansia por perdernos, mayor es la necesidad de que nos encuentren, galletita.

En respuesta, mientras terminaba de recomponerse frente al espejo, comentó Jorge:

—Patricia, ¿usted qué prefiere? ¿Perdese o esconderse?

Consciente de que aquello había sido un misil con el único objetivo de hacerla rabiar, espetó ella para descuadrarlo por completo:

—Salir antes de que sea demasiado tarde y se me hinchen más las piernas. ¿Qué le parece? —Jorge sonrió y Natalia comenzó a aplaudir—. Ahora bien, antes de cruzar esa puerta voy a dejar muy claro una cosa: mañana, cuando suene el despertador, no quiero oír ni una sola protesta. ¿Entendido?!

18

—¡Feliz martes, ricura!

—¿Feliz? —repitió Helena Argüelles sujetándose la cabeza con ambas manos cuando Pepita Santamaría levantó la vieja persiana de madera y el sonido estridente del carro le martilló en las sienes—. ¿He oído bien?

La octogenaria dio un par de pasos cortos hacia atrás y con su particular entusiasmo, más vivo que el de muchos adolescentes, respondió:

—Claro que sí, ricura. ¡CLARO QUE SÍ! ¿En qué mundo vives? — Señalando los días en el calendario que había sobre la cómoda, añadió sagaz y con una sonrisita burlona en los labios—: ¡Fíjate! Ya hemos pasado el lunes, estamos en vísperas de miércoles, el día anterior al jueves, por cierto, y que a su vez es la víspera del viernes. ¿Qué te parece?

Helena puso los ojos en blanco, cruzó los brazos en torno al pecho y dio un prolongado y sonoro suspiro para reestablecer el ritmo de sus debilitados y acartonados pulmones.

—Qué lío ha formado usted en un momento, Pepita —refunfuñó—. Y todo para decir que hoy es martes.

Clairett, que en ese momento se encontraba en el cuarto de baño colocando unas toallas limpias sobre el lavabo, vociferó:

—¡¡Helena!!

—¡¿Qué?!

—Ya está bien.

—¡Madreeeee! —gritó Pepita con el corazón encogido por el susto—. Pero ¿qué gritos son esos?

Helena, a la que le había faltado el cantar de un ciego para colgarse de la lámpara, buscó las palabras exactas para componer una respuesta sencilla que no le supusiera mucho esfuerzo. Sin embargo, justo cuando iba a soltarla, espetó Clairett:

—Oye. Mucho cuidado con lo que vas a decir, Helenita.

—No he abierto la boca.

—Aún —respondió Clairett—. Ah, y por cierto. Deja de atentar contra la tercera edad.

—¿Yooo?

—Sí, tú. Debería darte vergüenza. —Helena parpadeó incrédula—. ¿Cómo se te ocurre tratar así a Josefina?

—Pepita, ricura. ¡PE-PI-TA! —le corrigió soltando fuego por la mirada—. ¿Tan difícil es recordar cómo me llamo?

—Lo..., lo siento, Josef...

—¡Uiss, no miro a nadie, pero como me líe a bastonazos, me voy a quedar sola! —La sonrisa con la que respondió la joven le revolvió la sangre—. Sí, sí, ricura. Como lo oyes: ¡SO-LA!

Clairett se retiró el flequillo de la frente y le guiñó un ojo a Helena.

—Josefina, le pido perdón.

—¡Madreeeee, ¿cuántas veces te lo tengo que repetir?! Me llamo Pepita. ¿Te enteras? ¡PE-PI-TA!

—PE-PI-TA, PE-PI-TA, PE-PI-TA —repitió Clairett por lo bajini siguiendo una secuencia lógica de memorización silábica—. ¿Se da cuenta, Josefina? Ya lo tengo claro.

—¡Ja! Esa cabecita tuya solo sirve para llevar esos pelos de rata que te has puesto. Me llamo PE-PI-TA —recalcó—. A ver si te enteras de una puñetera vez, ricura, porque me tienes..., me tienes...

Clairett se mordió el labio, se golpeó la frente con el talón de su mano derecha y, teatralizando como en las mejores tragedias de *Shakespeare*, asintió antes de decir:

—Lo siento, PE-PI-TA. ¿No le pasa en ocasiones que no es capaz de recordar el nombre de una persona aunque sea de su propia familia?

—¡Jamás!

Helena sacó la cabeza de debajo de las mantas.

—Por si no lo sabes —murmuró con un hilo de voz tan suave como la respiración de un bebé—, Pepita lleva más de ochenta años con el mismo nombre y más de treinta siendo tu vecina.

—Ya tuvo que poner la puntilla la sabelotodo de la familia.

—...

Tras tomar una profunda bocanada de aire, Clairett dio un paso al frente y le dijo a su vecina con un tono de voz incisivo:

—Pepita, fijese. Tengo una amiga que se llama Josefa, otra José, a la mujer de mi compañero Carlos hay que decirle Chepina, Pini a la frutera, a la de la farmacia, Joefi, a la de la ferretería, Josefina, a usted..., a usted Pepita y... ¿Sabe una cosa?

—Prefiero pecar de ignorante, ricura.

—Pues se lo voy a decir igualmente porque me ha pillado usted con ganas de guerra esta mañana.

—Madreeeee —farfulló la anciana con su impredecible espontaneidad, retirando el edredón de la cama—. Helenita, te aconsejo que eches el cuerpo a tierra.

—¡¡Pepita, ¿qué hace?!!

—Si yo estuviera en tu lugar saldría de ese pulguero y trataría de encontrar alguna trinchera. Tu hermana se ha levantado guerrillera esta mañana.

Clairett se subió ligeramente el pantalón. Envalentonada, percibiendo cómo las palabras adquirirían vida propia y comenzaban a saltar en su lengua, prosiguió:

—Aunque le cueste reconocerlo, TODAS fueron bautizadas con el mismo nombre. Y seguro que más de una ha tenido que aguantar que le llamen Pepa. Sí, sí. ¡PE-PA! Así que déjese de tonterías porque... —suspiró—, hace mucho tiempo que nos conocemos y las dos sabemos de qué pie cojea cada una.

Pepita dio un paso al frente.

—Pues los años no han conseguido mejorar la mala baba que llevas dentro así que...

—Uuuuu, le aseguro que en otras circunstancias me hubiera tirado ya al barro —comentó Clairett moviendo pesadamente las piernas como los jugadores de sumo cuando se preparan para la contienda—. Para ganar, por supuesto.

—¿Y ensuciarte esos pelos de pollo que te has puesto? Madreeeee, permíteme que ponga tus palabras en cuarentena.

—Wow, eso ha sido... —balbució Helena—, eso ha sido...

—Espectacular —comentó Clairett asombrada y molesta a partes iguales. Pepita había ganado una batalla pero no la guerra.

—Helena —exclamó la octogenaria con un tono de voz severo.

—¿Qué? —respondió con desgana.

—Te lo pido por favor, de rodillas si hace falta... Levántate de una vez de la cama.

—Pepita, no empiece usted también. No estoy de humor.

—Ricura —insistió—, hace años sufrí las consecuencias de una guerra y te aseguro que eso es lo peor con lo que te puedes encontrar en esta vida así que ¿por qué no lo intentas?

Frustrada, Helena Argüelles volvió a sacar la cabeza de debajo de las mantas y observó a aquellas arpías que, a toda costa, trataban de apartarla de su zona de confort, aquella precisamente en la que llevaba días encerrada recordando el ardoroso beso que le había dado al actor Jorge Fernández.

—Pepita, ¿qué parte del no es la que no ha entendido?

—La «N» —respondió con un extraño frunce de labios.

Clairett enfrentó la mirada con la de su vecina durante unos segundos, los suficientes como para darse cuenta de que todo lo que representaba aquella locuaz, pertinaz y risueña mujer de más de ochenta años de edad se había convertido en un referente y en un modelo a seguir para ella. Así que, imitando a su maestra, se atrevió a decir:

—Mmm, en mi caso ha sido la «O».

Consternada, Helena levantó las manos y se tocó el cuello, la frente y el pelo. Clavando sus almendrados ojos claros en los de su hermana, se defendió atacándola con lo que sabía que a ella más le podía doler: su vestimenta.

—¿Se puede... —tosió—, se puede saber de qué vas vestida?

Con aquellos vaqueros desgastados de cintura baja que dejaban al descubierto más piel de la cuenta, aquella camisa de cuadros escoceses y aquella horquilla rosa chicle que resaltaba excesivamente sobre su pelo rubio, Clairett podía pasar perfectamente por un payaso de circo.

Dando una vuelta de ciento ochenta grados al tiempo que agitaba sus larguísimas y rizadas pestañas, susurró:

—¿Te gusta?

Helena volteó los ojos y, a pesar de que su boca estaba un poco pastosa y le costaba articular bien las palabras, atacó:

—Definitivamente has perdido un tornillo, una tuerca o la ferretería entera.

—Bueno, bueno, buenooo... —exclamó Clairett preparándose para lanzar un dardo envenenado en respuesta—. La mosquita muerta está despertando.

—Helena, prepárate —sugirió la octogenaria propinándole un manotazo en el hombro—. ¡Prepárate porque se acercan curvas! Mira que yo ya he pillado chispa antes así que...

Alzando las cejas con imprecisión, replicó Helena:

—Pepita, ¿no me diga que usted va a ser la encargada de bajar el pañuelo para dar la salida?

Sus ojos refulgieron indignados.

—Ricura, ¿por qué dices eso?

—No sé. —Helena se encogió de hombros—. Antes hablaba usted de la guerra. Ahora, si no me equivoco, de un rally. ¿Qué va a ser lo siguiente?

—Mmm...

—Le recuerdo que...

—Que hay personas que son veloces para juzgar a los demás pero lentas para corregirse a sí mismas —le interrumpió Clairett sintiendo que había llegado el momento de lanzarle a su hermana un nuevo misil. ¿Cuánto tiempo más iba a dedicarle a esa absurda forma de alimentar las penas?

Helena alzó una ceja y calibró su respuesta. Finalmente, tras un par de segundos de desconcierto, entornó sus almendrados ojos claros para formar dos delgadas líneas en mitad de su rostro y vociferó:

—¿A qué ha venido eso?

—¿Cuánto tiempo más va a durar esta pantomima?

—No sé de qué me estás hablando.

—Te recuerdo que llevas cuatro días en la cama martirizándote por un puñetero beso.

—Ja.

—Oye. ¿No te das cuenta de que deberías estar orgullosa por haber tenido ese momento de enajenación mental transitoria?

—Hay besos que te dejan paralizado el corazón momentáneamente — admitió Helena, percibiendo cómo el rubor se apoderaba de sus mejillas.

—Momentáneamente, tú lo has dicho, ¡no cuatro días!

Pepita movió los brazos como si estuviera espantando moscas.

—Madreeeee, aquí huele a...

Divertida por el comentario que sin lugar a dudas trataba de enfriar el ambiente, comentó Clairett:

—Le aseguro que a pólvora y a gasolina no huele.

—Pues yo no percibo nada —musitó Helena lanzándole una pesada mirada a su hermana—. Salvo ese perfume rancio con el que TÚ nos martirizas todas las mañanas.

Clairett puso los ojos en blanco, se mordió el labio inferior, luego el superior y, aguardando para que su mente fraguara las palabras exactas con las que dar por concluida la conversación, sugirió:

—No te pases, monina. ¡NO-TE-PASES! Recuerda que no está precisamente el horno para bollos.

—En realidad —tosió la anciana, pero esta vez no fue un mero artificio

distractor sino por la necesidad de aclararse la garganta—, aquí huele a humanidad.

—¡Abra un poco la ventana! —sugirió Clairett abanicándose enérgicamente con las dos manos al tiempo que cruzaba una pierna con otra—. No olvide que el aire puro revitaliza el cuerpo y la mente.

—Sí —sonrió—. Sobre todo la mente, ricura.

Helena, que permanecía en silencio dentro de la cama abstraída en su propio caos existencial: «parada sin trabajo y con un hombre a quien amar y odiar al mismo tiempo», se acurrucó de nuevo entre las mantas.

—Ten..., tengo..., tengo la carne de gallina —dijo castañeteando los dientes.

Gritando como si se hubiera tomado una caja entera de pimientos chiles y ansiara echarse unas gotas de agua en el gaznate para aplacar la quemazón, Clairett comenzó a cacarear y a mover las manos como la gallina que trata de alzar el vuelo infructuosamente.

—Pues que te queda clara una cosa, ricura. ¡No pienso cerrarla! Y menos ahora que tu hermana está tratando de alzar el vuelo. No, no, no. El cambio de aires te sentará bien, disipará los malos olores de esta habitación e impulsará tus alas y, tal vez, las de tu hermana.

Helena abrió los ojos de par en par, se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Tratando de jugar su última carta, musitó compungida:

—Pero...

—No hay peros que valgan.

—Hace frío.

—¡Qué frío ni ocho cuartos! —vociferó la octogenaria retirando las mantas de la cama—. ¡Espabilate! Eso es lo que tienes que hacer, *leñe*, que hace un día estupendo en la calle como para estar aquí relamiendo penas.

Clairett, a la que ya se le habían agotado todas las reservas de energía aquella mañana, retiró la montaña de toallas y calcetines sin doblar del sillón de su difunta tía Carmela —ese precisamente que Helena se había empeñado en colocar junto al radiador provocando que la tapicería adquiriera una tonalidad parduzca por el exceso de calor—, se sentó sobre su pierna derecha y comentó mientras se mordisqueaba la uña del pulgar:

—Hermanita, la vida es como un moco: intragable, dura y a veces no te deja respirar. Sin embargo, hay que afrontarla como viene y no meter la cabeza bajo tierra como los avestruces pensando que así se va a solucionar todo.

—Oye. No tengo ganas de discutir —suspiró—. Pepita, eso va también

por usted. Lo único que me apetece en este momento es estar tranquila porque me duelen hasta las pestañas.

—No me extraña, ricura, no me extraña —afirmó la octogenaria formando dos delgadas líneas con los párpados—. Nadie, a excepción del Mortadelas, ha tenido una melopea tan gorda como la tuya. ¡NA-DIE!

—¿El Mortadelas? —se interesó Clairett cambiando la posición de sus piernas—. Nunca nos ha hablado de él, Josefina.

Pepita Santamaría intercambió una mirada contundente con ella y, antes de que la mala leche activase a su lengua, preguntó extrañada:

—¿Nooo?

—¡Nunca! —cuchicheó con cara de pilluela.

—Pensándolo bien, tampoco hay tanto qué contar de un porquero.

—¿Un porquero?

—Ricura, ¿tú comes cerdo?

—Poco —concedió Clairett con cara de asco—. Mmm, más bien lo que yo hago es relacionarme con algunos cerdos.

—Eso es otra cosa, ricura —siseó la octogenaria sujetándola del brazo para que la acompañara. Helena se había vuelto a quedar dormida—. Vamos a dejar que tu hermana termine de evaporar el alcohol que aún le queda en las venas. Ya habrá tiempo para un segundo asalto.

—Estupendo, aprovecharé este tiempo para sacarle brillo a los guantes de boxeo.

—¿Mmm?

—Hasta la fecha, nunca había tenido tantos trabajos.

—Ah... —sonrió.

—En cuestión de media hora, hemos sido soldados y conductoras de rally. También hemos hecho nuestros pinitos como porqueras y ahora..., en fin, ahora voy a preparar los guantes porque en breve va a comenzar el segundo round. ¿Qué le parece?

Mirándola con una tierna sonrisa, respondió la anciana:

—Que estás loquita, ricura. ¡LOQUITA!

Una hora y cuarto después, el atronador sonido de la sirena de una ambulancia despertó a Helena. Con movimientos lentos, se sentó en la cama y se masajeó la frente.

—¿Sigue doliéndote? —Clairett se acercó a la ventana.

—Uff, siento..., siento que todo me da vueltas —tartamudeó. Un errático latir se había apoderado de sus sienes.

—¡Madreeeee, y eso que han pasado ya cuatro días! —exclamó Pepita Santamaría acercándole una taza de porcelana blanca que humeaba sobre el cristal de la mesita de noche—. Bébete esto, ricura.

Helena frunció el cejo, los labios e incluso la frente.

—¿Qué..., qué es esto? —preguntó con cara de asco.

—Ricura, te doy dos opciones —le indicó la octogenaria sin ganas de entrar en más dimes y diretes—. Una: beber. Dos: beber. ¿Con cuál de las dos te quedas?

—Pepita, mi hermana es capaz de elegir la opción tres —se mofó Clairett.

Insistente, mientras olisqueaba el líquido oscuro que humeaba en la taza y con la clara intención de dilatar el tiempo o, en su caso, distraer a su vecina, repitió Helena:

—Josefina, ¿qué es esto?

Clairett, que observaba la escena como si se tratara de la *première* de una película, susurró:

—Pepita, ¿se ha dado cuenta de lo que ha dicho?

La anciana, que conocía bien todas las artimañas habidas y por haber, miró a Clairett, levantó las cejas con suspicacia y, colocándole a Helena la taza a la altura de la boca, aclaró:

—Yo me llamo Pepita. ¡PE-PI-TA! Ni Josefina, ni Pepa, ni Chepini, ni Joefi, ni Pini ni José. Y por supuesto, tampoco Josefa. ¡Solo Pepita! Espero que os haya quedado claro porque ya me tenéis hartita esta mañana con vuestras tonterías, ¿eh?

—Josef..., Perdón, perdón, perdón: PE-PI-TA —se disculpó Clairett al recibir la intensa mirada de la octogenaria y un golpe enérgico del bastón en el pie. Guiñándole un ojo con picardía mientras se recolocaba la horquilla, añadió guasona—: Ha sido oírla y me ha recordado al señor Corleone.

La octogenaria entornó los ojos, desplazó ligeramente su mandíbula inferior hacia delante y, recorriendo las arrugas de su cuello con el pulgar, carraspeó:

—La mafia es la mafia así que más vale que os portéis bien porque con una simple llamada de teléfono puedo hacer que os vuelen la cabeza.

Cuando le apuntó con los dedos y gritó «BOOM», Clairett vociferó:

—Ayayayayyyyyy, Pepita, que me meooo... —Comenzó a golpear el

brazo del sillón, sin parar de reír—. ¡Por lo que más quiera, no me haga reír más si no quiere salir nadando de aquí!

—Lo único que quiero es que esta que está aquí —comentó entre dientes señalando a Helena con el pulgar—, se beba esto de una vez.

—Yo que tú le haría caso, hermanita.

—Te aseguro que cuando se enfríe te va a saber a cuerpo quemado —susurró la octogenaria recuperando su tono de voz habitual.

Helena frunció el cejo y retiró la cara al percibir el mal olor que desprendía el líquido oscuro, casi negro, con el que su vecina pretendía revitalizar su cuerpo y su mente.

—Josefina, por favor. Le aseguro que me lo voy a beber, pero más tarde.

—Bebe —insistió con determinación, cogiéndole de la oreja para redirigir su cabeza hasta el punto donde su mano izquierda sostenía en el aire la taza—. Bebe, Helenita. ¡Bebe que la vida es breve y necesitas que se te despeje la mente para que no vuelvas a cometer la torpeza de dirigirte a mí por otro nombre!

Al ver la cara de mala leche de su vecina, Helena compuso una mueca extraña y apoyó los labios en el borde de la porcelana.

—¡Arggg! —carraspeó cuando el amargo sabor de aquel preparado le rascó en la garganta—. ¿Qué es este mejunje?

—Bebe y calla.

—De un trago, hermanita —insistió Clairett—. ¡Bébetelo de un trago!

Asqueada, Helena dio un par de sorbitos a la taza mientras su vecina le decía:

—Como se te ocurra volver a tomar algo que no sea agua, café, leche o zumo, te corto las manos, las empaqueto en papel de estraza y se las envío al hijo del Mortadelas para que se las eche a los guarros. —Helena comenzó a toser—. Te aseguro que los más de trece mil cerdos que tiene el hijo del Mortadelas van a hacer una fiesta cuando empiecen a chupar estos deditos tan tiernos como no te bebas esto de un tirón. Recuerdo que una vez, su padre echó unas patas de pollo a los guarros y...

—Por favor —suplicó Helena sujetando la taza con ambas manos—. No estoy de humor para escuchar otra de sus historias. Ahora no.

—Está bien. Ya me callo, ricura, ya me callo. Pero recuerda: solo agua, café, leche, zumo y... —Pensativa, se llevó la mano a la boca y dijo—: Sé que se me olvida algo, pero da igual.

Clairett colocó las piernas sobre el apoyabrazos del sillón y, mirando

significativamente a su hermana, dijo:

—¿Infusión?

—¡Sí, eso es, ricura! Y nada de alcohol, por supuesto.

—¡Nada! —apostilló Clairett balanceando las piernas—. ¿Lo has entendido, hermanita?

—¡Perfectamente! N_A-D_A —silabeó con voz trémula de furia contenida, deletreando segundos después—: N-A-D-A.

Al mediodía, mientras Helena revisaba las ofertas de trabajo en una página *web* en la que se había inscrito un mes antes y de la que todavía no había recibido el *e-mail* de activación de la cuenta, Pepita se acercó a ella por detrás y, ofreciéndole una bandeja con un melocotón hecho trocitos, un yogur natural azucarado y unos piñones, comentó con tranquilidad:

—Tienes que trabajar, ricura.

Helena se encogió de hombros y observó a su vecina con detenimiento. Aunque su rostro estaba envejecido y ajado y unas poderosas arrugas se marcaban en su frente, aquella cristalina y azulada mirada tenía toda la fuerza y la determinación de una joven de quince años.

—Eso intento —dijo señalando el ordenador que tenía sobre las piernas, con la base apoyada en un cojín—. ¿No me ve?

—Helena, llevas más de..., a ver..., mmm..., déjame que lo compruebe... —musitó revisando las manecillas del reloj—. ¡Lo que imaginaba! Llevas más diez minutos embobada mirando la pantalla de ese cacharro y sin darle a las teclas ni a esa rata que tienes entre los dedos. ¿Se puede saber qué te pasa?

La joven se encogió de hombros y dio la callada por respuesta.

Ansiosa, exclamó poco después:

—¡Ay, madre! ¡Ay, madreeeee...!

Helena dio un bote en el sofá y se puso en pie a la velocidad de la luz.

—Pepita, me está asustando. ¿Qué le ocurre? —Preocupada, colocó la oreja sobre el pecho de la anciana para escuchar los latidos de su viejo corazón—. ¿Dónde le duele?

—No me digas que... ¡Ay, Helenita! Ya sé..., ya sé lo que te pasa —vociferó mientras deshacía el nudo de la redecilla que llevaba en la cabeza para evaluar que todas las horquillas que sujetaban los rulos estuvieran en su posición correcta—. Madreeeee, ¿no estarás dándole vueltas otra vez al beso

con..., al beso con...?

Clairrett, que desde la cocina había escuchado con atención toda la conversación, soltó:

—¿Otra vez hemos vuelto al beso con el gilipollas?

Al escuchar aquello, la octogenaria dejó caer las manos sobre las rodillas y meció la cabeza de un lado para otro con desesperación. Iba a decir algo cuando Helena tomó la palabra y admitió:

—Chicas, lo reconozco, lo admito, lo..., lo confirmo, lo..., mmm... Que sí. Que... que no dejo de pensar en lo que hice la otra noche.

Aquellos labios perfectos habían conseguido despertar en ella sentimientos que creía inexistentes. Los suyos... ¡En fin! Los suyos aún conservaban el calor, su exquisito y dulce sabor, las marcas del perfil de aquellos dientes perfectos e inmaculados, la textura de su lengua y...

Suspiró.

—Ni tú ni nadie —admitió Clairrett mientras recogía la ropa del tendedero. Acababa de comenzar a lloviznar—. Has liado una buena, hermanita.

—¡Una bien gorda, ricura! Anselmo está que trina. Y La Coles... ¡Uff, esa ni te cuento! Aunque si te digo la verdad, no me extraña. Ya sabes lo que dicen... Quien guisa triste, come amargo.

—De ahí su cara de rancia —comentó Helena distraída, cerrando la sesión en el ordenador portátil.

Tratando de localizar la pareja de un calcetín entre la ropa que acababa de recoger del tendedero, comentó Clairrett:

—Cualquiera en su sano juicio lo estaría.

—¿Tú crees?

Movió la cabeza afirmativamente.

—Empiezo a comprender lo que sienten los famosos cuando salen a la calle y una horda de *paparazzi* y reporteros de prensa se abalanzan sobre ellos con los micrófonos en ristre. ¡Es desesperante!

Avergonzada, Helena se tapó la cara con las manos. A través de los dedos, observó primero a Pepita y después a su hermana.

—No será para tanto —susurró.

Tibia, Clairrett le apuntó con el dedo.

—Mira, monina —resopló entre dientes—. Estoy hasta el mismísimo de que me pregunten quién es la mujer que ha encandilado al actor más buscado de todo el panorama nacional. ¿Sabes el esfuerzo que me supone no poder

gritar a los cuatro vientos que eres TÚ?

Pepita Santamaría frunció los labios, abrió los ojos de par en par y le golpeó en el pie con el bastón.

—Shhh...

A lo que Clairett, exasperada y percibiendo cómo el rubor se apoderaba de sus mejillas, añadió:

—¿Qué?

—No hace falta ser tan..., tan...

—¿Tan?

Helena se quitó las gafas y comenzó a limpiar los cristales con el faldón de la camisa.

—Tan explícita. —Clairett hizo una breve pausa y añadió—: Madreeeee, lo que estará disfrutando La Sagasta con todo esto.

—¿La Sagasta? —se interesó Helena.

—Sí, la del primero C derecha —apuntó Clairett mientras doblaba unos calcetines—. Ayer se pasó todo el día cotorreando con los periodistas por el balcón. Me juego el pescuezo que en unos días la vemos en algún programa de televisión.

Con el rictus descompuesto, Pepita exclamó escandalizada:

—Madreeeee, con lo lagarta que es, no me extrañaría lo más mínimo.

—Yo diría que es una lagartona —sentenció Clairett—. No, quizás una víbora.

—Mi marido, que en paz descanse, no la podía ver ni en pintura. Y ya sabes que mi Alfonsico tenía un don especial para calar a la gente.

—Cierto.

—Todavía recuerdo lo que me decía cada vez que nos la cruzábamos por la escalera. —Entonando una voz algo más bronca, pronunció melancólica—: «Pepita, ten cuidado con La Sagasta. Es una pécora de mucho *cuidao*». Uff, es como si lo estuviera oyendo en este instante.

Clairett se acercó a ella por detrás y, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano, dijo:

—Su marido era uno de esos hombres inteligentes de los que ya quedan muy pocos.

—Sí. Era muy listo. —Melancólica y con lágrimas en los ojos, añadió poco después—: La verdad es que era muy *salao* el *jodio*. Más que las pesetas.

—A estas alturas debería decir más bien que su marido era más *salao*

que los euros.

Pepita Santamaría comenzó a hacer aspavientos con los dedos como si fueran una decena de granadas a punto de estallar y, sin tomar apenas aire, vociferó con gracia:

—De eso ni hablar, ricura. Mi Alfonsico no era de euros. No, no, no. Él decía que la peseta era una manera de pensar, de sentir, de amar...

—Y de odiar porque desde que entró el euro nos ha cambiado la vida — afirmó Clairett.

—¡Calla, calla, calla! No seas tú como Basilio que...

—¿Basilio? —Helena sonrió tímidamente y se cruzó los brazos—. ¿Se refiere usted al del taller de la esquina?

Clairett se recolocó algunos mechones.

—¡Uff! —resopló—. Ese también es uno de los que está que trina con todo esto, hermanita.

—No me quiero ni imaginar lo que estará soltando por esa boquita — suspiró la octogenaria con preocupación, abanicándose con los dedos—. ¡Madreeeee, con el jaleo de coches que tiene siempre en la puerta del taller! Me temo que...

—No tema nada, Pepita. ¡NO-TEMA-NADA! —exigió Clairett—. Lo que usted está pensando ya ocurrió ayer de mañana.

—¿Ayer? —Clairett movió la cabeza afirmativamente—. ¿No me digas que...?

—Si lo que quiere saber es si hubo más que palabras la respuesta es...

—¿Es?

—Que se lio parda.

Helena comenzó a hiperventilar.

—No te creo.

—Pues créaselo porque... no le estoy mintiendo —murmuró Clairett con honda pesadumbre.

—¡Basta! —rugió Helena—. ¡Basta, por favor! Ya no puedo más.

Recordando que aquella frase era el título de una de las canciones que más le habían gustado a su padre, Clairett comenzó a canturrear:

—*¡Ya no puedo MÁS! ¡Ya no puedo MÁS! Siempre se repite la misma historia. ¡Ya no puedo MÁS! ¡Ya no puedo MÁS!*

Helena se levantó enérgicamente del sofá provocando que al ratón inalámbrico de su portátil se le salieran las pilas al caer al suelo.

—¡Basta! —sentenció rotunda con el corazón encogido por la furia.

Clairrett se detuvo en seco.

—A dramática no te gana nadie, Helenita —expresó sin pestañear y con su característico humor rancio mientras colocaba los brazos en jarra.

—Ricura, ¿esa canción es de Camilo Sesto? —preguntó Pepita con la clara intención de suavizar la tensión que se había vuelto a crear entre ambas.

Clairrett asintió y, tras lanzarle unos calcetines a su hermana que le golpearon en la cara, canturreó otra vez:

—*Ya no puedo MÁS, ya no puedo MÁS, estoy harta de rodar como una noooriaaaa.*

Helena hizo una bola con los calcetines y los arrojó al aire con el único propósito de devolverle el golpe a Clairrett. Sin embargo, éstos impactaron contra la pared y cayeron al suelo.

—¡Qué *sex appeal* tenía el *jodío!* —exclamó Pepita Santamaría—. *Ya no puedo MÁS, ya no puedo MÁS, siempre se repite la misma historiaaaa.*

Guasona, recogiendo los calcetines del suelo, comentó Clairrett:

—Yo también tengo *sex appeal*, Pepita.

—¿Tú?

—Sí.

—Tú lo que tienes es muy poca vergüenza, ricura, y unos pelos de pollo que... ¡vamos, vamos, vamos!

Helena se reajustó las gafas sobre el puente de la nariz y se puso de pie.

—Madreeeee, ¿se puede saber dónde vas con tantas prisas?

Emitiendo un profundo y prolongado suspiro, respondió con la mandíbula en tensión:

—¡A la calle!

—¿A la calle?

—Así es, Pepita. A la calle. Voy a comprarme unos zapatos.

—¿Unos zapatos? —repitió la anciana con curiosidad—. ¿Con la que está cayendo?

—Que haga lo que le dé la gana —sugirió Clairrett con una sonrisa de medio lado—. Ya sabe que a mi hermana le gusta comprar zapatos cuando está enfadada, triste o deprimida aunque luego no se los ponga.

A pesar de la advertencia de Clairrett, Pepita Santamaría persiguió a Helena por el salón con las alpargatas en chancla.

—Ricura, ¿estás..., estás segura de lo que vas a hacer? ¿Quieres que te acompañe?

—No. Tengo que enfrentarme yo sola a...

Clairett, que acababa de apoyarse en el quicio de la puerta de la habitación, comentó con la boca llena:

—Lo que tienes que hacer es ir siempre con la cabeza bien alta. — Helena abrió un cajón de la cómoda, se giró y la observó ceñuda—. No tienes por qué avergonzarte de nada. Besaste a tu gilipollas y...

—¡Y ya está! —exclamó la octogenaria golpeándose en el muslo con la palma—. Uisss, menudo golpetazo me acabo de dar.

Clairett se acercó a su hermana y, acariciándole el hombro para que se tranquilizara, admitió con voz dulce:

—Es cierto que no mediste bien las consecuencias, pero a lo hecho pecho.

—Esto se va a terminar enseguida, Clairett —suspiró profundamente—. ¡Enseguida!

Inquieta, mientras se masajeaba la rodilla que había adquirido una tonalidad rosada tras el golpe, preguntó Pepita:

—Ricura, ¿qué vas a hacer?

—No se inquiete.

—Madreeeeee, esa respuesta me preocupa más de lo que tú te piensas.

—Pues no tiene motivos.

—¡¿Tú crees?! —inquirió con los nervios a flor de piel—. Te lo ruego, Helenita, no cometas ninguna locura de la que más tarde te puedas arrepentir.

Clairett alzó las cejas y, tratando de quitarle hierro al asunto, admitió con guasa:

—Recuerda que la loquita de la familia soy yo.

—Lo siento, pero... —respondió Helena—, hoy te voy a robar el título.

Media hora después, cuando Helena entró en la cocina vestida con un jersey negro de cuello vuelto, unos pantalones oscuros de una tonalidad imprecisa y unas botas altas de cuña también negras, Pepita vociferó escandalosamente y con la mano en el pecho:

—¡Madreeeeee, acabo de ver una cucaracha de dos patas!

—¿Ya ha aparecido la viuda negra? —comentó Clairett con sarcasmo.

Helena cerró los ojos, se mordió la lengua y cuando el dolor fue insoportable, gritó enfadada:

—Clairett, estoy harta. ¿Me oyes? ¡¡¡HARTA!!!

—¡¿Qué?! —respondió colocando la palma de la mano detrás de su oreja

izquierda—. ¿Usted oye algo, Pepita?

Como si la cosa no fuera con ella, Pepita levantó las manos, se metió en la boca un trozo de zanahoria y se puso a doblar las sábanas.

Tras comprobar que llevaba la cartera, las llaves y el móvil, Helena recorrió el salón, abrió la puerta y se marchó bufando como un toro empecatado.

Junto al portal, La Sagasta contestaba animosa las preguntas de un reportero mientras La Coles, con su minifalda ochentera, componía poses sugerentes frente a una cámara y hacía todo lo posible por sacar pecho y marcar canalillo.

—¡Ya sale! ¡Ya sale! —vociferó un *paparazzi* disparando fotos sin parar a través del cristal cuando Helena se acercó a la puerta y sujetó el pomo.

Se sentía como una modelo de la *Sálvame Fashion Week*.

—¡Aquí! ¡Mire aquí, por favor! ¡Eso es! ¡Aquí!

—¡¡¡HELENA!!! —gritó Clairett a través del hueco de la escalera—. ¡¡¡HELENA!!!

—¿¿QUÉ?! —respondió asustada percibiendo cómo el corazón se saltaba unos pulsos y acto seguido comenzaba a latirle a mil, a dos mil, a cinco mil kilómetros por segundo—. ¿¿QUÉ?! ¿¿QUÉ?! ¿¿QUÉ?!

—¿Qué... —resopló Clairett respirando con dificultad después de bajar cuatro plantas a pie—, qué vas a hacer?

Un *paparazzi* con la misma cara que la de Ron Weasley, el torpe amigo de Harry Potter y Hermione Granger se apoyó en el cristal. Cuando encendió el foco de su cámara, Helena percibió un inusitado tembleque en las piernas, como si acabara de lanzarle algún conjuro para convertirlas en pura gelatina.

—¿Tú qué crees?

—Dímelo tú.

—He de solucionar esto cuanto antes —contestó con un tono de voz debilitado, casi sin fuerzas.

Al darse cuenta de lo que llevaba en la mano, Clairett dejó caer la funda de la almohada al suelo y dio unos pasos al frente.

—¿Esa es...? —preguntó apuntando con el pulgar hacia el exterior.

Helena entornó los ojos y se ajustó las gafas en el puente de la nariz.

—La del primero C derecha.

Clairett se colocó el flequillo detrás de la oreja.

—Está en su salsa —sonrió.

—Lástima que se le vaya a terminar la fama tan pronto —repuso Helena

con cara de circunstancias.

Alzando pensativamente una ceja, repitió Clairett:

—Oye. Dime una cosa. ¿Qué vas a hacer?

—Coger el toro por los cuernos —afirmó abriendo la puerta de par en par.

Unos fogonazos la cegaron momentáneamente.

—¿Besó usted a Jorge Fernández el viernes? —le preguntó un reportero.

Convulsa, Helena cogió un pañuelo de su bolsillo y se acercó al micrófono.

—Sí, lo besé —confesó dibujando una sonrisa oblicua—. Le puedo asegurar que aquello fue peor que besar a un sapo verde de ojos saltones.

Después de hacer aquella afirmación tan tajante, buscó llorosa la mirada de Clairett y se escapó corriendo calle arriba.

19

Natalia tenía extendido sobre la mesa todas y cada una de las piezas que constituían su kit de peluquería. Las gomas de colores formaban un montoncito en mitad de la mesa.

—Ay —gritó con el corazón en un puño cuando su padre le abrazó por detrás. Los vellos se le pusieron de punta—. Me has..., nos has... ¡Uff, nos has asustado!

Jorge esbozó una sonrisa traviesa y se agachó para recoger a Pikoko del suelo.

—Galletita, ¿has hecho ya los deberes?

Natalia se rascó la ceja como si tuviera un tic nervioso y buscó la complicidad en el disimulado rostro sereno de Patricia que, con un simple frunce de labios, le indicó que debía enfrentarse por sí sola a la verdad.

Tras un gélido silencio, se puso a recoger las gomas de colores que se amontonaban en la mesa y declaró con un mohín:

—No.

Al observar su cara de pilla, Jorge la estrujó entre sus brazos. Como siempre, Natalia dilataba el momento de hacer los deberes.

Apoyando el mentón en su hombro para evaluar el lío de gomas, peines, horquillas y demás utensilios de peluquería que había sobre la mesa, dijo:

—Y ¿a qué esperas?

—Mmm, yo..., yo... —Con ojitos de cordero degollado, Natalia se llevó el pulgar a la boca mientras componía una respuesta clara, concisa y concreta que convenciera a su padre—. Mira, papi. Te prometo que...

Jorge apretó la mandíbula y espantó las traviesas ondas de su flequillo que, como de costumbre, velaban su visión.

—Natalia, Natalia, Natalia...

Imitando a su padre, la pequeña sopló un par de veces para mover los caracolillos dorados que cubrían su frente y dijo:

—Papi, papi, papi.

Jorge apoyó la cadera en la encimera y comentó en voz alta y con los ojos enfocados hacia el techo:

—¿Qué voy a hacer con esta niña?

Patricia cerró el grifo, se secó las manos y, alzando ligeramente el labio superior en una mueca extraña, susurró mordaz:

—Entérese que hoy en día no hay mayor fuerza que una mujer con determinación.

—¿Usted no sabe que las batallas contra las mujeres son las únicas que se ganan huyendo?

—¿Sí? —Exasperada, le agarró el mentón—. Pues tenga mucho cuidado porque las mujeres somos como las matemáticas: difíciles de entender pero necesarias para todo. ¿Qué tiene que decir a eso, Jorge?

—Nada —respondió sin inflexiones en la voz, añadiendo poco después—: Galletita, los deberes.

—Ya voy...

Pasaban quince minutos de las nueve cuando Jorge se agachó hasta ponerse a la altura de los ojos de su hija.

—Galletita, los deberes. —Le besó en el cuello—. ¡Ya!

Natalia comenzó a gritar como un ratoncito en apuros:

—Jooo, pinchas.

—Afeitarse solo molaba cuando tenía que hacerlo menos de una vez por semana, ¿verdad?

Como buen actor, Jorge Fernández la miró con la mejor de sus sonrisas.

—Sí —admitió al pasar la mano por el mentón donde crecía una espesa barba de cuatro días.

—Pues entonces ya sabe lo que tiene que hacer —comentó Patricia categóricamente mientras terminaba de cargar el lavavajillas.

—Esperaré a mañana —replicó Jorge con gesto sombrío.

Ella lo miró de arriba abajo, frunció los labios y respondió:

—Usted verá. —Y, tras un incómodo silencio, añadió—: Por cierto, ¿recuerda lo que decía su padre al respecto?

Jorge miró su mano limpia de uñas bien cuidadas.

—¿Al respecto de qué?

—Eso digo yo —contestó Patricia abriendo los ojos de par en par para burlarse de él—. ¿Qué de qué?

Con desgana, al ver que ella disfrazaba una sonrisa tras su mano, suspiró él:

—Olvidelo. Tengo cosas más importantes en las que pensar en este momento.

Envalentonada, lanzándole una mirada asesina, espetó ella:

—*¡Lamadrequemeparió*, salga de la cocina a la voz ya!

Impresionado, Jorge se peinó el flequillo una, dos, tres, hasta seis veces, clavó su espectacular mirada en la de ella y se atrevió a decir:

—¿Me está echando?

Rápidamente, Natalia recogió las gomas de colores con las que había atado las orejas de Pikoko, se las metió en un bolsillo, se bajó de la silla y salió corriendo, dejándose las zapatillas atrás.

—¡Nooo, simplemente le estoy diciendo que se marche de mi cocina si no quiere que... *sinoquierequelepegueunapatadaenelculoahoramismo!* — contestó Patricia acaloradamente empleando su característica y particular forma de unir las palabras—. Lárguese si no quiere que...

—Eieiei, no quiero nada.

—No lo parece.

Jorge se llevó las manos al estómago y puso cara de asco.

—La cena me ha llenado en exceso y me ha provocado una pesadez de estómago que ni se imagina.

—Mi comida no tiene nada que ver con su malestar.

—Argg. Otro día me voy a ir a cenar a Lucio, a una hamburguesería o a...

—*Lamadrequemeparió*, es usted un...

—¿Un sinvergüenza?

Jorge se puso a silbar.

—Sí. El mayor sinvergüenza que una se pueda encontrar sobre la faz de la Tierra.

—¡Papi! —vociferó Natalia.

—Dime, galletita.

—¿A que no me coges?

—Ya veremos. —Patricia, furiosa, le retiró la mirada—. Te doy diez segundos de ventaja, galletita. Unooo, dooos, tres..., tres y un cuarto, tres y medio..., cincooo...

—¡Será tramposo!

Jorge se limitó a encogerse de hombros.

—Cuatro —corrigió el actor guiñándole un ojo a Patricia en respuesta—, cinco... ¿Me va a decir al final qué es lo que decía mi padre? Cinco y medio,

seis...

—¿Necesita que se lo escriba?

—Sería preferible que me enviara un fax —respondió él, guasón—.

Siete... No, no, no. Mejor aún. ¡Un *e-mail*! Se gasta menos y llegan antes.

Asombrada, ella clavó su mirada en la de él y soltó:

—Pues va a ser que no.

—¿No?

—Se va a quedar con las ganas de que use esas cosas tan raras.

—Vaya.

Ella alzó una ceja al ver su mueca irónica.

—Al final se lo voy a decir yo directamente porque sé que le gusta escucharme, pero me voy a permitir que me ruegue un poquito más.

Guasón, le acarició el mentón con el dorso de la mano y, acercándose misteriosamente a su oreja izquierda, susurró:

—Patricia, lleva toda la razón.

—Lo sé.

—Prefiero que sea usted la que me lo diga. Así me ahorro encender el ordenador —añadió con una lenta sonrisa que a ella le hirvió la sangre.

—¡*Lamadrequeme...*!

—Shhh... —siseó Jorge colocándole el dedo en el labio para que se callara.

Aquel acto tan tierno descompuso el férreo carácter de Patricia que, sin poder contener la risa, murmuró finalmente:

—Su padre decía que «Hombre que se respeta, se afeita hasta con escopeta».

Jorge tragó saliva y la miró con la intensidad de sus ojos verdes.

—¿Sabe lo que le digo? —Ella se encogió de hombros y se mordió el labio inferior—. Que mañana será otro día y que hoy me quedo como estoy, le pese a quien le pese.

Harta de tanta espera, Natalia se asomó otra vez por la puerta y, sacando la lengua provocativamente, exclamó:

—¡Papi!

—¿Qué?

—Feo, feo y ¡feo!

Jorge no tardó ni dos segundos en buscar la posición correcta para que la luz que desprendían los focos del techo incidiera directamente sobre la superficie de acero inoxidable de la nevera y le ofrecieran un sutil reflejo de

su rostro. ¿Tan feo estaba con la barba?

Estaba en aquella fase de cuestionamiento personal similar a la que se tiene que enfrentar Blancanieves cada vez que le pregunta al espejito mágico quién es la persona más bella del reino cuando Patricia se acercó a él y, pellizcándole cariñosamente el moflete con los dedos arrugados por la humedad, murmuró:

—Muchacho, dicen que los niños, los borrachos y la hemoglobina glicosilada son los únicos que dicen la verdad.

Al ver cómo ella trataba de disfrazar una sonrisa con su mano, contestó él:

—¿Y usted?

—Eso ya lo daba por hecho —bisbiseó con intimidad.

—Ajá.

—Es más, yo soy para usted como el espejo para Blancanieves.

—Efectivamente. —Sonrió porque había oído un ligero atisbo de respeto —. Usted es la única persona que me dice todas las verdades.

En el piso de arriba, después de hacerle un par de pedorretas a su hija en el cuello y otras tantas sobre el hombro, Jorge Fernández abrió los ojos, sacó la lengua y, componiendo una extraña mueca con la cara, inquirió:

—¡Jejeje, ¿te querías escapar!?

Su voz sonó profunda, como si saliera de ultratumba.

—Sí —admitió Natalia que, con una tímida sonrisa en los labios, correteaba descalza de camino a su habitación—. Siempre lo hago, papi.

—Y yo..., yo siempre te atrapo, galletita —tartamudeó el actor al tiempo que se agachaba y comenzaba a caminar pesadamente como el Jorobado de Notre Dame.

A pesar de que a Jorge los problemas le crecían como champiñones y el desasosiego, la preocupación y el malestar por los últimos acontecimientos le habían causado más de un quebradero de cabeza, agradecía que Natalia estuviera en ese punto en el que las bromas son graciosas, divertidas, excitantes y muy necesarias.

Por eso, cuando la pequeña le preguntó con sumo interés dónde estaba su mamá, él no pudo hacer otra cosa más que detenerse en seco como si desde el techo alguien hubiera dejado caer ante sus pies una tonelada de pesadas piedras, disimular como de costumbre peinándose con nerviosismo una, dos,

tres, hasta seis veces las traviesas y descontroladas ondas de su flequillo, y sonreír con nerviosismo.

¿Por qué todo se tenía que complicar de aquella manera?

Impresionado, se limitó a toser cuando su hija le acarició las mejillas con ternura mientras canturreaba:

—*Misiiiito, gatiiito, que te comiiste, la sopiiita, de la olla, no me guardaste, sí te guardé. Sape, sape, sape, sapeee.*

Jorge Fernández forzó una sonrisa y respiró profundamente, percibiendo cómo el aire llegaba hasta el último recoveco de sus pulmones. Consciente de que aquella melodía no era más que una de las tantas triquiñuelas con las que su hija trataba de camelarlo, tartamudeó:

—Galletita, ¿qué..., qué haces?

Natalia hizo un mohín con la nariz, se mordió el labio inferior y, dándole unos golpecitos en la cara con las manos abiertas, comentó:

—Mira cómo suena, papi. *Sape, sape, sape, sapeee.*

El sonido rebotó en su cara, con la mitad de volumen.

—Ejem —tosió.

Unieron sus frentes, entornaron los párpados y se miraron fijamente.

—No me asustas, papi —confesó Natalia, apretando los labios hasta convertirlos en una delgada línea.

—¿En serio?

—No.

Jorge negó con la cabeza e, interpretando su papel de hombre malévolo, comenzó a bailar el índice como si fuera la hélice de un helicóptero.

—Galletita, mira. ¡Mira lo que tengo aquí!

—Papi —vociferó Natalia con entusiasmo cuando él volteó los ojos y compuso una extraña mueca en los labios—. ¡Nooo!

Haciéndole cosquillas en la cintura, respondió él:

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué me dices, pequeñaja? ¿Tienes miedo a este dedo?

Risueña, golpeándole el pecho con sus manecitas y sin poder parar de reír, suplicó la pequeña de seis años:

—Papi, por favor... ¡Para, para, para! No puedo más. Para, papi. ¡PARA!

Consciente de lo mucho que disfrutaba su hija con las cosquillas, acercó la boca a su cuello y comenzó a emitir un sonido similar al de una moto a la que le cuesta arrancar:

—*Brrruuuuummm... Brrruuuuummm...*

—Papi, ¡para! —exigió con la cara roja como un tomate y los pelos

tiosos—. Te lo suplico.

Tras un incómodo silencio, arqueó las cejas y sonrió triunfal provocando que esos sugerentes hoyuelos que se le formaban habitualmente en torno a la comisura de los labios crearan pequeñas sombras en torno a su boca. Antes de que se rompiera la magia del momento, preguntó:

—¿Cuáles son las palabras mágicas, galletita?

Natalia se retiró el mechón dorado que se había enganchado en uno de sus pendientes y que amenazaba con arrancarle el lóbulo de la oreja con cada movimiento y exclamó con la respiración entrecortada:

—¡Ahora!

—¿Mmm? No sé, no sé. ¿Estás segura?

—Por favor, papi. ¡POR FAVOR! —vociferó cuando su padre comenzó a hacerle de nuevo cosquillas. Muerta de la risa, al percibir cómo los dedos de él revoloteaban en torno a su cintura, añadió—: La palabra mágica es... ¡POR FAVOR!

Jorge sonrió maliciosamente.

—Mmm, ya decía yo. Hoy te vas a salvar, galletita, pero mañana ya veremos. —Tosió—: Ejem, ejem...

Natalia abrió los ojos de par en par e, intrigada, balbució:

—¿Ma..., ma..., mañana qué?

Misterioso, acariciándole la punta de la nariz con el pulgar, declaró el actor:

—Eso ya se verá.

Después de lavarse los dientes, Natalia entornó los ojos, colocó la cabeza en el hombro izquierdo de su padre y comenzó a jugar con uno de sus rizos.

—Galletita, ¿estás bien?

—Sí.

Fuera, las nubes negras del horizonte habían barrido todas las estrellas del cielo y anunciaban que una nueva tormenta estaba cerca.

—¿Seguro? —insistió él al percibir cómo el descontrolado latido de su corazón le golpeaba en el pecho.

La pequeña se frotó los ojos, estiró los brazos, se quitó las gomas que sujetaban su cabello en dos graciosas coletas a ambos lados de la cabeza y comenzó a saltar tímidamente sobre el colchón a la espera de que su padre le ayudara con el cambio de ropa.

—Sí —declaró finalmente entre bostezo y bostezo.

—Natalia, deja de saltar.

—Jooo.

—Bracitos —anunció Jorge.

Automáticamente, la niña levantó los brazos y permitió que su padre le retirara el jersey del chándal y le colocara el del pijama.

—Uisss —protestó cuando la oreja se le quedó enganchada en la embocadura del cuello.

—Lo siento —se disculpó, profiriéndole besos tiernos en el cuello. Tras evaluar que no se le hubieran aflojado las tuercas de los pendientes, anunció —: Tenemos que decirle a Nona que no nos gusta este pijama, ¿vale?

Natalia asintió, se frotó enérgicamente los ojos y volvió a reclamar la atención de su padre:

—Papi...

Las nubes comenzaron a descargar pequeñas gotas, débiles y desacompañadas en el exterior. Al cabo de unos segundos, la lluvia se volvió más rápida y abundante, como si desde el cielo alguien estuviera vaciando un cubo de agua tras otro.

—¿Qué? Pie número uno. —Natalia se apoyó en el hombro derecho de su padre, levantó el pie izquierdo y señaló las cortinas blancas con estrellitas rosas bordadas donde el movimiento de las copas de los árboles dibujaba sombras extrañas—. Pie número dos.

—...

Durante unos segundos, Jorge se peleó con el pie derecho de su hija y el puño inferior del pantalón del pijama.

—Galletita, pórtate bien —exigió cuando la pequeña recogió los rizos de su largo y desmadejado flequillo en una coleta a la altura de la frente—. Ya sabes que no me gusta que me toques el pelo.

A pesar de la advertencia de su padre, la pequeña continuó con su magnífica e improvisada labor de peluquería.

—Papi...

Aquellas sombras extrañas le daban miedo.

—¿Qué? —protestó el actor tratando de aspa ventar el único rizo que su hija no había sido capaz de recoger con sus deditos regordetes—. Vamos, siéntate.

—Nada —contestó ella con desgana.

Jorge sonrió divertido, bajó la persiana, recogió a Pikoko del suelo y

ayudó a Natalia a meterse en la cama. Mientras recolocaba el embozo de las sábanas, le preguntó:

—¿Has leído con Nona?

Natalia colocó uno de sus dedos regordetes sobre su labio inferior. Tras unos segundos de profundo y pensativo silencio, contestó:

—Ehm, no. —La mirada de Jorge se endureció ligeramente—. ¡No! Quiero decir que... Bueno, ya sabes que...

—¿Dónde tienes la mochila?

—No lo sé —mintió. Un ligero rubor se apoderó de sus pecosas mejillas cuando desvió la mirada y se tropezó con la profunda e intensa tonalidad verdosa de la de su padre. Al ver cómo él alzaba una ceja y fruncía enfadado los labios, admitió—: Está en el armario.

Espantando enérgicamente el descontrolado flequillo que caía en cascada por su frente y le cubría los ojos, preguntó él:

—¿Se puede saber qué hace ahí?

Se encogió de hombros y, echando un vistazo a la lámpara del techo que en cuestión de un par de minutos había guiñado cuatro veces, admitió:

—No lo sé.

—Tu *seño* se enfadará mañana si no repasas —anunció Jorge abriendo la cremallera de la mochila con forma de corazón que Patricia se había empeñado en comprarle al principio del curso—. Ya lo verás.

Natalia apoyó la espalda sobre los mullidos almohadones, colocó las manos sobre la tripa y entornó disimuladamente los párpados. Luego, estiró los brazos y bostezó artificialmente. Haciendo una interpretación digna de ser galardonada con un Goya, murmuró:

—Jooo, tengo sueño.

Jorge abrió el libro y señaló el primer renglón con el dedo.

—Lee.

Natalia se frotó los ojos con el talón de las manos y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Papi, tengo sueño. Mucho, mucho. ¡Hasta el infinito!

—Mi mammm... —tarareó el actor colocando el libro sobre la cama.

Al percibir que no podía hacer otra cosa más que leer, Natalia comenzó a recorrer con el dedo los pequeños arcos de colores que señalaban las diferentes sílabas de cada palabra y pronunció:

—Mi ma... Mi mamá me llevv...

—Mi mamá me llevvvvvv... —repitió Jorge alargando el sonido de la

uve.

—¡Mi mamá me lleva pan!

—Muy bien, galletita. ¡Sigue!

—Papi, estoy cansada.

—Sigue leyendo —contestó Jorge con aspereza, pero enseguida se suavizó—. Por favor.

Natalia volvió a colocar su dedo regordete sobre el papel.

—La ma... La mamá ddde Pe... La mamá de Pedrrrrrrrooo viiiizzzte bbbi... ¡vizte bien!

—La mamá de Pedro vissste bien —le corrigió, remarcando la letra «s».

—Papi, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí —concedió el actor—, pero luego tienes que seguir leyendo otro ratito.

—Valeee —exclamó Natalia cansada de tantas advertencias—. ¿Dónde está mi mamá?

Consciente de que cada vez estaba más próximo el día en el que ya no podría ocultar más las respuestas a determinadas preguntas, Jorge Fernández se retiró de un manotazo el ondulado flequillo, cerró el libro, apagó la luz y, observando la silueta de su hija entre las sombras, dijo dando por concluida la conversación:

—Otro día te lo cuento, galletita. ¡Duérmete! Es tarde.

—Jooo —se quejó Natalia—. Siempre igual.

Jorge sonrió preocupado. En su interior se agitaban un sinfín de emociones. Cerró los ojos unos instantes y soltó el aire acumulado en los pulmones.

—Otro día, ¿de acuerdo?

La pequeña permaneció en silencio mientras esgrimía una sonrisa tímida. Finalmente, movió la cabeza y concedió afirmativamente:

—Vale.

A las once menos cuarto, tras más de una hora de dolorosos recuerdos, Jorge abrió la nevera, cogió un yogur natural y después una cucharilla del cajón de los cubiertos.

La tapa se rompió en pedazos cuando tiró de la solapa. Con cuidado, retiró uno a uno los trozos de papel plastificado, revolvió el contenido del vaso tratando de que el suero lácteo se mezclara con la pasta del yogur y,

sopesando cómo afrontar todo lo que últimamente estaba descolocando su más que trabajada tranquilidad, disfrutó de las primeras cucharadas de yogur.

—*¡Lamadre quemeparió, yapilléalladronzueloasaltaneverasconlasmanosenlamasa!* —exclamó Patricia desde la retaguardia.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —preguntó Jorge percibiendo cómo su corazón se saltaba un par de pulsos y rebotaba enérgicamente una y otra vez en sus costillas—. Me ha asustado.

—Muchacho, no me hacía a la idea de que tuviera un corazón tan pequeño.

—Ni yo que usted fuera como...

Sin darle tiempo a terminar, soltó ella:

—¿Y bien?

«Ya empezamos», pensó Jorge mientras recogía la cuchara que, con el susto, se le había caído al suelo. Sin saber a qué atenerse, repitió él:

—¿Y bien?

Patricia se acercó al cubo de la basura, pisó el pedal y dejó caer la servilleta de papel con la que acababa de limpiar la puerta de una de las alacenas donde había varios salpicones de yogur.

—¿Se puede saber qué le pasa?

Jorge puso los ojos en blanco y se peinó el flequillo una, dos y tres veces antes de decir:

—Nada.

—Como me dijo una vez una de esas amigas que respiran flamenquería y entonan su vida con el temperamento de la gente nacida en Sevilla, el que no nada se ahoga.

—¿Puede ser más explícita?

Patricia Ramírez sacudió la cabeza, metió una taza con agua en el microondas, lo programó para que dejara de calentar al cabo de un par de minutos y sacó una bolsa de menta poleo de una cajita plateada. Finalmente, al ver cómo a él se le agriaba el gesto con la espera, comentó con guasa:

—Es muy simple.

Jorge se encogió de hombros y sonrió con frialdad al oír aquellas palabras.

—Estoy cansado y no me apetece pensar.

Patricia sonrió y señaló con ironía:

—Es hombre. —Aquel comentario tan sutil estaba cargado del mayor de

los reproches—. Y los hombres algunas veces pierden el sentido común y la capacidad de pensar cuando llegan a los cuarenta.

—Por si no lo recuerda, todavía tengo treinta y siete años. Escúcheme bien: ¡treinta y siete!

—Lo sé. Y también sé que ya va camino de los treinta y ocho y que pertenece al club ese raro. ¡Sí, sí, no me mire así! ¿Cómo lo llamó usted el otro día?

—No sé de lo que me está hablando, Patricia.

—¡Da igual! No hace falta que me lo recuerde, pero...

Cayendo como siempre en su red, inquirió él:

—¿Qué?

—¡Bah! Es una tontería —admitió Patricia y, tras dar un par de sorbitos a la infusión de menta poleo que humeaba en la taza, sugirió—: Olvídelo.

—Al final va a conseguir que me siente mal el yogur. ¿No será capaz de dejarme otra vez con la intriga?

Patricia sonrió pícaramente. Se estaba divirtiendo de lo lindo. Jorge era listo, muy listo, pero ella era capaz de manejarlo a su antojo.

—Debería —sugirió estirando un poco más el chicle de la incertidumbre.

—Le recuerdo que aún no me ha dicho qué es eso de la flamenquería.

—Indudablemente, eso es una buena señal de que le interesan mis comentarios.

Jorge golpeó el cristal de la ventana con el mango de la cuchara para llamar la atención de Kobo. Automáticamente, el labrador levantó el hocico y, tras balancear la cabeza un par de veces y entornar los párpados para ajustar la entrada de luz, la volvió a apoyar sobre sus patas delanteras.

—Patricia, ¿puedo hacerle una pregunta? —preguntó mientras rebañaba el vaso de plástico del yogur.

—Usted dirá.

—¿Por qué se hace usted de rogar siempre tanto?

—Todos tenemos un lado oscuro —soltó ella al ver que él no terminaba de arrancar—. Incluso usted. No olvide que los sapos viven generalmente entre el lodo y el fango y que es muy difícil ver a través de los sedimentos glutinosos cuando el agua está estancada.

Sin perder un segundo, Jorge, que ya había escuchado varias conversaciones al respecto en la televisión, cambió el peso del cuerpo y, tratando de espantar infructuosamente las ondas de su flequillo que retornaban a su posición original cada vez que trataba de echarlas hacia atrás, dijo entre

dientes:

—Vaya... —Lanzó un hondo suspiro—. Gracias por recordármelo.

—Se ha hecho viral en las redes sociales y *trending* no sé qué en el *Tuiti* —comentó ella, aprovechando el calor de la taza para calentarse las manos.

—Twitter.

Patricia sopló ligeramente para enfriar la menta poleo. Antes de llevarse otra vez la taza a la boca, alzó las cejas y preguntó:

—¿Cómo dice?

Jorge observó cómo los chispeantes ojos grises de ella le exigían que se explicara.

—Se dice *Trending topic*, Patricia. Twitter es una red social para enviar mensajes con un límite de ciento cuarenta caracteres.

Risueña, puso los ojos en blanco y, tras colocar la taza sobre la encimera, expuso:

—A mí realmente lo que me preocupa es que todavía no se haya dado cuenta de que los sapos venenosos suelen ser algo difíciles de detectar. Sobre todo si sus ojos son verdes y saltones, ya que en esos casos son muy parecidos a las ranas y se pueden confundir con...

—Eieiei, pare el carro, por favor —sugirió él frotándose la cara con las dos manos—. Aunque sé por dónde quiere ir, he de reconocer que me cuesta seguirla.

—Pues no hace falta que me siga. Hay veces que es mejor dejar que las cosas caigan por su propio peso como le ocurrió a Platón con la manzana.

—A Einstein —le corrigió él—. ¿No será capaz de...?

—Jorge, no se meta en más jardines —le aconsejó ella al captar cómo el dramatismo que destilaba su voz le impedía terminar la pregunta—, o el barro terminará engulléndolo por completo.

—La admiro. —Patricia estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva al escuchar aquello—. Es usted capaz de mover los hilos de cualquier conversación para redirigirla al terreno que más le interesa y dejar a su interlocutor con la boca abierta y sin palabras. Cada día me sorprende más.

—Déjese de tonterías y no me haga comulgar con ruedas de molino que no estoy de humor.

—Ya somos dos.

—Ja.

—Aunque en su caso, lo raro sería que lo estuviera —se burló él. Percibiendo cómo los chispeantes ojos grises de ella cambiaban a una

tonalidad más oscura, añadió al instante—: Perdón, perdón, perdón. Algunas veces debería morderme la lengua.

—No sé si se ha percatado, pero se está sorteando un guantazo y..., y...
¡Uff!

Hay una persona que hoy lleva todas las papeletas de dormir con la cara caliente — dijo casi sin respirar—. ¿Se puede saber de una vez ya dónde tenía la mente?

Con desgana, mientras se atusaba el flequillo en un acto involuntario, declaró el actor:

—Le aseguro que no le gustaría saberlo.

—¡Sorpréndame!

20

Helena colocó la decena de bolsas que llevaba en la mano sobre el sofá.

—¡El invierno es odioso! —bufó—. El jersey de cuello alto, la camiseta, la chaqueta que por cierto pesa un quintal, la bufanda, los guantes, las botas con sus respectivos calcetines... ¡Uff! Probarse algo en invierno es..., es..., es peor que una tortura china. Cuando terminas de desnudarte y te das cuenta de que llevas puestas más cáscaras que una cebolla se te quitan las ganas de probarte lo que tienes colgado en el perchero así que..., así que de comprarlo... ¡Vamos, vamos, vamos, de eso ya mejor ni hablar! ¡Qué horror!

Clairett, que hasta hacía unos minutos había estado entretenida con el bombero vasco de culo respingón que tan bien sabía apagar y encender su fuego interior, se recogió el flequillo con una goma, abrió el frigorífico y se sirvió un vaso de leche apurando el contenido de la caja hasta la última gota.

—¿Se puede saber dónde has estado? —preguntó contrariada, aplastando ruidosamente el envase de cartón para llamar la atención de su hermana que parecía haber merendado lengua.

Helena colocó el pie izquierdo sobre el hierro inferior de uno de los taburetes de la cocina y comenzó a desabrocharse la cremallera de la bota. Acalorada, mirando a Clairett por encima de la montura de las gafas que había resbalado hasta posicionarse sobre las aletas de la nariz, comentó:

—Después de pasearme por doce tiendas de ropa no sé si estoy gorda, anoréxica o deforme. ¿Te lo puedes creer? —Sosteniendo la mirada de su hermana que la observaba con el cejo fruncido y el vaso de leche en la mano, exclamó—: ¡Menudo festival de tallas me he encontrado! No te puedes hacer una idea: XS, S, M, L, XL, XXL, XXXL... Solo de pensar en lo complicado que es dar con la talla exacta me pongo mala.

—Hay que reconocer que antes era todo mucho más fácil —admitió Clairett.

—¡Obvio! Antes tenías una cuarenta o una cuarenta y dos y todas las tiendas guardaban el mismo tallaje. Pero ¿ahora? Pff, crees que vas a entrar en una S y resulta que no; al final la M te aprieta también y terminas cogiendo la L por desesperación aunque te sobre de aquí y de allá. Una locura, Clairett.

¡UNA LOCURA!

—No seas exagerada.

—¿Exagerada? —resopló alarmada—. Escúchame bien. Cualquier día, hasta para comprar unas bragas vamos a tener que echar una instancia al gobierno. Y no te digo nada para comprar un sujetador. Como diría nuestra querida Pepita, ¡madreeeee!

Clairrett puso los ojos en blanco e inspiró profundamente antes de decir:

—Helenita, por favor. ¡Ya está bien!

—No me digas que aún no te has enterado de la cantidad de tallas que hay en el mercado, Clairrett —prosiguió Helena abriendo los ojos de par en par, asombrada por la actitud tan poco reflexiva de su hermana—. Bueno, bueno, buenooo... En cualquier momento vamos a tener que ir con las Lolitas al aire. No te imaginas el desmadre que hay con las tallas de los sujetadores.

—Helena, ¡ya!

—Sí, sí, como lo oyes, Clairrett. Un ¡DES-MA-DRE! Y no te quiero ni contar el lío que hay con las copas. Escucha, escucha, que no te miento: la copa A es para bustos pequeños, esto es, cuando la diferencia entre el contorno del pecho y el contorno de torso está entre los doce y los catorce centímetros. La B..., uff, la B es para las que ni tienen ni dejan de tener, es decir, esas mujeres que los diseñadores han calificado de busto pequeño o con poca personalidad. Luego está la C, si la diferencia está entre dieciséis y... ¡Ah, sí!, entre dieciséis y dieciocho centímetros. La D, para las más voluminosas, esas que tienen mucho desparpajo y que...

—Y ya está —exclamó Clairrett abriendo los ojos de par en par—. Corta porque me estás volviendo loca.

—¡Ja, ja, ja, eso es lo que TÚ te crees! —se carcajeó Helena que, martillándole el hombro con el dedo, anunció—: Hermosa, por si no lo sabes, la secuencia continúa.

—¿No me digas?!

—Como lo oyes —afirmó con cara de circunstancias mientras se peleaba con la cremallera de la bota.

—Afortunadamente el abecedario solo tiene veintiséis letras así que no te quejes.

—Afortunadamente —suspiró Helena—. De todas formas, estoy convencida de que en el momento en el que el abecedario se quede corto, van a hacer todo lo posible para duplicar las letras como hicieron los creadores de *Office* con las columnas del *Excel*. ¡De eso no me cabe la menor duda!

Mientras se bebía la leche, Clairett estudió los movimientos acelerados de su hermana a través del grueso del cristal. Consciente de que el nerviosismo que manifestaba no era habitual en ella, se atrevió a preguntar:

—Oye, ¿estás bien?

—¿Yooo?

Clairett miró en derredor y exclamó entre dientes:

—No. Me refería a La Coles, ¡no te fastidia!

—Seguro que esa estará disfrutando de lo lindo. ¿Has visto cómo se mueve cada vez que se le acercan los periodistas?

—Está en su salsa, como un guarrillo en una charca.

—Y dispuesta a enseñarle las tetas a todo aquel que se preste a ponerle un micrófono en los morros —resopló Helena.

Molesta por aquella declaración, Clairett abrió los ojos de par en par y, atrapando entre los dedos una pelusilla que correteaba por el suelo, dijo alto y claro:

—Definitivamente, no te ha sentado nada bien el beso con el gilipollas. —Los almendrados ojos claros de Helena se oscurecieron ligeramente—. Por cierto, ¿recuerdas lo que decía papá?

—Clairett, papá era un hombre de poco hablar.

—Claro. Porque las grandes mentes tienen la facultad de decir mucho en pocas palabras.

Después de un tenso silencio, Helena se incorporó y dijo:

—Perfecto. ¿Y?

—Papá solía decir que «pensar antes de actuar es la mejor estrategia en el juego de la vida porque después solo puedes pedir perdón y eso puede no ser suficiente», así que...

—Bueno, bueno, buenooo... Céntrate, Clairett, que te vas por los cerros de Úbeda.

—Helena, lo que te quiero decir es que TÚ puedes hacer lo que quieras, pero debes medir las consecuencias que se deriven de...

—Para, para, para. Te recuerdo que dar consejos es una forma de sacar el pasado del cubo de la basura, limpiarlo, ocultar las partes feas y reciclarlo dándole más valor del que tiene. —Su mirada era desafiante y su voz firme—. Oye, Clairett. Te voy a ser sincera. No me apetece pensar en el pasado en este momento.

—Pues como yo soy mucho de tener porquerías del pasado por ahí guardadas y hoy estoy generosa, no porque te lo merezcas sino porque Asier

me ha dejado la boca con un saborcito muy dulce que ni tan siquiera la leche ha conseguido disipar, te voy a dar el mío. Y no es otro más que pienses antes de actuar. ¿Me oyes?

Helena se mordió el labio inferior.

—¡Bah!

—Como bien has dicho TÚ antes —prosiguió Clairett con ciertas inflexiones en la voz—, papá, lo que se dice hablar, hablaba poco, muy poco más bien, pero eso solo se debía a un motivo.

—¿Cuál?

—Que era un gran sabio —susurró, percibiendo un cierto tembleque en el labio inferior.

Helena, a la que el recuerdo de su padre le provocaba cierta ansiedad, entornó los ojos y, tras unos segundos de meditado silencio, admitió con voz débil y apagada:

—Lo sé.

Clairett colocó unas cuantas bolsas de papel en el suelo y se sentó en el sofá. Luego, se descalzó dejando las zapatillas de lunares rojos que Pepita le había regalado por Navidad junto a la pata de la mesa, colocó los pies sobre la alfombra y, apoyando el brazo izquierdo sobre un cojín, comentó con sorna:

—Ya ves... Todo el mundo me tiene por la loquita de la familia y, al final, resulta que TÚ eres mucho peor que yo.

—Vaya, muchas gracias. —Forzó una mueca con los labios—. Siempre tan locuaz.

Tras unos dilatados segundos en los que ninguna de las dos fue capaz de decir nada, musitó Clairett:

—Helena, no te enfades por lo que te voy a decir, pero...

—Uuuu..., miedo me das. Raúl siempre decía que los avisos siempre llevan implícitos las consecuencias.

Recordarlo ya no le provocó nada.

—Entonces, supongo que si lo tienes tan claro —suspiró Clairett mordiéndose ligeramente la uña de su pulgar derecho—, es mejor no dar rodeos.

—Te lo ruego —suplicó Helena enfrentándole la mirada.

—Vale, allá voy. Estoy... —tosió—, estoy convencida de que tienes un estilo de vida propio y que no tienes ninguna intención de cambiarlo. ¿Me equivoco?

—No.

—Bueno —musitó Clairett—. Vamos bien.

—Eso digo yo: bueno —repitió Helena con un improvisado frunce de labios.

—Ya sabes que yo soy algo más conservadora que tú y que opino que en este mundo de locos en el que vivimos, es mejor ser una hormiguita que una cigarra. —Al ver cómo le miraba su hermana, Clairett expresó—: ¡Da igual, da igual! ¿Cómo se supone que vas a pagar todo esto?

Helena, que hasta el momento no había dejado de pelearse con la cremallera de su bota, soltó sin respirar:

—Voy a meter tus opiniones en la cuenta corriente de mi banco a ver si con el tiempo me acaban dando algún interés y puedo comprarme otras botas. ¿Qué te parece?

Clairett estiró el brazo y colocó el vaso vacío sobre la vieja mesa de madera. El cristal hizo que algunos rayones aumentaran visualmente de tamaño.

—¿Sinceramente? —Helena movió la cabeza afirmativamente lo que dio vía libre a Clairett para decir—: Me importa un comino porque sé que has perdido un tornillo y que va a ser muy complicado encontrar el repuesto adecuado.

Dos minutos después, tras revisar el interior de un par de bolsas y dar con lo que buscaba, fue Helena la que le dijo a Clairett para romper la tensión que se acababa de crear entre ambas:

—¡Mira qué ganga! Diecinueve con noventa y nueve.

—...

—No seas tan floja. Cógela. —Al ver que su hermana no se inmutaba, resopló—: Es para ti.

Clairett revisó de arriba abajo la falda beige con pespuntos dorados.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Mmm, con las botas marrones y la camisa plateada que me compré para la fiesta de Año Nuevo me quedará genial.

—Camisa que, si no recuerdo mal, no te pusiste.

Clairett frunció el ceño y unas arrugas casi imperceptibles se le formaron en torno a los ojos.

—Vete al cuerno.

—¿A quién le quieres engañar? —Clairett le devolvió la falda—. Sabes perfectamente que todavía no la has estrenado.

—¡Lo que tú digas!

—Sabes que es cierto.

Clairett lanzó una palabrota y saltó bruscamente en el sofá.

—Si yo me pusiera a enumerar todo lo que tienes en el armario sin estrenar me quedaría corta.

—Vamos a ver —le interrumpió Helena sin titubear, mostrándole unos zapatos de piel oscura con cuña e incrustaciones plateadas en los costados. Había aceptado el empate momentáneamente pero no la derrota—. ¿Cuánto crees que me han costado?

—Ni idea.

—Veintisiete con cuarenta y cinco. ¿Te lo puedes creer? Estaban rebajados un veinte por ciento.

Con gesto serio, muy distinto al que había mostrado hasta el momento, apuntó Clairett:

—Helena, te recuerdo que...

—¡No, un treinta! —advirtió después de revisar el ticket de compra.

—Bien por ti. Te recuerdo que...

Ignorando su tono, prosiguió Helena:

—Uff, no te puedes hacer una idea de lo que se ha liado en la tienda. La gente se daba tortazos por conseguir un par de zapatos. —Abrió los ojos de par en par—. Un hombre ha llegado incluso a enfrentarse con uno de los dependientes porque se habían agotado todas las unidades del número de su mujer. ¡Y todo por veintisiete euros!

Desesperada, Clairett sacó la lengua, se mordió la punta e inspiró profundamente antes de gritar:

—¡¡¡¡HELENA!!!!

—¿Qué?

—Creo que el último programa de *El Precio Justo* lo echaron hace unos años.

—¿A qué viene eso ahora?

—Te lo ruego —ordenó Clairett—. Cierra el pico unos minutitos porque has cogido carrete y no hay quién te pare.

—Pensaba que...

—Shhh... —Clairett inspiró relajadamente. Al dejar escapar el aire, consintió que sus pulmones se vaciaran por completo antes de decir—: Voy a aprovechar este bendito silencio para recordarte que no deberías gastar tanto.

Helena se volvió hacia ella enarcando las cejas con expresión gélida.

—Por ahí sí que no paso —exclamó mientras retiraba los papeles de periódico que llevaban los zapatos en su interior.

—¿Qué? —Frunció el cejo.

—Oye. ¿De qué va esto?

—Eso me pregunto yo. ¿De qué vas? Recuerda que...

—Olvídame. No quiero recordar nada, Clairett. ¿Me oyes? NA-DA.

—Por supuesto. —Entrelazó las piernas y comenzó a balancear el pie—. Pero como hermana tuya que soy tengo la obligación de informarte de que estás sin trabajo, que mi sueldo no da para hacer frente a todos tus caprichos y...

—¿Y?

Clairett se llevó el pulgar a los labios y se mordió la uña mientras el índice golpeaba delicadamente la punta de su nariz.

—Por Dios. Que te has metido en un embolado de tres pares de narices esta mañana por culpa de...

Helena se quitó las gafas, las colocó sobre la mesa y entornó los ojos a la expectativa.

—Por culpa de...

—No me lo digas, Helena. ¡NO-ME-LO-DI-GAS! Lo tengo en la punta de la lengua.

—Descuida...

—Ya lo tengo —vociferó Clairett. El corazón le palpitaba ansiosamente—. Has dicho que todo este desaguisado se ha generado por culpa de una mosca verde con ojos saltones.

—Un sapo —le corrigió con la mandíbula en tensión.

—Sapo, mosca... ¡Qué más da! La cuestión es que la has liado parda, hermanita. ¿Me has escuchado bien? ¡PAR-DA!

Helena aireó su oscura melena y, cambiando de conversación, soltó con desgana:

—Yo no sé cómo he estado para comprarme estos zapatos. La cuestión es que esta tarde me entraban como un guante y ahora ¡no hay manera!

Sarcástica, apretando los labios hasta que formaron una perfecta línea horizontal, atacó Clairett:

—Se te habrán hinchado las ancas.

—Cierra el pico y acércame las zapatillas.

Clairett se puso en pie y, alargando las palabras como la sirvienta de Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, exclamó con desgana:

—¡Claaaaro, señorita Escarlaaata! Aquí está la criada para servirle.

—Clairett...

—¿Le parece bien que Mammy coja un barreño con agua templadita y le lave los pies con jabón de rosas? Si..., si quiere..., si quiere puedo cortarle también las uñas. —La voz de Clairett era suave, profunda—. O ¿acaso como es usted tan bruja las necesita para atrapar fácilmente a sus presas?

—Yo no soy una bruja —declaró Helena muy seca, golpeándole en el brazo.

Tragó saliva.

—Eso es cierto. No eres de ese tipo de brujas que tienen arrugas en torno a los ojos y verruga en la nariz, pero sí de las que viajan en escoba.

Clairett abrió el zapatero que tenían instalado en uno de los huecos que formaba la pared y un pilar en el pasillo contiguo y buscó las divertidas pantuflas con cara de perro y larguísimas orejas marrones de Helena.

—Mi escoba lleva meses en el desguace por culpa de...

—Por culpa de un gilipollas de ojos verdes que besa como un sapo —resopló Clairett lanzándole las zapatillas. Luego, se sentó en el sofá como un monje budista, pulsó el ON en el mando de la televisión y, aunque sabía que debía tener tacto con un tema tan peliagudo, exclamó—: Corrijo. Un sapo verde de ojos saltones.

—¿Quién es ahora la bruja? —inquirió Helena golpeándole en el muslo con un cojín para llamar su atención—. ¿Tú o yo?

Cientos de imágenes sobre lo ocurrido el sábado anterior acudieron a su mente. El beso, las caricias tiernas, su actitud despótica, irrespetuosa y carente de todo juicio... ¿Cómo había podido dar pie a aquella situación?

La cabeza comenzó a darle vueltas otra vez como si sus pensamientos estuvieran atrapados en un torbellino y fueran incapaces de componer una respuesta lógica.

—Tú, por supuesto —sentenció Clairett reajustando la posición de las piernas que comenzaban a entumecerse bajo el peso de su propio cuerpo—. Definitivamente, has perdido el norte. Y el sur, y el este y el oeste también.

Cualquier cosa que hiciera o dijera al respecto empeoraría aún más la situación. Así que, Helena simplemente admitió:

—Tal vez.

—Por cierto, te recuerdo que los armarios están que se caen. ¿Dónde piensas meter todo esto?

—Te recuerdo, te recuerdo... —resopló Helena con vehemencia

ensayando una mirada fría a pesar de que sus almendrados ojos claros eran cálidos como el fuego.

—Lo siento, señorita Escarlata.

Con una voz que sonó convincentemente firme, sobre todo teniendo en cuenta la velocidad a la que palpitaba su corazón, afirmó Helena:

—Mañana a primera hora me acercaré a la calle Preciados a devolver un par de cosas.

—Vaya. Eso es lo más sensato que has dicho en las últimas dos semanas.

A la mañana siguiente, a pesar de que se había acostado a las dos y cuarto de la madrugada viendo *Mi secreto al desnudo*, un programa de historias personales en el que sus protagonistas esconden bajo la ropa y el maquillaje vergonzosos secretos sobre su cuerpo, Helena se despertó temprano, en torno a las seis menos veinte.

Consciente de que necesitaba dar un cambio radical a su vida, se anudó el pelo en una coleta alta, se envolvió en una manta, encendió el portátil y revisó el correo electrónico a la espera de que alguna de las empresas a las que había enviado el currículum se hubiera dignado a contestar.

Desafortunadamente, no había caído esa breva.

A las nueve y media, después de más de cuarenta y cinco minutos de reflexión bajo el chorrillo de agua caliente de la ducha, entró en la cocina y se encontró a Clairett que, afanosa, estaba seleccionando la ropa sucia que había en el cesto para terminar de completar una lavadora de ropa blanca.

—¡Mírate! Caminas como si arrastraras un camión lleno de piedras —carraspeó cuando el aroma a flores silvestres del suavizante que acababa de verter en el cajoncito de la lavadora se le estranguló en la garganta—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Me duele el estómago —contestó Helena mientras estrujaba un par de naranjas con el exprimidor eléctrico que había comprado en diciembre para aprovechar el vale descuento que había conseguido Pepita en la frutería de la esquina—. Buenos días, Mammy.

—Esa es la magia del amor que te impulsa como un cohete.

—Vete al cuerno.

—¡Houston, Houston, tenemos un problema!

Con cuidado de no mancharse con el jugo que le resbalaba por los dedos, Helena se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz y espetó con desgana:

—Olvídame. Es muy temprano para decir tantas tonterías.

Clairett se lavó las manos y dio un sorbo a la taza de café amargo que humeaba sobre la encimera. Rápidamente, como si estuviera bebiendo veneno, lanzó todo el contenido al fregadero.

—Todo ángel necesita al menos un demonio que le invite a tomar vitamina C —susurró Helena ofreciéndole un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

—Puag. ¿Dónde dejaste ayer el paquete de azúcar?

Forzando una disimulada sonrisa, respondió Helena:

—No fui al supermercado.

—¿Qué?!

—Se me olvidó.

—¿Lo dices en serio? —Helena asintió con un ligero cabeceo—. ¡TE MATO!

—Lo siento.

—¿Lo sientes?

—Sí.

—¡Ja! Eso te pasa por estar más pendiente de la herpetología que de...

—¿Herpetoqué? —inquirió Helena.

—Herpetología —le corrigió Clairett, apurando su zumo. Luego, como si se tratara de un diccionario parlante, explicó—: Herpetología, dos puntos. Rama de la zoología que estudia a los reptiles y anfibios.

—Vete a...

—Por cierto, ¿a qué reino animal pertenecen los sapos?

—Y ¿eso a qué viene ahora?

—Despierta, Helenita. ¡DESPIERTA! —sugirió Clairett guanteándole cariñosamente la mejilla derecha.

—Mira, guapa —respondió con la mandíbula en tensión y la frente arrugada como un acordeón—. Estoy despierta desde antes de las seis así que ¿por qué no dejas la mano quietecita?!

—Con una condición. —Helena se sopló el pelo de los ojos y le miró ceñuda—. Que me digas que número de pie calza quien tú y yo sabemos.

—¿El número de pie de Pepita? —preguntó con desgana esperando un movimiento de cabeza, un gesto con la nariz o una mínima sonrisa que confirmara la respuesta.

—No, mujer.

Al ver que su hermana tardaba en contestar, farfulló:

—Me estás desquiciando.

Golpeándole en la frente con el talón de la mano con el único pretexto de activar sus neuronas, vociferó Clairett:

—¡Me alegro!

—¡Clairett, por favor!

—Me refiero al sapo.

Helena arrugó la frente, entornó los ojos y dio un par de sorbos a su zumo de naranja. Un haz de angustia y desesperación fluctuaba sobre ella. Había pasado toda la noche pensando en ese príncipe, y no sapo, que había besado sin pensar el sábado anterior.

A pesar de las lagunas que tenía sobre lo ocurrido, no había conseguido olvidar aquellos espectaculares ojos verdes ni el brillo del descontrolado y rizado flequillo. Ni la tersura de aquel mentón firme de piel sedosa al tacto. Ni el aroma de su perfume. Ni el atractivo poder de seducción de aquella media sonrisa que volvía loca a miles de mujeres en todo el mundo y que a ella le estaba sumiendo en un estado de profunda indefensión psicológica.

—Y yo que sé —respondió al cabo de unos segundos de profundo y misterioso silencio necesarios para ordenar cronológicamente los escasos recuerdos que tenía de aquel día—. ¿Por qué lo preguntas?

—Hace un rato he leído en Facebook que en una universidad americana unos estudiantes de antropología han demostrado que el tamaño del pene guarda relación con el del pie y que sigue la regla del... Mmm, espera un momento. —Clairett ajustó la posición de sus pies—. ¡Ya lo recuerdo!

—Qué bien.

—Sigue la regla del treinta y tres.

—¿La regla del treinta y tres? —repitió Helena volviéndose para mirarla con los ojos abiertos de par en par—. ¿Tú me quieres volver loca esta mañana?

Clairett desbloqueó el móvil y comenzó a teclear.

—Es una ecuación muy sencilla.

Helena abrió la ventana del patio, encendió un cigarro y aspiró hondo. Tras un par de tranquilizadoras caladas, dijo con voz apocada, mínima y temblorosa por la relajación que le proporcionaba el maldito tabaco:

—Soy todo oídos, pero te recuerdo que las matemáticas y yo no somos íntimas amigas.

—Yo también las suspendía de vez en cuando en el colegio, pero te aseguro que las operaciones que vamos a utilizar son muy básicas así que no

tendremos muchos problemas.

—Miedo me das.

Clairett abrió uno de los cajones y cogió un cuaderno pequeño y un bolígrafo publicitario *Bic* con los colores corporativos de la consultoría en la que trabajaba.

—Asier viene esta noche así que mañana te diré si son ciertos los resultados de esta investigación. ¡Apunta!

Helena colocó el cigarro en el viejo vaso de yogur que había pertenecido a su padre y que hacía las veces de cenicero y recibió con desgana el material que le ofrecía su hermana.

—Serás capaz...

Clairett, que ansiaba que llegara el momento de encontrarse con Asier y comprobar si lo que decía aquel artículo era cierto, exclamó excitada:

—¡Claro! Será lo primero que haga cuando consiga quitarle los pantalones.

—Estás loca.

—Calla —le exigió propinándole un manotazo para que se sacara el bolígrafo de la boca.

—Auuu...

Clairett comenzó a leer a toda velocidad. Cuando llegó al punto que le interesaba, dijo:

—Apunta. Uno. Multiplicar el valor del número del pie por treinta y tres. Helena tomó nota al respecto. A lo de ser secretaria, no le ganaba nadie.

—¡Listo!

—¡Qué rapidez! —Clairett comprobó que los datos sobre el papel fueran los correctos. Acto seguido, le indicó—: Dos. Dividir el resultado anterior por cien.

—¡Ajá!

—Tres. Sumar seis unidades al resultado anterior.

—¿Seis? —Helena frunció el cejo.

—¡Sí! La suma de los dígitos que componen el número treinta y tres. —Revisó las anotaciones de su hermana—. Hermanita, ¿lo tienes todo?

—Todo.

—¡Perfecto! Hazme una copia y guárdate ese papel para cuando puedas hacer tú misma la comprobación.

—No sé yo si...

—¡Quién sabe! —sonrió Clairett guiñándole un ojo con picardía—. A lo

mejor haces el experimento con TU sapito.

Helena revisó la esfera del reloj.

—Clairett, ¿tú no tienes que trabajar hoy?

—Sí, ¿por?

—Porque son más de las diez

Clairett apretó los dientes, cogió el bolso, el abrigo, la bufanda y los guantes que minutos antes había colocado sobre la mesa del salón y exclamó:

—Se me ha ido el santo al cielo. —Acelerada, mientras se retocaba el carmín, murmuró—: Hoy Gabriel me mata, Helenita. ¡ME MATA!

—Buenooo...

Mientras daba el visto bueno al reflejo que le ofrecía la superficie metálica del frigorífico, Clairett dijo a modo de despedida:

—Mañana te cuento con pelos y señales si la teoría del treinta y tres es cierta.

—Como quieras —susurró Helena alzando la mano—. Aunque, si no te importa, los pelos te los quedas tú, monina. A mí con las señales me sobra y me basta.

—A ti lo que te hace falta es...

—Adiós, Clairett. ¡¡Aadiós!!

21

Jorge Fernández se quitó los guantes con los dientes, los metió en el bolsillo izquierdo de su cazadora de aviador y, después, hizo lo propio con el gorro de lana que llevaba calado hasta las cejas. Rápidamente, el flequillo recuperó su posición habitual y cayó en cascada por su frente, ocultando como de costumbre el brillo de sus espectaculares ojos verdes.

—¡Uff! Estoy congelado.

—Pues yo..., yo..., yo tengo la sensación de estar caminando sobre alfileres —se quejó Patricia Ramírez tratando de deshacer el nudo del pañuelo que le cubría la garganta.

—Qué exagerada es usted.

—Ya habló el maestro liendres... —dijo ella abriendo los ojos de par en par. Poco después, al comprobar que todo el mundo les observaba con descaro, abrió los ojos de par en par, torció la boca y bisbiseó disimuladamente—: ¡*Lamadrequemeparió*, Jorge! Fijese. ¡FÍJESE!

Con desgana, tratando de controlar la electricidad estática que se había apoderado de algunos mechones rizados que cubrían su frente, preguntó el actor:

—¿Se puede saber qué le ocurre? Lleva toda la mañana protestando.

—Tengo mis motivos.

—No se enfade por lo que voy a decir pero ¿no se cansa de estar siempre así?

Patricia Ramírez se encogió de hombros, abrió la cremallera del bolso, guardó el pañuelo que acababa de doblar milimétricamente uniendo los pespuntos de las cuatro esquinas y, echando una vista rápida al grupito de dependientas que cuchicheaba junto a una de las cajas de la sección de perfumería, admitió:

—Meternos aquí ha sido un gravísimo error. Ya sabía yo que...

—Oiga—resopló el actor deteniéndose frente a uno de los espejos que cubrían uno de los pilares estructurales del edificio—. Esta ha sido la mejor opción para despistar a los *paparazzi* por un rato.

Patricia se frotó las manos, miró a Jorge que estudiaba con ahínco el

desorden de rizos que cubría su frente como si estuviera frente al espejo de su habitación y dijo con mejor voz:

—Tiene que aprender a controlar esos arrebatos que le dan algunas veces, muchacho.

—¿Arrebatos? —susurró él fijando la mirada en el horizonte que le proporcionaba la imagen del espejo—. ¡Ja!

Sorprendida, Patricia se detuvo en seco.

—Reconózcalo. Lo que usted ha hecho antes no ha estado nada bien. Repito: ¡nada bien!

—Lo que ellos hacen conmigo tampoco está bien —dijo él en voz baja cruzándose de brazos.

—Ya, pero...

—Siento que yo no me he portado mal como para que tengan que perseguirnos.

—Comprendo perfectamente cómo se siente pero ¡considérelo! —masculló Patricia mirándolo con dureza—. Mandar a esos *paparicheros* a tomar viento, no es la solución.

—Ha sido un calentón sin...

—Ellos no tienen la culpa de nada —se anticipó a decir.

Jorge se llevó una mano a la frente.

—¿Ahora todo se limita a quién tiene la culpa?

—...

—Me parece que no está valorando la situación correctamente y que no ha pensado bien lo que acaba de decir.

Patricia Ramírez se encogió de hombros, se enganchó el bolso en el brazo y concedió entre dientes:

—Lo he pensado perfectamente. Y, aun así, sigo opinando que no ha estado bien lo que ha hecho antes.

—No se enfade, pero yo no estoy de acuerdo con usted. Hace años tomé la decisión de no participar nunca más de todo lo que conlleva la fama y la popularidad.

Tosió. Y ese fue el momento justo en el que ella aprovechó para decir con suma tranquilidad:

—Todos nuestros actos tienen consecuencias.

—Lo sé —suspiró él.

—Que esas consecuencias no sean inmediatas no implica que no pueda haberlas en un futuro —prosiguió ella a pesar de la negativa del actor que,

intranquilo, movía la cabeza de izquierda a derecha al mismo tiempo que se peinaba el flequillo con nerviosismo una, dos, tres, seis, siete, ocho veces, tratando de que las traviesas ondas cargadas de electricidad electrostática se colocaran en una posición menos traumática para sus ojos—. Una persona puede ser impulsiva, explosiva, extrovertida, incluso alocada, pero no puede perder nunca la educación.

—No va a convencerme.

—La valentía más grande del ser humano es mantenerse de pie aun cuando se esté cayendo a pedazos —susurró ella sujetándole cariñosamente la mano para que se tranquilizara—. No lo olvide.

Jorge Fernández entornó los ojos y se concentró en el ritmo de su respiración. La música envolvente y pegadiza de uno de los últimos singles de *Shakira* le ayudó a hacerlo.

—Hoy tengo uno de esos días en los que me gustaría guardar la educación en un cajón bajo cien llaves y cruzarle la cara a más de uno con el puño cerrado o con la mano abierta —admitió con pesadez cuando tomaron las escaleras mecánicas—. ¡Eso, en este momento, me es indiferente!

—No diga tonterías.

Patricia echó ligeramente la cabeza hacia atrás y abrió los ojos de par en par, actitud ante la que, mientras analizaba cómo se iba desdibujando la silueta de la escalera mecánica bajo la plataforma de llegada que se encontraba justo al final de su recorrido, sugirió el actor:

—No me mire así, por favor. Se lo suplico.

—¿Así, cómo?

—Con esa mirada que dice todo lo que sus labios callan.

Guiñándole un ojo con picardía, completó ella:

—A veces el silencio es la mejor respuesta.

—Solo a veces —puntualizó él.

—Por cierto, ¿he oído bien?

—Usted sabrá. —Jorge se encogió de hombros—. Conociéndola como la conozco, me figuro que sí, pero todo depende de...

—¡*Lamadrequemeparió*, cierre el pico de una vez y dígame desde cuándo está usted haciéndole la competencia a Rocky Balboa porque estoy en ascuas!

—¿A qué viene eso ahora?

Ella levantó el labio mínimamente, disimulando una sonrisa.

—No es por meter cizaña, pero... —respondió señalando la imagen que

ofrecía la pared espejada a medida que la escalera mecánica iba subiendo—, le faltan aún muchas horas de gimnasio para llegar a tener los músculos de Sylvester Stallone.

A lo que él, sujetándola del codo para que no tropezara cuando llegaron a su destino, contestó con la mandíbula en tensión:

—Patricia, soy consciente de que lo que he dicho antes es éticamente reprobable.

—Lo es —afirmó ella con un hilillo de voz.

—Aun así, le aseguro que en estos momentos me sentaría muy bien descargar la mala leche que tengo por dentro y que me hierve la sangre.

—Soñar es el mejor remedio para la frustración.

—Pues debo estar muy frustrado porque llevo días soñando con dar un golpe sobre la mesa y gritar ¡basta! No puedo más.

—Recuerde lo que dicen: «rana que no canta, algo tiene en la garganta».

—A pesar de la seriedad con la que se había dirigido al actor, el mensaje llevaba implícito el característico tono picajoso y burlón con el que ella solía aderezar todas sus conversaciones. Por ello, al observar que él no hacía nada por darle réplica, se atrevió a preguntar—: ¿Sabe por qué a los *paparicheros* les gusta tanto perseguirle?

—No.

—Porque son como las ranas y los sapos con grandes ojos para cotillear y larga lengua para criticar.

—Patricia —resopló con desidia—, ¿usted también va a...?

—Sí, yo voy a... —repitió ella abriendo los ojos de par en par para que a él no le cupiese la menor duda de que se estaba refiriendo al comentario que había lanzado la secretaria de Raúl por televisión—. Por cierto, ¿se puede saber por qué entra siempre al trapo? Lo tenía por un hombre más listo.

—Me ha pillado. —Enlazó las manos y crujió los dedos—. Tal vez los sapos de ojos saltones como yo no somos tan listos como dicen.

—¿Le ha dolido lo que ha dicho esa chica, eh?

Patricia Ramírez comenzó a jugar con el anillo que llevaba en el dedo anular de su mano derecha.

—Las palabras solo duelen cuando te importa quién las dice.

—¿Por qué será que no me creo sus palabras?!

—Allá usted.

Cariacontecida, viendo cómo él se retiraba otra vez el flequillo de la frente, añadió casi sin respirar:

—*¡Lamadre quemeparió*, estoy segura de que si los indios vinieran en este momento a cortarle con un cuchillo esos pelos, no sufriría tanto como con el comentario de esa chica!

—Tal vez —concedió él abriéndose paso entre la muchedumbre que se agolpaba en torno a unos percheros que marcaban un descuento del cincuenta por ciento.

Patricia, que caminaba por delante a dos pasos de él, echó la cabeza hacia atrás y, reactivando el hilo de la conversación antes de que se apagara por completo, preguntó:

—¿No me dirá que...? Usted ya me entiende.

—No tengo nada que decir, Patricia —alegó Jorge tratando de dar por finalizada la conversación por segunda vez en pocos minutos. Abriendo los ojos de par en par, repitió—: ¡NA-DA!

—¿Está seguro? —insistió—. Comprendo muy bien por lo que está pasando, pero...

—Y ¿qué es, si se puede saber? —se interesó Jorge arrepintiéndose al instante de haber dicho aquello.

—Suelen decir que los hombres como usted son muy enamoradizos aunque...

Dejándola con la palabra en la boca, suscribió él:

—También suelen decir que las mentiras tienen las patas muy cortas y que la nariz nunca deja de crecer así que ¡ya sabe!

Al cabo de un tiempo prudencial de silencio en el que los ojos verdes del actor no dejaron de revolotear con cierto nerviosismo por encima de mostradores y expositores, Patricia se acercó a uno de los percheros que había junto al pasillo central para ojear una falda y comentó guasona:

—Deduzco por sus palabras que todos somos unos Pinochos vivientes. —Jorge sonrió sagaz—. ¿Me equivoco?

—Casi —soltó él como si la palabra le quemara en la lengua.

—Vaya, vaya, vaya... ¡Lo que me faltaba por escuchar!

Con la clara intención de desviar el tema de conversación, Jorge señaló una chaqueta gris marengo con detalles en gris perla que había en uno de los percheros al otro lado del pasillo y preguntó:

—¿Qué le parece?

—No está mal —admitió Patricia cuando él le acercó la prenda.

—Pruébesela.

—Ni hablar.

—No sea terca y pruébesela.

—*¡Lamadrequemeparió, póngalaensusitioalavozdeya!* —exclamó con su particular forma de unir las palabras—. Esa chaqueta no es para mí.

—¿Por qué? —insistió él mostrando la perfección de sus dientes blancos. No se iba a dar por vencido tan fácilmente.

Al ver que una de las dependientas revoloteaba descuidadamente a escasos pasos de distancia haciendo ver que doblaba un jersey, Patricia se acercó a Jorge, le mostró la etiqueta con el precio y, con los ojos en blanco, bisbiseó:

—No se embale, muchacho. ¡No se embale que lo conozco como si lo hubiera parido!

—Brruummmmm —se guaseó él imitando el ruido de una moto al arrancar.

—*¡Lamadrequemeparió, yaustedmayorcitoparatantastonterías!* — espetó Patricia. Y, colocándole la etiqueta a la altura de la nariz, algo que a él le supuso tener que enfocar la mirada para distinguir el precio, comentó alarmada—: ¿Lo ve?

—Sí.

—Ponga esta chaqueta en su sitio ahora mismo si no quiere que me dé un infarto. El precio tiene tres dígitos. ¡Tres!

—Y ¿usted desde cuándo se preocupa de lo que cuesta o deja de costar algo?

Sin esperar un segundo más, miró a la izquierda, después a la derecha y, una vez que tuvo controlado todos los flancos, susurró entre dientes:

—No pienso pagar doscientos noventa y cinco euros por una chaquetita de punto cuando puedo encontrarlas mucho más baratas en otro sitio. ¿Entendido?

—Pero...

—*¡Lamadrequemeparió, Jorge!* ¿Qué le he dicho?

—¿No se da cuenta de que lleva su nombre?

—No me líe, que le conozco. Le he dicho que no: N-O. Una palabra cortita, sencilla, rotunda, fácil de entender.

—Hágame caso y pruébesela —insistió él haciendo que la prenda bailara en la percha ante sus ojos—. ¿No se da cuenta que desde que hemos llegado la chaqueta no ha dejado de gritar su nombre?

—Es usted un liante. —Unos profundos hoyuelos se le marcaron a él en las mejillas al sonreír—. ¡Sujéteme el bolso!

—¿Se puede saber qué demonios lleva aquí dentro?

—El ladrillo que me encasquetó hace dos semanas —respondió ella de mala gana refiriéndose al teléfono móvil que el actor le había regalado.

Jorge puso los ojos en blanco antes de decir:

—Creo recordar que solo pesaba ciento veinte gramos.

—El peso ideal para darle con él en la cabeza. —Sonriente, imaginándose la situación, susurró—: ¿Se imagina lo contenta que me iba a poner dando bolsazos a diestro y siniestro para espabilarlo?

Jorge se apoyó en un pilar y comenzó a reír. El rostro sereno y la mirada tierna de aquella mujer disimulaban a la perfección su carácter irónico, ácido y mordaz con el que se enfrentaba a él a diario.

Estaba concentrado en sus propios pensamientos cuando una chica de no más de dieciocho años que no paraba de saltar como si le hubiera tocado el premio gordo de la lotería se acercó a él y le preguntó con exaltación:

—Disculpe, ¿es usted...? —Jorge apretó los labios y movió la cabeza afirmativamente—. ¿Le..., le..., le importaría firmarme un autógrafo?

—Claro. ¿Cómo te llamas?

—Te..., Te... ¡Teresa! —tartamudeó la joven ofreciéndole un libro de matemáticas de segundo de bachillerato y un bolígrafo rojo con carcasa de corazones.

—Aquí tienes.

—Gracias. —Saltó—. ¡Gracias, gracias, gracias!

Revisando cada una de las costuras de la chaqueta que, tal y como había pronosticado el actor, acentuaba su silueta a la perfección y ocultaba allí donde había algo que tapar, vociferó Patricia:

—¡Lamadrequemeparió, ¿qué gritos son esos?! —

Al ver cómo la joven se alejaba asustada, Jorge se acercó a ella y, apoyando sus manos sobre sus hombros, siseó con una incómoda sonrisa:

—Patricia, debería controlar ese humor.

—¡Tonterías! —respondió ella con tono agrio.

—Por cierto, está bellísima.

Un ligero rubor se apoderó de sus mejillas.

—He de reconocer que tiene buen ojo.

—Pues no hay más que hablar. ¡Nos la llevamos!

—¡De eso ni hablar!—exclamó ella sacando los brazos de las mangas con cuidado para no enganchar el punto con el cierre de su pulsera—. Le he dado el gusto de probármela, pero ya le he dicho que esta chaqueta no es para

mí.

Jorge miró al techo y susurró entre dientes:

—Hay que ver cómo es usted...

—Y ¿cómo soy, si se puede saber?

—Terca como una mula —respondió él en un susurro mientras buscaba en la cartera la tarjeta de crédito.

—¿Cómo dice? —preguntó ella quitándole el bolso de las manos cuando él comenzó a jugar con la cremallera.

—Olvidelo.

—Como se le ocurra pagar la chaqueta, le juro que..., le juro que...

Jorge. ¡Jorge! ¡¡¿Dónde va?!!

Él giró bruscamente sobre sus talones.

—Vuelvo enseguida —sonrió—. Tengo que hacer una de las pocas cosas que usted no puede hacer por mí.

—Mucho ojito con lo que hace, ¿me oye? No vaya a ser que... Por cierto —vociferó, reincidiendo en el tema—, no se le ocurra pagar la chaqueta porque no me la voy a poner.

—Pues no entiendo por qué.

—Como compre esa chaqueta, en cuanto llegue a casa le meto las tijeras y la cortisqueo en trocitos pequeños.

—Voy a decirle la verdad. La chaqueta la voy a pagar después. Ahora, si me disculpa, tengo algo mucho más urgente que hacer.

—¿Va al baño?

—Sí —sonrió.

—Pues tenga mucho cuidado —dijo con retintín—. Hay mucha lagarta suelta por ahí deseando atrapar a un sapo de ojos saltones como usted.

Acelerado, sintiendo cómo el rubor se apoderaba de sus mejillas, respondió él:

—Ya está usted para espantarlas, ¿no?

Patricia sonrió.

—¡Ja!

—Además, le recuerdo que estoy soltero.

Ella levantó la vista y, sorprendiéndolo, contestó:

—¡Así es! Y si la memoria no me falla, también fuera de cobertura.

—Efectivamente. Pertenezco al club de los S.O.L.T.E.R.O.S. —deletreó y, tras espantar con comicidad el larguísimo y ondulado flequillo que le cubría la frente, añadió—: Vivo en una Situación Óptima Libre de Traiciones,

Errores Románticos y Sin Obligaciones Sentimentales. ¿Qué le parece?

—*Lamadrequ...*

—Uuuuu, tranquilícese —sugirió interrumpiendo la metralla que ella, sin lugar a dudas, tenía intención de lanzar contra él—. Estoy convencido de que usted tarda más en decir *lamadrequemeparió* de lo que yo voy a tardar en bajarme la cremallera.

Rápidamente, Patricia puso en marcha los engranajes de su artillería pesada y exclamó acalorada:

—¡¡Cierre el pico y no tarde!!

Muerto de risa, Jorge apuró el paso al cruzar la sección de lencería femenina y enfiló el pasillo de servicio, dejando atrás los ascensores y las escaleras de emergencia.

No habían pasado ni diez segundos cuando, desde un lugar impreciso, una voz femenina vociferó:

—Guapito de cara, ¿qué pasa con lo de mi coche?

Como si se hubiera tropezado con un muro, Jorge se detuvo en seco, cerró los ojos, suspiró intranquilo y espantó el flequillo de su frente que no tardó en recuperar su posición original obligándole a repetir la operación. El corazón, como el de un caballo desbocado, comenzó a palparle con fuerza y a golpearle dolorosamente las costillas.

—¿Qué pasa con lo de mi coche, guapito?! —repitió Helena Argüelles con cinismo y con la boca seca como si se hubiera metido una docena de polvorones y fuera incapaz de tragar.

Con la sensación de que la sangre se le estaba congelando en las venas, el actor giró ciento ochenta grados y se enfrentó a unos impresionantes y almendrados ojos claros que desde hacía días no había conseguido olvidar.

—Vaya... —Jorge tragó saliva con dificultad antes de decir—: Gracias por el cumplido.

Helena puso los brazos en jarra y sonrió sarcástica.

—Lo último que me apetecería hacer en esta vida es adular a una persona que piensa que es el ombligo del mundo. Pero hete aquí que ha llegado tu Galileo para demostrarte que tú, como el resto de los mortales, giras en torno a una pesadilla.

—Tú —contestó él alzando una ceja con suspicacia.

—¡Bingo!

Helena Argüelles miró unos segundos los espectaculares ojos verdes de aquel hombre insolente que, apoyado en la pared, la observaba con una ceja

levantada y con un brillo especial en la mirada que no podía identificar si era odio o compasión.

—¿Qué quieres? —preguntó Jorge.

«¿A ti?».

Incapaz de articular una respuesta odiosa —la que consideraba que él se merecía—, Helena giró bruscamente sobre los talones y se alejó por el pasillo sin decir nada.

—¡Eieiei, guapita! —exclamó Jorge sujetándola por el codo. Su reacción lo había descolocado por completo—. No tan rápido.

Helena se cruzó de brazos y se colocó detrás de una papelera.

—¿Qué quieres sapito? —Jorge frunció el cejo, se acercó a ella con sutileza y observó su rostro enmarcado por pequeñas sombras de maquillaje y por unos descontrolados mechones oscuros que, insolentes, se habían escapado de la goma con la que aquel día se había atado el pelo en una coleta alta sobre la coronilla—. No tengo tiempo de escucharte croar. Lo..., lo... ¡Lo haces fatal!

Asombrado, retirando algunas ondas de su frente, comentó él:

—Has demostrado ser más torpe de lo que pensaba, preciosa. —Ella puso los ojos en blanco, una reacción imprecisa que a él le dio pie para continuar—: Si lo que quieres es..., si lo que quieres es llamar mi atención lo estás consiguiendo.

¿Había oído bien?

¿Acaso había dicho él que ella era preciosa?

Helena compuso una forzada mueca con los labios y, tratando de recuperar el ritmo de su corazón que martillaba su pecho como si en él hubiera un caballo trotando al galope, comentó:

—Guapito, ¿conoces el cuento del sapo vanidoso?

—¿A qué viene eso ahora?

—Pues vaya, vaya, vaya... —Pensativa, Helena se mordió el labio inferior antes de decir—: Ojos verdes y saltones, nariz chatilla... Mmm, ahora que me fijo bien, eres igualito que *Lito el sapito*.

Avergonzado por la actitud beligerante de aquella mujer que, sin dudar, ansiaba besar otra vez, bufó él:

—Mantén las distancias con los periodistas si no quieres... —Al ver que ella observaba distraída la etiqueta del extintor que tenía a su izquierda, dio un paso al frente y preguntó—: ¿Me estás escuchando?

Helena Argüelles puso los brazos en jarra y, con un tono de voz

amenazador, exclamó venenosa:

—*¡Opsss!* ¿Me estabas hablando? Vaya, no me había dado ni cuenta.

A lo que él, mientras recogía las bolsas que ella había dejado caer al suelo, respondió con sarcasmo:

—La papelera está muy concentrada, pero no veo que le interesen mucho mis palabras, Helena con hache.

—Vaya, ya habló *Lito* —susurró ella despreciativamente, volteando los ojos—. Y, ¡claro que sí! Te guste o no, mi nombre se escribe con hache.

Para no perder el halo de misterio y seriedad que quería otorgar a su respuesta, Jorge Fernández envaró la espalda, frunció el cejo, estudió el perfil de sus uñas y, refiriéndose a la malvada bruja del mar de la película *La Sirenita* que brinda a la princesa *Ariel* la oportunidad de estar con el príncipe *Eric* a cambio de su voz, comentó con desdén:

—¿Pues sabes una cosa, Helena con hache? —Ella se encogió de hombros—. Úrsula a tu lado es una bruja buena.

Tratando de dar respuesta a aquel comentario que no lograba entender, respondió ella con acritud:

—Creía que la mala hierba que crece en las piedras sin pizca de agua era un misterio de la Naturaleza, pero me equivocaba.

—*Wow* —susurró Jorge devolviéndole el golpe, pero con efecto, al decir —: No soy mala hierba, solo hierba en mal lugar.

—Mira, sapito. Hoy me he levantado con otitis vaginal y estoy un poco teniente, así que no tengo ganas de escucharte —respondió Helena reajustando la posición de sus gafas. Al ver que él se quedaba paralizado, analizando sus palabras, añadió—: ¡Sí, sí! No pongas esa cara, guapito. ¡Has oído perfectamente! La otitis vaginal es una condición que suele aparecer con la madurez y que consiste en escuchar solo lo que te sale del mismísimo *toto*. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente. —Jorge apoyó las bolsas contra la pared. Antes de darle la espalda y comenzar a caminar en dirección al cuarto de baño, la urgencia cada vez era mayor, añadió—: No debería decir esto, pero...

—¡Oye, oye, oye! —exclamó ofendida apuntándole amenazadoramente con el dedo—. Esa es una mala forma de comenzar una frase. Deberías...

—¿Por qué no te muerdes la lengua? —le interrumpió él percibiendo una vibración extraña en la pierna. Furioso, alzó las dos cejas y, tratando de desestabilizarla, espetó con la mandíbula a punto de la luxación—: Yo creo que si lo hicieras te saldría todo el veneno que tienes dentro.

Al percatarse de que aquel movimiento sugerente no era más que el aviso de que estaba recibiendo una llamada en el móvil, Jorge buscó torpemente la embocadura vaquera del bolsillo derecho de su pantalón y, sin apartar la mirada de aquellos jugosos labios que no dejaban de despotricar, rozó la pantalla de cristal para anular la vibración.

—Sapito, ten mucho cuidado con la hoguera que enciendes contra tu enemigo, no vaya a ser que esta bruja que tienes delante te de un escobazo y chamusque tus ancas en la parriiilla, como decía hace tiempo una famosa en un anuncio de hamburguesas.

—¿Me estás amenazando?

—En absoluto. Solo te estoy advirtiéndote, sapito —musitó Helena mientras recogía las bolsas que él había colocado junto a la pared. Hinchando los mofletes como un sapo, se burló otra vez de él al decir—: *Croac, croac*.

Jorge dio un paso al frente, frunció el ceño y dijo:

—¿Tú quién te has creído que eres?

—Tu pesadilla.

—¿Cómo?

—¡Olvídame, sapito! —sugirió Helena—. No tengo nada más que hablar contigo.

Confundido, y con los ojos anegados de rabia y deseo a partes iguales, Jorge Fernández se pasó la mano por su largo y descontrolado flequillo y, lanzándole una mirada lobuna que a ella le erizó la piel de la nuca, respondió:

—Mira, Helena...

—Con hache —le corrigió ella.

—Está bien, Helena con hache —suspiró Jorge—. Desde hace días estoy planteándome si estás bien de la cabeza.

—¡¿Yo?! —bisbiseó seductora, acariciándole el mentón con el perfil de una uña. Al ver que él no hacía ningún gesto extraño con la cara, comentó sin inflexiones en la voz—: Por cierto, sapito. Hay una cosa que sí tengo ganas de escuchar.

Jorge estudió con detenimiento la silueta de aquellos labios femeninos que, en una posición cómplice, exigían ser besados. Percibiendo el tenso despertar de su miembro dentro del pantalón, comentó con rigidez:

—A lo mejor ahora soy yo el que no tiene ganas de responder.

—Lo suponía —soltó ella dando un paso hacia atrás—. Suelen decir que los sapos venenosos suelen ser algo difíciles de tratar.

—Y tú no olvides que las brujas tenéis magia en los dedos y un poder

diabólico en la sangre y que podéis hacer que las piedras salten como ranas y..., y...

¿Qué más, Jorge? ¡¿Qué más?!

Piensa.

¡Piensa!

Helena se mordió el labio inferior y, al ver cómo él se quedaba sin recursos, bufó enfadada:

—La brujería es la salsa que algunos idiotas vierten sobre el fracaso para ocultar el sabor de su incompetencia como ser humano, sapito.

Jorge Fernández sintió que aquellas palabras se le clavaban dolorosamente en el corazón como astillas punzantes.

¿Qué podía hacer?

¿Huir?

¿Besarla para que se callara?

¡Oh, sí! Sin duda, besarla es lo que más le apetecía. La sangre burbujeara dolorosamente en sus venas como si su cuerpo estuviera reaccionando a una fiebre altísima y un calor extremo se concentraba entre sus piernas, haciendo lagrimear a su pene.

Con los músculos en tensión, se acercó íntimamente a Helena e inhaló el aroma de su perfume, una mezcla floral que le embriagó al instante.

La explosión descarnada y primitiva que le recorrió a ella el cuerpo le obligó a apretar los dientes. Con la garganta reseca, su voz sonó casi como un murmullo al preguntar:

—¿Cuánto te miden las ancas, sapito? Me gustaría comprarte unos zapatos de tu talla porque, como siga así la cosa, al final me voy a tener que quedar con tu coche.

Él fue a decir algo pero ella se lo impidió tapándole la boca con la mano. La piel de la palma le hirvió con el contacto. La adrenalina se disparó a través de su cuerpo y el corazón le saltó en la garganta.

—¿A qué viene eso?

Helena lo miró fijamente. Aquellos espectaculares y profundos ojos verdes atraparon sus pensamientos. Su tono adquirió un tono más bajo e íntimo al decir:

—Sapito, no estoy dispuesta a coger mucho más tiempo el metro.

—¿Has terminado ya de despotricar contra mí? —inquirió él de manera atropellada con los labios a la altura de los suyos.

Ambos podían percibir cómo el cálido aliento del otro acariciaba la piel

de sus rostros.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Tal vez. ¿Cuánto te miden las ancas? —repitió—. El metro es horroroso en hora punta, odio el olor a sudor y..., y...

Jorge Fernández tragó saliva, acercó sus labios un poco más a los de ella y, con voz áspera, susurró:

—Esa es la peor excusa que alguien me ha dado para conseguir un beso, preciosa.

¿Había oído bien?

¿Acaso había dicho él que ella era preciosa otra vez?

Helena disfrutó de la sensual caricia de los carnosos labios de Jorge mientras la canción que sonaba de fondo —*Deja que te bese* de Alejandro Sanz y Marc Anthony— comenzaba a transportarla a otra dimensión.

Deja que se enteren

Como yo te quiero

Y como tú me quieres

Deja que nos miren

Cuando te enamores

No te quejes

Deja que mi alma brille

—Sapito... —protestó cuando él apoyó su espalda contra la pared e incrementó la presión del beso.

—De ojos saltones —gimió excitado y vibrando con las palabras y con los versos del estribillo de sus íntimos amigos, Alejandro Sanz y Marc Anthony.

Tú eres una necesidad

Y solo con un par de besos

Tú puedes derretir mi fuego

Puedes incendiar mi mar

Si no me das un beso ya

Tu boca se la lleva el viento

Y cómo le digo lo siento

A este cuerpo que quiere amar

—Así es.

—Shhh... —siseó él colocándole un dedo en los labios.

Me he enamorado

Nunca lo olvidas

*No ha sido fácil
Porque muero en tus perfiles
Me has atrapado
No te confíes*

Jorge tarareó junto a sus labios, acompañado por la melodía y las palabras de Marc Anthony:

—*Deja que te bese. Te prometa. Y deja que te olvide...*

Tierno, seductor, pasional... Así fue aquel beso hasta que ella recuperó el autocontrol y el papel de *femme fatale*.

—¡Cerdo! —exclamó descargando toda su excitación en una bofetada que le dejó a él la cara roja como un tomate justo cuando la melodía estaba llegando a su fin.

Asombrado, sin saber cómo reaccionar, Jorge presenció cómo Helena trastabillaba con los primeros pasos de la carrera y se alejaba a toda velocidad sin mirar atrás, cruzándose con Patricia que, con una divertida sonrisa dibujada en los labios y el móvil en la mano, exclamó al llegar a su altura:

—¡Vaya, vaya, vaya! Estará contento.

—¿Por qué?

—Porque usted es el único hombre de la historia que ha conseguido ascender de categoría dentro del reino animal. ¡Felicidades!

El sábado por la mañana, en torno a las diez, Helena Argüelles abrió la ventana del salón y encendió un cigarro. Madrid, o lo poco que se veía de él, estaba cubierto por una espesa niebla blanca.

La angustia y la desesperación habían fluctuado y oscilado en torno a ella durante toda la noche impidiéndole dormir con tranquilidad. Desde el martes anterior, Jorge Fernández, ese actor al que ella se había encargado de bautizar de mil maneras distintas y al que, por su culpa, estaban ninguneando en todas las revistas y programas de televisión, se había convertido en el protagonista de todos sus sueños.

Sus bronceados labios —jugosos, tiernos y dulces, muy, muy dulces— recorrían cada noche todo su cuerpo encendiéndola poco a poco, ascendiendo provocativamente por sus piernas con suaves caricias y concentrándose en aquellos rincones prohibidos de su cuerpo que con tanta ansia le hacían gritar, jadear y suspirar.

¡Oh, sí! Cada vez que llegaba al clímax de aquellos sueños febriles, despertaba acelerada, excitada, extasiada y sudorosa. A partir de entonces, una sensación amarga se apoderaba de ella.

¿Por qué todas las noches de fantasía tenían que acabar de la misma manera? ¿Por qué su razón se empeñaba en horadar pequeñas grietas en su subconsciente para que aquellos preciosos sueños que tan vivamente recordaba al despertar se escaparan sin que hubiera llegado el final?

Estaba en ese punto irracional en el que la mente se encuentra en un proceso de disquisición enfermiza, cuando Pepita Santamaría se dirigió a ella y le preguntó desde la cocina:

—Ricura, ¿te ocurre algo?

Abducida por el recuerdo de aquel guapísimo sapito de espectaculares ojos verdes que sin pretenderlo le había robado el sueño, la vida y ¡hasta el alma!, dio un par de caladas al cigarro y, tratando de dispersar esa espesa nube de tabú y silencio que se había generado en torno a ella, susurró:

—No.

Respuesta a la que, con su tono vocinglero, respondió la anciana:

—Pues, hija, estás más blanca que un gato de escayola. El cantante aquel... Mmm, ¿cómo se llamaba? —Helena Argüelles aspiró hondo, se encogió de hombros y dejó caer los brazos como si fueran una pesada carga. El humo del cigarro acarició sus pulmones—. ¡Sí, mujer! Me refiero a aquel que tenía un colorcito tostado muy bonito cuando era un crío y se volvió blanco como la leche por arte de birlibirloque.

—Michael Jackson —respondió la joven con sinceridad después de tragar el pesado nudo que se le había formado en la garganta.

—¡A ese me refería yo precisamente! —exclamó la octogenaria con un inusitado movimiento de manos que no tenía otra intención más que la de retener uno de los rulos que llevaba a la altura de la oreja izquierda y que se había escapado de la redecilla—. Te aseguro que en sus últimas apariciones, ese *Maiquel Llanson*, o como se diga, tenía más colorcito que tú.

—No exagere...

—No exagero, ricura. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada.

—Cuéntale a esta viejita tus penas y ya verás que...

Helena se envolvió en su propio abrazo, entornó los ojos y, dejándola con la palabra en la boca, musitó:

—Ya le he dicho antes que estoy bien, Josefina.

—¡¡PEPITA!! —le corrigió. Y, tras guiñarle un ojo como si con ese simple acto le estuviera avisando de que en otras circunstancias aquel error hubiera dado para una conversación mucho más extensa, comentó—: Por cierto, ¿viste anoche el telediario?

—¿Quiere que le diga la verdad?

La octogenaria abrió la nevera, cogió un par de huevos y después los cascó en un plato antes de verterlos en el historiado vaso de la batidora que Clairott había conseguido reuniendo puntos con el periódico seis meses atrás y que a ella le volvía loca.

—¡Tú verás! —exclamó después de protestar por enésima vez por la estrechez de boca de aquel cubilete repleto de flores rojas, amarillas, naranjas y verdes.

—Estaba tan, tan, tan, ¡tan cansada! —reveló Helena tranquilamente y muy segura de que aquello era del todo cierto—, que no tuve ganas ni de mover el dedo para darle al botón del mando.

La anciana, cuya única intención era la de realizar una mahonesa ligerita para rellenar unos huevos cocidos con sus propias yemas y un poquito de atún,

vertió una medida de aceite similar a la altura de un par de dedos. Risueña, recuperando una conversación que habían mantenido ambas la tarde anterior y mientras aderezaba la mezcla con una pizquita de sal, comentó:

—Pues para tu información, este año las ventas en el sector de la lencería se han multiplicado por primera vez en ocho años así que no sé qué estás haciendo ahí plantada.

Helena frunció el cejo y, a pesar de que su cabeza aún seguía funcionando al ralentí, consiguió decir:

—Se lo dije ayer y se lo vuelvo a repetir hoy: NO-PIENSO-ACEPTAR-ESE-PUESTO-DE-TRABAJO. ¿Lo entiende?

—No —suspiró percibiendo cómo la sangre le hervía en las venas y la vibración de la vieja batidora le recorría el brazo—. Deberías pensártelo mejor, ricura.

—Como dicen las Nancys Rubias —comentó Helena con cara de circunstancias, haciendo referencia al grupo de Mario Vaquerizo al que Clairett imitaba a la perfección y del que era una gran fan—, ME-DA-IGUAL.

Recordando la pegadiza canción que había sonado hasta la saciedad en la radio durante el último mes, tarareó la octogenaria:

—*Me da igual, me encanta, me encanta...*

—*Me da igual, me encanta, me encanta...* —canturreó Helena haciéndole ver a su vecina que, por mucho que le insistiera, ella no iba a aceptar el trabajo que le habían ofrecido en Dian Mao Yi, la tienda de ropa interior que recientemente había abierto Huan Yue, uno de los chinos más reconocidos en el barrio—. *Tú miras hacia el sol, yo en otra dirección...*

Sin querer darse aún por vencida, Pepita Santamaría redujo la velocidad de la batidora, vertió un chorrito más de aceite y comentó sagaz:

—Ricura, sabes que soy una mujer que no se da por vencida tan fácilmente, ¿verdad?

Helena movió la cabeza afirmativamente y, guiñándole un ojo con picardía, tarareó guasona:

—*Me encanta, me encanta...*

—Escúchame. Siempre hay una última llave que abre la puerta del razonamiento.

—*Me da igual, me encanta, me encanta...* —repitió Helena cubriéndose los ojos con el pelo en una improvisada imitación de Juan Pedro del Moral, la Nancy Travesti del grupo.

—Eso, eso... ¡Despéjate bien las orejas, ricura!

A pesar de que no tenía ganas de reír, los labios de Helena esbozaron una sonrisa sutil. Colocándose nuevamente el pelo hacia atrás, preguntó:

—¿Así está bien?

—Perfectamente —musitó Pepita mordiéndose ligeramente el labio superior. Luego, después de suspirar una, dos, tres veces, añadió entre dientes —: Ricura, voy a usar el sarcasmo porque el homicidio es ilegal y no me apetece tener luego que limpiar tanta sangre así que ¡allá voy! Antes eras una buena secretaria, tenías tu sueldo y...

—Y también era una mujer florero para Raúl —declaró Helena volteando los ojos con comicidad—. Sí, sí. No me mire así, Pepita. Hay que hablar claro: era un florero en manos de ese desgraciado.

—Afortunadamente, todo eso es pasado —confirmó Pepita Santamaría reduciendo la velocidad de la batidora para comprobar la textura de la mahonesa—. A partir de ahora tienes que replantearte nuevos horizontes y...

—¿Y? Es usted peor que Don Erre que Erre.

Insistente, vociferó la octogenaria:

—¡¡Ricura, ¿pero qué más te da vender bragas en unos grandes almacenes?!!

—No son unos grandes almacenes, Pepita. Es..., es... ¡es solo una tienda de chinos! Y que conste que yo no tengo ningún problema con los chinos. ¡Al contrario! Me encantan esos ojillos rasgados que tienen. De hecho, los de Huan Yue son espectaculares, incluso mi hermana lo dice, pero...

—No hay peros que valgan.

—En este caso sí.

—Pero ¿no te das cuenta de que lo importante en estos momentos es trabajar? —insistió la octogenaria con preocupación—. Hay que comer todos los días, pagar la luz, el teléfono, el agua, el gas, que por cierto se ha puesto por las nubes, y...

—Olvídelo.

—¡Helenita, por Dios! Recapacita.

—No.

—No puedes perder esta GRAN oportunidad.

—Pepita. Le he dicho que no así que no insista.

—Juanito —comentó con tranquilidad, refiriéndose a Huan Yue—, tiene la tienda a la vuelta de la esquina, abre a las diez, cierra a la una, hasta las cuatro y media no vuelve a abrir... Un chollo, ricura. ¡UN CHOLLO! Ya hubiera querido mi Alfonsico, que en paz descansa, un horario tan bueno como ese

cuando trabajaba en el taxi.

Helena se recolocó las gafas, envaró la espalda, expiró el humo que tenía acumulado en los pulmones, cruzó los brazos a la altura del pecho y, con el cigarro entre los dedos, exigió:

—Pepita.

—¿Sí?

—Escúcheme bien lo que le voy a decir porque no se lo voy a volver a repetir. —La octogenaria compuso una mueca extraña con los labios al escucharla—. Usted mejor que nadie sabe que mi cartera está como las cebollas. De hecho, cada vez que la abro le salen lágrimas, pero esa tienda es...

—Una gran tienda de chinos en la que venden bragas con gatitos de colores y puntillas preciosas que pican un poco, pero eso a ti te tiene que dar igual, ricura, porque tú, con el magnífico sueldo que te va a pagar Juanito, podrás comprarte esa lencería tan mona que gastas en la mercería de Jacinta. En cambio, si no aceptas el trabajo, va a llegar un momento en el que vas a tener que ir con eso de ahí abajo al aire y..., y... ¡madreeeee!

—No me convence, Pepita. ¡NO ME CONVENCE! —admitió Helena apagando la colilla contra los hierros de la barandilla. Dubitativa, con un inusitado tembleque de manos, expresó poco después—: Creo que ese tipo de trabajo no es para mí.

La octogenaria detuvo momentáneamente la batidora y vertió otro chorreón de aceite en el vaso. Antes de accionar otra vez el aparato, dijo:

—El trabajo a fin de cuentas da lo mismo siempre y cuando te llene la nevera y te permita darte un pequeño caprichito de vez en cuando. —Helena abrió el grifo y se lavó las manos. Atenta a las palabras de la anciana, oyó cómo ésta le decía—: Puedes ser dentista, arquitecto o ingeniero pero cuando no hay otra cosa más de dónde rascar, hay que apañárselas con lo que vaya saliendo, ya sea en una tienda de bragas, en una cocina o vendiendo pichas de plástico en uno de esos locales picantes que están de moda últimamente.

—¡PEPITA! —exclamó escandalizada.

—¡¿Qué?! —vociferó la interpelada con una amplia sonrisa dibujada en los labios—. Mira ricura, en los años de la guerra nos quitábamos el hambre a tortas y no decíamos que no a nada.

—No compare, Pepita. Aquellos eran otros tiempos.

Mirando suspicazmente en derredor mientras machacaba las yemas de los huevos y el atún en un plato hondo, respondió la anciana:

—¡Cierto! Hoy en día la cosa ha cambiado mucho, demasiado diría yo, pero sigue habiendo los mismos problemas de siempre. Y mucho más cierto es que la vergüenza es una mala compañera de viajes, ricura, porque con vergüenza ni se come ni se almuerza. ¡Madreeeee, si yo te contara todo lo que una ha tenido que hacer para sobrevivir! —Helena puso los ojos en blanco—. Te quedarías petrificada, ricura. ¡PE-TRI-FI-CA-DA! Te aseguro que los músculos de ese bomberito de culo respingón que viene de vez en cuando por aquí acompañando a Clairett no tendrían la fuerza suficiente para mover los cincuenta y pico kilos de piedra en los que te convertirías.

Con el rictus desencajado, Helena se sentó en un taburete, apoyó los codos en la encimera y entornó sus almendrados ojos claros hasta que los párpados formaron dos delgadas líneas.

—Pepita, por lo que cuenta —articuló con dificultad intentando sofocar la mueca ridícula que amenazaba con dividir su rostro en dos—, intuyo que su vida no ha tenido que ser fácil.

—Digamos que lo que he aprendido del dolor ha sido a través de los palos que me ha dado la vida durante más de ochenta años.

Helena la observó expectante.

—¿Dolor?

—Madreeeee, si yo hablara subiría el pan, el vino, el aceite... ¡hasta el *uribor*!

—Euribor —le corrigió Helena.

—Cuando hace siete meses murió mi Alfonsico, me rompí en mil pedazos...

—Lo sé. Fue un duro golpe para todos.

El labio inferior le tembló al decir:

—Todavía estoy tratando de recomponerlos, ricura. —Sus ojos azules se ensombrecieron—. Con eso te lo digo todo.

Helena se acercó a ella y la abrazó por detrás, besándole cariñosamente la sonrosada mejilla.

—Tiene que luchar, Pepita. No puede rendirse ahora.

—¿Rendirme yo? —respondió pizpireta secándose las lágrimas con el faldón del delantal—. ¡Ni hablar! Yo soy una de esas personas raras que no saben cómo rendirse. Además, aunque quisiera, no me lo puedo permitir. Fíjate cómo estás tú. Y ¿tu hermana? Madreeeee, esa sí que está loquita, loquita, loquita.

—Como una cabra.

—Ahora que lo dices...

—Eso es típico de ella —comentó Helena.

La anciana se llevó las manos a la cabeza y, esforzándose para recuperar el ánimo con el que aderezaba la vida de aquellas dos jovencitas, vociferó:

—¡Ricura, ¿te has fijado los pelos que lleva ahora?!

Helena asintió y, acariciándole cariñosamente el mentón con el dorso de la mano, dijo:

—Está asquerosamente guapa, ¿verdad?

—¿Guapa? —Algo distinto había decorado su timbre de voz y no era otra cosa más que la preocupación. Arrugando ligeramente la nariz en una mueca extraña, añadió—: ¿Tú crees?

—Sí —concedió Helena batiendo las pestañas con comicidad.

—No sé, no sé. Estaba acostumbrándome a verla con esos pelos de loca que llevaba y... ¡Zas, ya se ha vuelto a teñir! Del amarillo pollo hemos pasado al rosa chicle. —Pepita se puso la mano izquierda en el pecho y, con una risita cargada de ironía, exclamó—: Mi sexto sentido me dice que en menos de lo que canta un gallo tu hermana nos aparece con una lechuga en la cabeza. ¡Ay, madreeeeeee! Parece que la estoy viendo.

Helena sonrió mostrando la perfección de sus dientes blancos. Luego, mientras reajustaba la posición de sus gafas, afirmó:

—Ya sabe usted que en mi familia siempre ha habido cierto gusto por el cambio.

Pepita se mordió el labio inferior, volteó los ojos con comicidad y se persignó con el mango del tenedor. Luego, sonrió lo más verosímil que pudo y, cambiando el registro de su voz hacia uno mucho más amenazante, dijo:

—Ricura, ahórrate el esfuerzo porque no me vas a convencer.

Helena cruzó las piernas e, imaginándose a su hermana con una hoja de lechuga haciendo las veces de flequillo, sugirió risueña:

—Clairett es así. —Guasona, mientras apretaba los muslos con fuerza y se mordía ligeramente el labio inferior para soportar una nueva descarga, farfulló—: Y lo peor de todo es que a la muy puñetera todo le sienta bien.

Mientras rellenaba los huevos con el tenedor y los iba colocando cuidadosamente sobre una cama de lechuga muy picadita que ya tenía preparada, comentó la anciana:

—He de reconocer que de jovencita nunca me puse frenos. Siempre hice lo que quise sin importarme el impacto cuando llegaba algún batacazo. Sin embargo, lo de Clairett no tiene nombre, Helenita. ¡NO-TIENE-NOMBRE!

—¿Acaso no sabe ya cómo es mi hermana?

—Algunas veces pienso que no.

—A estas alturas de la vida usted ya tendría que saber que a Clairett no se le pone nada por delante.

—¡Afortunadamente! Pero todo tiene un límite, ricura.

Esta vez fue Helena la que puso los ojos en blanco. Una serie de pequeñas descargas eléctricas habían aparecido de repente en torno a su ombligo y descendían peligrosamente amenazando con debilitar su ya de por sí escaso autocontrol.

—Como esto siga así —prosiguió Pepita—, tu hermana nos aparece cualquier día con los pelos fritos, con un pendiente en la ceja, en la punta de la nariz o en...

Dolor, tensión, calor, mucho calor... ¡Uff! De repente, a Helena le había entrado mucho calor. Disimulando aún con la sonrisa en los labios, se atrevió a preguntar:

—¿Usted cree? —La octogenaria apretó ostensiblemente la mandíbula y se encogió de hombros—. Eso tiene que doler un montón.

—¿Y?

—Le aseguro que yo sería incapaz de ponerme un pendiente en la nariz.

—¡Madreeeee, pues no quiero ni pensar en lo que deben pasar las que se lo ponen en la pepitilla!

Helena cerró los ojos, tragó saliva, apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea y, alargando la «s», exclamó:

—¡Uisss, qué dolor!

Clairett, que había escuchado la última parte de la conversación desde el recibidor, dejó caer el bolso, el abrigo y las llaves al suelo y, con un tono de voz irónico, comentó:

—Pepita, ¿no sabe usted que la mujer que guarda mucho su tesoro, se queda vieja, fea y como un loro?

—¿No me digas que..., que..., que tú llevas uno de esos pendientes ahí abajo? —tartamudeó dejando caer el tenedor en el plato que contenía el relleno de los huevos—. Madreeeee, tu hermana está loca, Helenita. ¡LOCA, LOCA, LOCA!

—Así es Pepita —se guaseó Clairett confirmando la evidencia con el título de una de las canciones de Shakira que acababa de escuchar en el taxi—. Loca por mi tigre.

—¿Se puede saber de dónde vienes a estas horas? —inquirió Helena

estudiando la posición de las manecillas del reloj que colgaba de la pared.

Clairett se mordió el labio inferior, luego el superior y, lanzándole un beso a su hermana que aguardaba con desesperación una respuesta convincente, comentó:

—No quisiera ponerte los dientes largos.

Aquello había sido un golpe bajo en toda regla.

—¡Ja, ja, ja! —se carcajeó Helena con un registro de voz maquiavélico.

—Y ¿qué hace usted aquí tan temprano? —le preguntó a Pepita.

—Son las once menos cuarto de la mañana —bufó Helena percibiendo cómo de golpe se le llenaban las fosas nasales, la boca, la garganta y los pulmones de rabia.

—¡Uff! No he pegado un ojito esta noche, ricura. —Helena miró soslayadamente a la octogenaria, pero no dijo nada—. No sé qué me pasa últimamente.

—Tendrá el sueño cambiado.

—Pues te aseguro que ni con siete *Lexatin* hubiera podido cerrar los ojos anoche.

A lo que Clairett, mientras se desabrochaba la cremallera del vestido, comentó entre bostezo y bostezo:

—A mí sí que me vendría bien en este momento una pastillita de las tuyas para dormir un par de días seguidos. Asier me ha dejado agotada.

Pepita Santamaría frunció el cejo.

—Ese bombero de culito respingón no te conviene, ricura.

—¿Por qué?

—Es guapo —declaró—, pero tiene un no sé qué que no me convence.

—Tal vez tenga usted razón —admitió Clairett besándole la sonrosada mejilla—. Yo soy un huracán y a él le disgustan los desastres más de lo que se imagina.

—¿No me digas que entre Asier y tú ya han surgido fisuras?

—Olvídelo, Pepita. —Se quitó los zapatos—. Me voy a la cama.

Esa tarde, en torno a las seis, tras un suspiro que no presagiaba nada bueno y tratando de hacer pasar por verdadera una sonrisa forzada, Helena comentó con desgana:

—Estoy empezando a plantearme seriamente apuntar a mis calcetines a *Meetic* para que los emparejen. ¡Por los dioses, qué tortura doblar tanta ropa!

Automáticamente, la menor de las Argüelles encendió el equipo de música y *Dramas y comedias*, el single *electropop* que el grupo Fangoria lanzara en el 2013 y fuera un éxito de ventas, comenzó a sonar en los altavoces:

*No quiero más dramas en mi vida,
solo comedias entretenidas.*

Así que no me vengas con historias de celos, llantos y tragedias, nooo.
—¡Baja eso!

*¿Qué más da
si todo es mentira?
¿Qué más da
deja que me ría?*

Clairett danzó como una posesa por el salón, se acercó a su hermana, lanzó al aire los calcetines que aún estaban por doblar, giró sobre sí misma con los brazos en alto y vociferó al ritmo de la canción:

—¿Qué más da, si al final el día? ¿Qué más da? Va a acabar iguaaal...
—¡¡Apaga eso!!

Agotada, Clairett se dejó caer en el sofá, cogió un calcetín, lo estiró como si fuera un tirachinas y apuntó directamente al trasero de su hermana que, arrodillada en el suelo, buscaba el aro de un sujetador que se había escapado de la costura.

—¡Uiss! —protestó Helena cuando el calcetín impactó en su nalga izquierda.

Enfadada, iba a decir algo más cuando Clairett, sin poder parar de reír, tarareó:

—¡No quiero más dramas en mi vida!
—Vete a...

—Shhh... No te pases, ricura —entonó imitando a su vecina—. ¡NO TE PASES!

—Eso me ha dolido.

Clairett se colocó un mechón rosa detrás de la oreja antes de decir:

—¿Se puede saber qué le ha ocurrido a tu humor?

—...

—Últimamente estás tan susceptible que ya no se te puede gastar ni una broma.

—Olvidame.

—Desde que besaste al sapo verde, al gilipollas, o cómo quieras

llamarlo, estás amargada y no hay quién te soporte. Dime una cosa —suspiró Clairett—. ¿Te compensa vivir de esta manera?

Los almendrados ojos claros de Helena adquirieron una tonalidad más oscura, casi negra. Enfadada, reajustó la posición de sus gafas sobre el puente de la nariz y, lanzándole a su hermana una mirada incendiaria que en cualquier otra circunstancia hubiera precisado la intervención de todo el cuerpo de bomberos de la comunidad de Madrid, gritó:

—¿Por qué no te callas?!

Pensativa, Clairett se miró las uñas y dijo:

—Como sigas con esa actitud cualquier día hasta tu Mortadelo te va a dar una patada en el culo, te va a mandar a freír monas y te...

—¡Una patada en el culo es precisamente lo que TÚ te mereces! —espetó Helena dejándola con la palabra en la boca.

—Uiss, ¡qué miedo! —sonrió Clairett agitando el trasero.

Helena tomó asiento, puso los pies sobre la vieja mesa de madera, se quitó las gafas y entornó los ojos. Una sensación extraña se había apoderado de su estómago como si en su interior hubiera un enjambre de moscas. Cada vez que pensaba en Jorge Fernández, su cuerpo reaccionaba de aquella manera.

Su mente estaba cayendo en un bucle cuando Clairett tomó asiento en el otro extremo del sofá y golpeó enérgicamente el cojín central para llamar su atención.

—Señorita Argüelles, vamos a ver. ¡Cuénteme cómo se encuentra!

Helena abrió ligeramente el ojo derecho, alzó al mismo tiempo la ceja y dijo:

—Maravillosamente. ¿No me ves?

A lo que Clairett, encendida por aquella actitud tan derrotista, exclamó:

—Eres tremenda, Helenita. ¡TRE-MEN-DA! No entiendo cómo puedes ser tan reservada cuando yo... —Se atascó—. ¡En fin, déjalo! Dime, ¿qué es eso que he oído por ahí?

Consciente de que la conversación con Clairett podía ser peligrosa, Helena se encogió de hombros y, tras analizar el punto exacto por el que se había salido el aro del sujetador que hacía unos minutos había dejado sobre la mesa, respondió distraída:

—Mira chica, no tengo ni idea.

—Uuuu, cómo estamoos.

—Clairett, te lo pido por favor. ¡Déjame en paz! —Helena hizo un ovillo

con el sujetador y se puso de pie—. Ya tengo suficiente con mis problemas como para que tú estés machacándome constantemente con lo que dicen o no dicen por ahí. ¡Paso!

—¡Eieiei, bonita! No tan rápido. Tú y yo tenemos que hablar así que ¡siéntate!

—No tengo ganas de escucharte.

—¡Siéntate!

—¿Qué quieres? —resopló Helena cuando su hermana palmeó el cojín central del sofá otra vez.

—Que te sientes y pongas tus neuronas a funcionar.

Tomó asiento.

—¿Contenta? —Sus pupilas se dilataron ligeramente al enfrentarse a los ojos de Clairett.

—Ya te lo diré más tarde. —Helena puso los ojos en blanco—. ¿Has puesto tus neuronas en modo ON?

—Sí ya voy notando cierta actividad aquí dentro —contestó tocándose con comicidad la frente.

—Perfecto. Ahora presta atención y dame una respuesta convincente a la pregunta que te voy a formular.

—Miedo me das.

Clairett hizo una extraña mueca con la cara mientras intentaba poner el cuerpo en una posición más cómoda y, como el que deja caer un ladrillo desde una quinta planta con el único pretexto de saber cómo impacta contra el suelo, soltó:

—¿Lo amas?

Con la respiración entrecortada y manteniendo apenas un vacilante control, farfulló Helena:

—¿A quién?

Clairett desvió la mirada y la dirigió hacia el exterior. El cielo comenzaba a teñirse con los tonos dorados del atardecer. Su voz adquirió un tono más bajo e íntimo al decir:

—Al sapo. Bueno, a estas alturas ya no sé cómo llamarlo porque ya ha sido sapo, cerdo, gilipollas...

Helena percibió cómo se disparaba su adrenalina y el corazón se saltaba unos pulsos. Comenzó a temblar.

—Ehm...

—Fíjate. Si estuviéramos en enero yo misma me encargaría de llevar a

TU gilipollas a San Antón para que el cura lo bautice como *pichón*.

—...

—Creo que debe ser la única raza por la que aún no ha pasado.

—Yo..., yo... —tartamudeó.

—No te esfuerces, Helena. Sé que estás deseando que ese sapito se convierta en príncipe, en TU príncipe —matizó.

Helena cruzó las piernas tratando de controlar la dolorosa y lacerante necesidad que fluía como una cascada entre sus piernas, apretó los labios, se cruzó de brazos y, percibiendo ese sudor frío en las manos, esa sequedad en la boca, esa agonía que no sabes expresar con el enfado y esas lágrimas que no quieren salir de los ojos, vociferó:

—¡Basta! Tengo suficiente con mi propia conciencia como para que tú estés las veinticuatro horas del día recordándome lo guapísimo que es ese hombre.

—Lo es —confirmó Clairett preparándose para pintarse las uñas de los pies—. Si no lo fuera, si realmente no te atrajera, no estarías así.

La cara de Helena se puso completamente roja.

—Creo... —suspiró permitiendo que todos esos sentimientos que le abrumaban mañana, tarde y noche fluyeran a borbotones—, creo que hasta Raúl se dio cuenta de lo nerviosa que me puse cuando vi a Jorge Fernández por primera vez.

Clairett sonrió tímidamente y miró a su hermana durante unos segundos antes de volver a concentrarse en sus uñas. Luego, dijo:

—Ese tío sí que era un auténtico gilipollas. No sé cómo no te diste cuenta antes.

—Tal vez fue bonito mientras duró.

—¿Tú crees? No todas las mujeres necesitamos a un príncipe que nos despierte por las mañanas. A algunas, con un café nos basta y nos sobra.

Helena puso los ojos en blanco. Finalmente, tras unos segundos de reflexión, dijo:

—Para qué engañarnos, Clairett. Lo admito. Raúl no era ningún príncipe y hacía un café horroroso. Era..., era un necio, un ególatra y un cerdo. ¡Un auténtico cerdo! No hay un solo día que no me arrepienta de haber estado liada con él.

—En cambio, Jorge Fernández es un príncipe que TÚ misma te has encargado de convertir en sapo y que está esperando que lo beses, pero de verdad.

—Puro cuento, Clairett.

—Helena, la vida no es un cuento de hadas —afirmó alejando momentáneamente el pincel de sus uñas y abriendo los ojos de par en par—. ¡Es vida! Y como tal, es real.

—¿Y?

—Todo cuento de hadas debe terminar en algún momento, hermanita. La vida, en cambio, es un cuento que puedes ir adornando a tu antojo permitiendo que entre o salga de la historia quien TÚ quieras.

Helena sabía que su hermana tenía razón. Aun así, dijo:

—No vas a convencerme.

—Si amas a ese hombre, si al menos te gusta, acércate a él. Inténtalo antes de que otra lagarta más espabilada que tú le haga unas carantoñas, se lo lleve al huerto y te arrebatte la oportunidad de sopesar al menos si quieres, o no, compartir tu vida con él.

—Clairett, déjame en paz.

—A veces pienso que eres de otro planeta, hermanita —resopló.

Helena irguió la barbilla y replicó mordaz:

—La prueba más clara de que existe vida inteligente en otros planetas es que aún no ha venido nadie a visitarnos así que en eso te equivocas, Clairett.

—No lo creo, pero me da igual.

—Pues muy bien. ¿Algo más?

—La seguridad ofrece a los hombres un embrujo que hace que los tengas a los pies sin necesidad de estar bella e irresistible a todas horas —declaró incidiendo en el tema—. Ha llegado el momento de confiar en ti misma, hermanita; de lanzarte a la batalla de la noche y el día y comenzar a luchar por lo que verdaderamente te importa.

—Clairett, por favor...

—Estás sin blanca, sin coche y sin perro que te ladre. ¿Qué puedes perder?

—Clairett, eso deberíamos matizarlo.

—Helena, déjate de tonterías. Corre a por tu sapito antes de que otra más espabilada se lo lleve al huerto y le dé un beso en la boca para convertirlo en su príncipe.

La voz le tembló al preguntar:

—¿Estás segura?

—Oye. Dramas los justos. Si fracasas ganarás el mejor premio: la experiencia de haberlo intentado. —Helena asintió y permitió que Clairett se

sentara a su lado y le cogiera de la mano. Atenta, la oyó decir—: Todo lo que no hagas y todo lo que no intentes ahora será el dolor que amargaré tu mañana.

—Lo sé —suspiró Helena.

Al ver su gesto apurado, Clairett sonrió cariñosamente. Luego, se humedeció los labios, frunció el cejo y, entornando sus bonitos ojos claros, afirmó con picardía:

—Cuando seamos viejas y compartamos habitación en una residencia, no quiero que estés todos los días arrepintiéndote de lo que pudo haber sido y no fue. ¿Me has entendido?

Ambas estaban en ese momento en el que las miradas se mantienen frías, gélidas como el hielo, cuando el tormentoso e insistente zumbido del teléfono obligó a Clairett a salir de su burbuja particular.

Saltando por encima de su hermana como ese gato que persigue a un ratón y debe sobrepasar un muro que a priori parece infranqueable, contestó con esa voz exquisita, dulce y melosa que solía emplear cada vez que hablaba por teléfono con algún cliente de la consultoría:

—¿Sí?

—Buenas tardes —dijo una voz bronca al otro lado de la línea. Clairett se mordió el labio inferior y puso cara de asco. Helena sonrió ligeramente al verla—. ¿Podría hablar con la señorita Argüelles, por favor?

Helena recogió los últimos calcetines del sofá, se liberó del peso del cuerpo de Clairett y se puso en pie. Luego, le sacó la lengua y, acercándose al auricular para captar algo de información, bisbiseó:

—Al final se te va a crear una arruga más profunda que el tajo de Ronda como sigas frunciendo el cejo de esa manera.

Clairett repitió el gesto con la lengua antes de preguntar a su interlocutor:

—¿Con cuál de ellas?

—Según el informe que me ha pasado mi compañera, he de hablar con... —Clairett percibió un inusitado revuelo de papeles a través del auricular—. Un momento, por favor. Déjeme ver... ¡Eso es! He de hablar con Helena Argüelles.

Sonriendo disimuladamente para que su hermana no se diera cuenta de la gran mentira que estaba a punto de lanzar, musitó Clairett:

—Soy yo.

Diez minutos después, mientras Helena terminaba de apagar el cigarro que

23

—Patricia, ¿sabe una cosa? —musitó Jorge Fernández con seriedad el sábado por la tarde inclinando ligeramente el respaldo de su sillón.

—Usted dirá.

—Necesito un viaje de esos que borran hasta los sentimientos.

—Me temo que hoy está en uno de esos días tontorrones, ¿me equivoco?

—Patricia, estoy hablando en serio —resopló el actor—. Siento que mi vida es un desastre. ¡Un absoluto desastre!

—Eso no es ningún misterio —certificó ella guiñándole un ojo con picardía. Asustada, al ver que él no decía nada, le golpeó en el brazo con el palo de la escoba y, con el corazón en un puño, le preguntó—: ¿Se puede saber qué le pasa?

Apretando los labios y sin apartar la vista del jardín, susurró él:

—Nada.

—Y yo voy y me lo creo —respondió Patricia sin inflexiones en la voz—. ¡Desembuche!

Sombrío, taciturno, cariacontecido y con una extraña expresión en el rostro que no reflejaba otra cosa más que miedo y preocupación, declaró Jorge:

—Al final no he podido resistirme y se lo he dicho.

Patricia apoyó la escoba contra la pared, colocó estratégicamente el trapo del polvo en una esquina de la mesa y, con la respiración pesarosa y un tono de voz más afilado de lo normal, preguntó:

—¿Decir qué? Y lo que es más importante, ¿a quién?

Jorge dejó caer los hombros y, tras unos segundos de silencio en los que las palabras no terminaban de encajar correctamente en el puzle que conformaban las experiencias y los recuerdos del pasado, susurró:

—Después de tanto tiempo dándole vueltas a qué hacer y a cómo decirlo, al final...

—Al final, ¿qué? —le interrumpió con impaciencia—. ¡Hable! ¡Hable de una vez! *Habledeunavezsinoquequiere...* ¡Lamadrequemeparió, ¿no se da cuenta que me estoy atacando?! ¡¡Dispare!!

A pesar de sus exigencias, Jorge dedicó un tiempo prudencial para recolocar las traviesas ondas de su flequillo que cascabeleaban en torno a sus cejas y formar una improvisada pistola con el pulgar y el índice de las dos manos. Obviando el «PUM-PUM» que imita el sonido de un disparo, dijo con el rostro desencajado:

—Patricia, algunas veces es necesario lanzarse a la piscina aunque no se tenga ninguna posibilidad de esquivar el golpe.

—Desembuuuche —exigió ella sujetando amenazadoramente la escoba por el mango—, o al final voy a tener que ser yo la que saque el arma.

Jorge se cruzó de brazos y evaluó el avance vertiginoso, inexorable y amedrentador de la neblina que había tapizado parcialmente el paisaje.

Finalmente, tras unos segundos de profunda, silenciosa y necesaria reflexión en los que su mente no dejó de trabajar a toda velocidad para componer una sucesión de argumentos coherentes con los que convencerla de que había hecho lo correcto, declaró:

—Le he contado a Natalia que no tiene mamá.

—¡¿Qué?! —vociferó Patricia llevándose las manos a la cabeza, luego a la cara y después al pecho—. ¡Lamadrequemeparió, ¿qué ha dicho?!

En su rostro habían aparecido nuevas arrugas y el gris de sus ojos había adquirido una tonalidad oscura, casi negra.

—Que le he contado a Natalia que no tiene mamá —repitió el actor por segunda vez.

Observándolo con esa mirada irónica y maliciosa que guarda un mensaje muy parecido a un «ya verás la que te espera a partir de ahora», comentó ella entre dientes:

—Jorge, lo tenía por un hombre más sensato.

Con los ojos vidriosos, tartamudeó él:

—Solo le he dicho que algunas mamás..., que a veces..., que a veces la cigüeña deja a un niño en una casa y se lleva a cambio a...

Patricia, que no rezaba desde hacía tiempo, murmuró una oración en silencio para calmar los nervios. Luego, apuntó:

—Suelen decir que con la lengua se tropieza más seguido que con los pies.

—Natalia se está haciendo mayor y cada día hace más preguntas —se justificó él.

—¿Y?

—Patricia, le..., le ruego que me comprenda. No podía seguir

ocultándole la verdad.

A ella le dolió ver cómo el rostro de aquel joven, que era lo más parecido al hijo que nunca había podido tener, se desencajaba. Por eso, hasta que sus espectaculares ojos verdes no recuperaron el brillo con el que refulgían habitualmente, no se atrevió a preguntar:

—¿Cómo se lo ha tomado Natalia?

—Regular.

—Lo suponía.

—Me gustaría saber cómo hace uno para pegarse una tirita en el alma — musitó Jorge cariacontecido, colocando las manos, palma sobre palma, a la altura de la barbilla.

A lo que, con un tono de voz mucho más apagado y comprensivo de lo normal, reveló ella:

—Su amigo Alejandro es el que mejor le puede aconsejar al respecto.

—¿Alejandro?

Patricia retiró algunos libros de la mesa, pasó con brío un trapo por la superficie y dijo:

—Sí, ya sabe. El que canta eso de *«tiritas pa' este corazón partíooo. Tiritas pa' este corazón partíooo... Ya lo ves, que no hay dos sin tres, que la vida va y viene y que no se detiene y, qué sé yooo...»*.

Los labios del actor esbozaron lo que a priori se podría interpretar como una sonrisa cuando ella, golpeándole en el hombro cariñosamente, suscribió:

—Muchacho, si Alejandro fue capaz de ponerle tiritas al amor, puede que también tenga algún remedio para las fisuras que se generan en el alma. ¿No cree?

Después de acostar a Natalia y comprobar que todas las puertas y ventanas estaban correctamente encajadas, Patricia se acercó al despacho de Jorge. Seguía estando muy serio, taciturno y pensativo.

—¿No tiene hambre?

—No —admitió él desviando parcialmente los ojos de la ventana—. ¿Qué quiere?

—Que escuche muy bien lo que le voy a decir.

—Usted dirá.

Patricia sonrió, metió la mano en el bolsillo de su delantal, sacó una tirita rosa decorada con algunos animalitos de granja. Luego, se acercó a Jorge

y le colocó la tirita en la segunda falange del dedo corazón de su mano izquierda.

—¿Recuerda lo que le dije antes? —Jorge se encogió de hombros y después se miró el dedo—. Dicen que las tiritas tienen una magia especial. Una vez que te las pones las heridas duelen menos.

Jorge frunció el ceño y decidió no abrir la boca.

—Siento no haber encontrado una con cerditos o sapitos —comentó ella recuperando ese deje sarcástico e irónico con el que siempre aderezaba sus conversaciones—. No hay que ser muy listo para darse cuenta de que la noche no está como para salir corriendo en busca de una farmacia de guardia así que nos tenemos que apañar.

Jorge fue a contestar algo, pero ella le tapó la boca y, colocándole otra tirita, esta vez en la frente, prosiguió:

—Recuerde que su sonrisa es la única tirita que necesita Natalia en este momento así que ¡espáblese y déjese de tonterías de una vez porque no voy a consentirle otro día más como el de hoy!

—Patricia...

—¿Se ha enterado bien o llamo al abogado para que se lo dé por escrito?

—Así está bien aunque no es tan fácil —suspiró él con tristeza—. Le aseguro que no lo es.

—Nadie dijo que lo fuera —afirmó ella estampándole otra tirita sobre el mentón—. Carolina lo dejó y aquello no estuvo bien.

—No siga, por favor.

—¿Por qué? Está usted la mar de gracioso. ¿No se están aliviando sus penas?

Él sonrió tímidamente.

—Agradezco su buena intención pero creo que esta caja de tiritas está caducada.

Sin anestesia, percibiendo cómo las palabras saltaban en su lengua y se peleaban por salir, confesó ella:

—Aquella mujer fue mezquina, despreciable, ruin... Y usted un gilipollas de tres pares de narices tal y como se han hartado de gritar los periodistas en todos los medios: radio, televisión, prensa escrita... —Jorge se retiró el flequillo de la frente y clavó sus espectaculares ojos verdes en ella—. ¡Sí, sí, no me mire así! Según la RAE un gilipollas es un estúpido en toda regla.

—Sapo, cerdo, gilipollas... —enumeró el actor forzando una mueca extraña con los labios cuando ella le arrancó la tirita que acababa de

colocarle en el mentón.

—¿Se da cuenta del currículum más extenso que tiene? —La boca de Jorge se torció de nuevo en un mohín que bien podría haber sido una ligera sonrisa—. Es duro todo lo que le ha tocado vivir. ¡Lo asumo! Sin embargo, no me negaré que Carolina fue la culpable de muchas cosas.

—En una pareja no hay culpables ni inocentes, Patricia. Por suerte o por desgracia, es un baile de dos.

Ella tragó saliva y echó un rápido vistazo al jardín. Luego, encarándose a él, afirmó:

—¡Admítalo! Carolina se portó muy mal. Negarse a casarse con usted fue..., fue...

—Su decisión.

—Sí, pero...

—Patricia, el matrimonio es una barca que lleva a dos personas por un mar tormentoso; si uno de los dos hace algún movimiento brusco, la barca se hunde. Es algo muy simple.

—Y ¿qué me dice de lo otro? ¿Cómo pudo esconder que...?

—Déjelo.

—*Lamadrequemeparió*, no hay disfraz que pueda ocultar un embarazo y, aun así, ella hizo lo indecible para disimular que estaba..., que estaba... —La saliva se le estranguló en la garganta. Tras insuflar aire a los pulmones para volver a tomar el pulso de la conversación, musitó—: Que el Señor la tenga en su gloria y me perdone por lo que voy a decir pero aquello fue ¡muy ruin!

—¿Ya se ha quedado tranquila?

—Como un guarrillo en una charca —admitió ella taladrándolo con sus ojos grises.

—Me alegro.

Jorge se despertó sobresaltado en torno a las seis. Su corazón se había apoderado de un palpitar duro, doloroso y exigente. El estómago le dio un vuelco cuando se incorporó para encender la luz, contrarrestando ese regusto amargo que se había instalado en él con una clara intención: no dejarlo dormir más, ni siquiera a retazos.

Todos sus sueños habían seguido la misma estructura durante toda la noche: un rostro femenino de almendrados ojos claros lo observaba y se fundía en negro. Luego, unos labios surgían entre miles de luces de múltiples

colores y volvía el fundido en negro. Más tarde, Carolina —ella sí que se mostraba con claridad— lo seducía con un beso, lo excitaba, lo acaloraba y todo se volvía a cubrir otra vez de negro. Negro sobre negro. Un negro atroz como el peltre del que surgía otra imagen femenina.

¿Helena?

¿Era ella, quizás?

Tenía que ser ella porque, tras un nuevo e intenso fundido en negro, todo terminaba con un bonito beso: íntimo, tierno, sensual... En definitiva, un beso como el que él le había dado a ella en aquel centro comercial y que, como el castillo en el que la Bestia mantiene cautiva a Bella, aparecía también consumido por la oscuridad.

Irónicamente, la obsesión de querer dormir fue la que no le dejó hacerlo hasta que, faltando tres minutos para las diez, Morfeo lo sedujo de nuevo mostrándole la puerta de su reino.

—Nona, ¿qué día es hoy? —inquirió Natalia cuando a las doce de la mañana Patricia comenzó a ahuecar los bucles dorados de su cabeza.

—Domingo.

—Mmm... Y ¿sabes lo que le pasa hoy a papá?

—No —respondió Patricia alzando la voz por encima del armonioso sonido del secador.

Poco convencida, tartamudeó la pequeña con su tierna inocencia:

—Yo creo que papá no ha dormido bien esta noche y por eso se le han pegado las sábanas.

—*Notemueeevas* —exigió Patricia con pesadez cuando la niña se agachó bruscamente para colocar a Pikoko en el lavabo.

—Vale.

No habían pasado ni dos minutos cuando Natalia volvió a preguntar:

—Nonaaa, ¿tú crees que estará aburrido?

—¿Quién? —Al ver que la pequeña daba la callada por respuesta, Patricia alzó las cejas y se interesó—: Galletita, ¿estás hablando de tu padre?

—¡Pues claro! —exclamó volteando los ojos.

—Y ¿qué te hace pensar que tu padre está aburrido?

Natalia compuso una mueca extraña con la cara y, envolviendo el labio superior con el inferior, dijo:

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Lleva toda la mañana en su

habitación.

Patricia apagó el secador y, con una candorosa sonrisa, susurró:

—Princesa, a ver cómo te lo explico para que lo entiendas. Lo que le pasa a tu padre es que está un poquito asustado.

—¿Asustado? —repitió inocentemente llevándose el pulgar a la boca—. Imposible. Papá es *supermegarequetevaliente*. Muy, muy, muy valiente.

Patricia sonrió.

—Galletita, tu padre tiene miedo como cualquier mortal.

—¿Miedo de qué?

—De que llegue el matarife del amor y le aseste un cuchillo en la yugular.

Natalia trenzó con dificultad las orejas de Pikoko y, tras evaluar la lista de palabras nuevas que su maestra le había obligado a aprenderse en los últimos días y comprobar que «matarife» no era una de ellas, arrugó la frente y preguntó:

—¿Qué es matarife?

—Olvidalo, galletita —sugirió Patricia volteando los ojos con comicidad—. Son cosas de vieja.

—¡Uiss! —protestó—. Me estás tirando del pelo.

—Creía que el protestón era tu padre, pero veo que no andaba en lo cierto.

Natalia alzó la barbilla, se cruzó de brazos y, con un tono de voz que rayaba la arrogancia, farfulló entre dientes:

—Seguro que papi es más quejica que yo.

—No sé, no sé... Algún día os pondré a prueba para determinar quién protesta más.

—Seguro que gano yo —asintió Natalia, emocionada.

—¿Estás segura? —inquirió Patricia, guasona.

—Claro que sí.

Otorgando cierto misterio a lo que quería decir, Patricia se acercó a ella y, con un hilillo de voz, susurró:

—¿Qué te parece si tú y yo entramos muy sigilosamente en la habitación de tu padre y le damos un susto?

—¡Sí! —aplaudió la pequeña con entusiasmo—. Seguro que todavía no se ha duchado y..., y...

—Uff, entonces tendrá los pelos tiesos como la cresta de ese pajarraco que tanto te gusta —afirmó Patricia refiriéndose al Pájaro Loco, el

protagonista de una de las series animadas más longevas de la televisión.

—¡Jejejejejejeje! ¡Jejejejejejeje! ¡Jejejejejejejeje!

—Shhh... —siseó cuando el teléfono comenzó a sonar—. Galletita, pórtate bien. Vuelvo enseguida.

Jorge Fernández giró bruscamente la cara cuando su hija comenzó a hacerle cosquillas en la nariz.

—Galletita, ¿qué haces?

Natalia dio un salto y reptó hasta el centro de la cama.

—Papi, ¿cuándo vas a levantarte? —inquirió acariciándole provocativamente el mentón, justo allí donde comenzaban a dibujarse pequeñas sombras.

—Mmm... —protestó Jorge entornando los párpados. Los ojos le hervían por la falta de sueño—. Natalia, estoy cansado. ¿Por qué no te vas a jugar un ratito con Pikoko?

—Jooo, me prometiste...

Jorge se retiró el pelo de la cara antes de decir:

—¿Qué hora es?

Natalia observó fascinada las manecillas de plástico del reloj de juguete que llevaba en la muñeca.

—Deben ser...

—Las doce y cuarto —anunció Patricia entrando como un reactor en la habitación—. ¡Hora de espabilarse y de abrir la ventana porque aquí huele a perro muerto! Por cierto, tiene ojeras.

—¡Pff!

Al ver que el actor llevaba puesto el pijama azul eléctrico con un gracioso muñeco Piolín de un amarillo fosforescente en el pecho, ese precisamente que a ella le desquiciaba tanto lavar, puso los brazos en jarra y, golpeándole enérgicamente en el hombro con el dorso de la mano, espetó:

—Estoy harta de verle con ese pijama. ¿Cuándo demonios lo va a meter en el cubo de la basura?

—Es el que más me gusta de todos los que tengo —susurró el actor componiendo una mueca extraña con la boca.

Patricia accionó el interruptor de las persianas eléctricas y comprobó que todas subían correctamente.

—Pues cuando menos se lo espere se lo va a encontrar hecho jirones en

el cajón.

Intranquilo y con el semblante desencajado, Jorge se peinó el flequillo una, dos, tres, cuatro veces antes de decir:

—¿No será capaz?

—Muchacho, como sapo y con ese pijama no se va a comer un colín.

Aquella afirmación le hizo a él sonreír.

—Patricia...

—Dígame.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—¿Otra? —contestó ella con suspicacia mientras recogía la ropa que estaba tirada en el suelo.

—¿Se puede saber de dónde le viene esa afición por las tijeras?

—Se lo advierto, Jorge, no me ponga a prueba —dijo con un tono de voz amenazador capaz de atemorizar al más valiente de los mortales.

Natalia, que hasta el momento había permanecido en silencio, se bajó de la cama, recogió un par de almohadones que había en el suelo y, dirigiéndose a su padre que con una ligera sonrisa mantenía una lucha encarnizada con su flequillo, preguntó extrañada:

—Papi, ¿tú eres un sapo?

—Sí —se adelantó a decir Patricia haciendo un ovillo con la ropa sucia —, de los que croan sin parar y no se dan cuenta de lo que tienen delante hasta que alguien le da un pellizco en el corazón o un zapatazo en el trasero. ¡Imagínate!

Sorprendida, y con los ojos de par en par, inquirió la pequeña:

—¿De verdad?

—Galletita, tu padre necesita que una princesa le dé un beso y le saque de ese selecto grupo de personas que viven en una Situación Óptima Libre de Traiciones, Errores Románticos y Sin Obligaciones Sentimentales.

Jorge puso el cuerpo en una posición más cómoda y, observándola con esa mirada enloquecida y lobuna con la que Alex Blackwell, el protagonista de *Oscuras Pasiones*, seducía a Hayley Van Rysselberghe, personaje al que, y en contra de los deseos de Sonia Belmonte, había interpretado la actriz Sara Llopis, comentó:

—¿Otra vez vamos a empezar con lo mismo?

—Toma papi —sonrió Natalia besándole con ternura en la mejilla—. ¿Con este te sirve?

—Por supuesto, galletita —contestó el actor acercándose a su cuello.

—Si quieres puedo darte otro.

—Puedes darme todos los besos que quieras.

En silencio, Patricia se acercó a la cómoda y abrió un cajón. Cuando dio con el sobre marrón que ella misma se había encargado de esconder estratégicamente entre dos camisetas viejas del mismo color, espetó entre dientes:

—Los besos de su hija le alimentan el corazón, pero precisamente no son los que más falta le hacen en este momento, muchacho.

—¡Uisss! —exclamó Natalia con nerviosismo cruzando las piernas—. Papi, me..., me..., me hago pis.

—Rápido, galletita. ¡Corre al baño! —le animó Jorge dándole un cachete en la pierna y abriendo los ojos de par en par. Con gesto serio, susurró poco después—: Patricia, suelen decir que a las mujeres no hay que tenerles miedo cuando gritan sino cuando están en silencio observándote fijamente. ¿Qué ocurre?

Incapaz de reprimirse durante más tiempo, ella levantó el sobre y anunció triunfal:

—Carlos Medina le envió esto hace una semana.

—¿Carlos? —repitió él como un autómatas—. Creía que...

—Jorge, lo que tiene en las manos —le cortó ofreciéndole el grueso de folios mecanografiados a doble espacio y encuadernado en espiral—, es uno de los mejores proyectos que va a recibir en toda su vida.

—Patricia, ya sabe lo que opino al respecto.

—Yo solo sé que no sé nada salvo que ya he dicho que sí por usted.

—¡¡¿CÓMO?!! —vociferó Jorge, sintiendo cómo la sangre le burbujeaba en las venas y le martillaba las sienes al igual que un huevo hace con el acero inoxidable de la cazuela cuando el agua entra en ebullición—. ¡¡¿QUÉ HA HECHO?!!!

Consciente de que dar muchas explicaciones iba a mermar el interés que había conseguido despertar en él, Patricia soltó sin tregua:

—Tenga en cuenta que me debe el veinte por ciento de los beneficios en concepto de representación. Y no se preocupe porque, como manager, no le voy a hacer ninguna faena como les ha sucedido últimamente a algunos personajillos de la tele. —Lo miró y, dejándolo boquiabierto mientras él ojeaba distraídamente lo que sin lugar a dudas era el guion de una película, añadió—: Jorge, escúcheme bien con esas orejotas. Póngase a estudiar a la voz de ¡ya! Estoy convencida de que el año que viene le van a dar un Goya.

—...

Patricia tragó saliva y, al ver que él no reaccionaba, estalló de nuevo:

—Entretanto, tiene que hacer un par de cositas para que su vida sea redonda.

»¡Uno! Dejar de dar pie a esos rumores que corren por ahí y que lo tachan de moverse menos que un garbanzo en la boca de un viejo en lo que se refiere al amor y...

»¡Dos! Poner esas patas de cerdo que distan mucho de ser jamón de Jabugo en funcionamiento para que... —Jorge abrió los ojos de par en par—. Eran ancas, ¿verdad?

—Sí —sonrió él.

—Da igual. Lo importante es que encuentre a esa princesa de cuento que anhela con amargura la ausencia de sus besos y que... ¿Me está escuchando?

—Perfectamente —musitó él con el corazón sobrecogido.

—¡Genial! —aplaudió ella. Al ver que él no reaccionaba, cogió un almohadón y, golpeándole enérgicamente en el hombro, exclamó acalorada—: ¡Maldita sea, Jorge, espabílese!

—¿Pero?

—¡*Niperosnileches!* —exclamó Patricia casi sin respirar—. ¡Espabílese!

24

A las cinco y media de la tarde, después de haber salido en busca y captura de una tienda de disfraces, Clairett se cubrió con una manta y se dejó caer con pesadez en la cama de Helena.

Entre estornudo y estornudo, mientras su hermana se hacía las planchas frente al espejo que se encontraba sobre la cómoda y que al igual que el resto del mobiliario de la casa tenía más años que Matusalén, declaró con gesto indescriptible:

—Tanto aviso de ola de frío polar, bajada drástica de temperaturas y amenaza de lluvia me tiene..., me tiene..., *aaa...*, me tiene negra, Helenita. *¡Aaachís!*

—Jeesús.

—Por Dios, qué frío más horroroso —dijo mientras se sonaba la nariz—. Como esto siga así, *aaachís*, no sé si voy a tener suficientes abrigos, gorros, bufandas y guantes en el armario.

Helena desenchufó las planchas y observó el estado lamentable que presentaba Clairett. Al parecer, el mucolítico que se había tomado tres horas antes para controlar los efectos de lo que a priori parecía un simple catarro no había dado resultado. Sin duda, cada vez estaba peor.

—Esto que te está pasando —le advirtió chasqueando los dedos para llamar su atención—, es por dormir con el culo al aire, guapa.

—Dormir desnuda mantiene el deseo activo y..., *aaachís*.

Preocupada, Helena se acercó a su hermana y le tomó la temperatura de la frente con la palma de la mano.

—Según un refrán japonés, si estornudas una vez es porque hablan de ti, si lo haces dos veces porque te están criticando y si lo haces tres significa que estás resfriada.

—Solo un poquito.

—¿Estás bien o tengo que salir corriendo en busca de una escafandra para protegerme de tus virus?

Clairett sacó un paquete de pañuelos de papel del bolsillo izquierdo de su pantalón, retiró el precinto de un historiado color naranja con letritas en

blanco, sacó un tisú y se secó las lágrimas que resbalaban por sus acaloradas mejillas antes de decir:

—Todo lo bien que se puede estar cuando descubres que el bombero de culo respingón que cada noche te susurra al oído «*maite zaitut*^[2]» se acuesta con otra.

De la impresión, a Helena se le resbalaron las planchas de las manos que, por fortuna, amortiguaron el golpe al caer sobre una de las zapatillas de Clairett.

—Sí, sí, Helenita, como lo oyes —suspiró pesarosa, forzando una sonrisa que en cualquier otra circunstancia podría haberse interpretado más como un mohín—. Salvo..., *aaachís*, salvo ese pequeño detalle y que tengo la nariz como un pimiento morrón, ¡estoy eufórica! ¿No me ves?

—Lo siento. No sabía que Asier y tú habíais roto.

—No lo sientas, Helena. No merece la pena. Tú ya sabes que yo..., yo... —estornudó—, ya sabes que yo estoy a favor de que la gente haga lo que quiera.

—Ya.

—Las cosas como son. Asier tenía un cuerpo de infarto y un culo que quitaba el hipo, pero...

Helena puso los ojos en blanco y, dirigiéndose a la persona que había al otro lado del espejo y que se había convertido en su amiga más fiel, cuchicheó:

—¿No se ha cumplido la regla del treinta y tres?

Su propio reflejo no comentó nada.

—No —sonrió Clairett sacando la mano de debajo de la manta para sonarse la nariz que, como un grifo a presión, no dejaba de moquear—. Ayer las cuentas..., *aaachís*, las cuentas no me salieron bien.

Avergonzada, y con un inusitado tembleque de manos, Helena colocó las planchas sobre la mesilla de noche y, tras reafirmarse en la idea de que Clairett había perdido un tornillo, la tuerca o la ferretería completa, terminó haciendo mutis por el foro.

Durante una hora permaneció aislada del mundo sujetando el viejo vaso de yogur que había pertenecido a su padre y que hacía las veces de cenicero mientras su mente trabajaba sin parar sopesando si fumar era lo que realmente necesitaba hacer en ese momento.

La respuesta no tardó en llegar de manos de Clairett que, concentrada en disimular con una buena capa de maquillaje las profundas ojeras marrones que

envolvían sus ojos, susurró desde el salón:

—Lo único bueno de fumar es que te da una excusa temporal para ausentarte un rato de la realidad, Helenita. ¿Cuándo vas a dejar de invertir dinero en esa porquería?

Helena se ajustó las gafas en el puente de la nariz. Incrédula, sin saber a qué atenerse, preguntó:

—¿Dónde vas?

Clairrett era consciente de que la fiebre estaba haciendo estragos con ella. Le pesaban los párpados, los labios, ¡hasta las pestañas! Aun así, la miró convencida y, sosteniendo una sonrisa guasona en los labios más ligera de lo habitual, respondió:

—No me perdería tu primer día como payaso ni por todo el oro del mundo.

Helena inspiró profundamente. Luego, con el rictus desencajado, mientras jugueteaba con el envoltorio de plástico de la cajetilla de tabaco y la piedra del mechero, le advirtió:

—Recuerda que la venganza y los cangrejos de río se sirven en plato frío, guapa, así que no te pases ni un pelo.

—Amenazas las justas, Helenita —sugirió Clairrett apuntándole con la brocha—. ¿Te has visto? ¿Has visto lo graciosa que estás con ese traje de colorines? Estoy segura de que cuando te pongas esos zapatones, te pintes la cara de blanco, te coloques la nariz roja y grites «¡¡Cómo están ustedes!!» no vas a tener que envidiar en nada a los payasos de la tele.

Helena soltó la cajetilla de tabaco, se desembarazó de las gafas y se frotó el puente de la nariz con el dorso de la mano como si ésta estuviera envuelta en un guante de boxeo.

—Guapa, vete a freír puñetas.

—¡Uff, yo también te quiero! —susurró Clairrett entre dientes. Poco después, al percibir un cierto velo de inseguridad en el rostro de su hermana, compuso una mueca forzada y añadió con sarcasmo—: Por cierto, gracias por lo de guapa. Viniendo de ti..., *aaachís*, viniendo de ti es un cumplido.

—Pues yo ya no sé si te quiero con todo mi corazón o te odio con toda mi inteligencia —bufó Helena tras un intenso cruce de miradas.

A lo que, imitando los movimientos y la forma de interpretar de los payasos de la tele, respondió Clairrett:

—*Nooo... hay nada más lindo que la familia unida, atada por los lazos del amor.*

—¡Amichochos! —exclamó golpeando el suelo con el bastón—. Ya os decía yo que lo tenía en la punta de la lengua.

Entre risas y pañuelos de papel, le corrigió Clairett:

—Amigovios, Pepita. Se dice amigovios.

—¿Qué?

—A-MI-GO-VIOS —repitió Clairett.

—¡Qué más da! La cuestión es que ese bombero que apaga fuegos y rescata gatitos de los árboles te ha dejado compuesta y con las bragas puestas —sonrió. Y, al darse cuenta de cómo iba vestida Helena, vociferó sorprendida —: ¡Madreeeee, ¿tú te has mirado en el espejo?!

Helena lanzó una mirada lobuna a Clairett que luego suavizó al enfrentarse con la de su vecina y, tratando de sonar agria y convincente, espetó entre dientes:

—La vida está llena de contradicciones y sorpresas, Pepita.

—Nunca mejor dicho.

—Clairett —resopló Helena cuando su hermana se carcajeó al ver los zapatos de payaso—, te juro que esto me lo vas a pagar, ¿me oyes?

—Hermosa. Mi Alfonsico solía decir que el que jura jurar, no jura más que para impresionar —comentó la anciana revisando uno por uno los botones que el disfraz llevaba en las mangas.

—Yo no tengo que dar buena impresión a nadie, Pepita.

—Claro, porque no eres una impresora —se mofó Clairett con los ojos llorosos—. Uisss, que se me cae el moquillo.

—Déjate de coñas, guapa —resopló Helena con la mandíbula en tensión.

—La realidad solo tiene un camino, hermanita. —Suspicaaz, dirigiéndose a la octogenaria que junto la ventana evaluaba con nerviosismo la posición de las manecillas del reloj, añadió poco después—: Pepita, usted seguro que está de acuerdo conmigo. ¿A que sí?

La anciana colocó la cortina en su posición correcta y preguntó:

—¿De acuerdo con qué?

A lo que Clairett cuchicheó:

—¿No cree usted que al que debería impresionar Helena es..., es..., *aaachís*, es a quien usted y yo sabemos y no nos atrevemos a decir?

—Tiempo al tiempo —aseguró sonriendo con picardía. Luego, se acercó a Helena para evaluar la composición de formas y colores de su disfraz de payaso y comentó al tocarlo—: Madreeeee, no me imaginaba que esta tela fuera tan áspera como una lija.

—Seda no es, precisamente —consiguió balbucear Helena a modo de queja.

—Cuando te lo quites ya puedes darte un poquito de crema porque me temo que los brazos se te van a poner en carne viva.

Helena, a quien no le habían pasado inadvertidas las últimas palabras que la octogenaria había compartido con Clairett, alzó una ceja y preguntó intrigada:

—Pepita, ¿qué trama?

—¿Yooo? —respondió guasona mirando primeramente a Clairett, su cómplice y, más tarde, el reloj para disimular. Alto y claro, consciente de que ella no iba a ser la que rompiera la sorpresa, declaró—: Nada.

A lo que Helena, con un tono de voz desafiante, contestó:

—¡Ya! Y ¿dónde ha estado metida toda la mañana si se puede saber?

—Mmm, en casa. Colgada del teléfono —balbució añadiendo poco después a modo de justificación—: ¡Fíjate! Fíjate cómo tengo las orejas, ricura.

—Rojas como dos tomates —apuntó Clairett—. ¿Ha hablado usted con muchas personas hoy?

—Las suficientes para conseguir que quien TÚ sabes se ponga las pilas, encienda el reactor y venga pegándose patadas en el culo a salvar a la rosa que desde hace meses se marchita por culpa de la ausencia de agua y el exceso de veneno en sus espinas —dijo casi sin respirar—. ¿Me has entendido, ricura?

—Perfectamente.

—Pepita, ¿ahora se va a apuntar usted también a la moda de hablar en clave? De mi hermana me espero cualquier cosa —comentó Helena—, pero de ¿usted?

Clairett puso los ojos en blanco y se sonó la nariz. Luego, previendo que un nuevo estornudo estaba cerca, expuso:

—Hermanita, me gusta la gente con la que puedo ser como soy: rara, muy rara.

—Ricura, los secretos son preguntas sin respuesta —advirtió Pepita Santamaría encogiendo los hombros—. Por cierto, ¿qué escándalo es ese?

Salta la rana. Que olé, olé, salta la rana.

Salta la rana. Buscando el agua verde y olé.

Salta la rana. Buscando el agua verde y olé.

—Helenita, por Dios, abre el balcón y mira a ver qué pasa ahí abajo —

exigió Clairett—. ¿Esa no es una coplilla de...?

Salta la rana. Salta la rana.

Así mi corazón saltará si tú me llamas.

Así mi corazón saltará si tú me llamas.

*Dame otra oportunidad. La necesito de veras
dame otra oportunidad. Que nunca es tarde,
nunca es tarde para volver a empezar.*

—Una sevillana muy conocida de María del Monte, ricura —confirmó la octogenaria asomándose al balcón—. Lo sé porque a mi Alfonso le encantaba todo lo que tuviera que ver con Andalucía. ¡Madreeeee, ese gracejo que tienen los del sur le volvía loco!

Fuego en el campo. Que olé, olé, fuego en el campo.

Fuego en el campo. Chisporrotean las ramas y olé.

Fuego en el campo. Chisporrotean las ramas y olé.

Fuego en el campo. Fuego en el campo.

Mi vida, si no vuelves a mí, se irá apagando.

Mi vida, si no vuelves a mí, se irá apagando.

—Se ha pasado, Clairett. ¡SE HA PASADO! —exclamó Pepita volteando los ojos cuando el volumen subió considerablemente y los cristales comenzaron a temblar—. ¡ESE ACTORCITO SE HA PASADO!

Clairett se lio en la manta que hasta hacía unos minutos le había servido de parapeto y le había ayudado a controlar los temblores del cuerpo y se asomó al balcón.

—Pepita, ¿le digo la verdad?

—*Pa' qué* —respondió empleando ese deje andaluz que tanto le gustaba a su marido.

—Yo no me esperaba esto —suspiró Clairett dando un par de bocanadas de aire al respirar.

—Ni yo, ricura, ni yo —admitió la anciana abriendo los ojos de par en par. Luego, mientras señalaba hacia abajo, dijo—: Fíjate quién está en el portal: La Coles, La Sagasta y... ¡Madreeeee, ¿esa no es...?!

—Puri, la del sexto A izquierda —confirmó Clairett.

—¡Malas puñaladas no le den! Le gusta más un *fregao* que a un tonto un lápiz. ¡Mira! ¡Mira! —le exigió—. Son como las tres Marías.

—Sí. La mierda, la caca y la porquería.

Con las rodillas gelatinosas, Helena se asomó al balcón. Su corazón se saltó un par de pulsos cuando vio el espectáculo que se estaba formando en la

calle.

Enfundado en un traje de fieltro de color verde y con una rosa roja en la mano, Jorge Fernández danzaba sobre el capó de su todoterreno, ese precisamente que había llevado al desguace a su querido Seat Panda.

Salta la rana. Que olé, olé, salta la rana.

Salta la rana. Buscando el agua verde y olé.

Salta la rana. Buscando el agua verde y olé.

Salta la rana. Salta la rana.

Así mi corazón saltará si tú me llamas.

Así mi corazón saltará si tú me llamas.

Cuando la primera estrofa de la canción comenzó a tronar en bucle en los altavoces del coche, Jorge Fernández espantó las traviesas ondas de su flequillo, alzó los brazos y, señalando el traje verde chillón que no hacía justicia a su cuerpo, gritó a todo pulmón:

—¡¡¡Preciosa, esto es lo más parecido que he encontrado a un sapo!!!

Helena percibió cómo el rubor se apoderaba de sus mejillas. ¿Había escuchado bien? ¿Había dicho Jorge que ella era preciosa?

—¡Madreeeee, qué romántico! —vociferó Pepita, emocionada.

—Alucinante —susurró Clairett.

—¡¡Helena!!

—¿Qué quiere, Pepita?

—¡Es Jorge! ¡Jorge Fernández! —exclamó zarandeándole los hombros—. ¡Madreeeee, esto es como la escena de la *Pity Guoman*!

—Sí, pero a lo cutre —declaró Clairett con suspicacia—. Nunca había visto otra cosa igual.

Emocionada, tratando de alentar a Helena que, paralizada, se mantenía inmóvil sujetando los hierros oxidados de la barandilla, tartamudeó la octogenaria:

—Ricura, no me negarás que esto es lo mejor que te ha ocurrido en mucho tiempo.

—Pensándolo bien —musitó Clairett poniendo en voz alta sus pensamientos—, esto es excitante, romántico, sensual... ¡Uff, la mejor película de tu vida, hermanita!

Helena abrió los ojos de par en par. Un sudor frío, gélido y glacial, recorría su espina dorsal.

En la calle, Jorge Fernández sonreía nervioso tratando de controlar el movimiento de su largo y ondulado flequillo que ondeaba al viento. La mirada

de deseo adornaba sus pupilas cuando volvió a gritar:

—¡¡¡HELENA!!!

Ambos habían estado durante meses en un limbo en el que ella, con cierto disimulo, había tonteado con él y él, sin quererlo, le había correspondido.

—Ricura, te está llamando —anunció Pepita Santamaría con emoción—. A ti. Solo a ti.

Atizado por el viento, su rostro mantenía el color rosado —casi rojo— que reproducía su vergüenza cuando titubeó con voz temblorosa:

—Pepit..., Josef... ¡¡Josefina, ¿usted tiene algo que ver con esto?!!

Salta la rana. Que olé, olé, salta la rana.

Salta la rana. Buscando el agua verde y olé.

Salta la rana. Buscando el agua verde y olé.

—Para qué nos vamos a engañar, ricura. Una tiene sus contactos —respondió la anciana con los ojos vidriosos.

—Y..., y... —Las palabras se le atascaron a Helena en la garganta.

—Corazón —musitó Pepita con un tono de voz tranquilizador—. Déjate de tonterías. El amor es como una flor. TÚ, SOLO TÚ, decides si la riegas, si la dejas florecer, si le das lo necesario o si la dejas marchitar.

—¿Por qué ha hecho esto?

—Shhh... —Colocándole la palma de la mano en el pecho, dijo—: ¿Lo sientes? ¿Sientes cómo bombea tu corazón?

Helena se subió las gafas y movió la cabeza afirmativamente.

—Aunque algunas hagamos de alcahuetas y te allanemos el camino, TÚ eres la única que puede regar a esta hermosa flor que atesoras justo aquí —susurró Pepita Santamaría martillándole el pecho con el índice, a la altura del corazón—. Lo mágico del amor es que cuando comienzas a creer que no existe, siempre llega alguien que te demuestra lo contrario.

—Pepita, yo —lloriqueó Helena. Emocionada, Clairett le ofreció un pañuelo de papel—, yo...

La octogenaria frunció el ceño, dio un paso al frente y la acunó como a un bebé entre sus brazos.

—Ricura —susurró maternalmente—, hace frío y tu Ricardito espera ansioso.

—¿Ricardito? —inquirió Clairett. Helena sonrió ligeramente—. ¡Vaya, creo que este trancazo me está haciendo perder facultades! ¿Se refiere usted a Richard Gere?

Pepita asintió y sus pupilas se dilataron ligeramente expresando un deseo

subconsciente de intimidad que Clairett captó rápidamente.

—Helena, aligérate. Recuerda que este edificio no tiene escalera de incendios como el de la *Pity Guoman* —comentó la anciana con una divertida sonrisa dibujada en los labios—. ¡Vamos!

—Pepita, yo..., yo... —tartamudeó Helena deteniéndose en seco cuando su vecina comenzó a tirar de ella.

—Shhh... —siseó colocándole un dedo en los labios para que guardara silencio. Poco después, cuando la joven dejó de temblar, añadió—: Mi Alfonsico, que en paz descansa, decía que hay que amar con locura porque el amor es gratis y LO CURA TODO.

En el exterior, la melodiosa voz de María del Monte seguía entonando en bucle:

Salta la rana. Que olé, olé, salta la rana.
Salta la rana. Buscando el agua verde y olé.
Salta la rana. Buscando el agua verde y olé.
Salta la rana. Salta la rana.
Así mi corazón saltará si tú me llamas.
Así mi corazón saltará si tú me llamas.

—¡Helenita! —gritó Clairett cuando Basilio detuvo el tráfico y los conductores, al compás, empezaron a entonar con el claxon el «*Salta la rana. Que olé, olé, salta la rana*»—. Soy rara, lo acepto; que estoy loca, también. Pero te lo suplico. Baja de una vez a la calle, dale un morreo a tu sapito y haz que termine todo esto. Tengo a la rana metida en la cabeza y ¡ya no puedo más!

—Ricura, como no pongas freno a esta situación, tu hermana se va a poner a cantar por Camilo Sesto y ya no sé qué es peor.

—Con la que tiene encima no creo que tenga ganas de ponerse a cantar —afirmó Helena secándose las lágrimas que aún resbalaban por sus mejillas.

—No me..., no me pongas a prueba. ¡*Aaachís!*

—Helena, no pierdas el tiempo —sugirió la octogenaria abriendo los ojos de par en par cuando Clairett volvió a estornudar—. Besa a ese sapito de ojos verdes y ayúdale a convertirse en tu hermoso príncipe antes de que los virus te atrapen.

25

—¡Nona, papá se ha vuelto loco! ¡Loco, loco, loco!

Consciente de que ya todo estaba perdido —la reputación, la fama, el orgullo, el buen nombre—, Patricia Ramírez se acercó a Natalia y colocó su mano ajada sobre sus labios para reconfortarla y evitar que siguiera gritando. Luego, frunció el cejo y, lanzándole una mirada incendiaria al actor que, alocado, saltaba como un sapo y croaba como una rana, siguiendo el ritmo de la canción, musitó:

—Es lo que tiene el amor, galletita. Vuelve loco a cualquiera, incluso a las personas que por lo general aparentan ser las más cuerdas.

—Yo no quiero enamorarme nunca —gimoteó Natalia envolviendo el labio superior con el inferior—. ¡Nunca, nunca, nunca!

—Galletita, enamorarse es como querer saltar al vacío. Aunque la mente te diga que es una locura, tu corazón insistirá, te dirá que puedes volar y te lanzarás al abismo sin sopesar las consecuencias que vendrán después de la caída.

La pequeña frunció los labios, la nariz y la frente.

—Nona, no te entiendo —murmuró por lo bajini, tras unos segundos de profunda reflexión—. De todas formas a Pikoko no le gusta volar y a mí tampoco.

Aquella declaración hizo sonreír a Patricia que, calándole el gorro de lana hasta las cejas, respondió con voz alta y clara:

—Princesa, a tu edad, todas decimos lo mismo.

Natalia se rascó la nariz a la altura del entrecejo y suspiró pesarosa:

—¿Cuándo nos vamos?

—Enseguida, galletita.

—Jooo —protestó—. Me duelen los pies y... Y ¡tengo hambre!

—No entiendo por qué. Acabas de comerte una manzana.

Viendo que su estrategia no daba resultado, Natalia levantó un dedo y, moviéndolo como si le estuviera regañando, comentó:

—Susí se va a enfadar como no lleguemos a tiempo al cumpleaños.

—No te preocupes.

Natalia levantó el dedo otra vez.

—Nona, yo no quiero saber nada si luego no te puedes comer un trocito de tarta, ¿eh?

Patricia sonrió. Iba a decir algo cuando una voz de origen impreciso gritó:

—¡Apaga la música, *desgraciaooo!*

En respuesta, Jorge espantó de un manotazo la maraña de pelo ondulado que caía en cascada por su frente, alzó los brazos y, a viva voz, como si estuviera dando un concierto en el Teatro Real, canturreó:

—*Así mi corazón saltarááá si tú me llamas.*

—¡*Desgraciaooo!* —increpó con más contundencia otra voz—. Deja en paz a la rana de una vez.

Avergonzada, Patricia se acercó al vehículo. Golpeando el capó con la palma de la mano para llamar la atención del actor, espetó entre dientes:

—¡*Lamadrequemeparió*, deje de hacer el tonto y bájese de ahí!

—Enseguida.

—Está haciendo el ridículo más grande de toda la historia.

—No me importa.

—Van a tener que añadirle a la Espasa por lo menos tres tomos para poder incluir esto —comentó ella con exageración abriendo los ojos de par en par.

—¡Cante conmigo! *Salta la rana. Que olé, olé, salta la rana. Buscando el agua verde y olé. Salta la rana. Buscando el agua verde y olé. Salta la rana.*

Harta de la situación, Patricia se descolgó el bolso del brazo y, sin soltarlo del asa, lo lanzó al aire.

—¡Auuu! —protestó Jorge al recibir el impacto en el glúteo—. ¡¿Se puede saber a qué ha venido esto?!

—Este cacharro de ciento veinte gramos que llevo en el bolso —le recordó ella con autoritarismo refiriéndose al teléfono móvil que él le había regalado—, sirve para muchas cosas. Sobre todo para detener a esos sapos tontorrones que pasan el día escondidos en su guarida y que salen a la caza de una princesa cuando cae el sol.

—Me ha hecho daño, ¿lo sabe? —resopló él frunciendo los labios y abriendo los ojos de par en par.

Patricia se mordió el labio inferior, luego el superior y, finalmente, declaró entre dientes y sin inflexiones en la voz:

—Lástima que le haya dado en el culo y no en la cabeza. —Previendo que la situación no iba a mejorar si ella no entraba a la zaga y se enfrentaba a él como era debido, soltó con determinación, casi sin respirar—: *¡Lamadrequemeparió,* Jorge, *bájesedeunavezdelcochesinoquierequelodejesecodeunbolsazo!* El espectáculo que está dando es..., es..., es ¡bochornoso!

—En la guerra y en el amor está permitido perder el juicio, la cordura y...

—Y ¿qué me dice de la cabeza? —resopló ella amenazadoramente, dejándolo con la palabra en la boca.

—Eso ya son palabras mayores, Patricia —admitió guasón, apartándose rápidamente cuando ella lo intimidó otra vez con el bolso.

—La dignidad no hay que perderla por nada ni por nadie porque el amor no se ruega ni se suplica, ¿me oye?

—Algunas veces... —carraspeó Jorge percibiendo cómo la humedad y los gritos estaban haciendo estragos en su garganta—, algunas veces Dios nos quita algo que nunca pensamos perder para darnos otra cosa que nunca pensamos tener.

Dándole la entonación precisa a las palabras que bullían desordenadas en su mente, gruñó enfadada:

—Definitivamente ha perdido el norte, muchacho.

—Yo debía tener unos doce o trece años cuando una mujer muy sabia me dijo que algunas veces es necesario perder el norte para descubrir que puedes ir en muchas otras direcciones —vociferó él con entusiasmo—. ¿Lo recuerda?

Patricia se encogió de hombros. ¿Cómo no iba a recordarlo?

Sin embargo, haciendo oídos sordos y refiriéndose al nutrido grupo de japonés que, atraídos por el «*Salta la rana. Que olé, olé, salta la rana.*», correteaba por la acera de enfrente buscando un buen ángulo para inmortalizar aquel espectáculo tan controvertido, comentó con ansiedad:

—El estanque en el que se ha metido cada vez está más revuelto, muchacho, y se está infestando de pirañas. ¿No se da cuenta?

—¡Qué fatalista es usted algunas veces! —exclamó Jorge antes de iniciar una nueva interpretación del *hit* que reverberaba en los altavoces de su todoterreno—: *Salta la rana. Que olé, olé, salta la rana.*

—*¡Lamadrequemeparió,* los *paparicheros* tienen que estar a punto de llegar!

—No pienso moverme de aquí hasta que pueda hablar con ella —anunció

él señalando a la mujer que se encontraba en uno de los balcones de la cuarta planta de aquel edificio antiguo del Madrid de los Austrias.

¿Por qué Helena, su Helena, aquella mujer de almendrados ojos claros cuyo nombre se escribía con hache y que temblaba como un gatito a la espera de ser rescatado se hacía tanto de rogar?

Tras aquel beso tonto de chapas en el aparcamiento del Hospital Universitario La Paz todo había cambiado para Jorge. Sin pretenderlo, había entrado en una espiral de desencuentros con Helena. Desencuentros que, por otra parte, habían ido calando muy hondo en él fundiendo el hierro de los setecientos cincuenta y siete mil doscientos cincuenta y tres candados que protegían su corazón.

Aquel arrogante «mira guapito», el beso enturbiado por el exceso de alcohol o incluso aquella declaración ante las cámaras en la que Helena lo había comparado con un sapo verde de ojos saltones, habían conseguido despertar en él sentimientos que creía tener muy olvidados.

Exaltado, acalorado, excitado. Así era como se sentía cuando, tras seguir los acordes del «*Salta la rana. Que olé, olé, salta la rana.*» con los pies, gritó por segunda vez:

—¡¡¡HELENA!!!

—Se lo dije, Jorge. No diga que no se lo dije. ¡Ya han llegado los *paparicheros!*

Pizpireta, Natalia frunció el cejo, la nariz e incluso los labios. Luego, puso los ojos en blanco, mordió ligeramente el cordón de su gorro de lana y, después de corregirla, añadió de forma repetitiva y con expresión cómica:

—*Paparazzi, paparazzi, paparazzi...* Se dice *paparazzi*, Nona. ¡PA-PA-RA-ZZI!

Entusiasmado, imitando la escena de la película *Mary Poppins* en la que Bert —interpretado por el archiconocido Dick Van Dyke— hace una pequeña exhibición de claqué junto a unos pingüinos mientras Julie Andrews —en su papel de *Mary Poppins*— aplaude animada ante una mesita blanca de té, declaró Jorge:

—¡Patricia, ¿no me ve?! —Ella detectó cierta excitación en su voz, pero no dijo nada, al menos no inmediatamente—. ¡He hecho exactamente lo que usted quería!

Entre dientes, haciendo acopio de su mayor brusquedad, expresó ella:

—Esto no es precisamente a lo que yo me refería cuando le dije que se pusiera las pilas y corriera en busca de la princesa de cuento que lloraba con

amargura en las televisiones por uno de sus besos.

—Precisamente —suspiró él espantando con entusiasmo las traviesas ondas de su flequillo que caían en cascada por su frente cubriendo sus espectaculares, risueños y chispeantes ojos verdes—, usted es la que ha acompañado a este sapo de ojos verdes en su camino hacia la fresca charca. ¿No lo ve? Gracias a usted he podido comprender que la vida es como montar en bicicleta y que para mantener el equilibrio no hay que parar de pedalear.

Mordaz, reprimiendo una sonrisa de suficiencia, soltó ella:

—Eso lo dijo Einstein.

A lo que el actor, guiñándole un ojo con picardía, respondió sagaz:

—¡Me ha pillado! De todas formas, no me negará que ese hombre fue muy listo. Más o menos como usted.

—¡Efectivamente! Un hombre muy listo, como yo, al que seguramente no le tocó lidiar con una persona tan tonta como usted —aquilató Patricia con voz temblorosa y una luz especial en sus ojos grises—. Definitivamente ha perdido un tornillo, Jorge. ¡UN-TOR-NI-LLO! Por mucho que no le guste, no me voy a cansar de repetirle que las cosas no se hacen así.

Natalia, que había estado pendiente de toda la conversación, señaló con uno de sus dedos regordetes el escaparate de la ferretería que se encontraba en la acera de enfrente y, creyendo haber dado con la solución al problema, preguntó:

—Nona, ¿no podemos comprar otro en esa tienda?

—Creo que ese tipo de tornillos no los venden ahí, galletita —respondió Patricia. Y, cogiéndola de la mano, añadió—: ¡Vámonos!

Por alguna extraña razón, Jorge Fernández necesitaba la seguridad que le proporcionaba aquella mujer que lo sobreprotegía como una madre y lo salvaguardaba de todo aquello que suponía dañino para él.

Por ello, al ver cómo daba por cerrada la conversación sin darle la oportunidad de explicarle que aquella decisión alocada era la que su corazón necesitaba para seguir el ritmo que había tomado desde hacía un tiempo, vociferó:

—¡Espere! —Patricia se detuvo en seco. En su rostro se podía apreciar un mar de contradicciones—. Usted siempre dice que la vida son dos días y...

—Pues no pierda el tiempo.

—Patricia, quiero..., quiero... —tartamudeó y, tras aclararse la garganta donde la saliva se había concentrado formando una barrera difícil de derribar, añadió—, quiero enamorarme de verdad.

—¡Y yo sueño con tener un barco en propiedad y ello no implica que lo vaya a comprar!

—¡Hágalo! —sugirió él con guasa abriendo los ojos de par en par. Emocionado, añadió poco después—: ¿No comprende que a veces es necesario hacer alguna locura para darnos cuenta de que estamos vivos y no muertos en vida?

—Está claro que ambos pensamos lo mismo y eso me quita un peso de encima. Pero hay formas muy diferentes de entender las locuras, muchacho, y lo de hoy no tiene nombre.

—¿No se da cuenta que quiero —carraspeó—, que quiero enamorarme hasta las trancas y dejar de ser ese soltero fuera de cobertura que vaga por la vida como un diablo en pena?

—¿Y convertirse en un soltero con la soga al cuello? —Patricia abrió los ojos de par en par y lo observó detenidamente con algo que él no pudo reconocer si era amor, admiración, odio o compasión—. O lo que es peor, ¿casarse para toda la vida aunque los grilletes le hagan llagas en las muñecas y en los tobillos?

Oír aquello provocó que a él le entrara la risa floja, un acto involuntario que no supo controlar hasta que ella volvió a insistir:

—¿Eso es lo que quiere?

—Solo sé que necesito ser feliz —suspiró él, melancólico.

—¿Acaso no lo es ya? —inquirió ella fulminándolo con sus ojos grises. Necesitaba ponerlo a prueba, llevarlo hasta el límite para asegurarse de que él estaba dando el paso correcto—. ¿No es feliz?

Jorge Fernández se liberó de las manoplas del disfraz, alzó las manos a modo de disculpa y dijo a medio gas:

—No es eso, Patricia. Soy feliz. ¡Muy feliz! Están Natalia, está Kobo, está usted.

—Y yo le alabo el gusto, pero... ¡fíjese! —Señalando al nutrido grupo de periodistas y *paparazzi* que se agolpaban a esas alturas al otro lado de la calle, comentó—: En este momento solo somos simples monos de feria en el circo en el que ha convertido su vida.

Jorge se encogió de hombros y sopló hacia arriba un par de veces tratando de recolocar los indomables rizos de su flequillo. Luego, dijo:

—Se equivoca, Patricia. Esta es la historia que mejor voy a interpretar nunca porque no hay falsedad.

—Ni un director que grite cada vez que se le olvide el texto —corroboró

ella forzando una sonrisa en los labios—, ni un técnico de iluminación que pare la escena cada vez que se funda un foco ni un...

—Patricia —le cortó él con firmeza—, le aseguro que ese beso no me dará el Goya como usted quiere.

—¿Le hará feliz? —se interesó ella—. ¿Más feliz?

Jorge sonrió. Sus ojos transmitían esa dulce tonalidad verdosa que indicaba que había dado en el clavo.

—Hará que el sapito que tengo aquí dentro —dijo tocándose el pecho a la altura del corazón—, no deje de saltar.

—*¡Lamadrequemeparió*, qué pesadilla! —exclamó Patricia dejando caer los brazos como si sus manos pesaran un quintal. Luego, tras unos segundos en los que ambos mantuvieron un intenso cruce de miradas mientras el «*Salta la rana. Que olé, olé, salta la rana. Salta la rana. Buscando el agua verde y olé. Salta la rana. Buscando el agua verde y olé.*» no dejaba de repetirse en bucle en el mp3, añadió—: Le aseguro que ese beso al que usted se refiere va a ser uno de los más importantes que va a recibir en toda su vida, siempre y cuando esa hermosa payasita que aguarda junto al portal se decida a besar al sapo de ojos saltones en el que usted se ha convertido.

Jorge cruzó una intensa mirada con Helena.

—Lo sé.

Los nervios se habían apoderado de él.

—Y ¿ahora qué? —inquirió Patricia. Al ver que él no reaccionaba, insistió—: No me diga que después de la que ha liado se va a quedar ahí plantado como un pasmarote. ¡Espabílese o no vamos a llegar a tiempo al cumpleaños!

—¿El cumpleaños? Ah, sí, sí. El cumpleaños de Susi. ¿Le importa si...?

Patricia negó con la cabeza y sonrió tranquilizadamente.

—Yo me encargo, Jorge.

A pesar del momento, de la contienda y de la vergüenza que acababa de pasar, se sentía plena, dichosa y triunfal. Por fin había conseguido el objetivo por el que llevaba luchando tanto tiempo: que Jorge fuera feliz en compañía de una mujer de su edad. Por eso, antes de batirse en retirada como el halcón cuando atrapa su presa, le acarició con ternura la mejilla y admitió:

—Me cuesta reconocerlo pero el brillo de sus ojos ha cambiado. ¡Cúidese!

—Gracias —contestó él envolviéndola en un abrazo. Y, dirigiéndose a su hija añadió—: Galletita, papi tiene que hacer algo importante que cambiará el

rumbo de nuestras vidas para siempre.

—¡*Desgraciaooo*, apaga de una vez la radiooo! ¡¿Dónde te crees que estás?! ¡¡¡Te juro que ahora mismo llamo a la policía!!!

Jorge subió ligeramente el volumen del mp3. Luego, tras unos segundos en los que aquel vecino gordinflón no dejó de protestar, lo apagó. Todos, incluso los altavoces del todoterreno, se lo agradecieron.

Tirándole de la manga, Natalia reclamó su atención.

—Papi, papi...

—Dime, galletita.

—¿Ya voy a tener una mamá?

—Solo si ella quiere —indicó él percibiendo cómo el corazón se le saltaba unos pulsos—. ¿Te gusta?

Parapetada bajo el brazo de su padre, Natalia observó a Helena y, sobre todo, el traje tan colorido que llevaba puesto.

—Es guapa.

—Lo sé. Después de ti y de usted —comentó Jorge buscando cierta complicidad en los ojos grises de Patricia que, con disimulada serenidad, observaba cómo los *paparazzi* se acercaban cada vez más—, esa es la mujer más hermosa que hay sobre la faz de la tierra.

—Espáblese.

Jorge clavó la rodilla en el suelo.

—Natalia, no voy a poder ir a la fiesta.

—Jooo —protestó.

—Galletita, pórtate bien, ¿vale?

—Sí, papi.

—Diviértete y, sobre todo, no comas muchas chucherías si no quieres que esta noche te duela la barriguita —sugirió dándole un beso tierno en la punta de la nariz—. ¿Entendido?

Empleando su característica y particular forma de unir las palabras, Patricia espetó entre dientes:

—¡*Lamadrequemeparió*, déjese de tonterías y aligérese si no quiere que yo misma sea la que termine arrastrándolo de los pelos!

—Eso sí que sería un gran espectáculo —contestó él cuadrándose como un militar ante ellas, un momento estelar al que los *paparazzi* supieron sacar un buen partido.

—A estas alturas de la película, ya nada puede sorprender al público —susurró Patricia—. Aunque se tropiece en el camino, se abra la crisma y los

sesos se le salgan por la herida, nada puede llamar más la atención que lo de esta tarde. ¡NADA!

—Patricia, gracias por no juzgarme.

—¿Eso cree? —sonrió ella con picardía.

—Sé que con sus palabras solo pretendía darme la seguridad que me faltaba, algo que, por otra parte, le agradezco de corazón.

—Jorge, ¿no se estará echando para atrás?

—Al contrario —balbució él percibiendo cómo los nervios comenzaban a disparar los latidos de su corazón que, insistente, se movía al galope.

—Uff, menos mal porque tengo la boca como una alpargata —resopló Patricia limpiándose el sudor que imaginariamente humedecía su frente—. Le aseguro que a estas horas ya no me quedan ganas ni fuerzas para sacar otra vez la artillería pesada.

—Tenga cuidado.

Risueña, con la tranquilidad del trabajo bien hecho y dirigiéndose a los *paparazzi* y a los curiosos que se apelotonaban en círculo en torno a ellos, vociferó:

—Pasooo, pasooo... Abran pasooo. He de llevar a esta princesa a un cumpleaños mientras su padre sigue dando saltos como un sapo o una rana, ¡qué sé yo!, a la espera de que aquella princesa lo convierta en un apuesto príncipeee. Pasooo... Por favor, abran pasooo...

Antes de abandonar aquella estrecha y lúgubre calle del centro de Madrid en la que, durante días, semanas e incluso meses se hablaría de lo que acababa de ocurrir, Patricia echó un último vistazo hacia atrás y, con una divertida sonrisa en los labios, le dijo a Natalia:

—Galletita, dicen que es de tontos enamorarse y de locos no hacerlo. Espero que algún día lo comprendas porque yo seguramente ya no estaré para explicártelo.

26

—Ho..., Ho..., Hola —tartamudeó Jorge Fernández percibiendo cómo todas las terminaciones de su cuerpo se ponían en tensión. El corazón le bombeaba enloquecido: *Pum. Pum. Pum. Pumpumpumpumpumpumpum...*, cuando al clavar la rodilla en el suelo como un caballero del medievo, repitió—: Hola.

—¿Qué..., qué haces?! —respondió Helena con la respiración entrecortada.

Componiendo una sensual sonrisa que a ella le aguló la sangre, soltó él a la carrera:

—He pasado todo este tiempo engañándome a mí mismo cuando en realidad mi corazón me pedía a gritos besarte.

La adrenalina se disparó a través de su cuerpo y el corazón comenzó a saltarle en la garganta estrangulándole la tráquea e impidiéndole respirar.

Pumpumpumpumpumpumpum...

¡Relax, Jorge, relax!

Pum. Pumpum. Pum. Pumpum.

Resopló.

Pum. Pumpum. Pum. Pumpum. Pumpumpumpumpumpumpum...

—He..., Helena. Est..., estoy loco —musitó él con intimidad, percibiendo un ligero rubor en su rostro cuando la pléyade de *paparazzi* comenzó a inmortalizarlos otra vez—. Estoy..., estoy loco..., loco por...

Las palabras comenzaron a pelearse con sus propios sentimientos. ¿Por qué? ¿Estaba realmente enamorado de aquella mujer de cautivadores ojos claros?

Pum. Pumpum. Pumpum.

Una manada de caballos salvajes comenzó a trotar otra vez en su pecho.

Pumpumpumpumpumpumpum. Pum. Pumpum. Pumpum. Pum. Pumpum...

—Sapito, ¿tú de qué vas? —susurró Helena con un tono de voz frío, gélido como un témpano de hielo.

—Payasita —comenzó a decir Jorge percibiendo un misterioso y más que sorprendente revuelo de mariposas en el interior de su estómago—, hace

tiempo que quiero que tú y yo...

—¿Payasita? —le cortó ella alzando la ceja izquierda con extrañeza. Luego, apretó los labios, suspiró profundamente y, percibiendo ese sudor frío en las manos y esa agónica sequedad en la boca que surgía cada vez que estaba próxima a él, alzó las cejas por encima de la montura de las gafas y expresó con cinismo—: Sapito, entre tú y yo ¿qué hay realmente?

Otra vez fue Jorge Fernández el que, confuso, avergonzado y con un inusitado tembleque en las manos, tartamudeó:

—Dí..., dímelo tú.

Helena se desembarazó de las gafas y con los ojos anegados de rabia, espetó entre dientes:

—¡Nada! ¿Lo entiendes? ¡N-A-D-A!

Tímidamente, el actor reordenó las traviesas ondas de su flequillo para que ella pudiera apreciar en sus ojos la seguridad de que lo que iba a decirle a continuación era sincero.

—Por mi parte hay muchas ganas de que me beses para convertirme de una vez por todas en TU príncipe —musitó tras unos segundos de silencio en los que no pudo apartar la mirada de ella—. Este disfraz es...

«*Divertido, gracioso, sandunguero y muy, muy, muy sexy*», quiso decir Helena al comprobar cómo aquel fieltro de color verde se ajustaba como una segunda piel y envolvía aquel culo perfecto.

—¡Horroroso! —admitió ella con nerviosismo retirándole el flequillo de la frente para no perder ni un segundo la imagen de aquel rostro perfecto.

—Y un poco incómodo, también. Me queda estrecho.

Tras unos segundos en los que no pudo evitar sentir cierta aprensión, Helena frunció el ceño y, percibiendo cómo todas sus terminaciones nerviosas se ponían en alerta, respondió incendiaria:

—Cierto. Te queda fatal. En cuanto a lo de tu transformación, dudo que sea yo la princesa que te bese, sapito.

—Si pretendes ser una princesa vas por mal camino, HE-LE-NA —comentó Jorge con voz ronca, avivando un poquito más la intensidad del juego dialéctico en el que ambos se encontraban inmersos.

—Con hache —puntualizó ella golpeándole en el hombro mientras escudriñaba todos y cada uno de los rincones de su cara como si estuviera haciéndole un escáner.

Jorge puso los ojos en blanco.

—¡Vaya, no sé cómo he podido olvidarlo!

—Dicen que los sapos no suelen tener buena memoria.

—¿Tú crees?

—Ajá.

—Pues yo tengo entendido que poseen una memoria selectiva para recordar lo bueno y prudencia lógica para no arruinarse la vida con tonterías —respondió él mirándola de arriba abajo con ojos ardientes y levemente nublados por el deseo—. Por cierto, ¿tú realmente eres una princesa o un bufón?

Aquellas palabras hicieron que a ella el vello se le pusiera de punta. Por eso, al percibir cómo su fuerza de voluntad comenzaba a resquebrajarse peligrosamente, se humedeció los labios, entornó ligeramente los párpados y entonó entre dientes:

—Serás gilipollas...

Jorge tuvo que hacer lo indecible para controlarse y no abalanzarse sobre ella para darle un beso.

—Es privilegio de los bufones decir las verdades que todos callan así que no voy a negarte el mérito, HE-LE-NA: has descubierto lo que muchos no saben.

—¡Qué bueno!

—Aunque no me guste reconocerlo soy..., soy... —tartamudeó Jorge—, soy un gilipollas. ¡Un gilipollas integral!

Golpeándole en la cara con la palma de la mano, justo allí donde días antes había descargado toda su furia después de que él le robara un beso, exclamó ella:

—¡Hurra! Me alegro de que te hayas dado cuenta, sapito.

Un intenso cruce de miradas detuvo momentáneamente el tiempo hasta que él batió enérgicamente sus larguísimas pestañas y se acercó más a su cuerpo.

—Todavía me duele un poco el pómulo, payasita.

Nerviosa, tratando de recolocar las ideas que habían perdido su orden lógico en la cabeza, farfulló:

—Todavía..., mmm, yo..., tú..., si..., puedo hacer si..., quieres...

—Payasita, déjame hacerte una pregunta —solicitó Jorge Fernández acariciándole el óvalo de la cara para encenderla otro poco más—. ¿Te has mirado en el espejo?

—Yo no soy como la bruja de Blancanieves que pasa todo el día preguntando a su espejito mágico quién es la más bella.

—Deberías hacerlo —respondió él provocativamente, mostrándole la sucesión de dientes perfectos que conformaban su boca—. Puede que incluso te sorprenda la respuesta.

—Si un sapo verde con ojos saltones no llevara más de media hora martirizando mis oídos con una canción en la que sapos no hay, pero ranas... ¡uff, todas las que te puedas imaginar!, quizás hubiera podido hacerle alguna preguntita a mi espejo. Así que ya sabes, gilipollas —prosiguió tras unos segundos de profunda y necesaria reflexión en los que su mano no dejó de golpear aquella mejilla de piel bronceada—, date el piro porque no te aguanto.

Jorge Fernández colocó el índice sobre aquellos labios seductores que tanto ansiaba besar.

—En los cuentos que le leo todas las noches a mi hija —le susurró al oído, percibiendo cómo la tensión sexual crecía nuevamente entre sus piernas —, las princesas visten con bonitos trajes largos de color rosa y espectaculares diademas de brillantes en el pelo. En cambio, tú... ¡mírate!

Su fuerza de voluntad comenzó a debilitarse cuando ella se apartó de él y expresó con frustración:

—¡Estás..., estás...! ¡Maldita sea, estás loco!

Jorge puso los ojos en blanco.

—¿Tú también vas a empezar con eso?

Por primera vez, Helena vio a Jorge como una golosa y apetitosa muestra de tentaciones. Espectaculares ojos verdes, nariz angulosa, mentón firme, labios carnosos que ella ya había probado en dos ocasiones, cejas perfectas, simpáticos hoyuelos... ¡Uff! Aquel hombre despertaba en ella pensamientos pecaminosos y amenazaba peligrosamente su autocontrol.

—Loco, rana, sapo... —bisbiseó colocando los labios a escasos milímetros de los suyos para atormentarlo—. ¿Qué más da, guapito?

La boca de Jorge se curvó hacia abajo en una clara señal de decepción cuando ella se alejó de nuevo.

—Hace unos días leí en el periódico un artículo sobre *Steve Jobs* que decía que las personas lo suficientemente locas como para pensar que pueden cambiar el mundo son las que consiguen cambiarlo —suspiró él.

—También decía que dentro de unos años el ser humano tendrá que abandonar la Tierra y maldita la gracia que me hace.

Tras unos segundos de silencio en los que Jorge no supo qué decir ni cómo actuar, se acercó a ella otra vez y, empleando un tono de voz ronco a la

vez que ligero, aterciopelado y seductor, dijo:

—Princesa, yo no sé si voy a poder cambiar el mundo. Ni siquiera si vamos a tener que salir corriendo en una nave espacial que nos lleve más allá de las estrellas, pero sí pienso que entre tú y yo podemos formar nuestro propio mundo. Perfecto o imperfecto, no lo sé. Pero a fin de cuentas, solo será nuestro. ¿Me sigues?

Helena cerró los ojos para no verlo, pero resultó que ya tenía la imagen de su rostro y de su cuerpo grabada a fuego en su cerebro.

—Más menos que más —contestó con impostada desgana, percibiendo una serie de pequeñas descargas eléctricas en torno al tenso botón acanelado que se ocultaba entre sus pliegues.

—Bueno, vamos bien —sonrió Jorge al comprobar cómo la flagrante llama del deseo iba surgiendo en aquellos maravillosos y almendrados ojos claros—. Más que bien.

Las agujas del reloj se detuvieron para ellos. ¡Solo para ellos!

Miradas cómplices, tiernas caricias en la cara, sonrisas tímidas en los labios... Estaban en ese momento en el que los ojos dicen más que las palabras cuando Pepita Santamaría se asomó a la calle y, rompiendo la mágica tensión, exclamó vocinglera:

—¡Madreeeee! ¿Se puede saber qué hacéis ahí con este frío? ¡Ale, ale, entrad! Rápido. No os quedéis ahí plantados como dos pasmarotes.

—¡Aaachís! —estornudó Clairett ruidosamente evaluando a través del cristal los estrambóticos movimientos de La Coles y La Sagasta que, como auténticas estrellas de alfombra roja, departían animadamente con algunos periodistas mientras Huan Yue y Basilio regulaban el tráfico de la zona—. Con la de fotos que os han sacado, más de uno va a cenar langosta mañana. ¡Aaachís!

—Jesús —exclamó Pepita—. Ricura, ¿por qué no te metes en la cama?

—Hace horas que tendrías que estar sudando ese catarro —certificó Helena tratando de reordenar rápidamente sus pensamientos.

Clairett sacó un pañuelo de papel del bolso y se sonó la nariz. Al terminar, alzó las cejas, se mordió el labio inferior y, rozando la picardía con la que acostumbraba a aderezar sus comentarios de tipo sexual, respondió con un deje resultón:

—Hermanita, yo solo sudo en la playa o en los brazos de un hombre. ¡Aaachís!

—¡Madreeeee! Esto te pasa por ir siempre como las gallinas, con las

pechugas al aire. Por cierto, ricura —dijo dirigiéndose a Helena—, espabílate que no llegamos.

—No sé si te habrás dado cuenta —comentó Clairett a Jorge que permanecía de espaldas a la puerta—, pero en esta familia somos muy amigas de los animales.

Aquella declaración encendió nuevamente el mal humor de Helena que, al recibir un golpe de bastón en el pie, protestó con ímpetu:

—¡¡Auuu!! Ya le he dicho hace un rato que no pienso ir a ningún sitio, Pepita.

—¡Vamooos, tú vas a ir a esa fiesta, Helenita, claro que vas a ir!

—Por encima de mi cadáver.

—Mira, bonita —susurró la octogenaria con desdén amenazándola con el bastón—. Tu hermana te ha conseguido un trabajito y no puedes fallarle ni a ella ni a mí que aguanto cada día tus quejas por la falta de empleo ni a esos padres que con tanta ilusión han decidido festejar el cumpleaños de su hija en compañía de la Payasa Sin Gracia. Así que muévete si no quieres que...

—¡¡Josefina, basta!!

Sin prestar atención al reclamo de Helena que, por otra parte, había ido a dar donde a ella más le dolía, Pepita Santamaría se acercó al actor y, golpeándole cariñosamente en el brazo con la mano, musitó:

—Joven, creo que usted es una persona sensata y me va a comprender. — Jorge se encogió de hombros cuando Helena le lanzó una mirada incendiaria que podría haberlo convertido en cenizas si hubiera estado más cerca—. A ver cómo se lo digo para que me entienda.

—Pepita, arranque ya —sugirió Clairett sentándose en el tercer peldaño de la escalera—. Me tiene agotada con tantos dimes y diretes. ¡A-GO-TA-DA!

Disimulando su malestar con un agudo y estridente siseo y señalando a Helena que, ofendida, permanecía apoyada contra la pared envuelta en un tenso abrazo, Pepita le dijo a Jorge:

—Esta tontorrón tiene que trabajar porque, por desgracia, la olla hay que llenarla todos los días así que, dígame muchacho: ¿qué hacemos? ¿Esperamos a que la bese y luego nos vamos o nos vamos y luego la besa? Decídase rápido porque vamos a llegar tarde.

—¡¡¡PEPITA!!! —volvió a gritar Helena.

A lo que la anciana respondió con desaire:

—¡¡¡¿Qué?!!!

—Cierre el pico —exigió evaluando esa combinación de profundidad,

falta de miedo, inocencia, sinceridad y juego que transmitían los espectaculares ojos verdes del actor tras aquella maraña ondulada que caía en cascada por su frente.

—Muchacho, ¿qué va a hacer? —insistió la anciana—. ¿Se decide o no se decide?

Jorge Fernández se retiró el flequillo de los ojos para observar a Helena que, con los brazos en jarra, echaba humo por las orejas.

—Discúlpeme, pero yo... —farfulló—. Yo...

—Ay, pillín, pillín, no se haga el sueco —sonrió con picardía—. ¡Madreeeee, pero si yo sé que está deseando besarla!

—Josefina, por favor. ¡¡¡¡CÁ-LLE-SE!!!!

Pepita Santamaría puso los ojos en blanco, dio un paso al frente y, antes de que Helena pudiera descargar su mal humor otra vez con ella, dijo:

—Joven, hay un dilema muy grande que tenemos que resolver cuanto antes y que se asemeja mucho al trabalenguas ese que dice: «¿Cómo quieres que te quiera si el que quiero que me quiera no me quiere como quiero que me quiera?». Escuche, escuche con atención. Usted quiere a esa mujer —afirmó señalando a Helena—, y yo quiero que la quiera porque..., entre usted y yo, estoy cansada de que no se quiera ni a sí misma. Por otro lado, un pajarito muy sabio me ha dicho que su hija también quiere...

—Muchas cosas —se adelantó Clairett abriendo los ojos de par. Entre dientes, tratando de sonar convincente, repitió—: Muchas cosas, Pepita, muchas cosas.

—¡Efectivamente! Como ha indicado esa que está agotando toda la celulosa del planeta, su hija quiere muchas cosas y la señora Ramírez...

Clairett puso los ojos en blanco. Al final, se iba a resolver el entuerto antes de tiempo.

—¡PEPITA! —le regañó—. ¡Ya!

—La señora Ramírez también quiere que usted quiera a esta mujer que hasta ahora no se ha dejado querer. ¿Me sigue?

Asombrado, mientras sopesaba todas y cada una de las opciones, incluso aquella que barajaba la posibilidad de que la señora Ramírez a la que había hecho referencia la octogenaria no fuera precisamente s U señora Ramírez, susurró él:

—No.

—No importa, ricura, no importa. Al final todo se resume con un único verbo: QUERER.

—Pepita, ¿qué le parece si nos relajamos un poquito? —sugirió Clairett cruzando las piernas.

—¡Madreeeeee, lo que se me acaba de ocurrir, ricura! —vociferó—. ¡LO-QUE-SE-ME-ACABA-DE-OCURRIR!

—Pepita, ¿qué está maquinando?

—¿Qué te parece si...? —musitó con misterio señalando primero a Jorge y después a Helena que, bloqueada, caminaba unos pasos por detrás con el cejo fruncido.

Clairett se encogió de hombros y refiriéndose a su hermana, le advirtió:

—Usted verá lo que hace, pero la payasa no está de muy buen humor.

—Ricura, a falta de payasa, bien nos vendrá un sapo. Recuerda que el corazón es como un manicomio. ¡Decidido! ¡*Ale*, vámonos!

A lo que Jorge, mientras abría la puerta delantera del Seat Panda gris de Clairett e, intuyendo lo que se le podría haber ocurrido a la anciana, bisbiseó:

—Así es, siempre hay espacio para una locura más.

Helena no abrió la boca durante los más de treinta y cinco minutos que duró el trayecto entre aquel lúgubre barrio del centro de Madrid y la confluencia entre la calle José Ortega y Gasset con Serrano.

—Ricura, muy pronto alguna de esas maravillas adornará tus manos —murmuró Pepita Santamaría al pasar frente al escaparate de la joyería *Cartier*—. Fíjate en esa alianza. ¡Madreeeeee, la que se la ponga no podrá ni lavarse las manos!

—Josefina —susurró Helena entre dientes—. Se lo ruego. Déjelo estar.

—Pepita. Me llamo PE-PI-TA —le corrigió y, acercándose al actor que, guardando las distancias, caminaba junto a Clairett, solicitó—: Dame tu brazo, guapetón, que con este frío tengo los pies muy hinchados y no me responden como yo quisiera.

Poco después, cuando se detuvieron frente al número 8 de la calle Marqués de Villamejor, Jorge Fernández comenzó a reír al ver la silueta de Antonio Cepeda a través del cristal. La situación no podía ser más inverosímil.

—Vaya, vaya, vaya... Esto no te lo perdono, Jorge —comentó Cepeda entre risas soltando la copa de vino que llevaba en la mano—. Por tu culpa, mi hija se ha quedado sin payaso.

—Imagino que Patricia ya te habrá puesto al día.

Antonio Cepeda sonrió animadamente y, palmeándole la espalda, explicó guasón:

—Lo suficiente como para darte un tirón de orejas por no haberme dicho que habías cambiado tu condición de ser humano a ser vivo.

Al oírlo, Pepita Santamaría se acercó a él y anunció divertida:

—Bueno, bueno, bueno... Este hombretón ha pasado ya por tantas especies que ni él mismo sabe ya a la que pertenece.

Helena percibió cómo un sudor frío le recorría la espina dorsal cuando Cepeda, alzó las cejas con un estudiado gesto de intriga.

—Imagino que ya sabrás que este... Mmm, ¿cómo lo llamas?

—Sapo verde de ojos saltones —anunció Clairett.

—Gracias —sonrió—. Como te iba diciendo, no me negarás que este sapo verde de ojos saltones es un gran hombre.

Helena no dijo nada y se limitó a colocar la bolsa de plástico donde llevaba los zapatos, el gorro y la nariz de payaso sobre una mesa baja.

—¡¡¡Papi!!! —vociferó Natalia desde el salón de celebraciones.

Jorge se despejó la frente y le lanzó un beso a su hija a través del cristal.

—Antonio, te vas a perder cómo sopla Susi las velas —comentó al ver a Paloma con el mechero en la mano.

—Jorge, ya sabes que a mí este tipo de cosas no me van. Si no fuera por Paloma, te aseguro que yo no celebraría ni las Navidades.

—Madreeeee —resopló Pepita Santamaría con los ojos aguados por la nostalgia—, lo que disfrutaba mi Alfonsico con el día de Reyes.

—Tranquilícese, Pepita —sugirió Clairett—. Recuerde lo que le dijo el médico el otro día.

—Sí, que no me altere —estalló—. ¿Acaso Dios estoy yo alterada?

—Nooo —contestó. Y, estudiando los movimientos de Helena que devoraba a Jorge con la mirada desde la distancia, se presentó a Cepeda—: Usted es Antonio, ¿verdad?

—Sí.

—Mucho gusto. Yo so..., yo soy..., aaa... ¡Uff, que me da! Lo siento —musitó mientras se limpiaba el agüilla de la nariz—. Yo soy..., yo soy Clairett, la futura cuñada de su amigo Jorge.

—Bueno, eso si llega el día en el que estos dos... —comenzó a decir Pepita.

—Olvídelo. Por un casual, ¿sabe si quedan palomitas?

Antonio Cepeda se encogió de hombros, miró a Jorge, luego a Helena y

finalmente a Pepita que, apoyada en su bastón, buscaba con impaciencia una silla.

—Mmm, no lo sé. —Se encogió de hombros—. Supongo que sí. Mi exmujer es la que se ha encargado de todo. Puedo preguntar.

—Pregunte, pregunte... —le aconsejó Pepita.

Clairett estornudó ruidosamente. Mientras se secaba el goteo incesante de la nariz, comentó:

—Yo le recomiendo que encargue un camión cisterna repleto de palomitas para entretenernos porque a estos dos les falta todavía un..., un..., *aaa...*, *aaachís*.

—Madreeeee, cómo estás.

—De cosas peores he salido, Pepita.

—Cepeda, lo que esta locuela quiere decirle es..., *aaa...*, *aaa...* ¡Uiss, que me da! Lo que esta locuela quiere decirle es que a estos dos les queda todavía un rato para llegar al final de su propia película. ¿Lo pillas? *Aaa...*, *aaa...* ¡*aaachís!*

—¡Pepita! —exclamó Clairett—. Creo que la que ha pillado algo, y no precisamente bueno, es usted. ¡*Aaachís!*

Más de veinte niños saltaban en el salón contiguo en torno a varias sillas colocadas en círculo mientras la melodiosa voz de María del Monte y su «*Salta la rana. Que olé, olé, salta la rana.*» sonaba en los altavoces.

—*¡Aaachís!* —estornudó Pepita Santamaría ruidosamente—. Madreeeeee, cómo me he puesto yo con los salpicones.

—¿Con los salpicones? —repitió Antonio Cepeda frunciendo el cejo con extrañeza.

La octogenaria sacó del bolso su «por si acaso», un saquito de lana que ella misma había tejido y en el que nunca faltaba un pañuelo de tela blanca.

—Sí, ricura, los salpicones —sonrió—. Ya sabe. Cuando se emocionan, los sapos saltan sin parar y ponen todo perdido de agua.

—Ah, vale, vale, vale —se carcajeó Cepeda.

Patricia Ramírez, que observaba distraída cómo saltaba Natalia al otro lado de la mampara, compuso una extraña mueca con la cara y canturreó por lo bajini:

—*Salpica, chapotea, feliz en el agua, no esperes que salga, solo habrá gotitas.*

—Gotitas dice... —Pepita puso los ojos en blanco—. ¡Un *tsunami*, ricura! Un *tsunami* es lo que se ha formado por culpa de esa payasita. Mire que es cabezona, ¿eh?

—Pues mejor que no le cuente cómo es Jorge porque...

—A Helena se le ha metido entre ceja y ceja que el azul de su príncipe no le pega con la tonalidad de sus ojos y... ¡ya ve la que se ha liado estos meses!

—Oiga —susurró Clairett—. ¿Siguen existiendo los príncipes azules?

—Por supuesto —declaró Pepita.

—¿Está segura?

—Sí.

—Y ¿no se estará equivocando con los pitufos?

Esta vez fue Patricia Ramírez la que estornudó.

—¡Madreeeeee! —exclamó Pepita recurriendo otra vez a su «por si

acaso»—. Al final vamos a caer todos como moscas.

—No exagere, Pepita. ¡NO EXAGERE! —sugirió Clairett con muy mala cara—. Los catarros están a la orden del día.

—Dicen que lo peor está aún por llegar —declaró Antonio Cepeda entregándoles una mantita con estampados *animal print* para que se cubrieran las piernas—. A Dios gracias que por ahora la temporada está dejando muchos catarros comunes y poca gripe.

Exaltada, percibiendo ese cosquilleo insano que se genera en la piel a consecuencia del frío, Pepita se frotó las manos y, dejándolo con la palabra en la boca, vociferó:

—Un mes, ricura. ¡Un mes estuve enclaustrada en la cama el año pasado por culpa de la gripe!

—Pues ya que estamos —sugirió Cepeda—, voy a contarles un chistecito que viene al pelo. Allá va... *Estaba Pepito en el colegio y le 'dise' a la maestra: «Maestra, ¿La puedo saludar con un beso?». Y la maestra le responde: «Por supuesto que sí, ya veo que quieres mejorar tus modales». Y Pepito le 'dise': «No, es que tengo gripe y se la quiero pasar».*

—¡¡Qué demonio es, madreeeeeee!!

Guasón, mientras se acercaba al mostrador para que le rellenaran la copa, comentó él:

—Pues ya vez, señora. No se lo va a creer pero una vez intenté ser normal y fueron los peores cinco segundos de mi vida.

—Calle, calle, calle.

—Luego, decidí ir al psiquiatra y me dijo que había sido tonto por haber desperdiciado todo ese tiempo. Así que como no estaba muy convencido, solicité una segunda opinión y ¿sabe lo que me dijeron?

Pepita se encogió de hombros.

—Que además de tonto también era feo —declaró—. ¿Se lo puede creer?

—¡Patricia, ¿se da cuenta?! —exclamó la octogenaria sin poder parar de reír—. Qué arte, madreeeeeee. ¡QUÉ ARTE TIENE ESTE MUCHACHO!

—Es gaditano, Pepita —respondió Patricia con una divertida sonrisa en los labios—. Y ya sabe lo que dicen...

—¿Qué? —se interesó.

—Que los de Cádiz tienen un arte que no se puede aguantar porque llevan la gracia en las venas.

Antonio Cepeda dio un par de vueltas como la muñequita en una caja de música y comentó con chispa:

—¡Efectivamente! Soy de Cádiz. Del Puerto de Santa María, concretamente, la ciudad de los cien palacios donde los peces son *coloraos* y el arte se respira por los cuatro *costaos*.

—¡OLÉ! —exclamó Pepita con entusiasmo

—¡Ole, ole y ole! —repitió Patricia. El padre de Susi era uno de las pocas personas con gracia que ella había conocido en la vida.

—Eso digo yo, Patricia. ¡OLÉ! —soltó Cepeda.

Clairett, abrió pesadamente los ojos y, haciendo su aportación, dijo con un hilillo de voz:

—Olé...

Emocionado, Antonio dio un paso al frente e, interpretando a la perfección la escena de su próximo chiste —con el brazo a media altura y el pulgar y el índice unidos por las yemas—, anunció:

—Allá va otro chistecito, señoras. Esto es un hombre que va a la consulta del médico y le ‘dise’: «*No sé qué me pasa doctor, si me toco la ‘cabeza’, me duele; si me toco la nariz, me duele; si me toco el pie, me duele. ¿Qué cree que tengo doctor?»*».

—Cualquier cosa, ricura. ¡CUALQUIER COSA! —exclamó Pepita mordiéndose el labio inferior con nerviosismo.

—Anímese y diga algo.

Pepita buscó la complicidad de Patricia que, animada, acababa de cambiar la posición de las piernas y no podía parar de reír.

—A mí no me mire, Pepita.

—Mmm, le puede doler la cabeza, un brazo, tal vez una pierna... —enumeró la octogenaria—. Bueno, o puede que tenga un..., un dolor de huevos. ¡Qué sé yo!

—¿Qué? —insistió Cepeda dirigiéndose a Patricia con la ceja levantada—. ¿A usted no se le ocurre nada?

—¡*Lamadrequemeparió*, me está poniendo nerviosa! —respondió ella con impaciencia, percibiendo cómo el estómago se le contraía una y otra vez por la risa—. ¿Quiere soltarlo ya?

Estirando el brazo para que viera un ligero tembleque en su mano, más propio de la edad que de otra cosa, Pepita Santamaría comentó:

—Mire, mire cómo estoy yo también. ¡*Atacaíta!*

Antonio Cepeda se tomó su tiempo en contestar. Finalmente, al cabo de unos segundos que incluso a Clairett le parecieron una eternidad, soltó:

—«*Ea, pues creo que tiene..., creo que tiene el dedo roto*».

Dirigiéndose a Patricia que, avergonzada, se tapaba la cara con las manos, exclamó Pepita sin poder parar de reír:

—¡Madreeeee, qué gracioso!

—¡*Puag!* Pues yo no sé dónde le ven ustedes la gracia —soltó Clairett componiendo una mueca extraña con los labios—. A pesar de lo recio que es Asier, le aseguro que cuenta chistes mejores que ese.

—Ni caso, Antonio, ni caso —sugirió Pepita Santamaría con un descontrolado movimiento de dedos cuando él frunció el ceño. Señalando a Clairett que con los ojos cerrados y los brazos en torno al pecho canturreaba algo difícil de descifrar, manifestó—: Esta tontuela está amargada porque ha roto con el bombero vasco de culo respingón con el que estaba saliendo así que ¡ni caso! Ya sabe lo que suelen decir: las rupturas o te hacen llorar o te agrían el carácter y a ella le ha ocurrido lo segundo.

Abrumada, Clairett espetó:

—¡¡Josefina!!

A lo que, con el corazón encogido, exclamó ella en rebeldía:

—¡¿QUÉ?!

—¡Cállese! ¡*Aaachís!*

—¿Lo ves? Te ha castigado Dios por asustarme. *Aaa..., aaa..., aaachís.*
¡*Leñe!*

A pesar del malestar general que tenía, Clairett levantó las cejas y abrió los ojos de par en par para comentar con todo el sarcasmo que su mente y su lengua fueron capaz de asimilar:

—¿Se da cuenta, Josefina? No se puede juzgar, criticar ni hablar mal de los demás porque al final todo se vuelve en contra.

—¡PEPITA! —le corrigió enfadada dándole un bastonazo en el pie—. ¡Me llamo PE-PI-TA!

—Escuchen, escuchen. Acabo de recordar un chiste que... —anunció Cepeda para relajar la tensión del momento—. ¡Uff, este sí que es bueno!

—Ni hablar, Antonio. ¡NI HABLAR! NO-PUEDO-MÁS.

Pletórica, irónica, mordaz, lenguaraz y muy sarcástica como de costumbre, mientras se estiraba la piel de la cara y componía una mueca extraña que a todos les hizo sonreír, incluso a Clairett, alegó Patricia:

—Como siga contando esos chistes no me va a quedar más remedio que asaltar un banco y buscar un cirujano para hacerme un *lifting*.

Como si estuviera rezando una plegaria, Pepita Santamaría unió las palmas de las manos a la altura del pecho y miró al techo.

—No lo haga, por Dios —suplicó—. ¿No se ha fijado en la cara de lagarto que se les pone a algunas actrices cuando pasan por el quirófano?

—Y ¿qué me dice de las que se ponen esos chorizos en la boca? ¿Las ha visto?

—¡Virgen de los párpados entreabiertos! Claro que las he visto —suspiró Pepita—. Algunas están para que las maten y las cuelguen de un palo como hace el hijo del Mortadelas cuando tiene que curar los chorizos después de la matanza.

—¿El Mortadelas? —preguntó Patricia Ramírez con cara de asombro.

Clairett, que permanecía aletargada en un sillón con las manos en los bolsillos, parpadeó un par de veces e, irguiéndose en el asiento, soltó con el rictus desencajado:

—¡STOP!

—¡Lamadrequemeparió, que susto me has dado!

—Señora, le sugiero que no pregunte por el Mortadelas o la que hay a su izquierda se va a poner a contar con pelos y señales toda la historia universal desde que el mundo es mundo. —Al ver cómo su vecina abordaba nuevamente a Cepeda y no dejaba de hablar, aquilató Clairett—: Por si no lo sabe, la lengua de esta mujer no se cansa nunca. ¿Me oye? ¡NUNCA!

—Te he oído —anunció Pepita.

—Me parece muy bien. Eso es lo que pretendía.

—Por cierto, ¿sabes dónde están el sapito y la payasa? Hace ya casi una hora que no los veo.

—Los dos son mayorcitos para saber lo que tienen que hacer —anunció Patricia con tranquilidad, la misma que no había tenido horas antes cuando la octogenaria le expuso su plan—. Nosotras ya hemos hecho bastante, ¿no cree usted?

Pepita Santamaría se encogió de hombros.

—Mmm, no sé.

—La vida nos ha dado la oportunidad de escribir y mejorar la historia de un sapito obsesivo y una princesa camuflada de payasa.

—Eso es verdad —declaró Pepita.

Patricia cambió la posición de sus piernas que ya comenzaban a hincharse como de costumbre.

—El sapito y la princesa necesitan su espacio, su tiempo y encontrar el punto en el que sus corazones digan «hasta aquí hemos llegado», pero eso ya no depende de nosotras.

—¿Usted no cree que ha llegado el momento del beso? —preguntó Pepita.

—O de que se tiren los trastos a la cabeza haciendo que todo termine —respondió Patricia inspirando profundamente—. ¡Quién sabe!

¿Cuántas veces había hablado con Jorge del tema? ¿Cien? ¿Doscientas? ¿Trescientas? Y ¿cuántas veces había conseguido ponerlo entre las cuerdas con la intención de que recapacitara y asegurara esos pasos que, desde hacía meses, caminaban en busca del amor aunque él se negara a reconocerlo? ¿Dos mil? ¿Tres mil? ¿Cinco mil veces quizás?

—Asumir riesgos puede ser peligroso, ricura.

—O algo luminoso —tartamudeó Patricia dando por finalizada la conversación—. Ya nos enteraremos, Pepita.

—Eso es cierto —suspiró—. Ya nos enteraremos...

En la calle, bajo una llovizna suave y al abrigo de un minúsculo soportal, el único lenguaje que había existido entre Jorge Fernández y Helena Argüelles durante más de tres cuartos de hora había sido el de las miradas furtivas y de reojo.

—Sapito, ¿puedo decirte algo? —murmuró ella con los nervios a flor de piel mientras encendía un cigarro.

Impresionado, Jorge levantó las dos cejas y frunció los labios hasta formar una perfecta línea horizontal antes de decir:

—Tú dirás.

—Me estaba ahogando ahí dentro.

—Y yo —confesó él esbozando la sonrisa más dulce de toda su vida.

Helena lo miró de reojo, dio un par de tranquilizadoras caladas y susurró con un tono de voz apagado:

—Necesitaba respirar un poco de aire.

—Y de humo. —Al oírlo, ella endureció su expresión y formó una pequeña «o» con los labios antes de soltar el humo en forma de pequeños aros—. Recuerda que fumar no te da ni personalidad ni madurez ni...

—Sapito —suspiró Helena. El cigarro le estaba dejando un regusto amargo en la boca—. Me agotas.

—Y tú a mí.

—Fumar es una excusa perfecta para aparentar que tienes algo que hacer aunque en realidad solo estés pensando. ¿No lo sabías?

Cariacontecido, Jorge se cruzó de brazos. Durante unos segundos, permaneció en silencio mientras su mente trabajaba a marchas forzadas.

—Y ¿tú no eres consciente de que el tabaco puede ser causa de una muerte lenta y dolorosa?

—Eso mismo pienso yo del..., del amor —tartamudeó Helena.

—Ajá.

Ella dio un paso al frente.

—Dime una cosa, sapito. —Jorge alzó una ceja—. ¿Qué quieres de mí realmente?

Su corazón latía acelerado.

Pum. Pumpum. Pumpum.

Pumpumpumpumpumpumpum.

Jorge exhaló pausadamente como si deseara destensar el pectoral y, al ver cómo la intriga se apoderaba de aquellos almendrados ojos claros que lo observaban con cierta insatisfacción, musitó:

—Lo que te quiero hacer no se dice, princesa.

—¿No? —Su mirada se perdió en aquel cielo plumizo.

—Más bien... —carraspeó él—. Más bien se susurra.

—¡Hazlo! —exigió ella con la respiración entrecortada y manteniendo apenas un vacilante control. Algo en su interior le decía que había llegado el momento de tirar el hacha de guerra. Con las yugulares en plena efervescencia, suplicó—: ¡Hazlo!

Jorge se pasó con pesadez las manos por su espeso cabello, atusándolo hacia atrás y dio un paso al frente. Con dificultad, intentando sofocar la mueca ridícula que amenazaba con dividir su rostro en dos, articuló:

—¿Estás segura?

La pregunta era una súplica más que una mera cuestión.

—No —declaró Helena y sus labios se estiraron en una sonrisa vaga—. Cada poro de mi piel me pide a gritos que corte con todo esto antes de que sea demasiado tarde, pero...

Jorge abrió ligeramente los labios en una forzada sonrisa más parecida a una mueca y ladeó sutilmente la cabeza hacia la derecha, dotando a su pose de una naturalidad que ya de por sí era inexistente.

Percibiendo cómo sus sentimientos, que se encontraban hasta ese momento en una fase neutral, iban encaminándose a la desesperación, se enfrentó a su ángel de la guarda que, insistente, no dejaba de preguntar: «¡Jorge, ¿amas a esta mujer? Contéstame: sí o no».

¿La amaba?

¡No! Definitivamente, no la amaba. En realidad... ¡Oh, sí! En realidad, la deseaba y... Y también ansiaba despertarse junto a ella cada mañana, sentir el placer de sus besos y el calor de su mirada. Así que, acariciándole el mentón con la mayor de las ternuras, susurró tal y como le había dicho antes:

—Cada poro de tu piel no sabe aún lo mucho que te quiero, payasita.

Helena abrió la boca, lívida.

—¿Payasita?

Jorge asintió con una sonrisa tibia.

—Es un sentimiento tan puro, tan fuerte, tan sincero que...

—Que...

Intranquilo, se peinó el flequillo una, dos, tres, cuatro veces antes de decir:

—Helena... —resopló cuando por fin fue capaz de articular las palabras que, inconexas, bailaban en su cabeza—, siento que si no lo dejo fluir me va a estallar en el pecho.

Ella negó con la cabeza y sonrió con indulgencia. Acto seguido, giró sobre sí misma y cuando sus ojos dejaron de estar bajo el influjo de los de él, se mordió una uña y comentó sagaz:

—Tengo entendido que el veneno de los sapos puede ser letal en menos de veinticuatro horas y en casos extremos en menos de cuatro, así que no me echés la culpa de lo que te pasa.

¿Cómo podía ser tan fría después de lo que él acababa de admitir?

En medio de un arrebato de temblores y sentimientos encontrados, Jorge se acercó a ella por detrás, apoyó las manos sobre sus hombros y respondió con la voz quebrada:

—Helena, en el amor y en la guerra todo cabe. ¿Lo sabías?

—Daría cualquier cosa por saber qué estás pensando en este mismo momento, sapito. Puedo adivinar algunas cosas, pero...

¡Maldición! Siempre había un «pero».

Durante unos segundos ambos se miraron con intensidad hasta que él, concentrado en la luminosidad de aquellos almendrados ojos claros, comentó de manera atropellada:

—Me alegro de que no puedas leer mi mente porque te aseguro que saldrías corriendo.

Helena Argüelles tragó saliva con dificultad y, entrando nuevamente en su juego, respondió:

—Sapito, odio correr.

—Estoy locamente enamorado de ti —declaró Jorge sorprendiéndola con su tono de voz dulce, sensual y aterciopelado.

—...

—¡Hasta el tuétano! —prosiguió con decisión—. Como dice mi hija, hasta el infinito y más allá.

Un calor súbito la invadió de repente cuando él trazó la línea de su espalda.

—Jorge, yo... Ehm, yo..., yo no..., mmm..., yo no...

—Shhh... —Hipnotizado por el brillo de sus almendrados ojos claros, la miró durante unos segundos a través de la maraña de pelo que caía subrepticamente sobre sus cejas—. Helena...

—Dime, sapito.

Se ajustó a su cuerpo como la pieza perfecta de un puzle.

—Mis labios se derriten por besarte —musitó goloso acariciándole tímidamente el mentón—, por acariciar tu piel, por...

—Jorge —paladeó ella.

—¿Qué te parecería si tú y yo?

—Mmm, si tú y yo ¿qué? —Un hormigueo exquisito le recorrió el cuerpo entero y se concentró en torno a su centro del deseo. Con un tono de voz dulce, ligero y seductor, preguntó—: ¿Estás insinuando, por casualidad, que te gustaría dejar de ser un sapito?

Jorge se movió con incomodidad y enredó sus dedos en su pelo.

—¿Lo dices en serio?

Besándole con ternura en el cuello, junto a la yugular, susurró ella como respuesta:

—No sé tú, pero yo estoy deseando quitarme este disfraz de payasita. Estoy empapada.

Excitado por lo que aquello implicaba, Jorge se retiró el flequillo de la frente y, alzando una ceja con picardía, comentó:

—¿Lo harías?

No tenía nada que perder y ¡sí mucho que ganar! Definitivamente, había sido una estúpida al negar el amor que sentía por aquel hombre durante tanto tiempo. El destino había puesto las cartas sobre la mesa y había llegado el momento de tomar las riendas de la situación y dar un paso al frente.

Sin darle una oportunidad a su mente para pensar las cosas dos veces, Helena se puso de puntillas, envolvió a Jorge en un abrazo y, acercando los

labios provocativamente a su boca, susurró:

—Sapito, tantos colorines no me sientan bien.

Él experimentó un cambio de estado en sus piernas que, como la gelatina en el plato, comenzaron a temblar. Ni la lluvia que acababa de intensificarse ni el agua que ya humedecía su cuerpo podían minimizar el intenso fuego que, flagrante, le llameaba por dentro.

—Presiento... —suspiró con voz ronca y cargada de deseo cuando ella le acarició el cuello con la lengua y dejó una ligera película de saliva en torno a su nuez—, presiento que a partir de ahora el único color que le va a sentar bien a tu piel es...

—¿El dorado? —le cortó ella con entusiasmo.

—No —sonrió Jorge volteando los ojos con comicidad.

Ella se mordió la punta de la lengua y se frotó acaramelada contra él.

—Mmm, ¿el fucsia tal vez?

Percibiendo cómo los dedos de ella hormigueaban en su espalda, respondió él:

—A Natalia y a mí no nos gusta el fucsia.

—¡Lo tengo! —vociferó fervorosa. El brillo de sus chispeantes ojos claros del color de las almendras se intensificó al decir—: El rojo. ¡Seguro que es el rojo!

Jorge se mordió el labio inferior, luego el superior y cuando ella dejó de jugar con los rizos de su flequillo y enfrentó su mirada con la suya, musitó con voz dulce, tierna y sensual:

—El único color que le va a sentar bien a tu piel es el de mis besos, Helena.

—¿Estás seguro? —inquirió melosa dibujando con una uña el perfil de sus labios.

—Sí —admitió Jorge con una sonrisa perversa. Sus espectaculares ojos verdes centellearon excitados al decir—: Es más, algún día te explicaré a besos por qué me tiembla el alma cuando tú me miras, princesa.

—¿Entonces?

Meloso, apretándola contra la dureza que crecía dolorosamente entre sus piernas y que hacía peligrar su autocontrol, carraspeó él:

—¿Qué?

Helena dejó caer las pestañas lentamente mientras la lluvia terminaba de emparar sus cuerpos. Con las pulsaciones a mil, susurró:

—¿A qué esperas, sapito?

—¿Es..., est..., estás segura de que quieres romper el maleficio? —
respondió Jorge acercándose peligrosamente a su boca.

—Sí —gimió ella inhalando su perfume matizado con el olor de la tierra
y el asfalto mojado. Ajustándose a su erección con ímpetu, con exigencia, con
delirio, demandó—: ¡Bésame, sapito! Bésame, por favor.

Epílogo

Un año después...

—Me encanta el olor a oportunidad que tienen las mañanas —susurró Helena estirándose por encima del cuerpo de Jorge para coger el vaso de agua que había en la mesilla de noche. Una vez hubo saciado su sed, lo miró golosa. El sol incidía subrepticamente sobre su espalda desnuda y resbalaba hasta el trasero donde la tonalidad de su piel era ligeramente más clara. Revolviéndole con comicidad los ya de por sí díscolos rizos de su flequillo que caían en cascada por su frente, sugirió poco después—: Despierta, dormilón. Son más de las diez.

—Mmm... —protestó Jorge estirando los brazos, las piernas y el cuerpo entero al tiempo que parpadeaba enérgicamente para espantar el sueño. Luego, cuando Helena se acercó a él otra vez y le mordió en el hombro, a la altura de la clavícula, giró sobre sí mismo y, enfrentándose a sus ojos claros, susurró—: Duérmete otro rato, princesa.

—Espabílate, sapito —sugirió ella sentándose a horcajadas sobre sus caderas desnudas. Tras unos segundos de carantoñas y miradas cómplices, afirmó—: Hoy tengo un día de locos: uñas, peluquería, maquillaje...

Jorge alzó una ceja y, percibiendo cómo la tensión crecía dolorosamente entre sus piernas, musitó:

—¿Me has llamado sapito?

Helena se humedeció los labios con sensualidad y arqueó ligeramente la espalda para acoplarse a la dureza, rígida como un bate de béisbol, que intentaba abrirse camino entre sus muslos. Jovial, mientras movía los músculos de la pelvis para encenderlo un poco más, solo un poco más, puntualizó:

—¡Así, es! Aún eres un hermoso sapito.

—Princesa —susurró Jorge envolviéndole la cintura con las manos para acompasar el ritmo de sus caderas—, que conste..., ahhh..., que conste que yo te prefiero sin aquel traje de tantos colores con el que...

Meloso, e incapaz de terminar la frase, le besó el hombro, después el

cuello y más tarde la oreja, descendiendo peligrosamente hasta la parte alta de uno de sus senos.

Excitado ante la mirada hambrienta que le dirigía aquella mujer tan agraciada y llamativa como una flor de primavera y tan apetitosa como una fruta madura, se humedeció los labios. Cuando la tentadora y exquisita explosión que se generó entre sus piernas castigó su autocontrol, entonó con efervescencia:

—¡Dioss!

Su organismo vibró emocionado y acalorado por todo lo que aquella mujer le hacía sentir. El corazón se saltó unos pulsos y comenzó a bombear sangre en dirección contraria a su cerebro.

Mareado, excitado, sobrecogido... Así se sentía él cuando sus labios consiguieron atrapar uno de los dos botones tostados que, dulces como un terrón de azúcar y rígidos como el acero, dibujaban pequeños montículos bajo la camiseta ancha de tirantes que cubría el cuerpo de Helena.

—Mmm... —suspiró ella mordisqueándole el hombro, casi en la curva del cuello. Solo él sabía besarla de aquella forma tan tierna, tan íntima, tan sensual—. ¡Ahhh!

—Payasita, me gustas recién levantada, cuando estás despeinada, con la cara sin lavar y con legañas en los ojos.

Sujetándole el mentón sobre el que se dibujaban pequeñas sombras, murmuró ella:

—¿Qué has dicho?

Jorge alzó una ceja y sonrió haciendo que en sus mejillas se marcaran esos dos pequeños hoyuelos que a ella tanto le gustaban y que hacían que se le cortara la respiración.

—Payasita. Payasita. Payasita —repitió disfrutando con la provocación.

Ofendida, Helena crujió los dedos y le golpeó en el hombro como si aquella exquisita y musculada forma curva fuera un saco de boxeo. Y, tras un par de golpes certeros, cuando fue capaz de reestructurar sus pensamientos, le mordió el labio inferior, lo estiró un poco y le dijo:

—Guapito de cara, que te quede claro una cosa. —Él rio con sensualidad y le acarició el pómulo al escucharla—. Yo no tengo legañas. Adiós.

—Helena, ¿no pretenderás dejarme así?

Arqueó una ceja y lo miró de soslayo.

—Sí —afirmó, propinándole un cachete en el muslo—. Estás castigado, sapito.

Jorge apoyó los codos en el colchón, irguió la espalda y arqueó las cejas hasta que formaron una perfecta línea horizontal en su frente.

—¿Hasta cuándo? —sondeó con preocupación.

Helena se humedeció los labios. Irónica, respondió:

—Hasta que consiga un martillo y un cincel para quitarme las legañas de los ojos.

Jorge casi se atraganta con su propia saliva cuando Helena apareció esa tarde, en torno a las siete y media, enfundada en un impresionante vestido largo tipo *strapless* en color azul *serenity*, una tonalidad tranquila y relajada a la vez que romántica y delicada que le sentaba como un guante.

—¿Estás bien?

—... —Tosió como si se hubiera tragado un hueso de aceituna.

—¡Jorge, por lo que más quieras! —exclamó ella al ver cómo su rostro pasaba del rosa al rojo y del rojo al morado en cuestión de segundos. Asustada, mientras le golpeaba enérgicamente en la espalda, añadió—: No me asustes, sapito. ¡Contéstame!

El actor babeó como un sabueso a la espera de un buen premio y, en un fútil intento por aclararse la garganta, carraspeó al decir:

—¡*Wow!* Pa..., pa..., pare..., pareces una princesa.

—¿Te gusta?

Jorge Fernández se despejó la frente. Luego, entornó los párpados y, con una pícara sonrisa, se acercó a ella, recorrió con las yemas de los dedos el perfil de sus hombros y comentó goloso:

—Sueño con el momento de quitártelo, princesa.

Aquello hizo sonreír a Helena que, acariciándole el mentón recién afeitado, dijo:

—Eso tendrá que esperar. No olvides que estás castigado.

—Prometo portarme bien para que puedas levantarme el castigo cuanto antes —susurró cuando los dedos febriles de ella le acariciaron la nuca provocándole escalofríos en la espalda. Rápidamente, su torturado pene comenzó a lagrimear entre sus piernas.

Aquello hizo sonreír a Helena que, tratando de no dilatar más el momento, bisbiseó:

—Por cierto, tú también estás muy guapo, sapito.

¡¡¡Fuegoooooooooooo!!!

Fuego fue lo que recorrió las venas de Jorge excitándolo por completo y abultando considerablemente el pantalón donde su erección palpitaba con deseo.

Después de refrescarse la cara con cuidado de no estropear el perfecto almidonado de aquella camisa de batista blanca y de la americana con brocados plateados, musitó:

—¿Te queda mucho?

—Un minuto —respondió ella terminando de retocar el carmín de sus labios.

Jorge se mordió el labio inferior y colocó otra vez las manos de dedos febriles y juguetones sobre sus hombros desnudos.

—¿Otro?

—Termino enseguida.

—¿Es posible que tú y yo...? —preguntó Jorge con un sutil carraspeo mientras sus manos acariciaban las sinuosas y eróticas curvas de su espalda.

—Luego —susurró ella guiñándole un ojo con picardía a través del espejo.

—¿Sí?

Helena asintió con un discreto movimiento de cabeza.

—¿Ha llegado ya el coche de producción?

—Esta noche vamos a utilizar un medio de transporte mucho más cómodo y seguro, princesa.

Helena recogió la extensa cola de volantes de su vestido y lo observó como si fuera un bicho raro.

—¿De qué estás hablando? ¿No pretenderás que vayamos en taxi?

Jorge se mordió el labio inferior y sonrió con cara de pillo antes de decir:

—Hasta hace unos meses viajabas en metro y no te importaba.

—Porque hace un año cierta persona mandó a mi querida cascarria al desguace —contestó Helena entre dientes mientras se colocaba las preciosas lágrimas de oro con dos pequeños y disimulados brillantes que le había prestado Pepita.

Tras unos segundos de profundo y misterioso silencio que él aprovechó para recorrer otra vez con la delicadeza de una pluma la curva de su espalda, declaró:

—Iremos en una calabaza roja, princesa.

—Jorge, déjate de tonterías —exigió ella. Y, tras revisar que su *clutch*

plateado con malla metalizada estuviera a punto con los indispensables para aquella noche, susurró—: Habla si no quieres que...

—Shhh... —siseó él besándole en el hombro mientras las yemas de sus dedos recorrían eróticamente la longitud de sus brazos—. Iremos en una calabaza de color rojo muy parecida al Seat Panda destartado con el que cierta payasita besó el todoterreno de un actor que solo quería ser olvidado y al que luego todo el mundo tachó de cerdo, gilipollas y pichón.

—¿Mmm? Si no recuerdo mal también lo bautizaron como sapito por sus ojos verdes —musitó Helena seduciéndolo con la mirada. Y, cuando sus dedos recorrieron los músculos perfectos de su cuello y subieron provocativamente por su nuez y después hasta su mentón, le guiñó un ojo y bisbiseó—: No lo olvides.

Jorge inspiró profundamente permitiendo que el aire inflara sus pulmones.

—Esta noche te esperan sorpresas increíbles, princesa —murmuró con eroticidad.

Y así fue.

La primera sorpresa llegó cuando ambos descendieron a la planta baja. En el vestíbulo, estaban Natalia, Pepita, Asier y Clairett que, con una sonrisa de oreja a oreja, sujetaba su barriguita de embarazada.

—¿Qué..., qué hacéis aquí? —tartamudeó Helena mirando primero a Jorge y después a su hermana.

—La noche acaba de empezar, payasita.

—¡Madreeeee, pero qué guapísima estás! —lloriqueó Pepita Santamaría apoyándose en el hombro de Natalia que, embobada, no podía dejar de mirar a su padre.

—Espectacular —susurró Clairett gravitando sobre un pie mientras su espalda descansaba sobre el pétreo pectoral de Asier.

Helena dio un paso al frente y abrazó a la anciana.

—Pepita, ¿qué hace usted aquí? —preguntó—. ¿Y vosotros?

Asier puso los ojos en blanco y se encogió de hombros. Parco en palabras, mientras acariciaba con ternura la barriga prominente de Clairett, susurró:

—Ya sabes lo terca que puede llegar a ser tu hermana.

—¡Eieiei! —protestó Clairett golpeándole en el hombro con la mano cerrada.

—¿He dicho algo que no sea cierto? —resopló Asier.

—Clairett, ¡déjalo! —sugirió Pepita tratando de desviar el tema de conversación—. Y por lo que más quieras. Siéntate de una vez, no vaya a ser que a esa criaturita le dé por nacer esta noche y...

Helena se acercó a la pareja de enamorados que, tras varios meses de tiras y aflojas, habían decidido darse una tregua y tener un hijo.

—Clairett, fijate cómo tienes los pies.

—Los tengo hinchados —respondió aquella con pesadez.

—No deberías haber venido —murmuró abrazándose a ella con ternura como solo dos hermanas saben hacer.

—Helena, estoy bien.

—¿Estás segura?

—Vamos a ver. Estoy como un tonel porque tu sobrina no para de crecer pero, salvo ese pequeño detalle y que no sé lo que me voy a poner últimamente en los pies porque todo me aprieta, estoy bien.

—Ricura, si todo va según lo previsto —comentó la octogenaria con entusiasmo—, dentro de un mes estarás más plana que una tabla. Eso sí. Se te acentuarán las ojeras porque...

—Y usted —intervino Helena dejando a Pepita con la palabra en la boca—, ¿qué hace aquí? No sé por qué, pero tengo la sensación de que usted ha sido una de las artífices de todo esto.

—¿Yooo?

—Piensa mal y acertarás —comentó Clairett por lo bajini.

La anciana sonrió y se mordió el labio inferior con picardía.

—Yo fui la que hizo la sugerencia pero, tal y como puedes observar, nadie opuso resistencia —repuso con ácida sorna—. Además, ¡qué *leñe*! Solo el de arriba podría haber evitado que yo hoy no estuviera aquí.

—Ya.

—¡Madreeeee! Pero ¿tú te has mirado en el espejo, ricura? —lloriqueó.

—Llevo todo el día delante de él.

—Estás guapísima, Helenita. ¡GUAPÍSIMA!

—No estoy de acuerdo —replicó Jorge—. Está bellísima, que no es lo mismo.

—Es cierto —declaró la octogenaria.

—Al final va a conseguir que se me corra el maquillaje antes de tiempo, Josefina —gimoteó Helena dándose unos toques secos muy sutiles en los párpados inferiores para secarse las lágrimas.

—¡PEPITA! —le corrigió colocando los brazos en jarra—. ¡Madreeeee,

con una sonrisa que iluminó su rostro cuando se detuvieron frente a los fotógrafos—. Disfruta de este momento.

Jorge se retiró el flequillo de la frente y sus ojos verdes refulgieron con los destellos cegadores de luz. Le temblaban los brazos, las piernas, incluso las pestañas.

—Eso intento, payas..., princesa —susurró mostrando la perfección de las piezas blancas que decoraban su boca.

El pulso se le aceleró estrepitosamente en el pecho otra vez cuando, horas más tarde, Sonia Belmonte apareció en el escenario del *Madrid Marriott Auditorium* con un vaporoso vestido de gasa en color turquesa y unas sandalias joya con detalles metálicos y anunció:

—Los nominados al Goya al mejor actor protagonista son...

Jorge fue incapaz de escuchar la alocución de la voz en OFF encargada de presentar a los actores nominados.

—Y el premio al mejor actor protagonista es... —resopló la actriz al rasgar el sobre lacrado con la respuesta—. Uisss, ¿qué nervios?

—Sapito, ¿eres feliz?

—Helena, por favor. Ahora no —farfulló Jorge mostrando una perfecta línea horizontal entre sus dientes cuando el realizador mostró un primer plano de su rostro en las pantallas que cubrían los laterales del escenario.

Imitándole el gesto, preguntó ella otra vez:

—¿Lo eres?

—Y el premio al mejor actor protagonista es... ¡Vaya, parece que el tarjetón no quiere salir del sobre esta noche! —exclamó Sonia Belmonte generando expectación entre el público—. Repito. El premio al mejor actor protagonista es para... ¡¡¡Jorge Fernández, por la película *Nunca habrá estrellas en el jardín!!!*

Helena dio un salto en la butaca y miró a su sapito que, impresionado, trataba de controlar la emoción tras la madeja de bucles desordenados que caían en cascada por su frente y cubrían parcialmente sus ojos. Su corazón latía emocionado, excitado, acelerado en el pecho cada vez que el público agitaba sus manos para aplaudir.

—Helena, soy feliz —admitió Jorge acercándose a ella para descargar toda su sinceridad, todo su amor y todo su ardor en un beso exquisito, erótico y pasional que dejó a todo el mundo con la boca abierta—. Soy feliz solo cuando estoy contigo y con Natalia.

Luego, tras darle un último beso, casto, puro, con un simple roce de

labios, subió al escenario donde Sonia Belmonte le esperaba con el Goya en la mano y una forzada sonrisa dibujada en los labios.

Al recibir aquella escultura de tres kilos con la cabeza del famoso pintor aragonés Francisco de Goya y Lucientes, Jorge se puso a temblar.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Wow! Nunca..., nunca imaginé que pudiera llegar este momento. ¡Lo reconozco! Todo esto ha sido..., ha sido... ¡Uff! Todo esto ha sido gracias a ti, Helena.

Las cámaras hicieron un barrido por la primera fila hasta dar con ella.

—Te quiero —articuló Helena tratando de controlar las lágrimas que se acumulaban en sus ojos y que amenazaban otra vez con estropearle el maquillaje.

—Gracias de parte de este tonto que unas veces fue sapo; otras, cochino y más de una vez gilipollas.

El público comenzó a reír a carcajada limpia.

—Sin ti —prosiguió el actor—, hoy en día yo no sería nadie.

—No es cierto —gesticuló Helena desde su asiento, moviendo la cabeza en una clara negativa.

—Me equivoqué.

—No —respondió ella otra vez.

—¡Lo reconozco, Helena! Durante mucho tiempo he vivido en una Situación Óptima Libre de Traiciones, Errores Románticos y Sin Obligaciones Sentimentales y he luchado con todas mis fuerzas por mantenerme en ese odioso club de los solteros que están fuera de cobertura sin pensar que el amor es lo más maravilloso que hay en este mundo.

Cuando la imagen de Helena Argüelles volvió a aparecer en la pantalla, Pepita abrazó a Clairett que, con las hormonas revueltas, no podía parar de llorar.

—Madreeeee, seguro que a tu hermana se le han mojado las bragas con esa declaración.

—¡PEPITA! —le regañó la joven abriendo los ojos de par en par.

—Ricura, no me negarás que esas palabras son para tener que usar pañales más absorbentes que los que va a utilizar esa criaturita que llevas dentro —afirmó la octogenaria con cara de circunstancias.

—Shhh... Por favor. Bajad el volumen o al final vais a despertar a Natalia —siseó Asier cogiendo un par de palomitas del bol que Clairett tenía entre las piernas.

La pequeña dormitaba en uno de los sillones y cambió de postura cuando

la octogenaria le acarició la mejilla.

—Ricura, ¿la despierto para que vea a su padre?

—Pepita, por favor. Ya está bien —resopló Clairett—. Deje a la niña en paz y, por lo que más quiera, cierre el pico de una vez.

—El amor es lo más maravilloso que hay en este mundo —prosiguió el actor acercándose al micrófono otra vez—. Y para que sea auténtico debe costarnos, debe suponernos un gran esfuerzo.

—Siento no ser yo la que reciba esos piropos —anunció Sonia Belmonte ante el micrófono, arrancando la carcajada del público.

—Vivimos en un mundo en el que no valoramos lo mucho que queremos a una persona hasta que no la hemos perdido —carraspeó Jorge tratando de aclararse el nudo que se le acababa de formar en la garganta. Luego, se retiró el pelo de la frente, levantó el Goya con la mano derecha y vociferó—: ¡Patricia, aquí estoy! ¡Lo conseguí! He logrado este cabezón con el que tantas veces usted soñó.

El labio le comenzó a temblar. ¿Por qué Patricia los había tenido que abandonar tan pronto? Su fallecimiento había sido un fuerte mazado para todos, principalmente para él.

—Usted... —carraspeó—, usted fue la madre que nunca tuve. Gracias por todo el cariño que me dio y por su esfuerzo. Sin él hoy yo no sería el hombre que soy. Y, sobre todo, un millón de gracias por acompañar a este sapito de ojos verdes en su camino hacia la fresca charca. ¡Gracias, gracias, gracias! No me cansaré de repetirlo porque usted fue una de las pocas personas que supo ver más allá de los focos, de las luces y de los éxitos.

»Este galardón también se lo dedico a mi hija, a la que adoro con toda mi alma y a esa preciosa mujer que está ahí sentada y que me ha puesto definitivamente la soga al cuello. —Mirando fijamente a la cámara, balbució con el pulso acelerado—: Helena, mi amor, mi todo... TE QUIERO.

—Y yo —articuló emocionada e impresionada por semejante declaración. Sus ojos no fueron capaces de contener más lágrimas y se puso a llorar sin importarle el maquillaje. ¿Era *waterproof*? No lo recordaba. Las lentillas que se había puesto para la ocasión, rápidamente comenzaron a bailar en sus ojos.

Jorge bajó las escaleras del escenario de dos en dos, colocó el Goya en la butaca vacía y sacó un pequeño estuche plateado del bolsillo interior de su chaqueta. Clavando la rodilla en el suelo, susurró ante los cientos de compañeros allí congregados y en presencia de las cámaras:

—Helena, ¿quieres casarte conmigo?

El público enmudeció de repente.

—Jorge, ¿qué..., qué haces? —farfulló mientras recolocaba las decenas de metros que componían el vuelo de su falda.

—¿Qué le dices a este chico? —jaleó el presentador de la gala generando expectación entre el público.

Todos estaban nerviosos. ¡Todos! Incluso él.

—Helena —carraspeó el actor—, ¿quieres casarte conmigo?

Pletórico, el público comenzó a aplaudir, a gritar y a patear el enmoquetado.

—¿Qué me dices, princesa? —preguntó sintiendo una extraña opresión en la garganta.

¿Era la pajarita la que estrangulaba su cuello o la incertidumbre, la angustia y la desesperación?

—...

—¿Qué me dices, Helena? —insistió cuando el espectáculo de silbidos, palmadas y gritos se tranquilizó.

Con una sutil caída de pestañas que a él le hizo hervir la sangre, bisbiseó ella:

—Sí.

—¿Lo habéis oído? —preguntó el presentador dirigiéndose al respetable—. ¿Sí o no?

—Nooo —gritaron a coro todos los presentes.

—¡Uff, menos mal! Pensaba que de la emoción me había quedado sordo. Os los juro. Me ponen una pistola en la cabeza y me exigen que cuente lo que ha dicho esa preciosa mujer que tiembla como un cachorrito recién nacido frente a Joorgeeeeeee Fernández y os aseguro que no podría abrir la boca. ¿Qué os parece si les ayudamos un poco? —El público comenzó a patear otra vez el enmoquetado en señal de respuesta—. Perfecto. Ya me ha quedado claro que estáis todos por la labor.

—Jorge —susurró Helena—, levántate.

—Perdona, guapa —vociferó el presentador—. Tú eres Helena, ¿verdad?

—Lo es —anunció Jorge con complicidad.

—Muy bien, querido público. A la de tres, vamos todos a gritar: «¡¡Heleeeenaaaaaa, ¿quieres casarte conmigo?!!». Espero que no me dejéis en mal lugar.

El público comenzó a silbar.

—¡Allá vamos! Unooo, dooos... —Cuando el público pensaba que iba a dar el tres, el presentador anunció con su característico y particular tono burlón—: Dos y cuarto, dos y medio y... ¡¡TRES!!!

Jorge clavó otra vez la rodilla en el suelo y, acompañando al público de la sala, gritó como un descosido:

—¡¡¡¡HELEEEENAAAAAA, ¿QUIERES CASARTE CONMIGO?!!!!

Chillando con mucho más entusiasmo de lo que en su día hiciera Penélope Cruz en Hollywood cuando en 1999 Pedro Almodóvar ganó el Óscar a la mejor película extranjera, vociferó ella:

—¡¡¡¡Sí!!!! —Y, acercándose a Jorge que, sonriente, la esperaba con los brazos abiertos, añadió—: Sí, quiero casarme contigo, sapito. Pero con una condición.

El público enmudeció de repente.

Jorge la observó durante un par de segundos, eternos como la vida misma, y preguntó con denodado interés:

—¿Cuál?

—Que mañana te cortes el pelo porque no quiero perderme el brillo de tus hermosos ojos verdes ni un segundo más.

—Eso..., eso... —tartamudeó él retirándose el flequillo de la frente antes de sellar su compromiso con un apasionado beso en los labios—. Eso está hecho, princesa.

Agradecimientos

Quiero agradecer...

A mi madre, por estar siempre presente en cada paso que doy, por inculcarme su pasión por los libros, por su lealtad, su cariño y su amor incondicional.

A mi padre, por su sabiduría, por sus consejos, por su aplomo, su saber estar y por su habitual «*Todo llega*». ¡Cuánta verdad esconden esas palabras!

A mi hermana, mi cómplice... Decir que la adoro, es poco.

A mi cuñado, por querer a mi hermana tanto y haber creado con ella una maravillosa familia.

A mi sobrina por ser la luz de mis días.

A mi abuela, tí@s, prim@s y demás familia. ¡Os quiero!

A mis amigos, a los de verdad, esos que siempre están ahí a pesar de la distancia.

A mis lectores, porque sin vuestro apoyo, mis novelas no tendrían sentido.

A todos esas mentes prodigiosas que comparten sus historias, sus miedos y sus frustraciones conmigo y que siempre están ahí, ofreciéndote desinteresadamente sus consejos, otorgándote su amistad a través de las redes y apoyándote cuando, como es normal en todo mortal, te sobreviene la angustia, la desesperación o la nostalgia.

A mis musas, porque sin ellas, nada de lo que escribo tendría sentido.

A todas y a todos los que habéis compartido conmigo buenos y malos momentos...

MIL GRACIAS



©José Antonio Moreno

Red Apple Ediciones 2018
www.redappleediciones.com

^[1] *Mon chéri: Querido*, en francés.

^[2] *Maite zaitut: Te quiero* en vasco.